This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA1
232
3
31

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

SAL. 2 92

UNA FERIA DE LA CARIDAD

EN 183...

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CONSEJO DE CIENTO, 259.
AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA—TROCADERO, 28—HABANA

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183...

CUENTO CAMAGÜEYANO

POR

J. RAMÓN DE BETANCOURT

TOMO I.

PRECEDIDO DE UN JUICIO CRÍTICO DE D. CIRILO VILLAVERDE

TERCERA EDICIÓN ILUSTRADA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA

BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
21 Y 23—ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1885

SAL. 2 32

UNA FERIA DE LA CARIDAD

EN 183...

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CONSEJO DE CIENTO, 259.
AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA—TROCADERO, 28—HABANA

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183...

CUENTO CAMAGÜEYANO

POR

J. RAMÓN DE BETANCOURT

TOMO I.

PRECEDIDO DE UN JUICIO CRÍTICO DE D. CIRILO VILLAVERDE

TERCERA EDICIÓN ILUSTRADA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA

BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
21 Y 23—ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1885

~~SAL 232.3.31~~

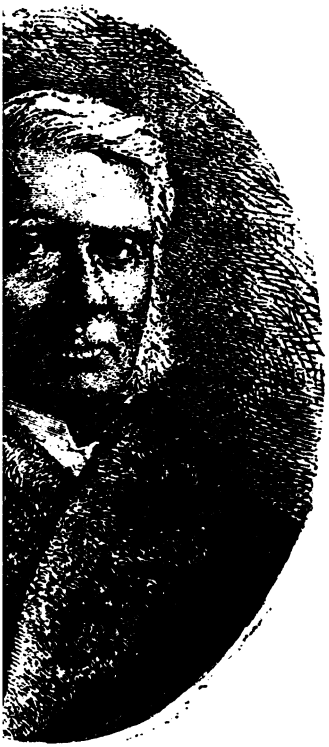
HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 8 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

SAL 232.3.31

EL AUTOR SE RESERVA LA PROPIEDAD

HARVARD UNIVERSITY
LIBRARY
JAN 06 1984



DE BETANCOURT.

Sr. D. P. Emilio Peyrellade

Amigo mio:

Como prueba de cariño, no como merecida distinción, accedo al deseo que V. me manifiesta de reimprimir La Feria de la Caridad.

la casualidad lo puso en mis
he correjido y ampliado, aun-
le ese dia de vida que tienen las
illa del Tinima, y que alcanza

mi objeto fue recordar una época verdaderamente crítica para el Camagüey, época en que llegó hasta el seno de su sociedad estacionaria el espíritu de progreso que animaba al mundo y durante la cual el de asociación inició grandes mejoras morales, y materiales; época en que cada uno despertaba de su
para fijar los ojos en el pais, y en el porvenir,
afanaban por ayudar con sus luces, con su
n sus recursos á su engrandecimiento y felici-
de esos buenos elementos, combatiendo ese cons-
y noble estimulo, se advertian en la década de 835 á 845 gérmenes dañosos, y ellos y nuestra inexperiencia ofrecieron no pocas rémoras al impulso del Camagüey.

Describir esa época, pintar ese elemento bueno y civilizador, abriéndose paso entre la sencillez de nuestras costumbres, luchando con la ignorancia, con la envidia y con el vicio, bosquejar algún tipo, atacar el cáncer del juego, introduciendo la cuchilla hasta sus ramificaciones más profundas, escribir en fin un cuadro Camagüeyano que pudiese leer sin rubor nuestra virgen más pura; hé aquí mi objeto.

Si no lo he llenado dignamente, no faltará otro que lo haga,

como no ha faltado quien ha tenido indulgencia bastante para disimular sus defectos y áun para suponer á esta obrita un calor que no puede tener. No sin alguna emoción contesto aquí con gratitud á los que han emitido esas opiniones, porque encuentro en su opinión más afecto que justicia.

Y á Vd. que desde su juventud ha vivido y vive consagrado á la ilustración de mi país; á Vd. que despertó en nosotros la afición al estudio de la literatura; que fué el primero en recojer sus modestas flores para darles vida y color con sus consejos, y sacarlas á la luz; á Vd, amigo mio, dedico UNA FERIA DE LA CARIDAD *en la confianza de que Vd. la aceptará como un testimonio de reconocimiento y cariño de su afectisimo.*

J. R. de Betancourt.

Habana 21 *de Diciembre de* 1856.

Á LOS SUSCRITORES

DE LA

ILUSTRACIÓN CUBANA

La lisonjera acojida que en Cuba alcanzó el cuento camagüeyano titulado UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183... hasta el punto de agotarse las dos ediciones que se hicieron en Puerto-Príncipe y la Habana; el juício de los literatos antillanos más distinguidos, los cuales creyeron descubrir en este cuento la verdadera índole y el tono que convenía imprimir á la novela de costumbres cubanas, y nuestro decidido propósito de dar á conocer los hombres célebres de la hermosa Antilla y los libros que allí se escribieron y se escriben, nos ha inducido á hacer una tercera edición que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, no sin haber obtenido antes el beneplácito de su autor.

Desde luego declaramos que el Sr. Betancourt

SA1
232
3
31

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

SAL. 2 12

UNA FERIA DE LA CARIDAD

EN 183...

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CONSEJO DE CIENTO, 259.
AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA—TROCADERO, 26—HABANA

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183...

CUENTO CAMAGÜEYANO

POR

J. RAMÓN DE BETANCOURT

TOMO I.

PRECEDIDO DE UN JUICIO CRÍTICO DE D. CIRILO VILLAVERDE

TERCERA EDICIÓN ILUSTRADA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA

BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
21 Y 23—ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1885

Cuando decimos esto, no olvidamos, que Dumas, y la caterva de novelistas franceses modernos, han ensayado hasta la saciedad en los últimos tiempos particularmente, la novela histórica, revolviendo y poniendo á contribución la historia de Francia, que, por el carácter de su pueblo se presta admirablemente á las escenas y formas dramáticas de la novela. Pero en el cúmulo de escritores de género, con excepción de uno ó dos, no hallar novelistas que comparar, por ejemplo, con Gu terio Scott, con Manzoni ó con Cooper. En do han sobresalido los franceces es en la novela costumbres; y muchos nombres ilustres podía citar aquí si creyéramos que nuestro aserto ne sitase de pruebas.

Ahora bien, de las dos ramas del género lit rio de que vamos tratando, en nuestra pobre c nión, hallamos que es doblemente difícil el d novela de costumbres, razón por que han sobresalido tan pocos escritores en ella. En esta hay que crearlo todo, y que hacer doble esfuerzo de imagición, siendo el ejercicio de la última facultad lo que más campea. Por eso sin duda la novela de costumbres es el género favorito de los franceses, así como de la histórica lo ha sido para los ingleses é italianos.

La novela histórica encuentra ya sus personajes creados, por decirlo así, y áun muchas de las escenas en que figuraron y el carácter con que se distinguieron en la vida. ¿Hay, por ejemplo, personaje más novelesco que Hernán Cortés? Pueden darse escenas más eminentemente dramáticas que aquellas en que él fué el héroe, cuando la conquista de Méjico? ¿Y Francisco Pizarro, conquistador del Perú? ¿Qué drama antiguo ni moderno es comparable al de su vida desde el principio hasta su sangriento desenlace? Verdad es que la vida del primero se presta más á la formación del poema que se llama novela, que la vida del segundo; porque puede conservarse la unidad de tiempo, de acción y de lugar con admirable exactitud desde el comienzo hasta el fin; pero los episodios de la vida de Pizarro, no se prestan menos á la formación de varios dramas; si históricos, realmente terribles.

Pero ¿por qué de los pocos que entre nosotros han ensayado el género novelesco, con una sola excepción (1), todos han preferido la novela de costumbres á la histórica? Esta preferencia, no ha sido ciertamente del caso, ni quizás tampoco de la

(1) J. A. Echeverría en la novela *Antonelli.*

elección, ha sido el resultado de las circunstancias en que se encuentra esta sociedad ultramarina. Los pueblos nuevos, principalmente los meridionales, viven más la vida del sentimiento ó la poesía, que la vida del juicio y la meditación. La poesía será por mucho tiempo su única expresión; y si bien es verdad que todas las composiciones novelescas requieren el ejercicio de grandes dotes de imaginación, ó poéticas, la novela histórica siempre será el fruto del juício y la reflexión: cualidades estas que no preponderan en los hombres de sentimiento.

De este modo acontece, que pueden contarse por veintenas los que entre nosotros han cultivado la poesía, aunque de ellos sólo diez ó doce se han distinguido; siendo así que el género novelesco, no cuenta sinó con cuatro ó cinco cultivadores. Fácil es señalarlos: Los que hasta el presente se han distinguido más son Echeverría, Palma, Tolón, Villaverde y Valle (José Z.) También han escrito novelas, aunque cortas, Suárez y Romero, Ezponda, Costales (M.) y algún otro cuyo nombre no recordamos ahora.

De los otros puntos de la isla donde se han cultivado las letras con buen éxito, tales como Matanzas, Santiago de Cuba y Puerto-Príncipe, que

sepamos, sólo este último cuenta con dos novelistas notables: la Sra. Avellaneda y el autor de UNA FERIA DE LA CARIDAD; quien sea dicho de paso, acaba de revelársenos como tal novelista, aunque ya le conocíamos como poeta.

Puerto-Príncipe en más de un concepto es una ciudad, característicamente cubana. Situada en lo interior de la isla, equidistante de ambas costas, de las cuales la separan terrenos padulosos al Sur, y áridas sábanas ó montes escabrosos al Norte, debe su vida y el poco incremento que ha tenido respectivamente á su antigüedad, primero á la traslación á ella de la Audiencia de Santo Domingo en 1797; segundo á la construcción del ferrocarril que la pone en comunicación diaria y fácil con Nuevitas; obra, se puede decir, de uno de sus hijos más ilustres: Gaspar Betancourt Cisneros. La población tiene triste aspecto; sus calles son angostas y torcidas; el caserío con rara excepción feo y antiguo; sus alrededores desolados por la falta de arbolado, y la cualidad del suelo; pero Puerto-Príncipe siempre se ha distinguido por las pasiones fogosas de sus hijos, por su unión estrecha que raya en provincialismo, por su amor á los viajes y á los ejercicios varoniles, y sobre todo, por las bellezas de sus mujeres. Sí, Puerto-Príncipe goza fama de

encerrar las mujeres más hermosas de Cuba. Puerto-Príncipe, pues, debía producir el novelista de costumbres, así como Matanzas el poeta por excelencia.

Nosotros no queremos establecer un paralelo entre la Sra. Avellaneda y el Sr. Betancourt, porque este no es nuestro objeto primordial; pero sí diremos, antes de entrar de lleno en el juicio crítico de UNA FERIA DE LA CARIDAD, que si la primera supera al segundo en la energía y belleza del estilo, en la viveza del diálogo, en el movimiento de la acción y en alguna que otra cualidad de este tenor, no cabe duda que el Sr. Betancourt supera á la Sra. Avellaneda en la verdad y fuerza de la pintura de las costumbres de su pueblo natal; prendas estas mucho más importantes cuando se trata sobre todo de describir la fisonomía moral y material de la sociedad dentro de la cual se sitúa la escena de la novela.

La composición de esta clase que más se acerque á la verdad histórica, que más fielmente pinte el modo de ser físico, político y moral de un pueblo, que más localice, esa tiene de ser la más excelente, la más verdaderamente de costumbres. Muchos de estos requisitos, si no todos, los reune el autor de UNA FERIA DE LA CARIDAD, como fácil

e será comprobarlo á cualquiera que la lea, y conozca la sociedad de Puerto-Príncipe. Ahora, si á la fidelidad en pintar las costumbres de su pueblo une el Sr. Betancourt talento é imaginación para formar una trama dramática, un todo perfecto, con principio, medio y fin, que interese y mantenga vivo el entusiasmo desde la introducción hasta el desenlace, eso vamos á verlo en nuestro próximo artículo.

III.

[illegible] mos exami-
[illegible] á que Juan
[illegible] mbre de Cé-
[illegible] íncipe, logra
[illegible] aer al juego,
[illegible] e las princi-
pales familias de aquella ciudad, casado con Luísa, mujer de mucha virtud, á quien se propone seducir, es descubierto, preso, conducido á la Habana y ejecutado como salteador de caminos.

Versa pues la novela sobre una pasión que ha sido tratada y combatida en variedad de escritos por diversidad de autores tanto en prosa como en

verso:—nos contraemos al juego de azar conocic por del monte. Pero el mundo ya es demasiad viejo, como dijo alguien, para pedir en este punt originalidad de asuntos en composiciones literarias. Todo ya está dicho; pero cabe originalidad sin duda en el modo de presentar ese mismo argumento de la novela: cabe originalidad en la formación de la trama y en su desenredo; cabe mucha originalidad en la pintura de los caracteres; cabe en las situaciones dramáticas en que coloque á los personajes; cabe asimismo en la localización, si podemos expresarnos así, no ya sólo de las costumbres, hábitos é ideas de esos personajes, sinó también de sus actos y pasiones. Pues estas han de marchar de acuerdo con aquellas sopena de faltarse á la verdad históric condición SINE QUA NON de toda obra de imagi ción perfecta; cabe, en fin, originalidad, en el estilo y en las formas de la composición en general. Esta clase de originalidad, para concedérsela y grande al Sr. Betancourt, basta leer la novela que se viste bajo el modesto título de «cuento camagüeyano.»

No es de ningún modo UNA FERIA DE LA CARIDAD el ensayo de un novel escritor, antes al contrario, la juzgamos, y no titubeamos en declararlo, la obra acabada de un escritor veterano.

La escena se abre en el puente, que echado sobre el río Hatibonico, une la población principal con el barrio de la Caridad, donde se celebra la feria, por una conversación muy interesante entre Carlos Alvear y el padre Vreaidieu, conversación en que se discute, acaso con alguna difusión, el pasado y el porvenir de Puerto-Príncipe, y que sirve por eso de prólogo al plan ú objeto que se propone tratar el autor escribiendo su libro.

Esto ocupa el primer capítulo. En el segundo nos pres[illegible] novelista, en el mejor ó más bien en nuestro único teatro, en un baile, los principales personajes:—César Morgán, Carlos Alvear, Luísa, esposa de éste, D.ª Petrona su madre, y Leocadia, su hermana, joven casadera y linda. Los demás personajes secundarios, con rasgos de sus caracteres respectivos, D. Chico, D. Fernando, etcétera, vienen en seguida, en sucesión natural y motivada, con lo que de allí en adelante marcha á su desenlace la acción de la novela en interesante y rápida progresión, sin el embarazo de episodios inútiles y pesados. De todos los caracteres, el mejor pintado, el verdaderamente original, es el de D.ª Petrona, que sea dicho de paso, es el tipo de la mujer cubana que va desapareciendo á toda prisa de entre nosotros, porque la cultura no

lo consiente, ni ya puede aceptarlo como digno, siquiera excusable, mayormente si á lo vulgar une lo grosero, postrando su dignidad de dama y señora ante la mesa del juego del monte. Decimos más, por fortuna ese tipo ya ha desaparecido de la familia cubana, pues la opinión en ninguna sociedad hoy día considera como señora, sea cual fuere la cuna en que se haya mecido su infancia, á la que arriesga, áun en broma, á un naipe su dinero.

D.ª Petrona representa un pape[illegible] principal en la novela, porq[illegible] hija Leocadia, á qu[illegible] tras ella va á part[illegible] que engendra el ju[illegible] los, al cual viéndo[illegible] quite presta diner[illegible] más bella que pod[illegible] ción de moral á las que como D. Petrona entregan sus hijos, cual si dijéramos, atados de piés y de manos, en las garras ó del vicio ó de la corrupción. El autor sin embargo aleja de la mesa del juego á la madre, cuando llega el instante en que se ha de decidir de la fortuna ó de la ruína del hijo: rasgo este de delicadeza, tanto más merecedor de nuestros sinceros encomios, cuanto que es

muy común y nos desagrada mucho, ver que se degrade á la mujer mala hasta el último escalón, con achaque de mantener en sus rectos principios á la buena; lográndose así un efecto contraproducente. Las graves faltas, los grandes vicios, para que sirvan de ejemplo, no han de estar siempre pintados en toda su desnudez, que es cosa grosera y repugnante, ni al corazón que tiene la desgracia de abrigarlos se le ha de negar hasta los instintos naturales; sobre todo á la madre, siquiera no sea más que por respeto á la propia dignidad.

La novela, en suma, contiene escenas, mejor dicho, cuadros de mano maestra, y la viveza del lenguaje, la amenidad y armonía del estilo y el interés dramático no decaen del principio al fin. El diálogo es siempre fácil y propio, con excepción de un solo pasaje,—la conversación de Fernando y Leocadia por la ventana del baile en el capítulo V, que descubre cierto sabor romántico, por supuesto falso, ó cuando menos exagerado; pero en cambio está sembrado por todas partes de observaciones finas y oportunas, de pensamientos delicados y de rasgos de verdadera elocuencia. En la clase de los diálogos, entre otros varios, citamos con gusto el de Luísa Alvear con César Morgán, en el patio de la casa de aquella, al final del capí-

tulo IV. Allí la mujer del jugador aparece en toda su dignidad y sublime belleza moral, defendiendo su honor ultrajado por el amigo y compañero de vicios del marido.

Entre los cuadros, referimos el lector al del capítulo VI. Nada más interesante, nada más profundamente moral, nada más terriblemente dramático que la pintura del garito y sus tremendas resultas. El movimiento y encuentro de las pasiones que suscita y subleva el juego; el deseo de la ganancia en oposición de la riña que engendra la pérdida; la astucia y la malicia del fullero, que para ganar se vale hasta de barajas de pega, en contraste del cándido abandono del que comienza la carrera del vicio; la feroz ansiedad del que arriesga una suma respetable á un naipe falaz, mientras se pinta la brutalidad más cínica en el semblante del tahur avezado á esos azares; la desesperación del que en un instante destruye su fortuna y junto con ella su honor y porvenir, al lado de la risa fría y el semblante parado del que espera hacer la suya al girar de una carta: el espectáculo, en fin, de la mujer que desciende hasta la mesa del juego, y allí humilla su dignidad de tal, y la expone á los insultos del ganancioso, ó á los sarcasmos del perdidoso, ninguno de los cua-

les en esos momentos puede ser galante ni caballero,—todo está pintado con tal fuerza de colorido, con tal verdad y elocuencia, que conmueve y exalta. Sí, todo en ese cuadro concurre y está preparado para causar una impresión profunda y duradera en el ánimo del lector mas frío é indiferente, y sin empacho nos atrevemos á asegurar que es el más acabado y perfecto en su clase que poseemos en lengua castellana.

En el género descriptivo tiene UNA FERIA DE LA CARIDAD, cuadros no menos acabados sinó tan interesantes como el de que acabamos de hablar. Con estas palabras aludimos á las descripciones del valle y caserío de Najasas que encierran los capítulos IX y último, agregados por el autor en esta segunda edición de su obra. Con esto y con decir que esos cuadros están tomados de la naturaleza en el terreno mismo que sirve de teatro á los sucesos que enlaza con ellos, está hecho su elogio. Lo que vamos diciendo prueba, además, que el Sr. Betancourt, no muestra menos habilidad y destreza para pintar las costumbres de su país y las pasiones de sus paisanos, que gracia para describir la naturaleza que acaso le rodeó en su infancia y le inspiró tanta poesía en edad madura.

Si dispusiéramos de más tiempo y lugar, entra-

ríamos ahora mismo en consideraciones de otro género, á fin de acabar el examen de la novela; pero fuera de lo dicho, no queremos presentar, en gracia del mismo lector, los defectos al lado de los aciertos y bellezas; teniendo por mejor acuerdo dejar esta parte desagradable de nuestra tarea para un nuevo y acaso final artículo.

IV.

El héroe de la novela ya dijimos que era Juan Fernández (a) el Rubio, que fué ejecutado públicamente en esta ciudad en la época del mando del Excmo. Sr. D. Miguel Tacón, y su cabeza expuesta en el puente de Chávez en una jaula. Parece ser que Juan Fernández no fué un hombre vulgar, ni de educación descuidada ni escasa, y que le echó en la senda del crimen una grave injusticia. Hombre de pasiones fuertes y de un valor heróico, de que dió muchas é inequívocas pruebas en su corta y aventurera vida,—no pudo sobrellevar la injuria en paciencia, se tomó por su mano el desagravio, rompió con la justicia de los hombres, y paró en bandido. Se dice que recorrió toda la isla presentándose con descaro en las pobla-

ciones y alternando siempre con la mejor sociedad.

En el tiempo que duraron sus correrías por los partidos de las Jiquimas, el Roque, etc., que sepamos, fué dos veces preso, una de ellas herido de gravedad, y en ambas escapó milagrosamente. La primera á viva fuerza fué arrebatado por sus compañeros de fechorías, cinco en número, que se echaron sobre otros tantos hombres, los cuales le custodiaban en una casa de campo. La segunda debió su escapatoria á un medio tan ingenioso como atroz. Hallábase preso por ambos piés en un cepo, de donde por creerlo seguro se había alejado la guardia; y Fernández, que si bien tenía aquellos notablemente pequeños, no podía sacarlos, se recortó los carcañales con un cortaplumas, y así, aunque con el dolor que es de imaginarse, logró su intento. Esto poco da una idea de su audacia y de su astucia. El ascendiente que gozaba sobre sus compañeros, cuando no otra cosa, prueba su valor personal.

Créese que no fué malo por índole sinó por pura necesidad, por aquella ley innata de propia conservación—dadas ciertas circunstancias y puesto el hombre en situaciones difíciles ó muy comprometidas. El autor de la novela, sin embargo, le pinta malo y cruel, haciéndole asesinar á sangre

fría á Carlos Alvear, para quitarle el dinero que éste le había ganado al juego, la penúltima noche de la feria; pero aunque esto no está enteramente de acuerdo con la verdad histórica, sirve admirablemente á los fines del novelista, á quien en gracia del efecto moral que produce la catástrofe, puede perdonársele el anacronismo.

Pero á haberse propuesto el Sr. Betancourt escribir una novela, adoptando plan más general y amplio, no cabe duda sinó que hubiera sacado mucho más partido del carácter y circunstancias históricas que concurrían en el personaje principal tan felizmente escogido. Hubiera entonces colocado á Leocadia en situación más apurada, cediendo á las exigencias de su madre y á los obsequios finos de Carlos Morgán, á quien pudiera haber atribuído una pasión verdadera, después de su vana tentativa con Luísa, ó la mira de llevarse un buen dote, ó el pique de ganar el corazón de la mujer más hermosa del Príncipe, por sobre las pretensiones de hombres más dignos, si no más audaces y afortunados que él. Este episodio,—pues que lo es á pesar de lo que hemos dicho en el artículo anterior,—pudo haberse llevado hasta conducir delante del altar á Morgán, en cuya posición la inteligencia de su verdadero carácter y

conducta hubiera producido efecto más dramático é interesante que su fuga repentina y las tardías revelaciones hechas por medio de una carta desde el fondo del calabozo de la Habana. La consideración no más de que pudiera enlazarse en matrimonio con Leocadia, el asesino de su hermano, era situación suficiente para hacer temblar de horror al lector sensible é interesado.

Aunque estos no son defectos de la obra, en el sentido estricto de la palabra, pues el autor desarrolla el plan de ella tal como lo concibió, con todo eso, siendo la pasión de Morgán un verdadero episodio de la novela, es lástima que no se haya sacado de él todo el fruto que naturalmente ofrecía. Después de la fuga del héroe, desde que cae su careta y aparece en su carácter real y propio, es decir, en el de bandido, cesa el misterio, desaparece el interés, y lo que viene en seguida, —la descripción bellísima de Najasa y de las costumbres patriarcales y humanitarias del dueño de la finca,—la prisión y muerte de Morgán,— todo es secundario. Su carta, además es larga y se moraliza en ella demasiado, para ser su autor como es hombre de ideas y hábitos extraviados y malos antecedentes. Cabía en él arrepentimiento, sincero y profundo arrepentimiento, aunque tar-

dio; pero su predicación de moral á la hora de morir, es cuando menos exagerada.

Lástima grande es por otra parte que en su segunda edición, á la vista del autor, no haya salido bien librada en punto á corrección una obra notable en más de un concepto. Y nos valemos de esta ocasión para deslindar la responsabilidad del autor y la del impresor en achaque de erratas.

CIRILO VILLAVERDE.

El Puente del Tínima en 183...

Dibujo de Menocal.—Copia de Vázquez.

I.

LOS DOS PUENTES.

En una linda sabana
del Camagüey en la orilla
se alza triste una Capilla
y un hospital en redor.

. . . . . .

Besa el Tínima sus muros
y en su curso cristalino
vierte el pobre lazarino
lágrimas ¡ay! de dolor.

J. R. B.

¿Ha reparado Vd. las aguas de Hatibonico tan claras y tranquilas en la seca, como se enturbian y desbordan cuando reciben los raudales de la primavera? Pues así la Sociedad del Príncipe, se fomenta y crece, y lleva en su corriente cieno y hojarasca, riqueza y fecundidad.

1838. *El Lugareño.*

Era una tarde de agosto: el sol declinaba al occidente deslizándose por un cielo azul y sin nubes: sus últimos rayos lucían en los ángulos de las torres de una ciudad alzada en una llanura, y venían á perderse reflejados en las aguas de dos ríos, que la ceñían cariñosamente.

Esta ciudad es Puerto-Príncipe, y los ríos son el Tínima y el Hatibonico.

El Tínima parecía, en la tarde á que nos referimos, arrastrar con languidez sus raudales, sombreados por altos bambús entre cuyas cañas se deslizaba apenas la luz del crepúsculo, para brillar un instante en la blanca clavellina abierta en sus márgenes.

El Tínima es el río bello por excelencia para los camagüeyanos, es el de sus inspiraciones, el que describen é invocan siempre en sus sencillas trovas. Para nosotros tiene también encantos; pero bañados de cierto tinte melancólico que muchas veces nos obligó á dejar sus orillas, vivamente afectados. Sus turbias aguas parecen traer de manantiales desconocidos, recuerdos y memorias de otros tiempos; pero recuerdos vagos, memorias impregnadas de cierta tristeza indefinible, que nos inspira á retazos la historia ignorada, acaso fantástica, de otros hombres y de otras sociedades que alzaron sus *caneyes* en aquellas márgenes, y cuyas últimas huellas se encuentran tal vez en lo profundo de sus arenas.

Cuando queremos evocar una creación indiana, volvemos la espalda á la hermosísima sabana que se extiende á la orilla del Tínima, desviamos nues-

tros ojos de la modesta cúpula de San Lázaro, de esa ermita tan poética como santa, tan sencilla, como pura es para nosotros la memoria del hombre, cuyos restos encierra (1): procuramos oír el sencillo cantar del campesino que se aleja de la ciudad, y reclinados en los muros del puente, damos suelta á nuestra imaginación en medio del vapor que forman las aguas. Entonces sentimos, y al volver en nosotros, notamos que una lágrima espontánea se resbala por nuestra mejilla. ¿Qué emoción la crea? ¿Qué memoria la arranca de nuestra alma? No lo sabemos, pero así sucede, y hé aquí porqué vamos á alejarnos con presteza del puente del Tínima para conducir á nuestros lectores al de la Caridad, en una tarde de agosto de 183.....

El Hatibonico es más alegre, más cristalino, más risueño, y aunque en realidad parece dividir en

---

(1) El autor alude á Fray José de la Cruz Espi, religioso franciscano á quien llamaban en Puerto-Príncipe, el *Padre Valencia*, porque nació en esta provincia el 2 de mayo 1773. Pasó á América como misionero apostólico: las Antillas le deben inmensos beneficios. Hizo en Trinidad la Iglesia de S. Francisco y en Puerto-Príncipe, la del Carmen, el hospital de mujeres y el Lazareto. Fué modelo de caridad cristiana: murió allí el 2 de mayo 1838: su sepulcro es un altar para los camagüeyanos. El P. Valencia vivía en S. Lázaro en la época en que principia la acción de esta novela.

dos al pueblo, el hermoso puente que cubre sus aguas los estrecha de nuevo, y la ciudad y el barrio se comunican constantemente.

Retumbaban los arcos de ese puente bajo las ruedas de un lucido cordón de carruajes, que desde el interior de la ciudad se dirigía al pueblecillo de la Caridad, donde en esa tarde parecía haberse reconcentrado todo el movimiento y vida del Camagüey.

—Magnífica feria vamos á tener este año, padre mío, dijo un caballero, acercándose á un anciano que estaba tranquilamente sentado en los pretiles del puente.

—Me alegraré, contestó este, porque con ansia deseo volver á gozar del espectáculo que presentaba el barrio de la Caridad en esta época y en mi juventud. ¡Ay aquellos eran otros tiempos! exclamó reclinando su barba en el puño de un largo bastón de Castilla.

—Y yo presumo, replicó el caballero, que entonces valdría poco la feria, porque en lugar de esta hermosa calle, sólo habría *maniguas*, alguna ermita escondida en el monte, poca gente, mucho fanatismo y pare usted de contar.

—Presumís mal, dijo el anciano, y aunque veais mi frente calva y mis pobres cabellos canos,

no creáis que alcancé malezas donde hoy veis casas. Cuando yo nací, hallé la calle como ahora, mejor aún, parecíame entonces más ancha, más regular y bella. Os diré. Mis padres fueron de los primeros habitantes de este barrio, y en realidad encontraron las malezas, la ermita y un mal puente de madera sobre este río, mas apenas se erigió la iglesia á Nuestra Señora (que si no estoy trascordado, hubo de ser por los años de 1734), se fabricó á su costado una casa redonda (dicen que bajo el mismo plan, que ocupaba otra de guano, alzada por los indios): junto á esta, se hicieron otras, y así apareció como por encanto esa ancha plaza de portales corridos; en cuyo centro veis descollar el templo, adornado hoy con nuevas galerías.

Las personas devotas de Puerto-Príncipe venían de romería todos los años en agosto y setiembre al pueblecillo de la Caridad, reducido entonces á la plaza. Allí pasaban el novenario y la octava, haciendo ejercicios piadosos, dando limosnas, cumpliendo promesas y celebrando en fin el nacimiento de la Santísima Virgen. Tal era la devoción que esta Señora inspiraba, que se hubiera reputado como un crimen entregarse al juego y á diversiones puramente mundanales en esos días, y tal el

entusiasmo de los camagüeyanos por la feria de la Caridad, que no bastaron las casas de la plaza á contener el gentío, y se fabricaron otras que en breve han formado esta calle.—Había entonces tal espíritu de unión entre nosotros y tanta fe, que cada vecino al construír su casa no pensó sólo en su familia, sinó en las de aquellas personas á quienes debía dar hospedaje durante el novenario y la octava; por esto casi todas son espaciosas y algunas tienen dos departamentos. Formábanles anchos portales, para que el vecindario pudiese venir á la Caridad sin hollar el lodo ni sufrir el sol (entonces no había carruajes) y por último sembraron árboles alineados á lo largo de las aceras para hacer aquellos más hermosos y frescos, y hé aquí porqué conserva aún el nombre de alameda. Figuráos si sería linda esta calle, improvisada en pocos años adornada por este tiempo con arcos, banderas y flores, con sus casas enlazadas y erigidas casi bajo un propio plan aunque no por desgracia con la rectitud debida.....

—Sí, padre mio; perdone usted que le interrumpa, pero en materias de rectitud, dijo el joven sonriéndose, no sé yo dónde tenían las narices mis abuelos que nunca llegaron á formar una calle medianamente torcida.

—Vuestros abuelos tenían las narices en el mismo punto donde las tienen sus nietos, y el argumento es incontestable, ellos formaron esa calle ¿cuál habéis hecho vosotros más recta y ancha? Al contrario, siempre que tratáis de reedificar ó erigir una casa, en vez de contar con la calle, con el país, andáis á pleito con el Síndico y con el Alarife, porque os pide una ó dos pulgadas para la mejor delineación, ó porque no os permite que os cojáis media vara del público. Decía yo que entonces había más unión y más fe, y á la vista tenéis los testimonios. Apenas se proyectaba alzar un hospital ó un templo, apenas se emitía una idea útil para la comunidad, cuando todos contribuíamos espontáneamente á realizarla con nuestras dádivas. Sin ir más lejos, ved este puente, ved esas iglesias; de plata es el altar en que se adora á la Virgen de la Caridad; de plata y oro sus alhajas más comunes, y en su custodia relucen prendas de gran valía. No creáis que para esto se molestaba al país, los bienhechores de ese templo eran pocos, y allí estaban retratados; vosotros quitasteis esos retablos, avergonzados sin duda de no poder imitarlos, porque hoy sólo se atiende al provecho particular, nadie hace cuenta con el país, ni con el porvenir. El egoísmo y una rivalidad mal

entendida han sustituído á las virtudes sencillas de otro tiempo de que no os queréis acordar, sinó con menosprecio. ¡Ay! el pasado era nuestro, nuestros hijos descuidan el presente, el porvenir, sabe Dios de quién será.

Dió el anciano á estas palabras, un aire tan misterioso y melancólico, que el joven no pudo comprenderlas en su verdadero sentido, pero asiéndose de ellas para sacar la cara por su siglo.

—Yo creo, dijo, que si de ustedes era el pasado, nuestros son el pasado, el presente y el porvenir.

—Hé allí el espíritu pretencioso del siglo, murmuró el viejo.

El joven sin cuidarse de sus palabras, continuó:

—Creo que los siglos anteriores no han hecho otra cosa que preparar elementos para la prosperidad del presente, elementos que nosotros hemos sabido aprovechar utilizándonos de su verdadero valor. El Camagüey era entonces un pueblo pastor: criaba para sus necesidades, y como estas eran pocas, dormía después de haberlas satisfecho y derramaba el sobrante en los templos ó en arcas inseguras de madera. Hé aquí en dos palabras bosquejada su historia. Era cristiano este pueblo, y los efectos de su crencia, son esos templos y esas alhajas de que ha hablado usted, sin que se con-

tara entonces para nada con el hombre ni con el progreso de la sociedad. Hoy hay más inteligencia, más actividad, más instrucción, y aunque se admire usted, está mejor comprendida la religión.

—Me agrada oíros, y desearía que os explicaseis, pues aunque soy de aquel tiempo en que desconocíamos el progreso de la sociedad,—y acompañó con una sonrisa estas palabras,—me interesa vivamente su impulso, y quiero oír las tendencias del espíritu innovador de vuestro siglo. Comprendo que vosotros utilizaréis los elementos que nosotros preparamos: los padres siempre trabajan para sus hijos. La cuestión está en que estos hijos, por desviarse demasiado de la senda que ellos siguieron, lo pierdan todo. Quiero conocer vuestras creencias y vuestras esperanzas y lo que en fin haréis para sacar este pueblo pastor de su rebaño, y hacerle marchar junto á los más civilizados del mundo.

—Es muy fácil, y no sé yo como el espíritu que hoy empieza á animarnos, no ha llegado hasta la celda de usted. Nuestro Dios es y será el mismo que el de ustedes, pero ha trocado su carácter de vengador por el de salvador, repuso sonriendo el mancebo: no es el temor que infunde el fanatismo, el lazo que á él nos une; es el de un amor puro y

santo, que inspira confianza, resignación y amor al hombre. Hoy no necesitamos altares de plata y oro para adorarle, difundimos la educación, alzamos casas de beneficencia donde se enseña y se consuela á la humanidad. Hoy le alabamos dando estímulos al trabajo que la moraliza y que le alzará un altar en cada pecho, y una corona en cada familia.—La agricultura y la industria, estaban en su infancia en el siglo de V.; el comercio era aquí desconocido, y la posición topográfica del Camagüey le tenía encadenado entre estos dos ríos: nosotros hemos hallado el modo de mejorar esa posición, abriendo vías de comunicación que á la vez de servir para exportar lo que producimos, estimulando esa misma producción, ensanchan el círculo de nuestros recursos, de nuestras esperanzas y de nuestras relaciones. ¿No ha oído usted hablar de la empresa del ferrocarril que tenemos entre manos? ¿de los proyectos de cruzar las razas de nuestros ganados para mejorarlas, premiando en públicas exhibiciones á los buenos criadores? ¿No ha presenciado usted ninguno de los exámenes de nuestros colegios, ni sabe el plan que tenemos de formar otros de niñas que den excelentes madres á la patria? ¿No ha pasado por nuestra plaza de recreo, que pronto estará concluída? ¿No

ha transitado por nuestros caminos, y encontrado en ellos nuevos puentes? ¿No lee nuestro periódico, y en él los rasgos de nuestro amor por la literatura, y ese espíritu de asociación y de progreso, que se infiltra en todas las clases de la sociedad, y que será fecundo en mejoras materiales y morales? Pronto se introducirán máquinas que ahorren brazos y aumenten los elementos de prosperidad y de riqueza, pronto volará el pensamiento de región en región, y el país que lo reciba tendrá que acogerlo y marchará, mal que les pese á muchos, si no á la par, cerca por lo menos de otros pueblos civilizados.

—Os oigo con gusto y veo razón en muchas de vuestras palabras. Grandes son vuestros proyectos, pero temo que en ellos os quedéis. Gracias si concluís ese ferrocarril de que oigo hablar con variedad, y cuya necesidad y ventajas comprendo tan bien como vos. ¿Mas por qué os afanáis tanto por terminarlo y no corre el país, como en otro tiempo hubiera corrido tras una idea buena, en masa á protejerlo? Noto con placer que se despierta cierto espíritu de asociación y de progreso, pero le falta un elemento que nosotros teníamos en todo su vigor y que vosotros menospreciáis: os falta fe, y esta es la que purifica y hace estables

las obras de los hombres, la que los obliga á amarse y á ayudarse mútuamente, la que les infunde patriotismo y virtudes cívicas. Es necesario que déis dos pasos más con el siglo para aprovechar los descubrimientos, grandiosos sin duda, de que me habláis y uno atrás para recoger esos destellos de fe que nosotros guardábamos y que deben alentaros, dando un fondo de moralidad á vuestras concepciones. Que un noble estímulo, no una rivalidad envidiosa, os haga mejorar las razas de vuestros ganados y aspirar á los premios de sus exhibiciones. Que la educación que déis á vuestros hijos, no se abandone á los maestros; es necesario que os intereséis vivamente en ella y que la hagáis extensiva á la clase proletaria; que sus principios se apoyen en el amor de Dios y en la moral de su Evangelio; pues por más que habléis de vuestros colegios, lo que yo noto es que los niños salen de ellos para entrar en los billares y casas públicas, para pasar en el ocio la mejor parte de su vida, perdiendo así el hábito del estudio y del trabajo y contagiándose con la lepra de la inmoralidad y del vicio. Nada hacéis con instruirlos, si no les dáis ejemplos moralizadores y los conserváis en buen camino. Pensad que de ellos salen los maridos de vuestras hermanas y de vuestras

hijas, los depositarios del honor de vuestras familias y de las esperanzas de vuestro país; los administradores de vuestras fortunas, y por fin los hombres que han de formar la sociedad Camagüeyana y realizar las miras que el Creador tenga respecto de este pueblo. Me agrada que eduquéis vuestras niñas, pero cuidad bien que esa educación sea sólida, para que ellas sepan formar vuestra felicidad, conservar vuestra honra, é infundir en el pecho de sus hijos amor á la patria, al pudor, á Dios y á los hombres. Leo siempre nuestro periódico y hallo en él algunos rasgos del amor por la literatura, pero sé que no la cultiváis con afán ni premiáis siquiera las dignas elucubraciones y desembolsos del hombre que consagra su vida y su tiempo á vuestra ilustración. Me alegraré que las máquinas ahorren brazos, para que prosperéis mejorando la suerte de nuestros esclavos; pero os lo repito, si no tenéis fe y moralidad, jamás tendréis costumbres, vuestras aspiraciones se quedarán en proyecto y una sociedad indolente, abyecta, viciosa y criminal será, si Dios no lo remedia, la que legaréis á los años que están por venir. Creedme, yo veo asomar una crisis para el Camagüey: tenéis muy buenos elementos, pero mezclados con otros pésimos: el acierto está en distinguirlos y en

adunar esa fuerza bienhechora que hoy os anima y os impele á grandes empresas con la fuerza moral que á nosotros nos inspiraba. Si esa unión falta, el Camagüey es perdido.

—Padre, está V. fatalista hoy y es raro para quien tiene siempre la sonrisa en los labios y la bondad en el alma.

—Es que, hijo mío, me tocasteis una fibra que traigo enferma hace días: yo quería explicaros que la alegría de la feria de que me hablasteis, tenía un fondo de impureza fecundo en desgracias y ruína: la quise comparar con la de otras épocas, pero me distraje, lo que es propio de mi edad y..... Es ya tarde; me voy á mi iglesia, que ya suena la oración.

El anciano se puso en pié, murmuró algunas palabras con los ojos elevados al cielo, y como si este lo bendijera se llevó la mano derecha á la frente, al corazón y los hombros. El joven lo acompañó, no sólo porque era ese su camino, sinó porque temía que la multitud de carruajes y de gente que entraban y salían por el puente, estropeasen al digno sacerdote. Al llegar á la iglesia de la Candelaria, donde tenía este su mansión, se detuvo, y señalándole un carruaje, le dijo:

—Observe V. el joven que va en ese quitrín, el de larga melena y bigotes.

El anciano fijó su atención.—Lo he visto y me parece conocerle, dijo después de un instante.

—Pues bien, añadió el mancebo, para que usted vea que áun tenemos fervor religioso, ese hombre, ese figurín que parece entregado al lujo y á la ociosidad, acaba de dar treinta onzas para la fiesta de la Virgen, hace cuantiosas limosnas y es el centro de las simpatías y de los placeres de este país.

El anciano miró tristemente á su interlocutor y acercando después el labio á su oído, profirió estas palabras:

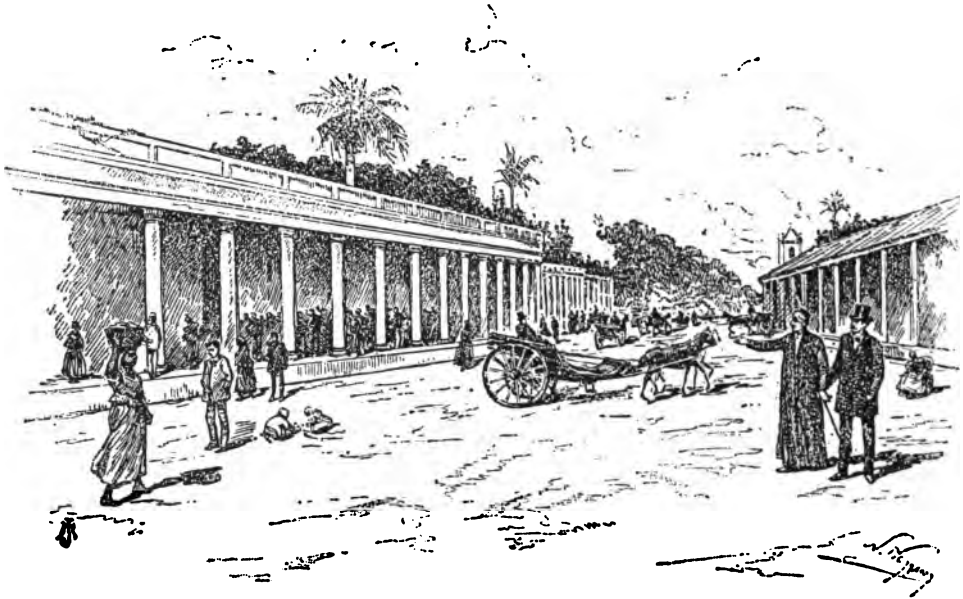
—En la senda donde el Señor ha colocado los pueblos, suelen aparecer hombres que preparan ó deciden sus destinos. Genios escepcionales, que dotados de cierta gracia simpática, de una inteligencia superior á su siglo y de un poder magnético, incomprensible, inspiran á las sociedades sus creencias, reflejan en ellas sus luces, las animan con su espíritu y las llevan de un paso al engrandecimiento. Hay otros que por los mismos medios aunque por distinto camino, contajian á los pueblos con sus costumbres, instilan en ellos el veneno de la corrupción y los pierden. En el Príncipe

tenemos hoy dos hombres, cada uno correspondiente al género que acabo de describir. Sus obras os harán conocer el primero, si no se extravía. El segundo.... es ese joven que acabáis de señalarme.

—Una palabra, replicó el joven.

—Ni media, sobre este particular, contestó el anciano, y la puerta se cerró tras él.

Nuestro caballero siguió por la calle de la Caridad confundido entre los grupos de devotas que á rezar la novena se dirigían al templo.



CALLE REAL Y ALAMEDA DE LA CARIDAD.

Dibujo de Menocal.—Copia de Vázquez.

II.

EL BAILE.

.....Cual azucena,
que al soplo regalado
del aura matinal mueve su frente
que coronó de perlas el rocío,
así, de gracias celestiales llena,
giras ufana, y la expresión escuchas
de admiración y amor y los suspiros
que vagan junto á tí.....

Heredia.

PENSATIVO habían dejado al joven Carlos Alvear las últimas palabras que oyó al anciano de quien acababa de separarse. Y razón para ello tenía: el padre Vreaidieu era uno de esos sacerdotes modelos, que jamás mancharon su vida con una impureza, sus labios con una falsedad, ni los desplegaron para otra cosa que para infundir virtudes y fe. Hijo de un caballero francés que se avecindó en Puerto-Príncipe y allí escogió su compañera, había recibido una educación esmeradísima, que perfeccionó en sus viajes por países extranjeros. Cierta vocación secreta é íntima le hizo ministro

del Señor y aunque su buen talento y vasta ilustración parecían prometerle un elevado puesto social, su carácter modesto y contemplativo le inclinaba á la vida retirada y tranquila, desde donde derramaba en secreto el bálsamo de la caridad evangélica y hacía refluír sus luces sobre algunos jóvenes camagüeyanos á quienes daba una clase de filosofía.

En la época en que hablamos, frisaba el padre Vreaidieu en los ochenta años, y ya desde muy atrás, después de repartir sus bienes entre los pobres, vivía exclusivamente consagrado á cuidar la iglesia de la Candelaria, de donde salía tan sólo á respirar el aire de la tarde en el puente de la Caridad y allí con frecuencia encontraba algún antiguo conocido con quien conversar, hasta el toque de la oración. Carlos Alvear había sido uno de sus discípulos y hé aquí el motivo de la entrevista que describimos en el anterior capítulo y la razón porque le preocupaba tanto su modo de juzgar al caballero del carruaje.

Mas á medida que en ese juício reflexionaba, íbase persuadiendo de que era infundada la opinión del padre Vreaidieu.

¿Cómo, pensaba Carlos, sabe ese santo sacerdote que vive retirado del mundo, lo que es ó puede

ser César Morgán? ¿De dónde le conoce, cuando hace tan poco tiempo que ha llegado á Puerto-Príncipe, ni cómo puede juzgarle desfavorablemente, siendo tan simpático y revelando su posición y sus modales un origen decente y una educación culta? Cierto es que hay antipatías: á mi mujer le desagrada también ese caballero, á pesar de sus constantes atenciones con nosotros. Pero vamos... ya lo adivino todo: Vreaidieu es su consultor, las mujeres son impresionables, cavilosas, y aquí está el misterio.

En la persuasión de haber herido la dificultad, apresuró Carlos el paso, y entrando por un portal sostenido por bonitas columnas de madera, puso el pié en el umbral de una puerta, que era la única que aparecía entornada y triste enmedio de la común alegría que respiraban esa noche, todas las del barrio.

Carlos entró en la sala.

En el centro de esta, sentada junto á un velador de caoba y á la luz de un quinqué colocado sobre él, leía el libro *La perfecta casada* de Fray Luís de León, una joven, vestida con un peinador de estremada blancura: rodeaba su garganta de marfil un cuellito de punto negro, cerrado por un alfiler de azabache. Esta joven era Luísa de B.

esposa de Carlos de Alvear. Al sentir las pisadas de este, volvió su semblante angelical: sus negros y rasgados ojos, se fijaron en los de su marido y aunque encontró en ellos una mirada de reconvención, fué disipada por una sonrisa llena de gracia y bondad.

—¿Cómo has pasado el día? le preguntó, antes que él le dirigiera la palabra.

—Como un ermitaño, contestó Carlos, colocando su sombrero sobre el velador. Hoy no puedes tener quejas de mí, añadió, deslizando su mano por los lindos cabellos de Luísa: fuí á ver á tu hermano, que por una casualidad supe llegaba de la Habana, de lo que nada me habias dicho; comí con él, pasé la tarde conversando con el padre Vreaidieu, y aquí me tienes muy dispuesto á sacarte esta noche de tus casillas, porque realmente me duele ver, que no obstante tus veinte abriles, quieras llevar á mi lado vida tan triste. Creerán las gentes que soy un mal marido, se explicarán esa palidez que hay en tu semblante y que sin embargo lo embellece, como la huella de internos sufrimientos, y quiero que tu hermano, á quien tanto considero y estimo te encuentre alegre y feliz... Es necesario variar de vida, yo te prometo hacerlo también, añadió en voz más baja,

y con cierto rubor. Sí, es necesario que te diviertas como yo, que desaparezca el luto de esta casa, que olvidemos lo que tanto..... nos ha hecho sufrir.

—Esto es lo que vengo yo á hacer, gritó la voz chillona de una señora, que hubo de oír las últimas palabras y entró á ese tiempo en la sala, acompañada de una joven lujosa y elegantemente vestida. Sí, es necesario que te diviertas. ¡A ver!.... ¿dónde están los criados de esta casa?... Mira, oye, abre esta puerta y esas ventanas..... enteramente. Pon luz en esas bombas... lleva tres de ellas al portal, saca unas cuantas sillas, y tú, Leocadia, añadió tocando en el hombro á la joven que con ella había venido; vete con Luísa al tocador, hazle poner su mejor vestido, y al baile.

—Pero, señora, murmuró Luísa con una voz dulcísima, si me agrada más esta vida, ¿á qué?...

—¡No hay señora que valga! vístase V., que yo lo mando: la opinión de mi hijo, añadió acercando sus labios al oído de Luísa, está sufriendo, y es necesario que V. la restaure.

—¿En qué forma? exclamó Luísa sobresaltada.

—Se dice que está arruinado, que en estos días ha hecho grandes pérdidas, que V. huye de la sociedad, y vive en la pobreza, y es necesario que

el pabellón de nuestra familia quede en el lugar que corresponde. Fuera ese cuello negro. Angeles al cielo, y al baile nosotras. ¡Pues no faltaba más! añadió la señora abriendo y cerrando precipitadamente el abanico.

—Si en eso consiste, insinuó Luísa, reprimiendo una lágrima; haré lo que V. me manda: entró con Leocadia en el aposento, mientras que su suegra y Carlos se sentaron en el portal, después que las criadas dejaron cumplidas todas sus órdenes.

Era la madre de Carlos una señora de carácter altanero, fundado en tradiciones de familia, que le inspiraron la convicción de que pertenecía á la nobleza; y muy pagada de sus escudos de armas, pintados al capricho, y con brocha no muy fina, en la pared de su casa. Algunos forasteros, sin duda con ánimo de divertirse, le hicieron creer que había nacido cortesana, y la pobre mujer se daba importancia de tal, aunque no pocas veces rebajaba su mal entendido orgullo hasta el extremo de cometer las mayores humillaciones, para atraer á su casa personas de representación, menospreciando la modesta honradez de sus propios paisanos y parientes. Mujer que creía dar el tono en la buena sociedad del Camagüey, mujer cuya

voz se escuchaba en todas partes, advirtiendo ó mandando puerilidades y la que realmente era atendida por la linda cara de su hija Leocadia, criatura verdaderamente celestial, que revelaba en sus ojos la pureza de un alma de virgen y á quién hacían sufrir y no poco las exigencias de D.ª Petrona. Tal era el nombre de esa señora trigueña, flaca y tiesa, que cubiertos de flores los cabellos y los dedos de brillantes, miraba con cierto desdén á los *indios* (según su frase) que se dirigían esa noche á la iglesia de la Caridad.

—No puedo civilizar á tu mujer, decía D.ª Petrona á Carlos, por más que hago: tiene tal repugnancia á todo lo que es buena sociedad, que hasta Morgán, ese hombre que todo el mundo considera y celebra, ha dejado de visitar tu casa, porque muchas veces le ha recibido con frialdad, y poco faltó en alguna para que le diera con la puerta en la cara.

—No creo yo tanto.

—¡Oh sí! y es necesario que le hagas entender, las miras que tiene ese caballero respecto de nuestra familia: está loco perdido por Leocadia, y aunque no quiero violentar su corazón, haré cuanto pueda para enlazarlos. Se conoce que es un gran capitalista, un hombre de mundo, y temo

que mi hija se pague de alguno de estos perdularios sin origen, posición y porvenir, que por desgracia estamos condenadas á tratar frecuentemente.

—Hay de todo, contestó Carlos. Cierto es que abundan en el Príncipe jóvenes, que á pesar de pertenecer á las mejores familias y estar dotados de excelente alma, carecen de instrucción y de ese roce delicado que el buen trato inspira; pero no es de ellos la culpa. Cierto es que algunos se abandonan á la esperanza de recojer una herencia; que dejan los bancos de la escuela, por la sala del billar; que de allí salen para elejir una esposa, sin buscar ni comprender su corazón ni preocuparse de la felicidad íntima. De una familia con tales elementos formada, ya se presume lo que puede provenir.

Hay otros menos afortunados, pero más virtuosos, que viven en la oscuridad, por su pobreza y timidez, en tanto que la osadía del forastero brillante, les arrebata el amor á que aspiran, privando al país de una esperanza y de una familia honrada. Pero existen también no pocos jóvenes, que reunen todas las buenas cualidades para formar la dicha de mi hermana, y yo no repugnaría concederles una hija, si la tuviera.

—Pues hijo, en verdad te confieso, que la juventud de Puerto-Príncipe, en el estado en que hoy la miro, debe ser la pesadilla de todo padre que tenga hijas casaderas.

—No estamos muy desacordes en la generalidad, pero hay excepciones, y honrosísimas para nosotros. Yo conozco un joven entre otros.....

—Sí, ya sé de quien quieres hablarme, del recién llegado, de tu cuñadito: muy juicioso y mucho talento dicen que tiene.

—Y con su carrera hecha.

—Sí: pero tengo miras más elevadas.

—El Rey de Roma, exclamó Carlos, al ver que un carruaje se detenía á la puerta y del que bajó un joven como de veinte años, elegantemente vestido.

—¡Oh está V. hecho un hombre! dijo D.ª Petrona al verlo.

—Para servir á V., señora.

Apenas estas palabras fueron pronunciadas, se oyó una voz vivamente conmovida que salía del aposento.—Entra, Fernando, dijo Luísa corriendo á la puerta y arrojándose en sus brazos. Esos dos corazones palpitaron de placer el uno junto al otro, y sus lágrimas y sus caricias se confundieron. Fernando, al fin, se desprendió del pecho de

su hermana y entonces, advirtiendo que estaba acompañada de otra joven.

—Excúseme V., señorita, dijo á esta, si antes no he saludado á V.

—Esta señorita tan linda, dijo Luísa todavía con voz mal segura y el rostro radiante de alegría, es mi cuñada Leocadia á quien tú conoces tanto.

—Al baile, gritó D.ª Petrona.

Y Fernando le ofreció el brazo para conducirla al carruaje.

—Luego recordarán Vds. sus tiempos, dijo Luísa sonriendo. Esta noche bailarás con él ¿no es cierto Leocadia?

—Con mucho gusto, contestó ella.

—Niña, advirtió D.ª Petrona, acuérdate que primero es.....quiero decir, añadió con la lengua algo embrollada, quiero decir, que la primera la tienes con Morgán.

D.ª Petrona era madre que llevaba la cuenta de las danzas de su hija.

—Nada me ha dicho, mamá, murmuró la joven al entrar en el carruaje.

—Hasta el baile.

—Adiós.

El carruaje partió y tras él otro que conducía á Carlos y Fernando.

La casa donde tenía lugar el baile, estaba radiante de luz y de alegría. En las columñas del portal, se habían formado arcos de palmas de donde pendían guirnaldas de rosas y jazmines, iluminadas por globos chinescos de seda trasparente de diversos colores; subíase desde la calle á la puerta por una gradería cubierta con un tapiz carmesí y adornada con jarrones, que sostenían hermosas plantas. A la entrada se veía una preciosa glorieta de indescriptible gusto, y por todas partes espejos y preciosos cuadros. Acababa de llegar el carruaje de D.ª Petrona, cuando advirtiendo desde él que un caballero entraba en el salón—¡Morgán.....! gritó llamándole, tenga V. la bondad.....

El caballero se acercó á ofrecerle la mano, á tiempo que Carlos y Fernando se presentaron con el mismo objeto.

—Tome V. á Leocadia, dijo D.ª Petrona á Morgán, yo tengo aquí á mi hijo.

Leocadia obedeció dando el brazo á Morgán, pero con el pretexto de arreglar la falda de su vestido, volvió la cabeza, encontrándose sus ojos con los de Fernando.

Este dió el brazo á su hermana y así entraron en el salón.

Por fin se acomodó D.ª Petrona y su familia, lo que no fué muy fácil, pues la concurrencia era inmensa y D.ª Petrona había de elejir el mejor puesto, para ver, ser vista, escudriñarlo todo y llamar incesantemente la atención.

—Caballero Morgán, dijo D.ª Petrona apenas se había separado aquel de ella, ¿tiene V. la complacencia de hacerse cargo de nuestras mantas?

—Inmediatamente vendrá un criado por ellas, señora; descuide V., quedarán bien guardadas, repuso Morgán, alejándose y desapareciendo del salón entre la multitud que lo llenaba.

El baile empezó y empezó con vals, lo que era un apuro para D.ª Petrona, que no sabía estar tranquila en ninguna parte. El apuro consistía en que Leocadia no bailaba la primera pieza, como era de rigor, con Morgán que no aparecía por el salón.

La pobre niña consultaba sin cesar los ojos de su mamá por entre el circulo de jóvenes que la asediaban, pidiéndole danzas; pero D.ª Petrona siempre impertérrita contestaba negativamente con el abanico, y estirando el pescuezo y abriendo los ojos buscaba á su Morgán entre los grupos que llenaban la sala.

—¿Diga V.? preguntó á uno de los jóvenes que

pedía el vals á su hija: ¿qué bestia dirije la orquesta esta noche?

—¿Por qué, señora?

—¿No oye V. que comienza por vals?

—Es César Morgán.

—¡Ah! pues entonces.....

—¿Mire V., mamá? dijo Leocadia, entre alegre y admirada, ¡mire V. quien viene valsando y qué hermosa pareja!

—¿Quién, hija mía?

—Luísa y Fernando.

—Verdad que es un apuesto joven, no pudo menos que confesar D.ª Petrona.

—Y ella lindísima. ¿Verdad mamá? Cada día estoy más orgullosa de tenerla por hermana: á un alma de ángel, añade Luísa tanta belleza, tal modestia y un aire tan distinguido, que daría cuanto poseo por ser así. ¡Lástima que no sea más feliz! murmuró imperceptiblemente Leocadia.

—Calla, niña, ¿qué entiendes tú de eso?

—Leocadia, dijo un caballero interrumpiendo esta conversación y acercándose á la joven, hasta Luísa, á quien no veíamos desde la muerte de su niño, valsa esta noche, y V. rehusa hacerlo.

—Bien quisiera complacer á V.; pero no tengo yo la culpa, respondió sonriendo: otra vez será.

En efecto, hacía algún tiempo que Luísa no se presentaba en ninguna reunión, pero la alegría que experimentó al ver á su único hermano, después de una larga ausencia; el placer con que se hablaban, y el deseo de estar junto á él le inspiró la humorada de proponerle ser su compañera en ese vals, con lo que realizó además la idea de que las jóvenes camagüeyanas le conociesen.

Así sucedió: la pareja á que nos contraemos llamó especialmente la atención, no sólo porque era realmente bella, sinó por ser nueva.

El vals que se tocaba, era una inspiración felicísima de un joven camagüeyano, que supo introducir en esta pieza con no poca maestría, algunos aires del *Pirata*. Valsaban Luísa y Fernando con la sonrisa en los labios y el placer en el alma; así que, cuando cesó la música, corrió la primera al aposento, donde estaban las señoras mayores, en busca de una silla en que se dejó caer, como si despertase de un profundo sueño.

Ella misma había escogido á Fernando una encantadora joven para la primera danza. Pero ¿de cuál de las camagüeyanas no podría decirse lo mismo? Creemos que en ninguna parte del mundo, y con orgullo lo escribimos, se ven reunidos tan perfectos tipos de belleza, como en el Camagüey.

—Allí se confunde esa hija predilecta de los Trópicos, de mirada ardiente, de negro cabello y voluptuosas formas, con la rubia de ojos azules, pálida frente y delicados contornos, y en todas se advierte esa gracia seductora, esa amabilidad afectuosa, que realzan siempre sus naturales atractivos.

Morgán, que hubo de ser encontrado por alguno de los agentes de D.ª Petrona, se presentó de nuevo en el salón y bailaba con Leocadia, en quien no se percibía en ese momento su habitual jovialidad, y eso que su elegante compañero no cesaba de murmurar en su oído tiernísimas palabras, que dibujaban una sonrisa forzada en sus labios, ó encendían sus mejillas de rubor.

Corta fué la danza para los bailadores y larguísima para la pobre Luísa, que desde que principió no cesaba de hacer buscar á su marido, para que la acompañase á su casa.

Oyola Morgán y acercándose, le dijo:

—No se canse V., Luísa, yo únicamente sé dónde está Carlos: tiene V. que dirigirse á mí, aunque le pese.

—Pues hágame V. el favor de decirle que le aguardo.

Morgán volvió dentro de un instante, á tiempo que Luísa se despedía ya de su suegra.

—Tengo, señora, dijo, la honrosa comisión de acompañar á V.; á Carlos le es absolutamente imposible dejar la banca ahora.

—Pues tenga V. la bondad de llamar á mi hermano.

—Baila con Leocadia; véalo V.

—Pero, niña ¿tiene algo de particular, exclamó D.ª Petrona, incómoda, que este caballero te acompañe? Basta que yo le distinga, añadió al oído, para que nadie de mi familia pretenda desairarle.

—Es que estoy acostumbrada ..

—Tómela V. Morgán; llévela V. y cuidado... ¿Eh?

Morgán tomó el brazo de Luísa y atravesando la sala, pidió permiso á un grupo de jóvenes que estaban en la puerta, y que fijaron en Luísa una mirada en que se reflejaba la admiración y la malicia.

Morgán y su compañera salieron.

Bailaban entre tanto Fernando y Leocadia y un instante en que sus ojos se encontraban, le dijo Fernando.

—No me canso de mirar á V., Leocadia, y debe ser, porque me parece increíble que aquella criatura de cabellos de oro, de ojos azules y tez de nieve, cuyo cuerpo delicado, como el tallo de la

azucena, parecía quebrarse al contacto del aire, haya llegado tan felizmente á su desarrollo. Conserva V. la pureza angelical de la niña que conocí, y ha adquirido los encantos de la mujer que yo debía... esperar...

Y antes de concluir el sedazo, la dejó en su puesto.

—¿Con qué no he variado? preguntó Leocadia reanudando la conversación.

—Físicamente muy poco: sus cabellos es verdad se han oscurecido algo, así como sus pupilas, y noto el resplandor de nuestro sol en las mejillas de V...

Fernando al hacer este examen contemplaba precisamente los encantos de Leocadia, y una emoción desconocida humedecía sus ojos... Soy un insensato, pensó: me olvido de todo. Mas ¿por qué me mira así? ¿por qué es tan bella? ¿qué quiere decir esa sonrisa y esa expresión celestial que me embriagan? ¡Ah! No, yo no debo bailar con Leocadia.

Mas en la necesidad de seguir, era lo peor que Fernando iba subiendo la danza y que al bajarla no tendría las interrupciones, propias de este baile.

Fernando temía, en efecto, hablar á Leocadia:

su cuñado le había enterado de los deseos de doña Petrona, él mismo observó algo, y debía y quería respetar las intenciones de una familia que era la suya. Pero cuando más firme estaba en su propósito, recibía en sus mejillas aquel aliento embalsamado, miraba aquella boca, siempre dulcemente risueña para él, sentía, sin ver, el resplandor de aquellos ojos que buscaban los suyos, y llevaba entre sus brazos aquel cuerpo de virgen que parecía abandonarse sobre ellos con entera confianza.

Esta situación era difícil. El candor de Leocadia le impedía comprender exactamente lo que sentía y lo que expresaba, mientras que Fernando, leyendo en sus ojos amor, y amor en su corazón, ardía él también en ese divino fuego. Mas ¿para qué acoger este sentimiento que no debía bendecir el cielo? ¿A qué emponzoñar con una palabra, por pura y sincera que fuese, la vida de esa joven, poniéndola en contradicción con su madre? ¿Cómo destruír un enlace que juzgaba solemnemente concertado?

Esto repugnaba á sus principios, y su corazón contrariado por el deber, sostenía una lucha terrible. Aquella alma era suya, completamente suya. Así por lo menos lo adivinaba. Y no crean nuestras lectoras que fuese esta una de esas pa-

siones de novela, inspirada por la simpatía de un momento, no. Existía entre Fernando y Leocadia esa simpatía, pero había algo más, el lazo de un recuerdo tan poderoso como íntimo, que no comprenderán los que no lo hayan sentido. En las miradas de Leocadia advertía Fernando, mezclada con cierta timidez que el amor infunde, la memoria inocente de un cariño enjendrado en la niñez. Leocadia decía en sus ojos á Fernando: «Yo te reconozco; yo te esperaba, yo soy feliz, porque estoy junto á tí»; «yo te amo», y nuestro joven la comprendía y estrechaba sin querer, entre la suya, la mano trémula de Leocadia.

Hay, sin duda, una segunda vista en lo profundo del alma, cuyos fenómenos no han podido los hombres explicar aún; pero que el amor les revela. Hay conversaciones secretas é íntimas sin palabras y sin voluntad en que dos corazones se reconocen, se tocan y se identifican y relacionan, sin que el labio tenga que decir yo te amo, ni la inteligencia darse cuenta de este sentimiento.

Esto le sucedía á Leocadia, esto comprendía Fernando, que así pensaba mientras que ella no sabía explicarse ese silencio y temblaba de que cesara la danza de un instante á otro, sin que una palabra expresase la emoción tan dulce como mis-

teriosa que experimentaba y que creía adivinar en Fernando.

¡Ah! ¿qué viene á ser la palabra humana en ese instante supremo, en que los ojos encendidos se revelan con una lágrima del corazón y por la vez primera, el afecto más puro y sublime que el cielo ha concedido á los mortales? La frase entonces parece fría: es necesario sentir y enmudecer ó dominar esa impresión inefable.

Hé aquí lo que hicieron Leocadia y Fernando.

Ella fué la primera en interrumpir el silencio.

—¿Con que yo he variado tan sólo físicamente?

—¡Sí, Leocadia!

—Pues yo le encuentro á V. lo mismo que le esperaba: muchas veces hablando con Luísa le decía: me parece que veo á tu hermano tal como debe ser hoy, tiene tus ojos, estará más trigueño y su barba será negra como tu cabello. Así es que á pesar de que V. no me conoció esta noche, yo al instante.....

—Es verdad, dijo Fernando, y buscando otra idea que cambiara la conversación, ¿con qué se casa V.? le preguntó sonriendo.

—¡Yo! esclamó Leocadia.

—¡Sí! el caballero Morgán ha pedido á su mamá permiso.....

—Sí, es muy amable, muy fino, muy caballero; mamá le estima; pero yo.....

—¿Usted? debe quererle, ¿verdad?

—¡Yo!.. no sé, dijo Leocadia ofendida, y reprimiendo un suspiro, añadió: Hablemos de otra cosa.

—Leocadia, nosotros no debemos hablar de nada.

La danza cesó.

—¿Por qué? preguntó Leocadia.

—Porque no debemos, y Fernando desapareció del baile.

Dos horas después, decía D.ª Petrona á un joven que acababa de traerle una copa de agua con la correspondiente de Jerez.

—Gracias, no quiero ir á tomarla al tocador, porque no me parece de buen tono que una señora deje su silla, con este objeto. Ahora me va V. á hacer el favor de llamarme al caballero Morgán.

—Señora hace mucho tiempo que no le veo en el baile.

—Desde que fué á acompañar á mi nuera, tampoco le he visto yo; pero búsquelo V. que no debe andar lejos.

—No está aquí, señora.

—Pues llame V. á mi hijo.

—Tampoco le he visto.

—Pues tráigame V. al Sr. D. Toribio que es dueño de la casa.

—Aquí lo tiene V., dijo tomando del brazo á un hombre de alta estatura, regordete, de cara encendida, ojos chispeantes y abdomen prominente, que envuelto en su levita de cúbica se paseaba por el salón.

—Qué se ofrece á miseña Petrona?

—Que me traiga V. á Morgán ó á mi hijo, que me quiero retirar.

—Es imposible, me expongo; la sala está llena de gente y la banca muy comprometida.

—¡Válgame Dios! ¿Y quién me acompaña?

—Yo, señora.

—Y mis mantas.

—Voy por ellas. Trájolas en efecto, y colocando sus manos en la cintura á manera de jarra, atravesó con aire triunfante el salón, abriéndose paso con su barriga y llevando de un lado á D.ª Petrona mientras que otro caballero dió el brazo á Leocadia.

El baile concluyó, las puertas se cerraron; pero cualquiera que á esas horas y áun más tarde hubiera pasado por la calle, habría observado una ventana iluminada en uno de los costados de la casa, y bajo de ella paseándose un bulto negro

que se acercaba por momentos á oír el ruído del oro, que corría sobre el tapete y la baraja, y con él la suerte de aquellas mismas familias, que en el seno de la más cordial alegría, se entregaban á los placeres de la cubana danza.

III.

LA CASA DE CÉSAR MORGÁN.

No hay felicidad sin la paz y el contento del alma, no hay paz ni contento sin virtudes, sin virtudes no hay amor ni constancia en el trabajo, y sin trabajo no hay riquezas verdaderas. Llámennos en buen hora opulentos y felices aquellos que trastornando el nombre de las cosas, pretenden arrullarnos con el acento de estas palabras encantadoras; pero el hombre reflexivo que sabe distinguir las operaciones de la naturaleza, de los esfuerzos de la industria; y que no confunde las combinaciones de la prudencia con los resultados de las circunstancias, jamás dirá que es feliz un pueblo, donde hay dolencias morales tan difíciles de curar, como de grave trascendencia. La que ahora lamento, es de las más funestas, porque sus consecuencias son terribles: la más general de todas, porque se juega desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio, y quizá también la de más difícil curación porque aunque este vicio no es de aquellos que tienen su fundamento en la naturaleza, está sin embargo más arraigado entre nosotros, y no es probable que en todas partes se persiga con igual tesón, y cuando así sea, puede practicarse ocultamente, burlando algunas veces los desvelos de la autoridad.

SACO.

Memoria sobre la Vagancia en la Isla de Cuba, premiada por la Sociedad Patriótica de la Habana.—1831.

ERA la casa de César Morgán en la feria que describimos, el *rendez-vous* de la juventud masculina de Puerto-Príncipe. Estaba en uno de

los ángulos de la plaza de la Caridad: entremos en ella. Después de pasar un ancho portal, se encuentra una sala espaciosa, en cuyas paredes se ven, sostenidos por largos cordones color de rosa, dos espejos circulares y algunos cuadros que contienen finos grabados. Contémplase en el primero una encantadora joven rubia, saliendo del baño; descuellan sus formas entre las flores y el ramaje que cubren la orilla del río. Otro figura una odalisca en el tocador, con la cabellera destrenzada sobre la espalda y en actitud de peinarse. Otro una india reclinada en una hamaca, y el último es el retrato de Morgán dibujado con cierto estudio. El pintor ha dado á su semblante el velo del romanticismo entonces muy en boga: su larga cabellera cae sobre el cuello, y su mirada es lánguida y melancólica. No hay completa semejanza entre este retrato y el original.

Un velador y sobre él un quinqué con su pantalla chinesca, un sofá de caoba, varias sillas, unos cuantos columpios de mimbre y un hermoso reloj incrustado en una peña de bronce, y sobre la cual se ve reclinado un bandido italiano en el acto de preparar su carabina, tal es el menaje de esta sala.

A través de dos cortinas cruzadas de gasa azul

y blanca se distingue cerrada la puerta del aposento. Necesario es que observemos por el ojo de la llave de esta puerta infranqueable en ese instante para todo el mundo.

Veremos á un hombre de regular estatura dejar su cama de bronce, para dirijirse á un sillón giratorio, colocado frente á un espejo: ese hombre lleva un gorro griego, color de grana y bordado de oro, y aunque se sienta de espaldas á la puerta, podremos hallar en el espejo su semblante pálido, sus ojos azules, vivos y penetrantes, sus facciones finas y su pecho encendido, y extremadamente desarrollado. Podríamos observar como extiende su robusto brazo, cuya musculatura de hierro se trasluce por el finísimo olán de su camisa, para tirar de un cordón de seda verde, y notaremos, en fin, que al instante sonó una campanilla y se abrió una puerta lateral para dar paso á un joven como de veinte y dos años, que vestido con pantalón y chupa blancos, cerró aquella apenas hubo entrado é hizo una respetuosa cortesía á César Morgán. Abriendo luego un *neceser* que estaba sobre una mesita de campaña, sacó de él una vacía de plata, una brocha y dos navajas.

—¿Nadie ha venido? preguntó Morgán al joven.

—Sí señor, Jorge.

—Pues date prisa y trae esos periódicos.

El mancebo tomó de la mesita de noche un paquete de aquellos no sin quitar de encima un par de pistolas, y mientras que Morgán rasgaba la tira que formaba su cubierta y leía uno, el joven colocó sobre su espalda una capa blanca perfectamente ajustada al cuello. Quitándole luego el gorro, descubrió un cráneo rasurado, en el que aparecía imperceptiblemente un escaso vello. Después echó polvos en una jabonera de cristal, mezclolos con agua y algunas gotas de bálsamo, introdujo la brocha y aplicándola á la cabeza de Morgán, la cubrió de blanquísima espuma. En diez minutos quedó aquel cráneo terso y luciente, como el espejo en que se contemplaba.

Luego el mancebo tomó otro pomo del *neceser* que tenía la tapa en forma de regadera y sacudiéndole sobre un cepillo negro, humedecido con cierto líquido, frotó las cejas y la barba de Morgán, que era espesa y cubría la mitad de su semblante hasta el extremo de hacer imperceptibles los labios, colocándole por último una peluca de negra melena.

Morgán dejando la silla, púsose una bata de seda.

—Entre Jorge, dijo.

El mancebo salió para dar paso á un hombre

alto, de frente estrecha, ojos chicos, pobladas cejas y anchas patillas abiertas en la barba. Vestía un pantalón de cotín azul y una camisa corta de lo mismo, que dejaba ver otra blanca con botones de oro, traía espuelas de plata bien ajustadas á una bota de becerro amarillo y saludando con su sombrero de guano del país, acercose á César.

—¿Hay novedad? preguntó este en voz baja.

—No falta.

Morgán contrajó las cejas.

—No puedo contener mi gente, añadió Jorge: antes de anoche jugaron en un pueblecillo, hubo pérdidas, y al volver por la madrugada, asaltaron á unos pasajeros..... Recogieron algunas pesetas y prendas, y yo les quité estas últimas enterrándolas al pié de un árbol, por haber faltado á la orden de V..... Carecen de dinero, y como se nos ha condenado á vivir en la inacción, hé aquí el motivo de todo.

—¡Canalla! murmuró Morgán, hiriendo con su planta el suelo, ¿carecen de dinero? ¿Y por qué no lo piden?

—No sabemos pedir, el mundo es nuestro: los ricos guardan en sus talegos el sudor del pobre y el bárbaro poder con que nos oprimen, y es necesario que nos hagamos justicia. Ellos nos abando-

nan á nuestra miseria en la niñez, y dan al lujo lo que nuestras necesidades reclaman. Nacemos para el bien, pero su ejemplo y su abandono nos corrompen: que sufran, pues, los efectos. Estas son máximas de V., y unos porque las entienden, otros por las malas compañías ó por vicios de educación, es lo cierto que todos las seguimos al pié de la letra.

—Te has vuelto filósofo, y moralista, Jorge, y quiero cortarte el discurso antes que lo concluyas con las quejas de siempre. Que yo paso la vida en el regalo, mientras que ustedes la arrastran en la montaña como si no fuera lo mismo robar en el garito que en el camino, como si hubiera diferencia entre el manejo del puñal y el trabuco, y las emboscadas del *matojo*, los pases de las *brujas* y los lances del juego. ¿Estaréis vosotros más expuestos allí que yo, que vivo entregado á mis enemigos y que velo y trabajo incesantemente para que holguéis? Sois unos bestias, y si no os sujetáis á mis órdenes, os apretarán el cuello. Es necesario discreción, prudencia.

—No puede haberla sin dinero.

—Abre esa gaveta y toma lo que baste para tí y tus compañeros en una semana, y cuidado si oigo hablar de robo ú otro lance cualquiera que

revele la existencia de mi partida por aquí. Al frente de la Isla está un hombre que nos persigue encarnizadamente y es necesario que nos crea fuera de ella. ¿La otra partida?

—Está en Baracoa con la misma reserva, respondió Jorge, tirando de la gaveta de la mesita de noche, de donde sacó dos puñados de onzas que introdujo en una cartera de piel.

—Bien! Vds. dispuestos siempre; puede que dentro de pocos días y acaso breves horas, los necesite: tengo un proyecto entre manos.

—Estaremos prontos: armas y buenos caballos nos sobran: en ninguna parte de la Isla los hay mejores que en el Camagüey. Obediencia no falta.

—Eso quiero: preven siempre la mayor vigilancia al garitero. ¿Has traido las *brujas*?

—Una gruesa hay en mi maleta.

—Da la mitad al garitero, la otra á Juan, y diles que cumplan su deber. Es necesario comprar todas las barajas que hay en la tienda de la calle de la Caridad, y vender á cualquier precio algunos *libros* en la bodega que está frente á la casa de mis bailes. Esta es operación de dos personas, arréglalo tú y adiós.

Jorge le apretó la mano y salió para entrar en un gabinete que conducía al patio primero; en el

segundo estaba la caballeriza, á donde Jorge iba por su caballo.

Al llegar allí, sacó una ancha y tostada *vejiga* y de ella dos largos *vegueros:* puso uno en las manos del hombre que cuidaba los caballos, el que valiéndose de su yesquero hizo candela y se la ofreció.

—¿Qué tal, Fanni? dijo Jorge, pasando su mano por el cuello de una hermosísima yegua negra.

—Deseosa de correr, contestó el caballerizo, y agraviada con el amo, porque la dejará pronto.

—¿Y por quién?

—Por Camagüey, allí lo tiene V. Es el animal más bello y de mejor condición que en mi vida he visto. Examínelo V.; y le enseñó, en efecto, un potro color de oro, de hermosa y espesa cola, que enderezó sus pequeñas orejas, apenas sintió la mano de Jorge.

—Observe V. esa pupila viva, inteligente, centelleante, esos cuartos, estas cañas delgadas y fuertes, estos cascos de hierro, altos y torneados, y comprenderá que su sangre y su raza son inmejorables.

—Pero no me parece aquella pura.

—Es mestiza. Camagüey es hijo de un caballo extranjero y de una yegua del país, y los cama-

güeyanos dan á su descendencia el nombre del famoso descubridor de América, segun oí decir al amo.

—De suerte que este caballo se llama Colón, observó riéndose Jorge.

—Se llama Camagüey, y es de la familia del *Colón*.

—Bravo, dijo Jorge, y poniendo su mano izquierda en la albarda de su moro, dió un salto y á buen trote salió á un camino.

Serían las doce cuando llegaron á la puerta de la casa de Morgán varios carruajes que conducian algunos jóvenes vestidos en traje de verano; levita ó *chupa* de tela real ó dril blanco, pantalón y chaleco de lo mismo, corbata azul ó rosada y sombrero de paja. Hé aquí el traje de los temporadistas.

Morgán los recibió con la amabilidad de costumbre, siempre tenía una palabra mágica para cada uno. Para el enamorado, algún recuerdo ó noticia de su amante: para el jugador cínico alguna fábula de feliz fortuna ofrecida por los naipes. Estas historias se humedecían siempre con espumoso champagne ó pórter, y así ganaba Morgán el corazón de los camagüeyanos y hacía el suyo depositario de los secretos de nuestra sociedad.

—¿No ha venido Carlos Alvear? preguntó uno de los recién llegados.

—Ni creo que vendrá, dijo otro.

—¡Oh sí! contestó Morgán, ha ofrecido presentarme á su cuñado, que llegó ayer de la Habana.

—Por cierto, observó uno, que es un fátuo: dicen que la echa de hombre de provecho, y de moralidad; yo no le conozco, ni lo deseo.

—Ya lo arreglaremos, dijo un tercero, deja que D. César lo tome de su cuenta.....

—Y es verdad: lo que es en su casa, ha hecho copo: ni mujeres, ni hombres, se han escapado de su magnetismo.

—A propósito. Ya saben Vds. el *pastel* que hizo Carlos, anoche.

—Yo sé de dos, murmuró uno.

—El gordo, perdió seis mil pesos.

—¿Y quién fué el mortal feliz?

—Eso no se pregunta donde está César Morgán, observó uno de los del círculo.

—Yo creo que él se ha propuesto rendir por hambre á esa familia.

—Esas plazas no necesitan asedio, dijo Morgán riéndose.

—Cierto, lo que es Leocadia.....

—No creas en brujas: Leocadia es la mampara.

—Pero vamos, ¿por qué crees tú que Carlos no viene hoy? dijo Morgán, variando de conversación.

—Es todo una historia, contestó el joven que diera la noticia.

—Oigámosla, exclamaron algunos formando un círculo con las sillas, donde se sentaron, mientras que el historiador quedó de pié en el centro.

—Entró Carlos esta mañana, dijo, en el billar de la plaza, tratando de vender á pérdida unas cuantas acciones del ferrocarril en proyecto, y de otras empresas de que era el más entusiasta. Por su desgracia le oyó D. Chico. Ya Vds. conocen á D. Chico. No seas bruto, le dijo, mezclándose en el negocio. ¿Es posible que las acciones de una empresa naciente, que necesita crédito para su realización, se vendan ya en baja? ¿No ves que eso es desprestijiarla, herir la prosperidad de tu país y sacrificar sus más halagüeñas esperanzas á una noche de vicio, que no de placer? No, tú no venderás esas acciones.—Pero señor don Chico, exclamó Carlos con su voz monjil: ¡mi honor!—Tu honor, que es el de los hombres de buena voluntad, debe consistir en consagrar tus luces y el fruto de tu trabajo á mejorar la condición de tu país, á hacer la felicidad de tu familia. Falta á

su honor, el hombre que no cumple con estos deberes, ó que los olvida, dejándose arrastrar por los vicios y por debilidades miserables. Eras tú uno de los más entusiastas porque se realizaran las mejoras que ahora iniciamos. Pues bien ¿qué se pensará de tí, si vendes en pública almoneda tu fe y ese decantado patriotismo de que nos hablabas? ¡Vayan unos patriotas los de esta tierra! Muchas palabras, y en llegando á las obras nada.

En un país donde el vicio consigue destruír la obra de la virtud, donde se arroja á una carta la tranquilidad de una familia y una esperanza legítima y digna, no hay hombres, señores, sinó muñecos. Vengan esas acciones. Y se las arrebató de las manos á Carlos que le oía estupefacto. Veinte son, cuando quieras, vé á mi casa por los dos mil pesos que representan.

Carlos salió avergonzado del billar, y por esto creo que no vendrá, pues él es meticuloso para todo y teme al que dirán.

—La opinión está aquí, respondió César Morgán, en nuestro círculo formado por la flor del país, y vaya una apuesta ¿quién quiere poner doce onzas á que Carlos viene y juega hoy, y á que el impertinente D. Chico come con nosotros?

—Veamos como.

—Comiendo, añadió Morgán, y escribió á la ligera cuatro líneas en un papel que entregó á un criado. A D. Francisco de..... le dijo.

Apenas acabó de dar esta carta, llegaron Carlos Alvear y Fernando de B. El primero traía dos paquetes en la mano, que puso en las de Morgán, presentándole al poco tiempo su cuñado.

Pasados los primeros cumplimientos, una voz gritó: «á la cueva». «A la cueva,» repitió Morgán, dirigiéndose al aposento.

Carlos le siguió.—Hoy no juego, le dijo.

—¿Por qué? le preguntó Morgán fingiendo admiración.

—Porque no puedo, estoy arruinado y quiero que pase esta racha funesta que me arrastra desde que empezó la feria.

—¡Arruinado! repitió Morgán riéndose; dispón de estos paquetes y abre esa gaveta, si no tienes bastante ¿qué se diría de tí? ¿Juegas acaso por ganar ó por especulación? Los caballeros juegan por divertirse y jamás abandonan su puesto cobardemente. Toma, juega: yo te enseñaré á ganar, pero comienza perdiendo.

—No, no cuento con que pagarte: mis fincas están hipotecadas y mi efectivo voló.

—Hoy tenemos partidos bellísimos y te desqui-

tarás con ventaja. Te lo ofrezco si juegas conmigo. Vamos, llama á tu cuñadito.

—Odia la baraja, dale periódicos, libros, ó un buen compañero y lo tendrás contento.

—Señor D. Fernando, dijo Morgán, dirigiéndose á este ¿quiere V. venir á tomar posesión de su casa? Esta es una verdadera república anárquica. Aquí hace todo el mundo lo que quiere.

—Es lo mejor, observó Fernando, dirigiéndose al patio con Morgán, donde se detuvieron bajo una bonita glorieta cubierta con jazmines y madreselvas: veíase en su centro una Venus de yeso sobre un pedestal de meple rodeado por una mesa de jaspeada caoba y mármol blanco.

—Aquí tomamos el café y se hace la crónica escandalosa. Pase V. ahora á mi biblioteca, y lo introdujo en una salita donde había una mesa cubierta con un hermoso tapete, algunas sillas y cuatro cuadros colgados á la pared que contenían otros tantos dibujos de Julien que representaban frailes glotones y jugadores.

Mientras los examinaba Fernando, entraron en tropel varios jóvenes:

—Venimos huyendo de D. Chico, exclamaron. Acaba de llegar.

—Encargo á V. que lo domestique, le dijo

Morgán á Fernando, y si á V. le fastidia, véngase con nosotros ó eche mano de Balzac, ó de cualquiera de mis libros.

—Si es D. Chico de... lo traté en la Habana, y estoy seguro de no aburrirme en su compañía, repuso Fernando y volvió á la sala, donde se encontró á D. Chico muellemente recostado en un sillón, leyendo un periódico.

—¡Hola! Fernandito, ¿qué haces por aquí? exclamó al verle.

—Mi cuñado me ha traído, dijo posesionándose de un columpio, y á fe que lo siento.

—¿Por qué hombre?

—Porque mi visita á esta casa no tiene objeto: yo, no juego, y aquí, por lo visto, no se hace otra cosa.

—En eso mismo estaba yo pensando. Este hombre me invita hoy á comer con él, y valido de la confianza se encierra en su garito. A mí, es verdad que me gusta echar de cuando en cuando una *manigüita;* mas por puro entretenimiento, ¿quién no está picado de esta víbora en la Isla de Cuba? Pero me repugna jugar con muchachos y me avergüenza comprometer por pura diversión la fortuna del amigo, del esposo y del padre. Cierto es que bien considerado el juego es la peor de las

pasiones, y por desgracia una de las más arraigadas entre nosotros.

—Lo que me admira, contestó Fernando sonriendo, es que comprendiéndolo V. tan bien, eche *manigüita* y que estemos los dos tan serios en esta caverna que el gobierno debiera vigilar y la opinión maldecir.

—¿Pero qué vamos á hacer? nosotros somos naturalmente hospitalarios, benévolos, y áun halagadores de los forasteros que nos visitan. La ociosidad, la falta de diversiones, de entretenimientos útiles y de tertulias familiares nos arrastra á los cafés, y de estos á los garitos.

—Disimule V., Sr. D. Francisco: si eso se hubiera dicho en otro tiempo, pase, aunque entonces se jugaba menos; pero hoy que el país parece entrar en una senda de progreso, hoy que se organizan tantas empresas provechosas, que se despierta cierta afición á escribir en los periódicos y que el público toma interés en discutir en ellos sus proyectos; hoy que se establecen academias y que tenemos colegios, de donde saldrá un plantel de niños bien educados: hoy que el país abre su seno virginal á la agricultura y á la industria y que parece gritar á todos los patricios: «trabajad, levantadme de la postración en que me deja el

adelanto de otros pueblos, salvadme de la ruína que me amenaza;» nos sobran, Sr. D. Francisco, recursos para entretenernos útil y dignamente. Si pues no mejoramos nuestras costumbres, es porque no queremos.

—La ociosidad: este pueblo es eminentemente ocioso: la indolencia lo mata.

—En la Habana se decía de él otra cosa, y así venía yo lleno de júbilo.

—Lo han engañado á V.: los proyectos de que se habla, existen; pero la inercia, la envidia y la ignorancia los combaten. Esas academias se han instalado: el primer día mucha gente, el segundo la mitad y luego nadie, mientras los billares y los garitos están llenos.

—Esto prueba lo que ya he dicho: no es indolencia tan sólo, es la opinión y el mal ejemplo lo que nos daña. Conspiremos todos contra el juego: ese carácter hospitalario vuélvase irreconciliable con esos jugadores de profesión, con esos ladrones públicos, que con frac de caballero y baraja en mano andan visitando los pueblos de la Isla y arrastran la juventud á sus garitos disfrazados con músicas y banquetes: huyamos de la casa, por considerada que sea, donde se admitan esos hombres; despreciemos al jugador, cualquiera que

sea su clase, y volvamos la espalda á la mujer que encontremos una vez sola, junto á la mesa del tahur. Yo quisiera que alguien realizara la idea de un gran escritor cubano: esto es, que se empadronaran las personas entregadas al vicio infame del juego, no sólo para segregarlas de toda reunión decente, sinó para que se computase el valor de lo que ganarían durante el tiempo que ocupan en la baraja: quisiera que se calculase también á cuánto ascienden las sumas perdidas en la feria que se está celebrando; que se enumerasen los eslabones de esa larga cadena de desastres que necesariamente trae esa pasión y vería usted entonces si con esa actividad (mal empleada y con esas pérdidas) habría bastante para comenzar la regeneración del país y terminar el primer tramo del ferrocarril sin empeños, pasos ni afanes.

—¡Oh! ese cálculo sería brillante. Pero ¿y el hábito?

—Atraigamos hacia otros objetos la atención que absorben los vicios y que gasta la ociosidad; atraigámosla hacia esas empresas útiles, hacia esas academias literarias: organicemos un Ateneo, una sociedad filarmónica, un círculo, en fin, donde se reuna nuestra juventud diariamente, donde hallen

mezcladas las artes agradables con las ciencias, donde encuentre periódicos y libros y hombres instruídos con quienes hablar y de quienes aprender. Contribuyamos todos con constancia á sostener esos establecimientos con lo mismo que sostenemos los cafés, los billares y los garitos, y el hábito se moralizará.

—Sí; pero ¿y en las ferias?

—Demos á esta otro estímulo. El juego se d fraza en ellas con las máscaras atractivas de música, del baile, del amor y de la cena; ll hasta la impiedad de cubrirse con el velo de religión; pregona que con sus infames recur contribuye al culto, cuando cada donativo es profanación. ¿Necesitaron nunca la moral y la ligión alimentarse con los desechos del vici del crimen, para cumplir su misión civilizad

La principal industria de este país es la ga dería: industria la he llamado y V. sabe muy que áun no merece este nombre entre nosotros, que falta mucho para que llegue á su perfección y que perfeccionada, nos haría poderosos, engrandeciéndonos á los ojos de la isla entera y áun del mundo. Hagamos un ensayo: establezcamos ferias por el estilo de las tan celebradas de Europa, dediquemos algunos de sus días á la exhibición de

los productos más florecientes de nuestra agricultura é industria, demos el aire de grandes festividades á esos concursos, señalemos premios incitadores como se hace en la Europa y en la América civilizadas, y habrá estímulos para los criadores y agricultores que no sean rutineros; habrá así la facilidad en las transacciones, tendremos diversiones cultas, y progresando, cimentados, en el amor á la virtud y al trabajo, elevaremos el país á una altura envidiable.

—Bien, muchacho, bien.

—Pero no basta pensar, es necesario hacer, y si no trabajamos, Sr. D. Francisco, cualquier contratiempo que haya en el país, nos perderá para siempre y quedaremos sujetos á la clase de un pueblo pastor.

—A comer, gritó una voz.

Bajo un ancho toldo que cubría el patio, estaba la mesa, y allí entre flores tomó asiento aquella juventud bulliciosa.

—¿Qué tal saliste? preguntó D. Chico á Carlos.

—No me da tan mal. He ganado cien onzas.

—¿Y el perdedor?

—Son varios.

—Bueno, dijo D. Chico, en el pecado llevan la penitencia; pero tú no juegas más por hoy. Tene-

mos un proyecto Fernando y yo, y quiero que seas de los nuestros.

—Bien.

—¿Y á mí no me lleva V.? preguntaban algunos.

—Sí, respondía D. Chico, á todo el que quiera hacerse feliz.

—Vengan las condiciones.

—Mi palabra de honor garantiza su buen éx ¿Quién entra?

—Yo, yo, yo, dijeron algunos.

D. Chico sacó su cartera y empezó á apu sus nombres.

—¿Y conmigo no cuenta V., Sr. D. Francis preguntó Morgán.

—Hombre no, V. se va mañana, dijo, eleva una copa de champagne. Brindo, señores, por realización de mi proyecto.

—¡Bravo! repitió la reunión, vaciando las suyas, á tiempo que una excelente orquesta colocada en el portal, empezaba una danza criollísima.

Algunos jóvenes fueron á oirla, pero otros y Carlos se dirigieron al garito.

D. Chico tomando de la mano á este último.—Esta tarde no juegas, le dijo.

—Estoy ganando..... y no puedo menos.

—Por lo mismo, antes has perdido.

—Pero hoy gano y es un baldón.

—Con que cuando se pierde, es cobardía y barbaridad, porque hay esperanza de desquite, y cuando se gana, es baldón é infamia. Todo es malo en ese maldito vicio.

—Lo conozco, D. Chico: si hijas tuviera, no se casarían con jugadores.

—Has perdido el derecho de negárselas, jugando tú.

—Es verdad, pero qué hemos de hacer.

—Ser hombre de bien.

Carlos se desprendió incomodado y luego volviendo,

—Dispénseme V., le dijo, comprendo su pensamiento y no he debido ofenderme.

—Pues si lo comprendes, ven á darme tu palabra de no volver á jugar, luego que hayas perdido la ganancia de hoy.

—Voy á disculparme con esa gente y le empeño á V. mi palabra de honor.

—Bien, dijo D. Chico, y ojalá que el juego te permita comprender lo que vale la de un caballero.

Mientras pasaba esta escena en el patio, algunos jóvenes en el portal gozaban de la música, del

fresco y del paseo que estaba esa tarde bellísimo. Como Fernando no tenía amistad íntima con ninguno, pues al regresar de su viaje encontró una juventud nueva; tomó una silla, y sentándose detrás de la hilera que ocupaban los otros, pudo oír sin ser visto, el diálogo siguiente:

—No juego más aquí, decía un joven á otro.

—¿Por qué?

—Por que creo que nos están ganando *á la mala*, y que Morgán y su presunto cuñado están en el secreto.

—No digas eso; Carlos es incapaz de una bajeza y precisamente ha sido la victima en esta feria.

—Sí, pero hoy jugaba con Morgán y ha ganado.

—Casualidad.

—No cabe. Morgán entra siempre perdiendo y sale ganando. Carlos no se separa jamás de él: ha perdido más de lo que tiene y le sobra dinero. Explícate esto, cuando tú sabes, que en el juego sólo son ciertas las pérdidas y que las ganancias se las lleva el viento.

—Bien; pero el motivo de la unión de Morgán y Carlos es otro. Carlos se reune con Morgán sin presumir que este enamora á su mujer.

—¿Y Leocadia?

—Acaso se casará con ella, pero en mi concepto ellos no se quieren y Luísa...

—No vengas con historias, que todo el mundo la vió salir anoche con Morgán del baile, y es lo ·ı co que este no volvió al salón. ¿Puede haber ıyor descaro? Y si más quieres saber, oye.

Su interlocutor le hizo una señal de inteligen- y guardaron silencio porque Carlos y Morgán arecieron entonces en el portal. Este se dirigió . Chico.

—¿Con que ni *una mano*, mi amigo?

—Ni un dedo, yo no salgo de mis costumbres.

—Pues vamos, cuéntenos V. algo ¿qué noti- ı hay?

—Hombre, hoy se ha hablado de una. Dicen ıe el Rubio, ese famoso bandido que ha asolado jurisdicción de la Habana, está entre nosotros.

Morgán soltó la carcajada.

—¿El Rubio en Puerto-Príncipe? ¡Patraña! Yo le conozco, y estaba en la Habana cuando el asesinato del Sr. de Cerro-Ameno: todo el mundo sabe que se llevó hasta la última onza de sus cajas y que las está gastando alegremente en Europa, mientras que la familia agraviada y la justicia dan palos de ciego.

—Yo cuento lo que me han dicho y además aseguran, añadió D. Chico, que asaltó á unos pasajeros, no lejos de aquí y al frente de su partida.

—Más falso aún: el Rubio no se entretiene en esas escaramuzas...

—¿Lo cree V. así?

—Lo sé de buena tinta.

La noche oscurecía, Fernando propuso á su cuñado que se retiraran, este aceptó, hizo un saludo á Morgán, dió su mano á D. Chico y salió de aquella reunión, pensativo y profundamente afectado.

IV.

LA MUJER DEL JUGADOR.

La mujer es el tipo de lo bello,
cuando brota en su seno extremecido
de la excelsa virtud puro destello.

Briñas.

lvear había faltado á su palabra, em-
al bueno de D. Chico: lo que no es extraño, porque la fiebre abrasadora del juego consume los sentimientos más preciosos que la naturaleza, el honor y la religión infunden en el corazón humano, degenera nuestra especie hasta el grado de hacerla instintiva, si se nos permite decirlo así, y nos impele á sacrificar á esas nefandas cartas los principios más puros de deber y de delicadeza.

Preguntadle al que se embriaga y juega, cuál es su placer. No podrá explicároslo. Aprovechad un momento de lucidez en aquel, un instante de desesperación concentrada en este, y arrancadles una promesa: os la darán con la misma fe el es-

clavo abyecto, que el que reputáis cumplido caballero; pero ambos faltarán con igual facilidad á su palabra, si pasan por la taberna ó el garito.

Carlos Alvear no había jugado en la tarde que le vimos salir de la casa de Morgán; pero este fué á buscarle por la noche, para que le acompañase al baile, y jugó y perdió, no sólo las cien onzas que había ganado por la mañana, sinó también una gruesa cantidad. Así es, que cuando en la madrugada volvió á su casa, Luísa velaba aún junto al quinqué, y al abrirle la puerta, fijó la vista en su semblante pálido por el insomnio y la desesperación, y su saludo fué arrojar el sombrero al suelo, dejándose caer en una silla sin proferir una sola palabra.

—¿Has perdido? preguntó Luísa.

—Tres mil pesos, contestó secamente, y necesito pagarlos hoy mismo ó me levanto la tapa de los sesos.

Nosotros quisiéramos que un fisiólogo nos explicase el fenómeno que obra esta pasión en el cerebro del hombre: que combinase esa delicadeza excesiva respecto de los compromisos del juego, con el abandono de todos los deberes más sagrados y legítimos.

—Tendrás los tres mil pesos, contestó Luísa.

—Ya se ve que los tendré, ahora mismo voy á quemar mi última finca.

—No necesitas de esto, áun quedan mis prendas.

—No bastan.

—¿A quién debes?

—A César..... y me marcho.

Carlos tomó en efecto la brida de un caballo que un criado le acercó á la puerta, y salió en dirección al campo, sin reparar siquiera en la triste resignación de su mujer.

Luísa reunió en un cofre todas sus joyas, sus más valiosos aderezos, aquellos que contenían ¡ay! los recuerdos de sus padres, de su hijo, de su amor primero y único, regolos con sus lágrimas, llevó á sus labios algunas de esas prendas, y las puso una hora después en manos de un platero para que las vendiese á cualquier precio.

El platero volvió por la tarde con el cofre en el mismo estado que lo había recibido, y sobre las prendas una esquela concebida en estos términos:

Nada me adeuda Carlos Alvear hasta la fecha.—Puerto-Príncipe, Setiembre, 183...

CÉSAR MORGÁN.

Luísa reconvino al platero por no haberse ceñido estrictamente á sus órdenes, rasgó esa esquela

indignada, y le devolvió los pedazos dejando caer entre ellos un doblón, que él tomó como precio de su diligencia.

Luego que estuvo sola, abrió de nuevo el cofre y halló en el fondo una bolsa de seda verde llena de doblones. La sangre enrojeció sus mejillas: dos lágrimas ardientes brotaron de sus ojos, y no sabiendo qué partido adoptar en medio de tanta humillación, guardó sus prendas, vistiose lo más pronto que pudo, y la «Virgen me g
dirigiéndose al templo, confundida
titud que á esa hora bullía en la call

La noche era hermosa, salía la lu
esplendor de un grupo de nubes, sol
des resplandecían sus plateados rayos. Para gozar del espectáculo de la feria, muchas familias habían abandonado sus carruajes en el puente de la Caridad y dirigíanse á pié á la iglesia.

A uno y otro lado de la acera innumerables mesas iluminadas con faroles de papel de distintos colores, veíanse cubiertas de sabrosos dulces, tostadas panetelas é hirviente ponche: en otras la perinola, la roleta y el boliche formaban grupos de muchachos y negros. Destacábanse dos de estos de los ángulos de esas mesas para vigilar, mientras que otro tiraba con indecible maestría un par

de dados. Aquí el pregón de la lotería confundíase con el de la trova cubana, acompañada de un arpa ó de un bien *punteado tiple;* allá el disparo de los cohetes y el repique de las alegres campanas del templo vecino, ahogaban el rezo de los devotos, las imprecaciones de los jugadores y los chillidos de los pilluelos, mientras que un gentío inmenso transitando por la calle daba á este cuadro una variedad y animación que no acertamos á bosquejar.

Al resplandor de innumerables bujías reflejadas en altas gradas de plata, veíase desde la plaza la pequeña Virgen de la Caridad, radiante de oro y de preciosas piedras. Arrodillada ante su trono estaba Luísa, y cerca de ella, la mirada fija en su frente, el codo apoyado en el respaldo de un escaño y la mejilla en la mano, contemplábala un hombre en delicioso éxtasis. Luísa volvió involuntariamente los ojos que se encontraron con los de ese hombre, detuvo en él una mirada significativa y algunos jóvenes colocados detrás de él pudieron advertir la palidez que bañó su semblante.

—¡El hombre feliz! murmuró uno de esos jóvenes al oído de Morgán, por cuyos labios vagaba una sonrisa de satisfacción.

No bien iba Luísa á ponerse en pié, Morgán se

dirigió á la galería que circunda las tres naves del templo profusamente iluminada, y llena entonces de la juventud fashionable del Camagüey.

Morgán se colocó precisamente junto á la puerta por donde Luísa debía salir, y esta mirándole fijamente,

—Caballero, le dijo, tengo que hablar á V. desearía fuese lo más pronto: mañana mismo, si es posible.

—¿Celos? preguntó otro de los indiscretos que formaban el séquito de Morgán.

—Ahora mismo, Luísa, contestó este.

Luísa salió á la plaza y encontrando en esta su hermano Fernando, le tomó el brazo.

—Acompáñame á casa, le dijo.

Al llegar á ella mandó Luísa apagar el quinqu que estaba en la sala, dió orden á las criadas d que digeran que no recibía y sentándose junto a Fernando en un confidente de madera colocado en el patio y entre rosales,

—Tengo, le dijo, hermano mío, necesidad de desahogar mi corazón, he sufrido tanto que moriría si no pudiese depositar en tu pecho lo que siento y pedirte protección y consejo.

—Yo también, Luísa, deseaba oirte y hablarte.

—La historia de mis penas es larga, Fernando

LUISA.

(Grabado directo, sistema Joarizti y Mariezcurrena.)

mío; pero no quiero angustiarte refiriéndotela en detalle.

—¡Ay! bien comprendo que no eres feliz, pero á lo menos, hermana, tendrás la virtud por consuelo... . ¿Verdad?

—¡Oh sí! contestó Luísa, alzando su frente cándida que embelleció en ese instante un rayo de la luna..

—Entonces, habla, Luísa, exclamó su hermano besando aquella frente. ¡El corazón me lo decía!

—¿Pues qué, exclamó ella, hay quién dude de mí?

—Luísa, en los pueblos pequeños, donde es indispensable matar la ociosidad y entretener el tedio, todo excita la atención, todo se comenta y desfigura: la opinión de las mujeres sirve á veces de juguete á cierta clase de gentes, para quienes nada valen el pudor ni las costumbres, y yo he tenido el dolor inexplicable de oír tu nombre en bocas emponzoñadas.

—¡Miserables! dijo Luísa, los desprecio.

—Sí, miserables son, porque lo es siempre el hombre que se ceba cobardemente en la honra de un sér débil, indefenso é inocente; pero la opinión tiene sus fueros, la mujer debe someterse á su imperio, mas no basta á escudarla siempre su virtud,

es necesario que dé testimonios evidentes de ella. Por otra parte, ten presente que si la opinión pública es severa, no siempre se equivoca.

—¿Pero constituye, acaso, replicó Luísa, la opinión de un pueblo culto los juícios lijeros de un pequeño círculo que sólo merece castigo ó desdén?

—Aun la de ese círculo es indispensable rectificar: deja á nosotros ese cuidado. Carlos y yo te-
nemos el deber de velar por tu honor, y sab
conservarlo. Habla, pues: estoy ansioso de

—Tú sabes que por elección de mi alma
la voluntad de nuestros padres, dí mi mano
los: tú conocías la severidad de sus principi
pureza de sus costumbres, y elogiaste much
ces su talento despejado y su instrucción
común. En los primeros años de nuestro mat
nio, mi vida fué feliz con tan preciosos elem
nuestra unión era objeto de públicas celebrac
áun para aquellos que no podían comprend
ventura que llenaba nuestras almas. Dios la aumentó al darnos un hijo que tú no conociste. Allí tienes su retrato, en la sala. Era nuestro ángel bueno, y con él, Fernando, desaparecieron para siempre nuestras dichas.

El llanto ahogó la voz de Luísa; mas después de algún esfuerzo, continuó.

—Hace poco tiempo vino al Príncipe un hombre que por su presencia interesante, por su conversación agraciada y su carácter más bien dilapidador que generoso, se captó las simpatías de una gran parte de nuestra juventud: su casa fué bien pronto el punto de reunión de la buena sociedad, apenas hubo quien no se apresurara á abrirle sus puertas. Decíase que era un rico propietario de la América del Sur, que viajaba para disipar la memoria de ciertos infortunios de familia, de los que se le oía hablar alguna vez misteriosamente. Este hombre fué presentado en mi casa, y Carlos se aficionó de tal manera á él que muy pronto llegó á distinguirle como persona de la familia. Y en efecto, mi suegra, siempre ansiosa de novedades, desde el instante de conocerle formó el plan de enlazarle con Leocadia. Confieso que en los primeros días me agradaba su trato y recibía sus visitas con placer, mas él hubo de explicarse á su modo la habitual franqueza y amabilidad que caracteriza las hijas de este país, y pensando descubrir en algunas de sus conversaciones ciertas miras, me creí obligada á considerarle bajo distinto aspecto. Carlos por el contrario, cada vez más fino con él, dispensábale la mayor confianza y áun me exigía le hiciese distinciones que yo escu-

saba, temiendo las

Nuestros intereses os en tanto y bien pronto me Carlos se entregaba al juego, al ve ar con pérdida alguna de nuestras fincas s preciosas para satisfacer empeños de que no tuve ni quise tener noticia entonces.

Nuestra ruína habría sido un secreto par si no se hubiese hecho pública y crée que l á desear fuese completa, porque así me hal la idea, de que podría recuperar el corazón marido y no consumirme en la ansiedad y e lamiento.

Semanas enteras se pasaban sin que Carl hablase: perdí la costumbre de dormir para á la cabecera de mi hijo la hora en que él vi y en la que entraba unas veces echándom brazos, otras sombrío y silencioso. El único a de confianza á quien comunicaba mis penas era el padre Vraidieu y adopté uno de sus consejos.

Decidime en efecto á suplicar á Carlos que pasásemos algunos días en el campo, pretextando el estado de mi salud. Al volver de nuestra excursión una tarde, cabalgaba á mi lado y con mi hijo delante ese hombre, ese César Morgán de quien te he hablado. Pintábame sus sacrificios y su cariño

que ridiculicé cuanto pude por parecerme este el medio mejor de hacerle concebir en cuanto estimaba mi dignidad sin ocasionar á Carlos el más leve disgusto. Acaso por verme libre de su conversación infame, espoleaba mi caballo sin notar la agitación nerviosa que el miedo producía en mi niño. ¡Ay! cuando llegamos á casa, el cuerpo de mi hijo estaba frío, y su frente abrasadora, como el cráter de un volcán. Una fiebre ardiente lo con-
mientras que su padre acompañado de
salía por la puerta. A la media noche,
en su delirio á Carlos: yo le tomé en mis
le recliné en mi pecho y de repente sentí
emecimiento: ví sus ojos blancos y empañados, convulsos sus miembros y noté su respiración angustiosísima. Leocadia, que había venido á verme inmediatamente que supo mi llegada, mandó buscar á Carlos; pero este estaba jugando al lado de Morgán y el infame le obligó á despreciar nuestro aviso. ¡Ay! su voz y el juego tuvieron más imperio que el grito de nuestro hijo infeliz. Leocadia desesperada viendo por instantes morir esa criatura, mandó nuevamente..... Después de una hora se presentaron Morgán y Carlos en la puerta de mi aposento..... ya no tenía hijo. Desde ese instante miré con horror á ese hombre,

y el deber y la opinión únicamente pudieran conservarme en esta casa.

Leocadia aprovechó al otro día las circunstancias para explicarle mis penas, yo misma le indiqué después cuanto me habia pasado con Morgán. ¿Sabes cuál fué su respuesta? «Me sobra confianza en tí, me dijo; esas son bromas pasajeras de César.»

Tres días después se presentaron ambos amigos en mi aposento con la sonrisa en los labios, y dirigiéndose á mí Morgán, exclamó:—Ha perdido V. un hijo; pero ha ganado hoy una fortuna. A ese tiempo ví entrar dos negros cargados con sacos de dinero que dejaron en el suelo. No pude contenerme entonces y les volví la espalda ahogada por el dolor y el desengaño.

—¡Maldita pasión! murmuró Fernando.

—¿Y puede existir alguna, preguntó Luísa, capaz de trastornar y áun extinguir los sentimientos más poderosos de la naturaleza?

—Sí, la del juego.

—¿Hay alguna que nos obligue á hollar nuestros principios de honor imprescindibles?

—Sí, el juego.

—¿La hay capaz de convertir al hijo, al esposo y al padre en un ente miserable, de apagar la inteligencia y extinguir el poder del alma?

—Sí, el juego: para el jugador hay una afección más poderosa que la de Dios y la de los hombres: la de las cartas. Carlos por el juego no piensa ya ni reflexiona; su esposa, su hijo, su hermana y acaso su madre no valen para él lo que un albur. Y ¡ay de tí el día que nada tenga que arrojar sobre los naipes! Probemos, sin embargo, á quitarle esa pasión y volverás á hallarle, tal como le amabas.

[illegible] alá! ¡pero Dios no vuelve la frescura á la [illegible] se marchita! ¡Dios no me volverá mi hijo [illegible] ojos azules, con su cabellera de oro, con [illegible] sa de ángel, con su corazón en que rebosaba el afecto de mi amor primero! Dios no volverá la virtud al pecho de Carlos, ni la ternura que en el mío inspiraba.

—¡Desgraciada! ¿No le amas ya?

—No, ni le amaré nunca. Soy la depositaria fiel de su honor: seré su esclava; su esposa..... jamás.

—No lo digas, hermana mía, precisamente en esas vicisitudes terribles es donde se revela el valor y la abnegación sublime de la mujer. Cuando el mundo abandona al hombre en su miseria, en el lecho del dolor ó en el lodo inmundo de la corrupción, allí debe encontrar á ese ángel, á esa com-

pañera que Dios le ha dado, que mirándole compadecida, le extiende su mano cariñosa y recibe en su pecho su último suspiro. Trata de desviar á tu marido por el halago y la ternura del borde del abismo en que se encuentra; mas si la desgracia le precipita en él, que oiga allí el acento de tu alma, que encuentre en tus ojos una mirada de consuelo y en tus labios una palabra que le reconcilie con Dios y con los hombres.

—Sí, este es mi deber, lo comprendo y te lo he dicho: seré su esclava. Pero el que vende mi amor por una carta, el que por ella desoye el grito de agonía del hijo de su amor, el que no ve el porvenir y la felicidad más allá de una *sota* ó de un *as* ¿será digno de conservar un corazón que le idolatra y que él huella, abandona y desprecia?..... Oye más aún.

Anoche á pesar de mis súplicas y de su palabra, fué al juego y perdió tres mil pesos: sé, aunque me lo oculta, que no cuenta con medios de satisfacerlos: comprendo temblando hasta dónde puede arrastrarle su extravío..... Sí, Fernando, (y Luísa ocultó el rostro entre sus manos), Morgán es su acreedor: esta mañana mandé vender mis prendas para pagar las deudas del juego: mi desgracia condujo al platero á proponérselas á él mismo y me las

devolvió con un billete, en que se daba por satisfecho de Carlos, y una bolsa llena de oro para mí. ¿Ves á lo que me expone semejante conducta?

—¿Y tú qué has hecho? preguntó Fernando temblando de ira.

—Le devolví el papel en mil pedazos y le he citado para tirarle su oro á la cara.

—No, eso á quien cumple es á mí.

—Oye, conservaba una sortija que había dado
lurante nuestras relaciones y que él dejó
espués de nuestro matrimonio: esa sor-
trajo Morgán de entre mis prendas y
e la he visto en su mano.

ı, dijo Fernando, y tomando la bolsa de Morgán salió precipitadamente.

Luísa le acompañó hasta la puerta, y allí se detuvo siguiendo con inquieta mirada sus pasos.

Cuando volvió al patio á ocupar el mismo sitio que antes, halló reclinado en el respaldo del confidente á César Morgán.

—¿Por dónde ha entrado V.? le preguntó sobresaltada.

—Por las cercas del *traspatio*.

—¿Y quién le ha dado á V. permiso?....

—El deseo de complacer á V. ¿No quería usted hablarme? Pues bien, aquí estoy.

—Creo haber dicho á V. que mañana.

—Y á mí me pareció entender que lo más pronto.

—Pues bien: retírese V.: mi hermano dirá á usted lo que yo deseaba.

—Perdone V., señora, he venido á oír y á hablar á V. Si V. me niega lo primero, tendrá que acceder á lo segundo.

—Pase V. entonces á la sala, voy á hacerla alumbrar.

—Estoy perfectamente aquí, dijo colocándose en el arco que daba entrada al interior, para impedir que Luísa pasase.

—Caballero, en mi casa mando yo.

—Y en mi corazón también, Luísa, pero no creo que me niegue V. lo que acaba de concederse á un hombre que tal vez no cuenta, ni con la estimación ni con la confianza de Carlos, como yo. Deseoso de complacer á V. cuanto antes, vine, y las criadas me negaron la entrada por la puerta. Casualmente encontré un amigo en la esquina, que creyó haberme visto hablando con V. un instante antes, entre claveles y rosas, quise sacarle de su error, dí con él la vuelta por la calle del fondo y la indiscreción de la luna, la diafanidad de esas cercas, me hizo ver ese mismo vestido junto á unos pantalones... ¿Ha venido Carlos del campo?

—No le he dado á V. jamás el derecho de interrogarme ni de reconvenirme, contestó Luísa, agraviada por el tono satírico que Morgán se permitía.

—Bien, pero tengo indudablemente el de mirar por mí mismo: se me atribuye la felicidad de poseer el corazón de V., y es necesario, Luísa, ó que esto sea una realidad, ó que yo conozca el hombre que me la arrebata.

—Basta, salga V. No es de caballeros conservar á una señora en una posición violenta.

—Siéntese V.

Luísa dió un paso hacia la puerta, Morgán la detuvo.

—Siéntese V., la fuerza es inútil y los gritos también lo serán. Soy humilde con V., Luísa, y estaré de rodillas, si V. así lo exije, mientras me oiga: pero en el terreno de la violencia y de las amenazas, no cederé un ápice.

—Es decir que estoy bajo el yugo de las de usted. ¡Esto es muy digno!

—Cuando se huella un corazón que adora, cuando se aja el orgullo de un hombre que jamás vió burladas sus esperanzas: cuando se enciende en su pecho la llama de los celos, mientras que en otro se alienta la del amor ¿no tendrá el único de-

recho que en tan desesperada situación se le deja....? Confieso que me agradan las de este género, porque estoy acostumbrado á dominarlas; pero esta vez no la he creado yo, sinó V. misma. Siéntese V. y salgamos de ella de la manera más conveniente para ambos.

—Así será, dijo Luísa, sentándose; advirtiéndole á V. que si le escucho, es por no promover un escándalo. Espero que V. no dé un paso del sitio en que se encuentra.

—Al fin me exige algo, pensó Morgán, dándole el acento más dulce á su voz, cont ¿Qué motivo he dado á V. para aborrecern ted, que es la bondad misma, que antes ten pre para mí una sonrisa en los labios, es la que hoy se niega á aceptar una expresión de sincera ternura en medio del aislamiento y de la soledad en que V. se consume?

—Bien, muy bien, Sr. Morgán: el héroe de un drama romántico no se expresaría mejor, y crea usted que siento no poder aceptar ese tesoro de ternura que se me ofrece. Pero soy tan clásica que apenas acierto á comprender á V. ¿Me quiere usted preguntar por qué no le amo? ¿Por qué le desprecio? ¿No es esto? Pues bien; no lo amo á usted, porque yo no puedo concebir el amor sin la

virtud, ni que este se pueda consagrar sinó á un hombre que por la altura de sus sentimientos y de sus principios merezca las consideraciones de la sociedad, y la vida del sér que se le inspira.

—Luísa, el amor todo lo enaltece y purifica.

—¿Sí? pues estoy viendo todo lo contrario. Confieso que pudo V. ser considerado en esta casa como amigo del señor de ella, pero desde el instante en que abusando V. de la hospitalidad que le dispensamos y á la sombra de una amistad que debió V. respetar, se ha atrevido á alzar los ojos hasta mí, me ha parecido el sér más despreciable de la tierra. El amor no purifica la ingratitud, la bajeza ni la traición. El amor no se enaltece con el adulterio; se infama, se desnaturaliza. En la realidad la mujer que ama á quien no es su marido, no pasa de tener un corazón de tierra: en los dramas y en las novelas puede suceder otra cosa. El hombre que se ama debe parecer por lo menos noble, perfecto y grande á los ojos de su amada; y ¿puede serlo jamás el que abusa de la amistad que se le dispensa? ¿el que ofrece tormentos, sinsabores y deshonra en lugar de afectos puros y dulces? Crea V. que no concibo los encantos de una pasión que ofende á Dios y á la sociedad, que nace del crimen, y en él se nutre.

Gocen de ella en buen hora otras mujeres; las compadezco, mas sepa V., Sr. Morgán, que por lo que á mí toca, la ternura de V. le degrada y me hastía.

—Señora, V. me insulta, al paso que su conducta se ve muy clara al través de la máscara de hipocresía con que V. se cubre. ¿No estaba un hombre esta noche junto á V. en este mismo sitio? ¿Le decía V. por ventura lo que á mí?.... Y si el objeto del amor de V. debe ser puro, es ne convenir que no ama V. á su marido.

—No debo á V. explicaciones de ningún g ¿Creería V. hallar en mí la mujer del jug quien V. mismo arrastró á los precipicios pasión impura? Se ha engañado V.: no soy la esposa que despreciada por los naipes, busca en ellos una distracción, ó abandona su deberes y olvida su casa para lanzarse en la senda del libertinaje y de la disolución en pos de la felicidad que su marido le arrebata. No, Carlos juega y me olvida, porque yo no he querido hacerle comprender quien es V., porque me ha parecido que ese afecto tan bajo y despreciable no merecía causarle la menor desazón. Hoy que la osadía de V. se desborda, le instruiré de todo, y V. y los que como V. piensen, sabrán lo que vale una mujer honrada.

La posición de Morgán era terrible y no acertaba á salir de ella. Su entusiasmo se desvanecía con el aire de una sonrisa inteligente, sus amenazas como sus ruegos se estrellaban ante el poder sublime de la virtud: la delicadeza de aquella mujer era superior á su valor. Iba á hablar y las palabras se confundían en sus labios, quiso andar y las piernas le temblaron: el ridículo pesaba sobre su frente como una masa fría, inmensa, y para sacudirlo necesitaba de esos ímpetus de furor de que había hecho uso en la senda tenebrosa de las violencias y del crimen.

—Luísa, le dijo Morgán: V. no ha querido aceptar mi corazón: V. ha escarnecido mi ternura. Pues bien V. será mía.

—Tan despreciables son para mí las amenazas como los afectos de V.: sus dádivas como sus juramentos.

—Basta, gritó Morgán, pálido de cólera y asiéndola por la mano: tú no sabes con quien hablas.

—¡Con un bandido! exclamó Luísa.

—Con un bandido, sí, repitió Fernando que entraba á ese tiempo y habia escuchado sus últimas palabras.

Una nube de sangre oscureció la frente de Morgán y el acento de Fernando resonó allá en el

fondo de su corazón; soltó la mano de Luísa para fijar los ojos encendidos sobre el que acababa de entrar.

—Un bandido, sí, repitió este sin inmutarse, porque sólo los bandidos atacan seres indefensos en la oscuridad de la noche; porque sólo los bandidos intentan comprar lo que ni en el cielo ni en la tierra tiene precio; porque sólo los bandidos roban, exclamó arrojando al suelo la bolsa de oro que Luísa halló entre sus alhajas.

—Por Dios, no me comprometas.

—Me dará V. una satisfacción, dijo á Fer dirigiéndose á la puerta.

—¡Sí! con la boca de mis pistolas.

—Me dirá V. las condiciones en el baile de esta noche.

—Bien; pero antes recoja V. esa bolsa que es suya, exclamó Fernando, señalándola con un aire de dignidad y energía tan irresistibles que Morgán no pudo menos que inclinarse para tomarla.

¿Qué pasaba por ese hombre?

Había oído una palabra que era su pesadilla: tal vez estoy conocido, murmuró, saliendo azorado de aquella casa.

V.

ANTES DE MORIR.

Y allí estaba! allí estaba! Entre sus brazos
un imbécil mancebo la llevaba,
y en torno de su cuerpo revolaba
el aura del placer,
y la ví palpitando, y por mi mente
se cruzaron delirios de otro mundo;
y entre raptos sentí de amor profundo
mi vida renacer.

R. de Palma.

Y si en la tumba amor penetrar puede
áun en la tumba te amará Fileno.

Anacleto Bermúdez.

Al separarse Fernando de Luísa, se dirigió á la ciudad donde vivía con un deudo y antiguo condiscípulo, al que lo ligaba una amistad acendrada. Allí escribió algunas cartas, llamó á un criado, preguntole por su señor y le hizo subir recado.

Un instante después se presentó en el gabinete Agustín de B., joven en cuya fisonomía se notaba el reflejo de la inteligencia, de la discreción

y de la reserva. Notando al punto cuán conmovido estaba su amigo, preguntole la causa.

—Mañana debo batirme, le contestó, y es preciso que seas mi padrino.

—¡Batirte! ¿y con quién?

—Con César Morgán; pero te suplico que no me interrumpas, los momentos son preciosos. Si fuese funesto el resultado para mí, entrega estas cartas á las personas á quienes las dirijo: antes de amanecer debemos estar en el lugar del combate.

—Mas por Dios, explícame cuál es la razón de ese desafío, ¿no puede arreglarse?

—De eso se trata, y el arreglo consiste en que Morgán ó yo quedemos sin vida: las armas están ya elegidas, y yo que soy el retado, sólo exijo que asistan como testigos dos jóvenes á quienes conocí una tarde en casa de Morgán. D. Chico los trata y son los señores M.

—¿Y por qué escojes á esos perillanes?

—Porque quiero darles una lección.

—Pero es necesario justificar ese desafío, y yo no puedo permitir que Morgán, que es un espadachín de primer orden, te mate sólo porque le plazca. Hartos testimonios tienes de mi afecto y me creo con derecho á tu mayor confianza.

—Bien, pero ahora no puede ser, amigo mío:

estoy comprometido á ver á Morgán en el baile para ajustar las condiciones y no quiero que me espere. Habla pues á D. Chico para que los jóvenes M. nos acompañen bajo cualquier pretexto.

Agustín salió. Fernando se detuvo escribiendo una larga carta á Carlos, donde le pintaba á grandes pinceladas, pero con los más vivos colores la verdadera situación de su familia, el carácter de Morgán y las consecuencias que podrían ocasionar sus relaciones con este. Recomendábale á su hermana, suplicándole que recordase sus principios y salvase la honra, la fortuna y la tranquilidad de su casa.

Pocos momentos después pisaba Fernando el puente de la Caridad, dirigiéndose hacia la plaza. La calle estaba desierta; apenas asomaba por la entrejunta puerta de algún bodegón la escasa luz de una lámpara ó se advertía á lo lejos el farol ambulante de la negra vendedora, que con el tablero en la cabeza y la banqueta en la mano, regresaba á la ciudad.

Sólo una casa se veía resplandeciente, y era esta la del baile: en el corazón de Fernando resonaban los acordes de la danza cubana tan tristes siempre para el alma adolorida, como alegres y gratos cuando mezclados en ella y con una mujer

idolatrada en los brazos, nos dejamos llevar por sus compases encantadores.

Fernando llegó frente al salón y una impresión de indecible dolor le obligó á detenerse junto á la ventana de la casa que daba á una de las calles laterales. Veía á Leocadia, más bella que nunca, bailando con Morgán. En sus rasgados ojos brillaba la alegría, su cabeza virginal se inclinaba cerca del oído de su compañero para escuchar mejor sus palabras, y hasta su traje parecía prometerle una esperanza de felicidad. Un vestido blanco y trasparente guarnecido de un afollado verde manzana, velaba sus formas: lazos de ancha y luciente cinta blanca también, estaban prendidos en su cintura y en sus mangas con elegantes broches de esmeraldas, un sencillo brazalete de perlas adornaba su brazo mórbido y alabastrino y un ramo de azahares ceñía su frente.

—¡Hé allí lo que son las mujeres! murmuró Fernando, exhalando un suspiro, la creía un ángel y como un ángel la adoraba. Héla allí en los brazos del demonio, embriagándose dulcemente con su aliento emponzoñado. ¿Dónde hallaré la virtud, Dios, mío, si no está en su mirada celestial? ¿Dónde la inocencia, si no se refleja en esa frente tersa y hermosa. ¡Oh sí! deseo morir y mo-

riré mañana: todo es aquí cieno, todo se vende al oro: belleza, candor, ternura.....

Y Fernando reclinó en su mano la frente abrasada por los celos.

El egoísmo del avaro no es comparable, con el que inspira el amor primero; es este sin duda más absoluto y más exijente. El avaro sólo quiere oro, goza con mirarlo, con poseerlo, y le solaza la idea mezquina de que los demás calculen su valor positivo por el de sus talegas. El enamorado desea más, no le basta la convicción de que se le ama, no le basta oír de una voz idolatrada palabras que sólo á él se consagran: quiere penetrar con un sentimiento poderoso é ilimitado en el corazón, escudriñar su fondo, hacerse dueño de él y que en cada una de sus palpitaciones, le diga: *tuyo, tuyo*..... Exije que no pase un pensamiento por la frente, que no salga una palabra de los labios, que no irradien una mirada los ojos que no sea para él y por él.

Preguntad al filósofo á quien escucháis hablar de la libertad de la conciencia, á quien veis admirado de que la sociedad permita que el hombre disponga de sus bienes materiales y no goce de igual derecho en aquella que es suya, porque Dios y la naturaleza se la dieron, porque constituye

su *yo* moral, preguntadle, repito qué es lo que desea cuando ama. Si es franco, veréis en él lo que en los políticos de cierto género, grandes utopistas, liberales concienzudos mientras están lejos del poder; en él, déspotas absolutos.

Fernando que no había querido pronunciar una palabra de amor en los oídos de Leocadia, cuando sus ojos parecían reclamarla; Fernando que rechazaba las inocentes inspiraciones de aquella alma virginal, se crée con derecho de ser comprendido, de que se le considerara en su ausencia y se adivinasen sus penas, de que aquellas sonrisas y miradas, cuyo origen le era desconocido, se reservasen para él y sólo para él.

Parece que alguna de estas ideas hubo de pasar por el cerebro de Fernando, pues al alzar la vista luego que hubo cesado la danza, miró á Leocadia sin encono y halló sus ojos fijos en la puerta, como buscando á alguna persona.

—Acaso me espera, pensó, mientras que yo la culpo. Mas ¿para qué? si pudiera decirle cuánto la amo, si pudiera á lo menos salvar su alma de las sugestiones de una pasión infanda, de las miras mezquinas que forma la más estúpida ambición en torno suyo, Leocadia me amaría, ó acaso mañana pudiera bendecir mi memoria.

El galope de un caballo que se detuvo junto á la misma ventana, sacó á Fernando de su enagenamiento.

—¿Eres tú, Fernando? exclamó el hombre que montaba ese caballo.

—¿Cuando has llegado, Carlos? le preguntó sorprendido.

—Ahora mismo, y como puede más el vicio que la razón, me he dirigido aquí á pagar y conseguir el desquite.

—¿Pero se juega aquí también?

—Sí, nosotros tenemos entrada por la puerta que da á la calle de *atrás*, y mientras Vds. bailan en la sala con las lindas camagüeyanas, nosotros bailamos en la mesa con los naipes. Todo es dar vueltas al rededor de la fortuna.

—¿Has estado en tu casa?

—No he querido despertar á la pobre Luísa: aquí me quedo: mis pistolas son hoy paquetes de oro para César, y si fuese á casa tendria que volver cargado con ellos. Conque, agur; el baile se acaba y entonces es cuando más se templa la banca.

—Dios te lleve con bien, le dijo Fernando entre dientes.

El baile en efecto tocaba á su fin, y Fernando

se acercó á la puerta donde encontró á su amigo Agustín.

—Todo está listo, le dijo este, tomándole del brazo, y volviendo al mismo punto donde antes estaba nuestro joven: el sitio de reunión será el puente de Santa Cruz, y admírate, el padrino de Morgán es D. Chico, quien escandalizado de lo que pasa, desea hablarte. Pero me parece, Fernando, que he descubierto la causa del desafío: cierta joven de las más lindas que se veían en el baile de esta noche, me ha preguntado, con mucho interés por tí, nada menos que á presencia de su futuro ¿no comprendes quién pueda ser?

—No, ni lo deseo por ahora.

—César llegó, vió y venció: me parece que tú llegaste, viste y venciste á César. ¿Me entenderás ahora? preguntó sonriendo.

—Tampoco.

—Merecías que te mortificara yo como tú lo has hecho conmigo; pero necesitas una lección y voy á dártela: me explicaré con franqueza. Cuando saludé á Leocadia esta noche, casi antes de contestarme, me preguntó si tú vendrías al baile, respondile que sí, y dentro de muy poco tiempo. Un instante después, y al colocarla Morgán en la tanda, quise yo hablarle de tí aunque no fuera más

que por fastidiar á su compañero: le manifesté entonces que una ocupación que no podías rehusar te había detenido en casa, pero que ya debías estar allí: que te reservara una danza. Advertí cierta alegría en su semblante al oír estas palabras, y cierta sombra también en la frente de Morgán al notarla y dige para mí acordándome del desafío «buscadla á ella.»

—Te has equivocado, Leocadia no tiene la más remota parte en ese desafío, y te suplico que desvanezcas cualquiera presunción que acaso nazca de esa idea. Verdaderamente me alegro batirme, mas es porque tengo la convicción de que voy á matar á ese hombre, porque es necesario que un ángel y una familia se salven. Si sucede lo contrario, allí queda una carta sobre mi mesa que tendrás tú la bondad de entregar y que abrirá los ojos á Carlos y á su madre.

—Difícil lo veo. Carlos está ciego por el vicio y D.ª Petrona es ciega de nacimiento. Mejor es que vivas tú para despertarlos. Pero... entremos.

—No, el baile ha concluído, no tengo amistad con el señor de la casa, y te aguardo junto á esta ventana, mientras te despides.

—Yo quería presentarte á Leocadia para que viera que he cumplido mi palabra.

—No, su madre me fastidia.

—Su madre está en un cuarto *rascándole la oreja á Jorge*, y la ha dejado entregada á la familia de la casa.

—¡¡También las mujeres!! exclamó Fernando.

—Por fortuna es muy rara la que aquí juega: ni la misma D.ª Petrona lo hubiera pensado; pero el que con lobos anda....

—Entremos. Ya Leocadia nos ha visto.

Y en efecto, Leocadia se acercó entonces al piano que estaba cerca de la ventana donde se encontraban Agustín y Fernando, y después de resbalar sus lindos dedos por las teclas, empezó una de esas canciones impregnadas de tristeza y de ternura que aparecen en el Camagüey con frecuencia, que siempre tienen una historia, tal vez dolorida, que nadie sabe, y que todo el mundo canta con placer ú oye con gusto. Canciones, que generalmente salen del corazón de un artista pobre y desconocido, que en ellas vierte el ardor de su alma, la expresión de sus penas ó los matices de una esperanza divina. Canciones sencillas y sin arte, en que casi siempre el sentimiento del músico supera al sentimiento del poeta, no obstante que lo revela aunque con signos diversos: en las que se oyen notas que hieren el alma y que

de ella arrancan lágrimas, pensamientos que se desvanecen en el cielo, y para los que no hay palabras, en las que, á veces se reconoce cierto gusto espontáneo esquisito, y genio.—Preguntad, sin embargo, quién es el autor de una de ellas: nadie tal vez podrá asegurároslo, y si alguien lo sabe os señalará á un negro ó un mulato pobremente vestido que pasa por la calle con el violín bajo el brazo.

Ese, diréis, siente mejor que yo, piensa como yo, y en la esfera de la inteligencia acaso vale más que yo, y sín embargo, cuando él descubre su cabeza para saludaros humildemente, recibirá como un favor distinguido una sonrisa de vuestros labios que le diga: «Te saludo y te estimo, porque tienes talento y corazón....»

Pero Leocadia canta y es necesario oirla.

Después del bullicio del baile, su voz dulcísima se resbala en el silencio de la noche como el trino del ave, que al retirarse de la campiña y á la luz del crepúsculo de la tarde, alza sus ojos al cielo y exhala su acento en la espesura de la selva donde ha escojido un ramo florido para su sueño.

Fernando la escuchaba extasiado; aquel acento divino agitaba dulcemente su alma, y hacía latir su corazón con violencia. Cuando Leocadia cesó de cantar,

—Sigue, por Dios, exclamó Fernando desde la ventana, en un momento de entusiasmo que no pudo contener, y ella que acaso oyó estas palabras, comenzó la canción de nuevo. Hé aquí la letra:

Cuba, adiós. Patria querida,
tierra de palmas y flores,
del destino los rigores
me lanzan lejos de tí:
sólo conservo memorias
de mi infancia inmaculada
y una tumba triste, helada....
mi madre reposa allí.

—

Nací en tu suelo encantado
sin porvenir, sin ventura,
á tu suerte mi alma pura
ligó el destino, el honor.
Tus brisas ¡ay! son mi aliento,
mis ilusiones tus flores,
de tu sol los resplandores
son mi vida, son mi amor.

—

Adoro á una virgen bella
mas el labio reverente
jamás mi pasión ardiente
quiso en su seno infundir....
Mas ya es tiempo que me escuches,
te hablo entre el mundo y la gloria
¡virgen! guarda mi memoria,
te amo.... y voy á morir.

—¡¡Bravo!! exclamó Agustín desde la ventana adonde se acercó entonces Leocadia.

LEOCADIA.

Dibujo de Menocal, copia de N. Vázquez.

—Señorita, aunque tarde, le dijo Agustín, aquí tiene usted á Fernando por quien me preguntaba hace poco.

—Si hubiera creído merecer un recuerdo de usted, seguramente habría venido antes, murmuró Fernando.

—Ea pues, discúlpate, yo voy al portal donde creo que está la familia de la casa á saludarla: vuelvo al instante.

—¡Qué triste es la canción que acaba V. de cantar, Leocadia! dijo Fernando.

—¿Le agrada á V.?

—La música es bellísima, revela perfectamente la consagración del último sentimiento á la patria, el primero y el último desahogo de un alma enamorada. Pero la intención del poeta no me gusta, es cruel ¿á qué decir «yo te amo» cuando se va á morir? ¿No es esto verter en un corazón feliz el veneno de una memoria funesta? ¿No es herir la existencia de esa virgen á quien se protesta tanto respeto?

—¿Y no es más triste morir amando y no poderlo decir? Cruel será la intención del poeta, pero su pensamiento es natural y bello por mal desenvuelto que parezca. Yo jamás he querido, pero creo que lo manifestaría á un hombre que estimase

digno de mi cariño, aunque fuese á costa de mi felicidad. Comprendo que cuando se ama, es necesario decirlo.

—¿Pero qué puede ofrecer el hombre que va á morir? preguntó Fernando, tristemente.

—Una esperanza muerta para el mundo, pero una esperanza que arranca una lágrima para la tumba, una esperanza que renace en otra vida, que va á perderse en el cielo, donde está la realidad. ¿Por qué no decirlo? amar y morir con esa pasión guardada en el pecho, es llevarse un tesoro que acaso encerraría el consuelo de una mujer. Amar y morir sin decirlo es horrible para el hombre ¿verdad, Fernando?

—Hay una cosa más horrible aún. Amar un sueño purísimo de la infancia, entrever en una mirada celestial, el mismo afecto que sentimos, y ver el corazón que nos lo inspira, en manos de otro ¿la muerte entonces no sería un bien, Leocadia?

—¿Pero se puede amar á dos hombres á un tiempo?

—No lo creo.

—Y entonces ¿cómo podría ver uno en la mirada, el afecto que ya se consagró á otro?

—Porque hay cosas, Leocadia, que existen, pero que no pueden explicarse. Supongo que V.

estuviese ofrecida á César Morgán, que V. le amase, y que yo sin embargo, encontrara todavía en sus ojos la expresión del afecto infantil que nos unió. ¿No sería más horrible mi situación reprimiendo la ternura que llena mi alma para dejarla á V. en poder de otro, que la de aquel que muere sin expresar su cariño? ¿No sería para mí entonces la muerte un bien?

—No: una fatalidad, porque sería el efecto de una equivocación.

—Ruego á V. que no dé á mis palabras una interpretación concreta: sólo he querido presentar á V. un ejemplo para contestar mejor la oportuna observación que acaba de hacerme.

—Bien ¿pero no podía V. haberse equivocado? Valiéndome del mismo ejemplo, voy á tratar de convencer á V. Si no quisiese á Morgán, si sólo el deseo de mi madre me obligase á manifestarle no cariño, sinó amabilidad ¿no tendría V. derecho para traducir libremente lo que mis ojos dicen? ¿Podría nadie presumir que yo amase á los dos?

—No en verdad; pero cuando Morgán observase la misma impresión que yo...

—No podría observarla, porque en realidad por más que me esfuerzo, nunca alcanzo á manifestarle predilección tan marcada. Las pretensiones

de ese hombre me inspiran miedo, no cariño: mi posición á su lado es siempre violenta. Esta noche es acaso la vez primera que le he oído con gusto, y debió ser porque tuve una buena noticia en el instante en que me sacó á bailar, porque me hablaba, aunque reconviniéndome, de mi solicitud respecto de un amigo á quien quiero verdaderamente.

—Gracias, Leocadia.

—Señor abogado, añadió esta sonriendo, me parece que yo gano en la discusión. Creo haber probado que no se puede amar á dos á un tiempo, ó á lo menos que yo no los amo, murmuró en voz baja: y ese caballero que se deja morir sin revelar su cariño, á pesar de conocer que es amado, sufre imaginariamente.

—Con una satisfacción que no sabría yo explicar, me confieso vencido.

—¿Y por qué? le preguntó Leocadia fijándole una investigadora mirada.

—Porque hay comparaciones tan próximas á la realidad, que se confunden con ella.

Fernando creyó haber dicho demasiado.

—Pero, Leocadia, exclamó entonces reprimiendo apenas la impresión deliciosa que sentía, ¿quiere usted cantarme otra vez esa canción?

—Sí, repuso ella y dirigiéndose al piano con un acento más dulce y más tierno y con una verdad admirable, repitió las últimas palabras de la estrofa que resonaron suavemente en el corazón de Fernando.

—¿Está V. contento? dijo Leocadia, volviendo apresuradamente á la ventana. ¿Comprende usted ahora el pensamiento del poeta? ¿Se ha reconciliado usted con él?

—Sí: dijo Fernando, y acercando su mano á la de Leocadia con indecible ternura, Leocadia, le dijo sonriendo, «te amo y voy á morir.»

—No, respondió la joven, bajo la influencia magnética de aquella mirada, ámame y vive para mí.

Momentos después Fernando y Agustín volvían á la ciudad.

VI.

EL GARITO.

El Juego arma *siempre* la mano
del amigo contra el amigo...
Escovedo.

¡Del vicio horrible las hediondas huellas
con letra vil sobre tu frente imprimen
miseria, deshonor, infamia y crimen!
Esteban de J. Borrero.

MIENTRAS resonaban en el salón los acordes de la danza, mientras que el amor burlando el vicio trastornaba los planes de D.ª Petrona y le hacía pagar con usura el abandono en que dejaba á su hija, deleitábase ella junto á la esquina de una mesa observando los lances del juego.

Penetremos en la estancia donde esa mesa está.

Al pasar del salón al patio éntrase en una espaciosa galería que cierra un cuadro perfecto: en uno de sus ángulos se abre un pequeño arco, y á pocos pasos hacia la izquierda vese una puerta so-

bre la cual un brillante reflejo esparce sus dorados resplandores. Entremos por esa puerta á un cuarto espacioso en cuyos muros hay abiertas dos altas y pequeñas ventanas, una puerta que comunica con el traspatio y que se corresponde con una reja que da á la calle. Al pié de esta reja está sentado un mulato y al través de sus barrotes podría descubrirse un bulto negro y cerca de él un caballo.

Hemos descrito las entradas y salidas del garito y la escasa y descuidada policía que los jugadores usaban en esa época. Veamos, pues, lo que pasa en el interior de la estancia.

En el centro está una ancha mesa cubierta con un lujoso tapete, y sobre ella dos grandes candelabros de cuatro luces que iluminan los semblantes de algunas personas agrupadas en rededor.

Difícil es pintar las distintas impresiones reflejadas en la fisonomía de esos hombres: desearíamos que el pincel de un artista distinguido hubiese bosquejado con todas sus tintes un cuadro de esa naturaleza. Sería un gran estudio donde la mirada del genio, el profundo conocimiento de las pasiones y del corazón humano podría revelar todo el poder del arte y de la ciencia de Lavater. Semblantes pálidos por el insomnio: animados unos

por febril esperanza, otros decaídos por los adversos combates de la suerte; frentes sombrías, inclinadas sobre la mesa, ojos ávidamente abiertos y fijos en el naipe que corre, labios contraídos y silenciosos, entre los cuales se dibuja á instantes una sonrisa mal disimulada ó se ahoga un suspiro; manos extendidas sobre la mesa para recojer ó abandonar la ganancia ó la pérdida, ya ocultas bajo el tapete haciendo una misteriosa seña ó bien crujiendo con el frote de las falanjes, cartas en fin que caen, se repliegan y deslizan entre los dedos del banquero derramando la fortuna ó sembrando la ruína; hé aquí lo que habríais visto á la primer ojeada que echaseis sobre el cuadro que en vano hemos querido bosquejar.

En medio de la mesa talla César Morgán: al frente están dos hombres con algunas pilas de onzas y otras monedas delante, cuyo oficio es recojer y pagar. A un extremo asoma entre otras una fisonomía innoble, en cuya mirada se descubren la astucia y la malicia, cuyo color cambia por momentos: asoma en su labio amoratado y prominente una sonrisa traidora y sus verdes ojos buscan con insistencia los azules de Morgán. Es necesario observar detenidamente á estos dos hombres para comprender que están en inteligencia y que sos-

tienen una conversación sin palabras que ellos y sólo ellos podían descifrar.

En uno de los ángulos de la mesa está, como antes dijimos, D.ª Petrona, en otro la mujer del dueño de la casa, baja de cuerpo y gorda como él, de toscas facciones y pequeños y chispeantes ojos negros. Estas dos mujeres dejaban caer de vez en cuando alguna onza sobre las cartas ó bien proponían *vaca* que daba lugar á algunas interrupciones no sin enfado de los jugadores.

—Pepe, dijo Morgán al hombre de los ojos verdes y de belfudos labios, ven á tallar mientras yo bailo una danza. ¿Traes ahí barajas?

—Nunca me faltan: aquí están, y sacó de la faltriquera un paquete.

—Apropósito, dijo la señora de la casa poniéndose en pié, un amigo me ha traído de la Habana una gruesa de finísimos naipes y pensaba obsequiarlos á Vdes. esta noche con ellos.

—No se moleste V., señora, repuso Pepe, tengo las mejores del mundo, y en todas las tiendas de esta calle las hay bellísimas, de hilo puro. Para que no falten y ustedes lo vean, voy á mandar ahora mismo por una docena.

Y en efecto llamó á un criado, diole un doblón

mandándole que las trajese de la tienda más cerca en que las encontrara.

La señora de la casa salió un instante volviendo con un par de paquetes de las suyas.

—Para que Vds. comparen y varíen cuando quieran, traigo estas, dijo poniéndolas sobre la mesa.

—Menos prosa, murmuró uno de los jugadores, y sea con cualquiera, venga un albur: la suerte es una. Vamos, Pepe, á ver si esas manos primorosas me tratan mejor que ayer.

Pepe que en efecto tenía orgullo, y hacía bien en tenerlo en manejos de este género, barajó con una destreza admirable y cierta finura de modales aquellos naipes, arrojando sobre la mesa cuatro que formaron dos paralelas perfectas. Algunas monedas cayeron al instante sobre ellos para refluír luego en las pilas del banquero.

A este tiempo se oyó una voz preguntar por Morgán, y dos ó tres personas que volvieron la vista saludaron á Carlos, las demás ni siquiera observaron su llegada.

—¡Hola! Pepe, ¿me conoces? dijo este.

—Señor Alvear, contestó el banquero, ya extrañaba yo que V. dilatase: Morgán está bailando en la sala: vendrá pronto.

—Bueno: yo con entregar á sus *pagadores*, creo que tengo lo bastante.

—Bien.

Carlos colocó sobre la mesa en seis pilas los tres mil pesos que le ganó César en la sesión anterior.

—Todavía me queda este pico, dijo, sacando un puñado de onzas del bolsillo, que espero atraiga á sus compañeras.

—¡Hola, mamá! ¿se ha animado V.? dijo acercándose á doña Petrona.

—He hecho tres ó cuatro apuntes, contestó esta y no me ha ido mal. Tenía curiosidad de ver jugar á Morgán, había oído hablar tanto de su fortuna é hidalguía en la banca que quise convencerme por mí misma.

—¿Y Leocadia?

—En la sala con las niñas de esta señora. Pero allí creo que vuelve Morgán.

—La mano, y á mano, exclamó Carlos al ver entrar á este, extendiéndole la derecha y señalándole con la izquierda los tres mil pesos que acababa de entregar á sus cobradores.

—Sea en buen hora, y ojalá que hoy tengas más valor y más fortuna.

—Vengo dispuesto á sepultarme ó arruinar á Vds.

—¡Bravo!—Pepe, dame la baraja que quiero vencer á este adalid.

—¿Se ha acabado el baile? preguntó á Morgán la señora de la casa.

—Sí: he retirado la música, porque esto se iba enfriando y ahora viene un refuerzo. ¿Lo ve V.?

Y realmente entraron algunos jóvenes y la banca tomó un aspecto más animado. En efecto, ni una palabra se oía, pero sí el ruído del oro, la agitada respiración de los jugadores, algún suspiro, la exclamación sorda que producía la carta deseada.

Carlos Alvear empezó como siempre ganando; pero la suerte se trocó de repente, y arrastrado por esa fatalidad que impeliéndole á buscar el desquite, le obligaba á aumentar el apunte, muy pronto se encontró sin una onza delante. Dejose caer entonces en una silla que estaba cerca de la de su madre.

—Quisiera, le dijo, apurar el destino, desearía hacer el último apunte; pero que fuera de una entidad tal que me enriqueciera de repente, ó que arruinándome me curase de este malhadado vicio. Seguro estoy que si se realizara este deseo, ó dejaría de ser jugador esta noche, ó me retiraría con todo el dinero que hay en la mesa. Hasta este

instante no he comprendido la ciencia del juego. Morgán gana porque la sabe.

—Pues bien; le contestó doña Petrona, ¿por qué no haces tú lo mismo?

—Porque no tengo efectivo.

La madre de Carlos desconocía el estado de sus intereses, porque él había cuidado mucho de ocultárselo.

—Si lo que te falta es efectivo y me prometes hacer sólo un apunte, diré á esta señora que te franquee lo que necesites y te mandaré mi carruaje para que te retires inmediatamente ganes ó pierdas.

Un rayo de esperanza y de alegría brilló en los ojos de Carlos.

—Ofrezco á V., mamá, le dijo tomando su mano cariñosamente, que seguiré su consejo y me irá bien.

Acercándose entonces doña Petrona á la señora de la casa, le rogó que franqueara á Carlos lo que necesitase, entendiéndose, añadió, con suspicaz sonrisa, que no ha de hacer más que un apunte, gane ó pierda, y que de este respondo yo.

—Corriente, repuso la señora. Pero está Carlos tan fatal, que yo le aconsejaría variase de baraja. ¿Por qué no prueba con la mía? Tengo un presentimiento de que había de irle bien.

—Será como V. quiera, dijo Carlos.

—Caballero Morgán, exclamó la señora de la casa. ¿Me permitirá V. echar un par de tallas por su cuenta?

—Con mucho gusto, respondió con empacho.

—¿Y me permitirá V. usar de mi baraja?

—¿Por qué no?

A estas palabras Morgán y Pepe se cruzaron una mirada de inteligencia. Morgán preguntó con los ojos á Pepe si habría alguna sospecha. Pepe contestó que no.

César tomó uno de los paquetes y con el pretexto de abrirle, examinolo con cierto disimulo, poniéndolo luego en manos de la señora.

—Caballeros, dijo esta, situada ya en el puesto de Morgán y tomando el aire de un banquero, ¡Apuntar!

Barajó después y al concluír,

—Corte V., Morgán, le dijo.

—Corto, repuso este, y ella echó el albur.

Carlos fijó una mirada investigadora en los naipes, acaso para consultar sus misterios inescrutables.

—¿Desairas esta señora? preguntó Morgán á Carlos.

—Jugaré en la otra talla.

La señora recojió su baraja preparándose á echarla.

Aparecieron en el tapete un *as* de espadas y un *rey* de oro. Apenas hubo caído esta última carta, montones de oro la cubrieron. Echó entonces la señora el albur de arriba que no tuvo tan brillantes paradas, aunque fué el primero en decidirse. Aun no habían concluído los pagadores de satisfacer sus resultas, cuando Carlos con un acento lleno de ansiedad.

—¡Juego! exclamó.

La señora, al oír esta palabra, volvió los naipes.

—Como Vd. quiera, repuso.

Carlos extendió la mano sobre el *as* de espadas y haciéndolo girar bajo sus dedos,

—¡Copo! exclamó.

Los jugadores se miraron los unos á los otros.

—Cierta palidez cubrió el rostro de la señora y con mano temblorosa comenzó á correr la baraja.

Los circunstantes agrupándose más aún y alzados en la punta de los piés, formaban una bóveda sobre aquellas cartas, impidiendo que la mirada de doña Petrona penetrase á través del espacio que pudieran dejar los cuerpos.

Pero no sólo había este obstáculo físico para que

ella observara, sinó otro puramente moral. Doña Petrona sentía una agitación extrema; pasó por su imaginación como un relámpago el deseo de retirar su palabra, no en verdad por el dinero, sinó porque en medio de una fascinación que no podía sacudir, veía á su hijo correr al borde de un abismo sin que su mano alcanzase á detenerle. Un sudor frío asomaba en su frente, perdíase su cabeza, y no logrando vencer aquella situación,

—Me voy, dijo. El carruaje vendrá por tí, Carlos, y salió.

Corrían entre tanto aquellos naipes en medio de un sepulcral silencio, mientras que Carlos y César Morgán afectaban una calma que no podían tener, contemplándolos. De pronto en el semblante de este último apareció una contracción violenta que formó una extensa arruga en su ancha frente. Era que en su oído resonaba el eco fino y latente de un pito que sólo él pudo percibir, en tanto que la atención de los demás concentrada en la baraja les hacía insensibles á cuanto pasaba en derredor. Alguna vez los ojos de Pepe, chispeantes bajo sus espesas y contraidas cejas, buscaban la mirada de Morgán, que parecía tener su atención en la mesa, su alma en la calle.

La mujer que tallaba sentía cierta especie de

satisfacción prolongando la ansiedad de los jugadores al correr la baraja lentamente.

Delante de los pagadores veíanse como mil onzas. Había apuntes de gran entidad, y dentro de un instante todo aquel dinero debía pasar á manos de Carlos ó hacer la completa ruína de su familia. Por avezados que aquellos hombres estuviesen á escenas semejantes, no podían reprimir la impresión que les causaba este pensamiento. El jugador crée en el azar, como el cristiano en Dios, y aquellos hombres veían la pérdida segura de Carlos, tocado tantas veces por la mano de la fatalidad.

Pero la señora resbalaba su mano y las cartas corrían con una pausa angustiosa; muchas cayeron sobre el tapete, las pintas temibles se sucedían las unas á las otras y aquella mujer se detenía á veces trémula pasando su vista por los semblantes de los jugadores. De pronto, un rumor, casi un grito, se escapó del labio de aquellos, la señora mostraba en su mano el *as* de oros.

Carlos alzó los ojos al cielo. Morgán los volvió hácia la puerta quedándose un instante como petrificado, y era, que por segunda vez resonaba lento y penetrante el pito, no ya en su oído, sinó en su alma. Una palidez mortal cubría su rostro.

Morgán está arruinado, pensaron los jugadores:

mas él como despertando de un sueño, tomó su sombrero, y dijo: me retiro, señores, pero volveré dentro de un rato.

—Me ofenderás, le dijo Carlos, si no juegas bajo tu palabra ó aceptas cuanto poseo.

—Sería mejor, dijo la señora, suspender la sesión hasta mañana, ó más bien hasta esta noche; son más de las tres y es justo que descansemos un instante.

—Sea, dijo Morgán disponiéndose á salir.

Carlos recogió su dinero, guardándolo en dos talegos que la señora le ofreció, y dirigiéndose á un criado que estaba á la puerta,

—Avisa, le dijo, cuando mi carruaje haya llegado, y busca un compañero para que te ayude á llevar estos sacos.

Morgán abrió la reja que daba á la calle y dirigiéndose á la esquina, lanzó un penetrante silbido.

Al momento se presentó un hombre á caballo.

—¿Eres tú, Jorge?

—Sí, señor.

—¿Y qué ocurre que te ha obligado á repetir la seña?

—Algo, señor, muy grave, contestó Jorge apeándose del caballo para acercarse más al oido de Morgán.

—Dilo pronto.

—Han preso á Rafael; asaltó y mató en las primeras horas de esta noche.

—¡Miserable! gritó Morgán, dando una patada en tierra.

—Van á traerlo á la cárcel dentro de dos horas, y dice que lo contará todo, si no lo salvamos.

—¡Matarlo! dijo Morgán cada vez más rabioso.

—No se puede.

—Arrebatarle en el camino á viva fuerza.

—Señor, hay sospechas sobre nosotros, la escolta que le conduce es numerosa, lo traerán á la luz del día.

—¿Qué hacer, pues?

—Hay otro medio: el capitán de Partido y el jefe de la escolta quieren doscientas onzas.

—Comprendo; pero no las tengo.

—Pues entonces somos perdidos; porque precisamente dí cuanto me quedaba por conseguir que se hablase á Rafael, y ya sabe Vd. su respuesta. Canta, señor, canta, repitió angustiosamente Jorge.

—Y á mí todo acaba de arrebatármelo un *as* maldito.

Morgán fijó pensativo sus ojos en la tierra, pero después de un instante alzó su frente con una ra-

pidez violentísima. Un pensamiento diabólico se agitaba en ella.

—Llama al garitero, dijo á Jorge.

Un instante después apareció conduciéndolo.

Morgán le puso la mano en el hombro.

—Vas á hacer algo bueno, le dijo: sitúate frente á esa reja lo más oculto que puedas: si ves sacar por ella unos talegos que se colocan en un carruaje que ha de llegar, sonarás una vez este pito: si sube un hombre solo, quédate en tu lugar: si son más, sigue el carruaje.

Morgán le dió un pito que siempre traía consigo, y cuyo sonido era tan semejante al de la chicharra que con él se confundía.

El garitero ocupó su puesto sin responder una palabra.

—Jorge, dijo Morgán, dame tu sombrero, tu chamarra y tu puñal.

—Aquí están, contestó este al instante entregando lo que se le pedía.

—¿Traes más armas? preguntó Morgán, poniéndose sobre su frac la pesada chamarra de Jorge.

—Sí, señor, un par de cachorrillos que valen un Perú.

—Que no salga un tiro de ellos si no en grave peligro.

—¿Traes allí un pañuelo?

—El de mi corbata.

—Dámelo.

Jorge lo puso en manos de Morgán, este lo colocó al rededor de su patilla, y tomando los dos cantos é inclinándose hacia el bandido,

—Atalos con fuerza, dijo..... ¿No has oido un carruaje? añadió después de un instante.

—Sí, señor: viene por distinto rumbo.

—Silencio.

—César y Jorge se echaron en tierra uno junto al otro: el carruaje pasó.

—Morgán apretó la mano de Jorge: este inclinó el oido cerca de sus labios, oyó algunas palabras y con una ligera presión de mano contestó: está bien. Todo quedó en silencio.....

—El pito sonó un momento después casi imperceptiblemente.

—¿Oyes? murmuró Morgán, más imperceptiblemente áun.

—Los ojos de esos dos hombres brillaban en la oscuridad de la noche, como las pupilas del tigre en el fondo de su caverna: sus manos tocaron las armas y sosteniéndose en cuclillas tras un pequeño arbusto, oían con una ansiedad extrema aproximarse el carruaje.

Al llegar este cerca de la esquina que da entrada á una de las calles trasversales que desembocan en la principal de la Caridad, Jorge se lanzó sobre el calesero.

Morgán al carruaje. Un hombre saltó por el lado opuesto.

—¡Ladrón! gritó, cuando la mano férrea de Morgán apretándole el cuello ahogó su voz: el hombre volviendo sus brazos, asió fuertemente el pañuelo que cubría la barba de César, quien al desviarse para impedir la acción, contribuyó en cierto modo á que se le arrancase ese disfraz.

—¡Eres tú! exclamó Carlos aterrado, y cayó intantáneamente al suelo, atravesado el pecho por el puñal de Morgán.

—Toca, dijo este á Jorge, arrojando esa arma lejos de sí.

El pito sonó y el garitero vino inmediatamente.

Morgán sacó dos talegos de oro que estaban en el carruaje y entregando uno al garitero,

—A casa, le dijo, y oculto. Toma, añadió, tirando el otro cerca de Jorge y alejándose á pasos precipitados.

Jorge entretanto oprimía bajo la planta de su pié la espalda del infeliz calesero, que á la vez sentía la boca helada de una pistola sobre su sien.

Advirtiendo que Morgán estaba ya lejos:—Si te mueves, le dijo, te mato. Tomó el talego con ambas manos, ocultóle bajo su chaquetón y colocándolo sobre la albarda, dió un salto, introdujo sus espolines en el vientre de su caballo que se lanzó con la violencia del rayo por una callejuela que daba entrada á la sabana de los Marañones.

Cuando el pobre calasero volvió de su estupor, alzando lentamente la cabeza se apoyó sobre las manos y á gatas fué hasta el medio de la calle, desde donde pudo ver su carruaje. Convencido al fin de que nadie había por allí, se puso en pié. Entonces oyó un estertor y se acercó á su infeliz amo tendido en el suelo.

—Señor, le dijo, tocándole el pecho con su mano que retiró empapada en sangre.

—Señor, mi amo, repitió.

Al ver el negro que no le respondía, pero que su amo estaba vivo, corrió despavorido á la vecina iglesia de la Candelaria que estaba cerca, y un instante después, conducía un farol que iluminaba los cansados pasos de un viejo sacerdote.

Era el padre Vreaidieu.

Apenas la luz del farol brilló sobre el semblante del herido,

—¡Carlos! exclamó Vreaidieu.

Carlos abrió lánguidamente los ojos.

El negro se arrodilló detrás de su amo y alzándole suavemente del suelo hasta colocar la cabeza en su pecho, contribuyó á que el sacerdote cumpliese su ministerio santo.

—¡Carlos mío! exclamó Vreaidieu.

De aquellos labios pálidos y entreabiertos salieron dos palabras.

—¡Perdon!.... ¡mi hijo!

—Sí, perdón, Carlos, perdón ¡Dios mío! exclamó el sacerdote, poniéndose de rodillas

Carlos hizo un esfuerzo; se llevó una mano al pecho y tomando con la otra la de Vreaidieu,

—Perdón, Luísa, murmuró de nuevo.

El sacerdote colocó la mano sobre su frente.

—Sí, le dijo, Dios te perdona, hijo mío. Pero ¿quién te ha herido?

—En la senda del pueblo, murmuró Carlos..... hay dos hombres, uno puede salvarle..... otro..... perderle..... ¡Te acuerdas!

—Sí, hijo mío.

—Ese, añadió Carlos incorporándose; pero una agitación extrema le hizo desfallecer nuevamente.

—¿Ese....? repitió Vreaidieu, esperando una palabra más.

¡Ay! era tarde: Carlos había muerto.

El primer albor de la mañana asomando en el cielo, brilló sobre la frente del sacerdote y sobre los helados miembros del infeliz Carlos Alvear.

Vreaidieu alzó sus brazos al cielo. Perdón exclamó, si mi juicio es erróneo, mas si es exacto, poderoso Dios, no permitas que la maldad triunfe de nosotros; tu divina justicia guíe los pasos de la justicia de la tierra y caiga su espada terrible sobre el asesino, que llena de luto á una familia sin ventura y pervierte un pueblo.

El primer albor de la mañana asomando en el cielo, brilló sobre la frente del sacerdote y sobre los helados miembros del infeliz Carlos Alvear.

VII.

EL DESAFÍO

¡Patria! ¡numen feliz! ¡nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
. . . . . .
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?

G. G. de Avellaneda.

A fé que no es tiempo, no,
De postrarme en el camino
Que el destino me marcó:
Vencido será el destino
Y el vencedor seré yo.

M. T. Tolón.

¡CUÁN bella es la aurora al despuntar en nuestros campos! en ese cielo siempre puro y azul, sobre esta tierra eternamente verde y florida se eleva un sol radiante; el sol que alumbró la frente de la virgen Cuba al salir como Venus del seno del Océano, que fué el Dios de sus habitantes primitivos, y el que á sus primeros rayos la presentó á la vista ansiosa de Colón halagada por fragantes brisas, besada por espumosas olas y ceñida por una corona de brillantes palmas.

Canten, sí, nuestros poetas los destellos del alba con la dulzura con que el sinsonte la saluda al sentir su calor benéfico; imiten en sus trovas el rumor de nuestros arroyos quebrándose entre peñas cubiertas de musgo, donde bajan á beber las palomas; describan esas sabanas sin límites, esas lomas floridas, esos horizontes de caña y el humo de la casa del labrador que se pierde en el aire, mientras él riega la tierra con su sudor para recojer luego el abundante fruto que su feracidad le ofrece. Nosotros, pobres narradores de un cuento, tenemos que ceñirnos á una de sus escenas, y gracias si acertamos á bosquejarla.

Paralelas á la calle principal de la Caridad hay dos que áun llama el pueblo indistintamente las de *atrás* á falta de otros nombres. Sentimos que no los tengan y que no se haya hecho un plano perfecto de este barrio á fin de que á él se ajusten las nuevas fábricas, y que la posteridad no tenga el derecho de decir lo que Carlos de nuestra antigua ciudad.

Acaso á la misma hora en que aquel espiraba, dirigíanse Fernando y Agustín en un carruage por la calle principal, tomaron luego una de las trasversales que salen á la sabana de los Marañones, y escogiendo uno de los muchos senderos en

ella abiertos, detuviéronse cerca del sencillo puente, bajo cuyo arco corre el arroyo de Santa Cruz.

Nadie esperaba en él: Fernando y Agustín bajaron del carruage, sentáronse en los pretiles de ese puente desde donde extendían su vista por las quintas de los alrededores, distrayéndose á veces con el canto del *montuno* que con su gran tabaco en la boca venía, rebosando contento, á la feria de la Caridad.

Una hora después, y cuando ya el sol comenzaba á dorar el horizonte, vieron acercarse precipitadamente dos carruages que se detuvieron junto al de Agustín.

César Morgán y D. Chico bajaron del primero y los jovenes M. del segundo.

—Caballeros, dijo D. Chico, muy cerca de aquí tengo una quinta, adonde nos dirigiremos, si Vds. gustan, para no llamar la atención.

Convenido así tomó D. Chico la delantera y los demás le siguieron. Los jovenes M. iban los últimos á alguna distancia.

—¿Sabes, dijo uno de ellos á el otro, que no comprendo cuál será el almuerzo que nos dé esta gente, ni á qué vienen esos tres vestidos de negro?

—Me parece, primo, que aquí hay gato encerrado: lo que acabamos de saber, lo que nos

espera, y algo que no ignoramos, son cosas que deben tener alguna conecsión.

—No te entiendo.

—¿Te acuerdas de la tarde en que conocimos á Fernando en casa de Morgán? ¿Te acuerdas de lo que allí te decía respecto de este y de Luísa?

—Sí.

—Pues ata cabos. Carlos ha sido asesinado: Fernando es hermano de Luísa ¿qué venimos á buscar aquí?

—Eso es lo que yo ignoro, y poco me importa con tal que nos den de almorzar. Porque esto de hacer salir á un hombre á las cinco de la mañana de su cama, para algo que no sea muy alegre ó confortable, tiene maldita gracia.

—Tienes razón: gocen en buena hora los poetas del cuadro de la aurora; para mí nunca ha tenido otra cosa que humedad en la tierra, nieblas en la atmósfera y pesadez en el cuerpo.

—Pero tú que eres bachiller en filosofía y que sabes razonar ¿qué has sacado de los antecedentes que no ignoramos, de la muerte de Carlos y de esos trages negros?

—Infiero, pariente... dijo el joven soltando una estúpida carcajada, deduzco y saco... que esos tres tienen luto.

—Señores, dijo D. Chico, sentándose en el portal de su casa-quinta á que acababan de llegar é invitando á los demás á que imitaran su ejemplo, tomemos café y hablemos.

Y en efecto, pasados algunos minutos, un negro trajo una gran bandeja cubierta de tazas de ese exquisito licor, y lo ofreció á los recien-llegados.

—Este desayuno no es muy suculento, que digamos, expuso D. Chico; pero los grandes hombres resuelven las grandes cuestiones en el café, y nosotros debemos seguir hoy su ejemplo. Ahora sabrán Vds., señores, añadió mirando á los jovenes M., el motivo del madrugón que les he dado y espero que cuanto aquí se haga ó hable quede entre nosotros. Fernando y el caballero Morgán quieren batirse; Agustín y yo somos sus padrinos, y Vds. los testigos. Pero antes de que este lance se verifique, es indispensable que Vds. y nosotros examinemos las razones que puedan justificarlo, porque ni queremos ser los meros espectadores de una escena sangrienta y reprobada por las leyes, ni menos autorizar un asesinato. ¿Estamos de acuerdo?

—Indudablemente, exclamaron todos.

—Pues bien, Sr. Morgán, espero que Vd. se sirva manifestar la razón de este desafío.

—Aunque no es de este sitio semejante mani-

festación, repuso Morgán, no tengo embarazo en complacer á Vds. El Sr. D. Fernando me ha insultado anoche.

D. Chico fijó la vista en Fernando como exijiéndole una contestación.

—Si usar con un hombre, dijo este, el lenguaje á que él se ha hecho acreedor, es insultarle, confieso, señores, que es cierto lo que Vds. acaban de oír.

—Creo, exclamó Morgán, que no necesitarán Vds. más justificaciones.

—Caballero, dijo D. Chico, recuerde Vd. que el desafío es á muerte, y que sea ó no el sitio á propósito, debemos exijirlas. Espero que el Sr. de B. manifieste con franqueza qué clase de insultos ha dirijido al Sr. Morgán, y cuáles fueron los motivos que para ello tuvo.

—El Sr. Morgán, dijo Fernando, se ha permitido remitir á una señora casada, por cuya honra me toca velar, una cantidad de dinero que ella no le pidió. El Sr. Morgán usa contra la voluntad de esa misma señora una sortija que ha sustraido de sus prendas fraudulentamente. El Sr. Morgán con esta conducta ha dado lugar á que haya quien dude de la virtud de esa señora, y yo he tenido el sentimiento de oír especies ofensivas á su opinión

de la boca de los testigos que tenemos presentes. El Sr. Morgán en fin, ha osado presentarse en la casa de esa señora sin su voluntad y ha permanecido en ella un instante empleando la violencia. Por fortuna me encontré en estas circunstancias para decirle entonces, como le repito hoy, que su proceder era el de un bandido, porque sólo estos emplean la fuerza contra seres débiles é indefensos, porque sólo estos roban y prescinden de toda clase de respeto á las costumbres y á las leyes: hé aquí los motivos y las palabras que he dirigido al Sr. de Morgán. A Vds. toca pesarlas; á mí se me ha exijido por ellas una satisfacción, y á darla he venido.

—¿Conviene Vd. en estos hechos? preguntó D. Chico.

—Señores, dijo Morgán, las explicaciones en el terreno están de más.

—Las pedimos, dijo Agustín, porque Vd. nos las ha ofrecido: las pedimos al carácter caballeroso de Vd., sin que estas tiendan á impedir el lance; las pedimos porque la honra de una señora está comprometida, y esta no quedará en el lugar que corresponde con solo el hecho de batirse Vds. El tiempo de los juícios de Dios ha pasado por fortuna, el derecho del más fuerte está dominado en el si-

glo actual por el de la razón: el oprobio que causa una palabra no se lava con sangre, sinó cuando el esclarecimiento es imposible. Creo, pues, que ningún caballero debe entenderse rebajado vindicando con la verdad la opinión de una señora á que voluntaria ó involuntariamente ha ofendido. Me parece que tengo derecho para exijir de Vd. esta explicación.

—Y yo pienso, dijo Morgán sonriendo y con cierto descaro, que estoy también en el de no darla, sinó con la boca de mis pistolas.

—Una palabra, caballeros, dijo D. Chico poniéndose en pié, nadie puede disponer de su vida propia y mucho menos de la agena. Esto se entiende en el terreno de la razón. Usa de la violencia y de la fuerza el que se niega á dar una explicación que puede evitar ó su muerte ó la de otro: concibo pues, Sr. Morgán, que debíamos esperar de Vd. más franqueza, más condescendencia respecto de nuestras insinuaciones. Nosotros no podemos ni debemos permitir que por un capricho se maten dos hombres, se arrebate á la sociedad un buen ciudadano ó á una familia su único apoyo. El orgullo humano debe someterse al poder de la verdad y de la justicia, y lo que á Vd. se exije es tanto más razonable cuanto que en sí viene á ser un prueba

de hidalguía. Ya Fernando se ha prestado á nuestros deseos, y no creo que haya inconveniente en que Vd. lo haga también.

—Señores, he dicho que no debo dar explicaciones, y me parece que perdemos el tiempo inútilmente.

—Bien, dijo Fernando, la obstinación del señor no deja más que un medio, y es necesario emplearlo. Yo no he podido hacer más, á mi no me cabe retirar mis palabras, ni manifestar que me he equivocado, ni salir de aquí sin esa sortija y sin que los señores que nos sirven de testigos manifiesten que han partido de datos falsos al juzgar la conducta de mi hermana D.ª Luísa de B., respecto del Sr. Morgán.

—¿Qué datos han tenido Vds., dijo D. Chico, dirijiéndose á los jovenes M., para este juício?

—Señor, contestó uno de elllos, confieso que sólo una vez y en la conversación más íntima y secreta he dicho á mi primo que presumía que esa señora y Morgán llevaban relaciones. El Sr. don Fernando nos oyó por una casualidad que no comprendo.

—Pero..... el dato, dijo D. Chico.

—El dato es la intimidad que existía entre Morgán y Carlos y la constancia con que el primero

visitaba la casa de este: el dato es que en uno de los últimos bailes de la feria hemos visto salir del salón á la señora de Alvear con Morgán, y advertimos que este no volvió.

—¿Comprende V., Sr. Morgán, dijo D. Chico, la necesidad en que está un caballero de desvanecer esas dudas con sus explicaciones?

—¿Y acaso me niego á darlas? ¿no están allí mis pistolas?

—En efecto, dijo Fernando, conteniendo así la cólera de D. Chico que ya asomaba á su rostro: si el señor no sabe dar otras, ye tengo el derecho de manifestar aquí sobre la palabra de una señora muy digna que al fin vale más que la suya, que en la noche á que Vds. se contraen mi hermana aceptó la conpañía del Sr. Morgán hasta la puerta de la casa del baile, y de allí entró en un carruaje que la condujo á la suya. El Sr. Morgán, con intención ó sin ella, no volvió á presentarse en el baile, sinó que tomó la calle de atrás y entró por la reja del traspatio al garito, donde permaneció toda la noche. Su silencio respecto de este punto, justifica, señores, lo que antes he dicho, que él se jactaba de una deferencia de que es indigno, y que D.ª Luísa de B. es incapaz de conceder á nadie. Si nosotros todos castigáramos así

faltas de esta naturaleza, no habría, señores, quien se atreviera á emponzoñar con su lengua maligna la reputación de nuestras hermanas y de nuestras hijas.

Tomando entonces la caja de sus pistolas, dijo:

—Cuando Vds. gusten, señores; salióse de la casa sereno y tranquilo

D. Chico y los demás le siguieron, y atravesando todos un jardín, llegaron á un llano que se extendía detrás de sus rejas.

—Creo que este será buen sitio, dijo D. Chico.

Luego midieron él y Agustín diez pasos; cargaron los pistolas, y dieron una á Fernando y otra á Morgán, que ocuparon los puestos designados.

D. Chico tomó un peso fuerte.—¿Qué elige V., Sr. Morgán?

—Cara, dijo este.

D. Chico tiró el peso.—Toca á V., Fernando, dijo alzando la moneda: ya pueden Vds. matarse cuando quieran, añadió con acento profundo, pero es necesario que antes escuchen la voz de la verdad. La opinión de que V. goza en nuestro país, Sr. Morgán, va á desvanecerse como el humo que saldrá de esas pistolas. La opinión de esa señora que se pretende dejar oscurecida, no lo quedará en

Fernando le esperaba en el suyo con la frente alzada...

nuestro concepto, sépalo V., Sr. D. Fernando.

—Si V. vive, Sr. Morgán, dijo á su vez Agustín, la sociedad del Camagüey tendrá dignidad bastante para rechazar de su seno al hombre que se niega á dar una explicación honrosa, y que la priva de uno de sus mejores hijos. Si V. muere, Dios le juzgará. Hé aquí el efecto del desafío

Luego arreglaremos esas cuentas, dijo Morgán.

—Basta, murmuró Fernando, alzando el brazo en que tenía la pistola.

Los padrinos se separaron á un lado. Morgán miró á su antagonista con una serenidad imperturbable. Tenía este en la mano derecha la pistola, y en la izquierda naturalmente caída brillaba la sortija de Luísa.

Se oyó un tiro..... De la mano ensangrentada de Morgán colgaba el dedo que ceñía aquella prenda.

—Bravo, dijo Morgán, extendiendo su mano para que Agustín, que iba allí no sólo como padrino, sinó como facultativo, le operase.

Agustín abrió en efecto su bolsa, acabó de desprender con su tijera aquel dedo, ligó y vendó perfectamente la mano. Morgán le dió las gracias, volviéndose á situar en su lugar.

Fernando le esperaba en el suyo con la frente

alzada, los brazos cruzados, y una calma y naturalidad en su posición que revelaban la completa tranquilidad que sentía en su interior.

—Nada me gusta tanto, dijo Morgán montando su pistola, como el valor y la destreza en las armas, y estas buenas cualidades han logrado de mí lo que no alcanzaron los discursos de D. Chico y de Agustín. Señores, añadió, bajando la mano, confieso que la ceguedad de una pasión insana me hizo confundir la amabilidad de una de las señoras más virtuosas que ha pisado la tierra, con la lijereza que estaba acostumbrado á hallar entre mujeres comunes. Confieso que casi á viva fuerza he conservado la sortija que ahora devuelvo al caballero que tan bien la ha sabido ganar, y deseo que esta satisfacción baste al Sr. de B. y á los Sres. concurrentes que no creyeron justificado este lance.

—Le diera á V. un abrazo, exclamó D. Chico conmovido.

—Venga, dijo Morgán acercándose.

—Señores, expuso Fernando, yo no puedo permitir que esto concluya así: ocupe V. su puesto, Sr. Morgán, y tire V.

—Fernando, exclamó D. Chico, tu obstinación no tiene disculpa: cuando se recibe una satis-

facción tan cumplida no hay otro derecho, y no quieras que diga de tí lo que antes manifesté al señor. Por otra parte, y áun cuando te destroce el corazón, sabe que hoy eres tú el único apoyo de tu hermana y de la familia de Carlos. Este ha sido asesinado.

—¡Asesinado! exclamó Fernando.

—Sí: esta mañana cuando nos dirigíamos hacia aquí por la calle de atrás, vimos un grupo de personas detenidas en el mismo sitio donde nos dijeron había aparecido muerto Carlos Alvear. No sé cómo, ni me pude detener á adquirir más noticias, porque era tarde y Vds. me esperaban.

—¿Y cuál ha sido la mano aleve?... murmuró Fernando.

—No me preguntes; bástete saber que tu vida no te pertenece ya, que es de tu famila, y debes conservarla.

—Rehuso deberla al Sr. Morgán, contestó: y volviendo á su puesto, suplico á V. que tire, le dijo.

Morgán tiró, y el humo y la bala se perdieron en el aire.

¿Fué aquel un acto de generosidad ó de virtud? No, lo fué de cálculo. Morgán creyó al principio que Fernando temblaría ante la boca de sus pis-

tolas, y observó lo contario. Morgán era asaz certero con su carabina, pero desconfiaba de la pistola, y quiso salir de este lance airosamente.

¿Pasaría por su cerebro la voz del remordimiento al verse frente al hermano de Carlos, á quien había inmolado tan alevosamente? No: ese hombre carecía de corazón, mejor dicho, de conciencia. Si mataba á Fernando, tendría que huir, renunciando así á todas las esperanzas que la estupidez de una vieja y su propio arrojo le habían hecho concebir. Afectando, pues, una caballerosidad que no le era propia, conservaría las simpatías del país, y más tarde realizaría sus proyectos respecto de Leocadia.

Hé aquí lo que realmente pensaba César Morgán cuando Agustín, con una solicitud digna de elogio, vendaba su mano.

—Esa sortija, dijo Morgán después de haber descargado su pistola, pertenece á V., señor de B.

Fernando la guardó, llena de sangre como estaba, en el bolsillo.

—A nosotros nos toca hacer algo también, dijo uno de los jóvenes M.: declaramos, señores, que nuestras palabras respecto de la hermana de Fernando fueron hijas de la lijereza. Protestamos que de hoy en adelante seremos los más entusiastas

reconocedores de su virtud, y que en fin no hemos de volver á ocuparnos de la de ninguna mujer de cuyas faltas no tengamos datos positivos.

—¿Está V. contento, Sr. D. Fernando? le dijo D. Chico, poniéndole la mano en el hombro.

—Lo estoy, Sr. D. Francisco.

—Pues bien; el almuerzo nos espera.

—No á mí, dijo Fernando tristemente, me aguardan el dolor de una hermana y el ataud del infortunado Carlos. Adios, señores.

Agustín también se despidió, mientras que Fernando se encaminaba al lugar donde había dejado el carruaje. . . . . .

. . . . . .

Por la tarde un ataud conducido por cuatro hombres entre los cuales se distinguían Fernando y César Morgán, salía de una iglesia con dirección al cementerio.

—¡Exelente amigo! murmuró uno de los caballeros que acompañaban el entierro, contrayéndose á César Morgán.

—Eso es lo que se llama serlo hasta el sepulcro, exclamó otro que lo oía.

Cuando la comitiva volvió á la casa de Carlos Alvear, D.ª Petrona distinguió á César al entrar en la sala.

—Hé allí, dijo esa mujer indiscreta á su hija Leocadia, hé allí nuestro único consuelo, el solo hijo que me queda.

Leocadia fijó sus ojos llenos de lágrimas en Fernando, que recibía en su pecho las de la pobre Luísa.

VIII.

DUELO Y BODAS.

Beso que en mi alma crié
En sueños de gloria y calma,
Y que por joya del alma
Siempre guardé.
Por que amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

J. Milanés.

Pocos días trascurrieron desde la muerte de Carlos, cuando D.ª Petrona, menos ocupada de su dolor que su idea favorita, no cesaba de hablar á su hija en favor de César Morgán, y á sus íntimos amigos de la necesidad de llenar aquel vacío, dando un respeto á la familia en las eminentes calidades de ese cumplido caballero.

Leocadia y Luísa sufrían en silencio estas conversaciones, no atreviéndose á contradecirlas con una sola palabra. A veces llevaba D.ª Petrona su impertinencia al extremo de consultar al mismo Fernando sus proyectos, mientras que él, mirando

á Leocadia, respondía que escusaba dar consejos á nadie respecto de matrimonio.

Morgán por su parte frecuentaba la casa á todas horas, y como D.ª Petrona había tomado el gobierno de esta, dejábale todo el tiempo y la libertad más ilimitada para que hablase á Leocadia. Ella sin embargo escudaba con su pena; evadía las súplicas del pretendiente y las instancias de la madre. Un día llegó á tal punto la pertinacia de esta, que sin consultar á su hija pudo acordar con Morgán la celebración del matrimonio para el siguiente al de la octava de la Virgen de la Caridad. Así, le dijo, gozará V. de toda la feria, y cuando este barrio quede solitario, se hará todo con la mayor reserva y dignidad aunque sin fiestas de ninguna clase.

Morgán, que no deseaba otra cosa, comenzó á practicar sus diligencias desde entonces, y por insinuación de deña Petrona quiso hablar al padre Vreaidieu, para que les echase las bendiciones nupciales.

Apenas se indicaron estos detalles á Leocadia; tan convencida estaba esa buena madre de su poder absoluto y de la ciega obediencia de la niña, quien se ceñía únicamente á dar noticia á Fernando de cuanto pasaba.

Una noche al retirarse este, le esperó Leocadia cerca de la puerta y con los ojos preñados de lágrimas, tomándole una mano entre las suyas,

—Sálvame, le dijo, aborrezco á ese hombre y te amo, tú lo sabes. He llegado á comprender que mamá quiere que mi matrimonio con Morgán se celebre el día siguiente al de la octava, y esta idea me horroriza. Yo moriría, Fernando, antes que dar mi mano á ese hombre.

—No temas, contestó Fernando; ¿tu corazón es mío, verdad?

—Sí.

—Pues entonces deja que ellos acuerden lo que quieran, que te arrastren al último extremo, que te lleven al pié del altar...

—¡No lo quiera Dios! Jamás iré sinó para ser tuya.

—Bien, dijo Fernando, ¿y si te llevaran te faltaría valor para contestar al ministro en vez del *sí* un *no*, que disipara las esperanzas de Morgán? ¿No lo tendrías para decirle que eres mi esposa y poner á Dios por testigo de tu juramento santo?

—¡Oh! sí, yo te lo prometo,

—Pues entonces, déjalos obrar: tú eres mía, Leocadia, como yo soy tuyo... ¿Ves esta noche tan hermosa? ¿Ves ese firmamento cubierto de estre-

llas? Pues allí tras él, hay un Dios que nos mira y nos escucha: él es justo y bendice el labio que no osa engañarle, él es bueno y unirá nuestras almas.

—Gracias, Fernando, tu voz me infunde valor, dijo Leocadia, acercándose aún más á su amante.

Su brazo rodeó aquella cintura estrecha y flexible, Leocadia reclinó la cabeza en su pecho y un beso puro, como el amor que lo inspiraba, sonó en el alabastro de su frente virginal.

¡Era el primero! Leocadia cerró los ojos y desprendiéndose de los brazos de su amante, volvió á la sala agitado el corazón por una de esas inefables impresiones que no se definen, no se comprenden ni tienen nombre en el lenguaje de los hombres y que los ángeles apenas acertarían á explicar al hablarnos de las venturas del cielo.

Leocadia durmió esa noche, no tranquila, sinó feliz; tenía un talismán en la frente y una esperanza en el corazón. Fernando, por el contrario, después que se desvaneció aquella sensación deliciosa, la duda y la inquietud se acercaron á su lecho para llenarle de zozobras. ¿Por qué no maté á ese hombre? exclamó... Hé aquí el resultado de una compasión inmerecida. Mas ¿hubiera podido yo ofrecer mi mano ensangrentada á un ángel de

bondad? ¡Oh! ¡jamás! no quiero que el menor remordimiento emponzoñe mi dicha. Bien hice.

Pero las mujeres, pensaba otras veces, son débiles, Leocadia es tímida é inocente, tiembla ante su madre y acaso le faltará valor para complir lo que me ha ofrecido. No permitas, Dios mío, que ante tus aras santas se pronuncie un juramento indigno, no consientas que en ellas se inmole á una alma cándida.

Atormentado por estas ideas encontradas, Fernando se durmió un instante, y su imaginación ardiente le presentó á Leocadia ante el altar abandonando su mano á César, que la oprimía sin compasión: vió el movimiento de sus labios que pronunciaban una palabra, acercóse más y más para oirla, pero no pudo: el templo estaba oscuro y silencioso; el sacerdote alzó las manos y Morgán arrastró su víctima fuera de aquel. Fernando quiso seguirlos, pero en vano; sus plantas estaban asidas al pavimento y por mas que forcejeaba no podía desprenderse. De repente escuchó el estruendo de un rayo y cayó de rodillas. La pesadilla había cesado, Fernando abrió los ojos y la realidad volvió á su pecho la calma.

Era ya de día y un criado presentó á Fernando una carta.

—Mi amo, le dijo al ponerla en sus manos, un caballero ha venido muy tempranito, y me entregó esto para su merced, allí está en el sobre lo que escribió con lápiz.

Fernando lo leyó y decía así:

«He llegado anoche, estoy en la pista, veré á Vd. á las seis de la tarde.»

Armona.

En seguida abrió la carta: estaba concebida en los siguientes términos:

Habana, Setiembre 183...

«Mi buen amigo: más de una vez me has oído hablar del asalto vandálico é inícuo robo que en años pasados hizo la partida del famoso Rubio en nuestro ingenio: sabes que nuestra casa fué saqueada por esa horda de foragidos, que mi padre debió la vida entonces á la gracia del cielo y al valor y lealtad heróica de su administrador, que cosido á puñaladas, murió guardando la puerta de la pequeña estancia en que él y nosotros nos habíamos refugiado. No ignoras que el robo que entonces se nos hizo nos obligó á concursarnos, arrastrándonos al borde del abismo de la miseria, de donde hemos salido merced á una economía y una laboriosidad constantes. Tú viste que la gratitud

y un amor puro me impulsaron á dar mi nombre y mi mano á la hija de ese administrador; pero que juré vengar á su padre. No he omitido medio de cumplir mi palabra, jamás he borrado de mi memoria aquella horrorosa escena de que fuí testigo siendo niño; he minado puedo decirte, la Isla, he hechos innumerables desembolsos por seguir los pasos del Rubio; alguna vez lograron mis agentes encontrar y áun aprehender á ese bandido, mas por desgracia, parece que cuenta con recursos misteriosos y cuantiosísimos que le han abierto las puertas de las cárceles y alentádole en la senda tenebrosa que sigue. Tú habrás oido su fama funesta, sabrás que varía de nombres y áun de figura, y que tan pronto se encuentra en la encrucijada como en la ciudad su huella sangrienta que parece horrorizar á sus perseguidores y áun á nuestros mismos tribunales.»

«Se sabe por conducto fidedigno que la partida del Rubio está en la jurisdicción de Puerto-Príncipe; hay quien le haya visto paseando impunemente por sus calles y el gobierno ha comisionado á un oficial de alta graduación para que lo persiga y lo traiga aquí vivo ó muerto.»

«Ese oficial es amigo íntimo mío; te entregará esta carta y merece que te lo recomiende muy efi-

cazmente. Dale, Fernando, cuantas noticias te pida acerca de su objeto, facilítale la introducción en las fincas que necesite registrar, franquéale, en una palabra, cuando te exija, seguro de que á todo respondo con mi caja y con mi corazón.»

«Te incluyo la filiación del Rubio aunque te advierto que no es un bandido vulgar, pues sabe cambiar de nombre y de cara, tiene una presencia arrogante y áun modales finos, es astuto y valiente, le agrada sobremanera el juego, y es tal su aplomo y sangre fría, que se cuenta que una vez salió de la cárcel donde estaba preso, en compañía de otras personas que habían entrado á hacer visitas, y á la puerta encendió un tabaco con el carcelero, quien no le conoció.»

«Es difícil, sin embargo, que se escape al dador que le conoce personalmente y está enterado de sus mañas.»

«Adios, Fernando mío: siempre tu amante condiscípulo.»

«Luis.»

La nota que iba adjunta á esta carta decía así:

Filiación del Rubio.

Estatura—regular.
Color—blanco.

Ojos—azules.

Cabello—rubio.

Barba—cerrada: al cabello.

Piès—pequeños.

Es gefe de una cuadrilla, tiene algunas pecas en las manos, y su edad debe ser de 33 á 36 años.

Fernando guardó aquella carta en su escritorio, y se disponía á salir, cuando notó que alguien tocaba la puerta de su cuarto. Era el padre Vreaidieu.

—Beso á Vd. la mano, caballero, dijo, descubriendo su frente venerable.

—Y yo realmente quiero besarla á Vd., mi buen maestro, contestó Fernando, imprimiendo, en efecto, sus labios en la mano temblorosa del anciano.

—Vengo, dijo este sentándose en un sillón que Fernando le había aproximado, á hablaros de un negocio de suma gravedad. Sois el único apoyo que Dios ha dejado á la familia de mi desgrado discípulo Carlos: creo que os interesareis por ella muy vivamente y acaso sabeis algo de lo que voy á contaros.

—Diga Vd., padre mio.

—Leocadia se casa mañana con un forastero que se llama César Morgán.

Su madre á lo menos tiene ese proyecto.

—Me lo ha comunicado la misma D.ª Petrona, y ayer estuvo Morgán á practicar las últimas diligencias, suplicándome que los uniera. Acaso, añadió el sacerdote, después de una breve pausa, no deba deciros he sentido en mi corazón una fuerza que me ha obligado á rehusar este encargo: soy débil para resistir á cierta clase de inspiraciones, os lo confieso: tengo un presentimiento de que ese hombre hará la desgracia de Leocadia y no quiero ni indirectamente contribuír á ella. ¿No podríais vos hacer algo más?

—Daría la mitad de mi vida por evitar ese enlace; pero debo hablar á Vd. con franqueza: mi interés en esto, no sólo nace de la misma creencia que Vd. tiene, sinó de que amo á Leocadia.

—¿Y en qué piensa su madre? exclamó el padre Vreaidieu admirado

—Piensa en que yo soy pobre, en que acabo de salir de la Universidad, en que no tengo un nombre ni una posición brillante que dar á su hija,

—¡Y bien! ¿no tenéis un caudal inestimable en vuestro corazón? ¿no tenéis un nombre en vuestra carrera, y no podéis conquistar con vuestros conocimientos y con vuestra honradez un porvenir dichoso que brindarle? ¿Valdrá más que vos ese ad-

venedizo á quien desconocemos, ó á quien mejor dicho, podríamos apreciar por haberle visto entregado al ócio, al lujo y al vicio? ¿Cuáles son sus títulos? ¿Cuál la suerte que ofrecerá á esa pobre niña? La alejará del hogar de sus padres, de su pais tal vez, y haciéndola apurar amargos sinsabores, castigará así en una inocente la ligereza de una mujer que olvida los principios bajo que fué educada. En mi tiempo los padres casaban á sus hijos, es verdad, y á veces desde la cuna: contábanse las vacas de la pretendida, los pesos de posesión del pretendiente y á los quince ó diez y seis años, se convertian esos niños, en padres de familia. Mas por fortuna el matrimonio no tenía bajo aquel orden de costumbres, peligros, ni la vida social grandes necesidades. Hoy que esos peligros existen y que el círculo de nuestros goces se ha ensanchado, debe contarse, y mucho, con el afecto, con la edad, con la educación de los contrayentes: debe pesarse el valor moral é intelectual de los novios con mayor cuidado que el de sus talegos. No se compran con oro la virtud, la delicadeza y esa agradable cultura indispensables para hacer la dicha de una señorita de cierta clase y que tantas veces se pone á prueba en la existencia íntima. El oro en manos inexpertas suele acarrear vicios

y se evapora fácilmente, dejando luego la miseria con todos sus horrores, al paso que la inteligencia y la moralidad son dos fuentes inagotables de bienestar, de riqueza y hasta de gloria. Creedme, cuando he tenido que alzar mi mano para bendecir una unión formada bajo estos auspicios nobles y dignos, mi corazón se ha dilatado dulcemente y he visto la gracia de Dios descender sobre esa casa. Cuando por el contrario, veo el interés, el compromiso ó el capricho de familia, el estímulo brutal de la carne, la ignorancia ó la perversión de costumbres, concurriendo á estrechar ese lazo que yo formo y que la muerte sola puede desatar, el pecho se me oprime, sufre mi espíritu de un modo inexplicable y siento cierta especie de remordimiento, cuya razón no concibo, pero que no puedo evitar. Regularmente el porvenir realiza mis temores. Hé aquí lo que me pasa hoy: yo quisiera abrir los ojos á D.ª Petrona; pero no puedo, ni debo: desearía salvar esa niña, que tanto estimo, é impedir una profanación. Una profanación, sí, porque en el matrimonio todo debe ser bueno y puro: el matrimonio, ha dicho un sabio eclesiástico, es la única reliquia santa que del Edén nos queda, es la última flor allí abierta y escojida por la mano de Dios para hacer llevadera la existencia en este

valle de lágrimas. Para mí es tan precisa esa unión moralizadora é íntima del hombre con el hombre, que yo habría consumido mi alma en la soledad más espantosa, si no hubiera encontrado en mis discípulos seres á quienes amar, con quienes distraer mis penas, á quienes comunicar mis ideas, mis dichas y mis tristezas. Yo sigo vuestros pasos áun, me parece que vuestra familia es la mía, y gozo al guiarla por el buen camino, como tiemblo al verla expuesta al menor peligro. Disculpad, pues, mis indicaciones, respecto de este enlace, pero os repito que temo las desgracias que puede atraernos.

—Padre, preguntó Fernando, fijándole una mirada investigadora ¿tiene V. algún antecedente de César Morgán?

—Tengo, hijo mío, una presunción horrible que no debe salir de mis labios; no me pregunteis su orígen; pero me horrorizo al pensar que Leocadia va á dar su mano á este hombre. ¿Antecedentes quereis? Preguntad de donde saca las sumas inmensas que derrama en el juego, preguntad en qué pasa la vida, qué ha hecho para arrastrar á nuestra incauta juventud á los garitos é instilar en sus ánimos el veneno de la corrupción. ¿Sabemos siquiera quién es César Morgán? ¿Su nom-

bre como su semblante no puede ser la máscara que disfraze á un bandido?....

Un relámpago pasó por la imaginación de Fernando: tomó la carta que acababa de recibir y la leyó al padre Vreaidieu.

—¿Encuentra V., padre mío, le dijo al concluir, alguna conexión entre lo que V. presume y lo que esta carta revela?

—No, hijo mío; acaso hemos ido demasiado lejos; pero sabed, que áun cuando encontrase la relación que indicais, no os lo diría; yo no puedo acusar, ni sé delatar.

—Ni yo jamás emplearé esa arma infame contra mi más mortal enemigo. El delator, sea quién fuere, lleva un estigma en la frente que nunca se borra. No; puede V. estar seguro de que si supiera positivamente que César Morgán es el «Rubio,» lo mataría antes que entregarlo.

—No tanto; pero en la duda, absteneos: observad sin embargo y decidid á D.ª Petrona á que piense más lo que hace.

—No lo hará

—Hablad á Leocadia.

—¿Y qué hará la infeliz?

—Resistirse: la iglesia da esposa, no esclava,

la iglesia quiere la voluntad y el amor en el corazón de los esposos.

—Bien, y si Leocadia dijera que no, al contestar al ministro ¿la casaríais?

—Yo no, pero os advierto que jamás he visto igual caso; el respeto que inspira el lugar, la voluntad decidida de los padres y esa timidez natural en el sexo, atan sus labios y las obligan á prescindir de los más firmes propósitos. No confieis mucho en esta promesa por más fé que ella os inspire.

—Si no la cumple, le faltará esa firmeza para el bien que yo deseo encontrar en su alma, y nada habré perdido entonces.

—No seais egoísta ¿y ella?

—Es verdad: pedid á Dios que la ayude.

—Sí, dijo el anciano, y os prometo hablar esta tarde con vuestra hermana María Luísa ó con D.ª Petrona: al salir de la procesión iré allá

—No le digais, por Dios, nada de nosotros.

—Perded cuidado, murmuró el sacerdote sonriendo. Y levantándose después, estrechó la mano de Fernando y salió.

Instruído Agustín de cuanto pasaba, y más malicioso aún que su amigo, decidió á este á que fuesen esa tarde á la procesión: bien enterados

antes de la filiación del Rubio, y dispuestos á llamar por ella una á una las facciones de César Morgán. Acordaron que si sus presunciones se realizaban harían que D. Chico hablase á D.ª Petrona, pues esas almas nobles repugnaban la denuncia, fuera cual fuese su tendencia.

El Camagüey entero bullía esa tarde en la calle de la Caridad: algunos arcos triunfales se alzaban de una á otra acera, lujosos altares formados en varias puertas, no pocas flores esparcidas en sus gradas é innumerables banderolas y cortinas daban un aspecto risueño á ese barrio. Era el último día de la feria y el pueblo deseaba conservar de ella un recuerdo gratísimo: así es que nunca hubo más animación, jamás ostentaron más encanto y gracia las bellas camagüeyanas que llenaban los anchos portales de las casas. La luz del sol que descendía al ocaso, reflejándose en las columnas de plata de un trono y en un resplandor de oro cubierto de finísima pedrería, daba más belleza á la Virgen, llevada en triunfo por el devoto vecindario de Puerto-Príncipe. Cuatro marineros conducían aquel trono, y su presencia en el interior de la Isla, en esa tarde, revelaba el cumplimiento de una de esas promesas solemnes hecha en los terribles instantes de un naufragio.

Esos hombres de tostada frente, mirada altiva y hercúleas formas que desafiaron el poder de los vientos, inclinaban agradecidos sus hombros y sus rodillas en presencia de esa Divina imagen, que su fé les presentó en medio del horror de la borrasca, como la estrella resplandeciente de los mares.

Iban Fernando y Agustín entre la apiñada fila de caballeros que acompañaban la procesión, y al pasar por la casa de César Morgán fijaron en este sus ojos.

—Son azules, dijo el uno al otro.

—Es blanco, contestó este.

—Su presencia es arrogante.

—Pequeños sus piés

—Pero ¿cómo descubrir las pecas de las manos, si lleva guantes?

—Por otra parte, dijo Fernando, su cabello lejos de ser rubio, es negro como el ébano.

—Poco importa, contestó Agustín, el cabello se tiñe, y en mi concepto esa melena no es natural.

—Repara, observó Fernando, si tiene algún diente postizo.

—Para hacerlo voy ahora mismo al portal de su casa, y acuérdate tú que en la mía tienes una cita á las seis.

—Es verdad, adios.

—Adios.

Al llegar Agustin al portal de la casa de Morgán, notó que un hombre bajo de cuerpo, trigueño, y de una constitución robustísima parecia contemplar á Morgán, mientras que este alegre y satisfecho desocupaba en reunión de otros amigos una bandeja de dulces colocada en un velador.

—Señores, á la procesión, exclamó uno de los sacerdotes encargados de dirijirla: los amigos de Morgán entraron en ella. Luego que hubo pasado, Morgán quedó solo.

El hombre que lo observaba se acercó entonces á él, puso un billete en sus manos y se retiró.

Morgán abrió ese billete y apenas hubo fijado en él la vista, una palidez mortal cubrió su frente. Después lo guardó en el bolsillo de su levita y entró precipitadamente en su casa. Un criado introdujo en seguida y por su orden el velador y las sillas que habían quedado en el portal, y cerró puertas y ventanas.

Apenas había acontecido esto, cuando entraron cinco hombres en la plaza de la Caridad: tres de ellos, montaban briosos caballos, y al pasar por frente de la casa de Morgán, esos cinco hombres cambiaron una mirada de inteligencia. Los tres

Apenas había acontecido esto, cuando entraron cinco hombres en la Plaza de la Caridad.

(Dibujo de Vázquez.)

que iban á caballo siguieron hasta uno de los ángulos de la plaza y desaparecieron por la calle que hoy se llama de la Sociedad Patriótica: los otros dos se detuvieron en el portal de la casa de Morgán: uno de ellos se acercó con cautela al ojo de la llave y un instante después dió un fuerte golpe en la puerta.

Nadie contestó.

Los golpes se repitieron hasta tres veces, y el mismo silencio: el hombre se desesperaba, parecía observar algo en el interior de aquella casa y volvió á llamar pasado un minuto. La puerta se abrió al fin.

—Y bien, Sr. Armona, dijo al hombre que se presentaba en ella.

—¡Es él! contestó este, ¡es él, no tengo la menor duda, y se nos ha escapado!

—¡Oh! no se escapará, replicó sonriendo el hombre que se había quedado en el portal.

—Es necesario: oiga Vd. Al instante de tomar la calle de Cuba, vimos que salía un hombre á caballo por la puerta falsa del traspatio, ese hombre iba precisamente á dirijirse hácia nosotros, más de pronto torció las brindas del caballo y desapareció como un relámpago; no fué tan rápidamente sin embargo, que no pudiera reconocer en aquellos

movimientos, en aquella estatura y en aquel bric, al individuo que buscamos, como que lo he tenido mil veces en mi poder.

—Pero ¿y Vd.? exclamó, con impaciencia el que le oía.

—Yo le seguí: más al verle desaparecer por la calle del Coronel Gutierrez, hácia las sabanas, me pareció prudente mandar que mis dos compañeros continuasen y venir á registrar la casa: entré pues por la puerta falsa por donde él mismo había salido y que dejó abierta; oí entonces los golpes que daba Vd. en la principal y he venido á abrir para que nos pongamos de acuerdo inmediatamente, puesto que yo salgo en el acto al alcance de los otros, adquiriendo noticias por el camino.

—Pues bien; ¿qué me toca hacer? aquí tiene Vd. también á mi amigo Sedeño.

—Por lo pronto, registre esta casa por si aparece alguna cosa útil á nuestra investigación.

—Despues irá Vd. á casa del Gobernador á darle cuenta de cuanto ha ocurrido, y luego quédese Vd. en espectativa en la ciudad por si ese hombre se oculta en algún punto de ella ¿Le conoce Vd.?

—Por el ojo de la llave he visto dirijirse al patio primero á un individuo vestido con una chaqueta blanca que tenía facha de criado, y al dar el primer

aldabazo vi correr hácia el fondo á un hombre de levita negra y sombrero de jipijapa.

—¡Ese es!

—Entonces le conozco, porque al oir los golpes volvió instintivamente la cara.

—Estamos pues de acuerdo, dijo Armona. Adios, Sr. Parrado, añadió estrechando la callosa mano del hombre con quien hablabla: este le acompañó hasta la puerta del traspatio donde había dejado su caballo, y por la que salió inmediatamente.

Parrado cerró esa puerta y fijando su vista en una hermosa yegua que estaba en la caballeriza, se detuvo á examinarla: despues llamó á Sedeño.

—Creo haber hallado una luz, le dijo cuando estuvo cerca, yo conozco este animal: he visto montado en él á un hombre que trató de vendérmelo y que en mi concepto *es pájaro de cuenta:* paraba en uno de los cuartos de Iglesias que están próximos al cuartel de Lanceros: ese hombre debe saber donde está el que buscamos, y es necesario encontrarlo, como haya lugar y no perder de vista esas habitaciones.

—Bien, contestó Sedeño que parecia ser de pocas palabras.

Empezó entonces el registro de la casa, que es-

taba desierta, y no brindó un dato más á las investigaciones que se practicaban.

—No hay tiempo que perder, exclamó por fin Parrado, dirijiéndose á la puerta principal que había cerrado Sedeño, cuando se le llamó. Ambos salieron al portal.

Agustín, á quien dejamos en la plaza, y que había estado observando con una curiosidad inmensa lo que ocurría, no pudo contenerse al ver salir á Parrado y se acercó á él.

—¿Tiene Vd. la bondad de informarme, le dijo, donde está César Morgán?

—Eso es lo que yo quisiera saber, señor don Agustín, contestó Parrado, con su habitual sonrisa.

—¿Me conoce Vd.? le preguntó Agustín.

—¿Quien no conoce en este pueblo á un médico de la reputación de Vd?

—Pues tenga Vd. la bondad de decirme qué pasa.

—Pasa, Sr. D. Agustín, que el caballero Morgán, por quien acaba Vd. de preguntarme, es el Rubio en persona, ese bandido tan famoso en los campos de la Isla: pasa que se ha ido y que es necesario dar con él.

—Justo Dios, exclamó D. Agustín.

—Y le encontraré, añadió Parrado despidiéndose y echando la llave á aquella puerta.

Agustín se dirijió entonces á la ciudad con ánimo de referir á Fernando cuanto acababa de saber.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

	Pag.
Dedicatoria.	7
A los suscritores de La Ilustración Cubana.	9
Juicio crítico de D. Cirilo Villaverde.	11
I.—Los dos puentes.	37
II.—El baile.	55
III.—La casa de César Morgán..	78
IV.—La mujer del jugador.	103
V.—Antes de morir.	127
VI.—El garito..	146
VII.—El desafío.	168
VIII.—Duelo y bodas..	185

BARCELONA.
IMPRENTA DE LUÍS TASSO
Arco del Teatro, 21 y 23
1885

BIBLIOTECA DE LA ILUSTRACION CUBANA
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN:
Consejo de Ciento, 259. — BARCELONA

UNA FERIA
DE
LA CARIDAD
EN 183....

CUENTO CAMAGÜEYANO

POR

J. RAMÓN DE BETANCOURT.

« TOMO II »

SEGUIDO DE

JUICIOS CRÍTICOS DE LUACES Y FRANK

TERCERA EDICIÓN
ilustrada y notablemente aumentada.

AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA
Trocadero, 28. — HABANA.

UNA FERIA DE LA CARIDAD

EN 183...

TOMO II.

BIBLIOTECA DE «LA ILUSTRACIÓN CUBANA»
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CONSEJO DE CIENTO, 259.
AGENCIA GENERAL PARA LA ISLA DE CUBA—TROCADERO, 28—HABANA

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183...

CUENTO CAMAGÜEYANO

POR

J. RAMÓN DE BETANCOURT

TOMO II.

SEGUIDO DE JUÍCIOS CRÍTICOS DE LUACES Y FRANK

TERCERA EDICIÓN ILUSTRADA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA

BARCELONA
IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA
21 Y 23—ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23
1885

HARVARD COLLEGE LIBRARY
MAY 18 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

EL AUTOR SE RESERVA LA PROPIEDAD

UNA FERIA DE LA CARIDAD

I.

EL CIEGO DE NAJASA.

¡Oh! Cuba, si en mi pecho se apagara
tan sagrada ternura y olvidara
esta historia de amor;
hasta el dón de sentir me negaría,
pues quien no ama á la patria ¡oh Cuba mia!
no tiene corazón.

Luisa Perez de Zambrana.

La carta que el desconocido entregó á César Morgán, estaba escrita en estos términos:

Huya V.: Armona va en su busca y acaso á estas horas estará en la ciudad. Le espero á V. esta tarde y toda la noche en una ceja de monte que hay frente á «La Vega,» á la subida del rio Najasa. Rompa V. esta.

Si desea el lector saber quién dirijió esa carta es necesario siga con nosotros á César Morgán,

que en su hermoso caballo «Camagüey» cruza rápidamente las sabanas del *Managüaco*.

La noche extendía ya su sombra sobre el vecino monte que servía de límite á aquellas sabanas, á tal punto que apenas podía percibirse muy cerca el camino abierto en medio de la espesura. Morgán contuvo por primera vez brida de su caballo, volvió con precipitación los ojos hacia atrás, y como advirtiese que nadie le seguía, se apeó, y acercando su oído hasta la superficie de la tierra, detúvose en esa posición un instante..... Sin embargo no escuchó otro rumor que el que producía la respiración afanosa de «Camagüey».

Era una de esas noches de completa calma, en que la brisa no tiene rumores, ni movimientos los árboles, ni exhalan sus aromas nuestros campos: en que la naturaleza muda y como postrada, parece estar oyendo ó esperando algún mandato del cielo. Morgán sacó entonces un bonito yesquero de oro, dió fuego á su grueso mechón, encendió en él un puro de Yara, é iluminó con este la muestra de su reloj: llevaba hora y media de camino próximamente.

Creo que estoy muy cerca, pensó, y «Camagüey» estira ya las piernas.—Vamos, valiente, vamos, dijo acariciando las doradas crines de su pescuezo.

Ocho leguas en hora y media no es gran cosa para tí.—Saltando en seguida sobre él, acercó apenas sus piés á los hijares, bañados en espumoso sudor y se internó con la celeridad del rayo por entre los árboles que alzaban sus espesas ramas á uno y otro lado del camino.

Media hora después el caballo se detuvo y empezó á dar resoplidos: Morgán oyó entonces el ruido del agua al despeñarse por entre las piedras.

—Hé aquí el río, exclamó satisfecho: ya estoy en Najasa.

El descenso á este río estaba erizado de peñascos, y los accidentes del terreno lo hacían peligrosísimo, el caballo bajaba la cabeza hasta la tierra y un temblor angustioso recorría sus piernas: aquel pobre animal no podía adelantar un paso más: Morgán dió una palmada sobre sus anchas y redondas ancas y la frialdad del sudor crispó sus dedos.

Vamos, «Camagüey», un instante más, repetia; pero inútilmente: el caballo levantaba uno de sus redondos cascos y estremeciéndose volvía á posarlo en la tierra.

Morgán creyó oír á su espalda el ruido de otros caballos: fijó más la atención y no le quedó duda:

el galopar de aquellos se hacía más distinto. «Camagüey» hizo un esfuerzo entonces y bajó hasta la corriente. Morgán se creyó salvado, mas á la orilla opuesta nuevas dificultades se presentaban á su paso, la subida estaba abierta en una cuesta áspera sombrada de fúrnias y de piedras húmedas y resbaladizas. Morgán conocía el peligro, mas parecíale que «Camagüey» se reanimaba, y que había sido una alucinación el ruído que escuchó antes.

De pronto resonó en sus oídos el relinchar de caballos.

—¡Estoy perdido! murmuró, crujiendo los dientes y resuelto á dejar el suyo en ese punto; mas como advirtiese que este podría comprometerle, hizo el último esfuerzo, clavó las espuelas en el vientre, y «Camagüey», redoblando sus fuerzas en aquel instante supremo, de un salto salvó el barranco, pero cayó desplomado á orillas del camino arrojando por las narices y por la boca gruesos caños de sangre.

¡Maldito! exclamó aquel malvado, desprendiéndose de la silla no sin algún trabajo, y corriendo á ocultarse en las malezas que había al frente. Entonces pudo oír la trova de un arriero que atravesaba tranquilamente el río, por senda menos

escabrosa y algo distante de aquella en que había quedado muerto «Camagüey».

Morgán se enderezó, dió algunos pasos, y al divisar á lo lejos una luz.—Esa debe ser *La Vega*, pensó: al frente está el monte.—¡Vamos allá! Llevó entonces á sus labios el pito que siempre traía colgado al cuello, y á ese silbato contestó otro después de un minuto.

—Ahí está Jorge, exclamó; y no se había equivocado, la sombra de un hombre empezó á destacarse por entre los primeros árboles de la montaña.

—¡Gracias al diablo! dijo esa sombra cuando estuvo cerca.

—Para siempre, contestó Morgán, con la desfachatez que le era propia. Aquí me teneis salvo y sano sin otra avería que haber perdido á «Camagüey» en el barranco del río y mis pistolas, que quedan en las cañoneras.

—Vamos á buscarlas, dijo Jorge.

—No: me vienen siguiendo y es indispensable ganar cuanto antes terreno en la montaña y ocultarnos lo mejor posible. Mas..... en verdad que ese caballo en este sitio puede comprometernos.

—¿Y qué importa? Tengo un lugar donde nadie dará con nosotros, y estamos á corta distancia

de un puerto de mar: no hay tiempo que perder.

—*En avant*, dijo César, y ambos se internaron en la montaña.

Cuando hubieron andado gran trecho, preguntó Morgán á Jorge por su caballo, y le contestó que lo había dejado á orillas del monte, cerca de una cueva.

¿Y esa cueva dónde está?

—A una legua de aquí en vía recta; pero dilataremos de cuatro á cinco horas para llegar á su entrada: esa cueva, añadió, es un hallazgo que no tiene precio en estas circunstancias. Cuando V. me mandó que buscase algún punto donde pudiera ocultar nuestra compañía, rejistré las cuevas de Cubitas, que además de ser muy conocidas, están cerca de la población, y diz que no tienen salida, lo que en realidad es dudoso, y si hubiese estado sin ocupación acaso se la habría encontrado: todo está en proponerse á una cosa. Inmediatamente que salvamos á Rafael é hice variar de rumbo á la partida, me dirijí hacia el sur, supe que en el *Chorrillo* y *Najasa* había sierras y cuevas, y en efecto pronto verá V. una que es solo conocida del gefe de una partida de negros cimarrones, que por pagarme una dádiva me la enseñó hasta sus últimos rincones, conduciéndome á la salida

practicable por un río que corre al fondo. Allí he dejado á mi *penco*, por lo que pudiera acontecer.

—Bien; pero no me has explicado hasta ahora, cómo diablos supiste que me perseguía Armona.

—Muy sencillamente: almorcé esta mañana en un tenducho que acaso conoce V., puesto que otra vez ha andado este camino: llegó allí un hombre cubierto de tierra colorada, dijo que había ido á Cubitas, á ciertas diligencias, y entre los cuentos y las noticias que trajo, refirió su ecuentro con la gran partida de Armona que iba á Puerto Príncipe en persecución del Rubio. Apenas oí esto, salí de la taberna, y pareciendo conveniente no presentarme en la ciudad, busqué un *siliero* que se había hecho gran amigo mío: le dí las señas de la persona y de la casa de V., y acompañé con aquella carta un par de onzas, haciéndole las advertencias indispensables para evitar una equivocación. ¿Cometió alguna torpeza?

—La única fué demorar la entrega de la carta, pues si la dilata diez minutos más estoy perdido. Figúrate que apenas la leí, ordené á mi criado que ensillara á «Camagüey», cerrase las puertas y se marchasen, como lo hizo; pero casi en ese instante llegó la partida, de suerte que sólo tuve tiempo para cojer mis pistolas, algunas onzas, el

sombrero, las botas de montar y salir á escape. ¿Y qué crees tú que fué lo primero que vi? Pues al Sr. Armona, que venía con otros hombres seguramente á cercar el fondo de la casa, mas como tenía tanta confianza en mi caballo. le clavé las espuelas, tomé el camino de Santa Cruz para desorientarlos, y cuando estuve seguro que me habían perdido de vista hice rumbo hacia Najasa. Qué te parece, ¿he andado bien?

—¡Excelente animal! murmuró Jorge, recordando á «Camagüey».

—Ha sido una lástima, contestó Morgán, pero no debemos ocuparnos ahora de él, sinó de nosotros.

—Es verdad. ¿Y qué piensa V. hacer?

Pienso, Jorge, salir de la Isla, dejar esta existencia maldecida, estoy ya acostumbrado á la de caballero y no sé ya andar entre breñas y emboscadas, siempre con el dogal al cuello: iremos á otra parte á buscar la vida como gente honrada, ó á que nos ahorquen en tierra extraña. Es terrible morir así en Cuba, en mi país, en medio de mis amigos y al frente de la sociedad que me ha ofrecida tantos goces.

Jorge escuchaba á Morgán estupefacto.

—¿Está V. en su juicio? le preguntó por fin.

—Y tan resuelto, que mañana mismo saldremos para Santa Cruz á esperar la oportunidad de embarcarnos: aún tengo aquí diez y ocho ó veinte onzas..... ¿Qué hemos sacado, Jorge, de esta *carrera* llena de trabajos infinitos, de peligros, de crímenes y de infamias..... ¿Qué tienes? ¡Dí!

—Lo que es por mi parte, nunca he sido más rico que hoy, contestó riéndose.

—¡Y bien!.....

—Tengo aquí algunos realejos y ciento veinte onzas que sobraron del negocio de D. Carlos. Pero es necesario que nos acordemos de nuestros compañeros.

—Nosotros no tenemos que ver con ellos: los encontramos en la montaña: que sigan su suerte... Pero ¿dónde tienes ese dinero?

—Toma, en Puerto-Príncipe, en manos de una mujer, que sólo lo entregará á V. ó á mí.

—¿Me conoce acaso?

—No, señor; pero la he advertido bien por lo que pudiera importar.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que si se le presentaba un hombre á pedirle ese dinero, manifestándole que era mi capataz, de las señas de V., que le he dado, y

mostrándole cierta prenda, se lo entregara inmediatamente.

—¿Y qué prenda es esa?

—Un pito igual al que yo llevo pendiente del pescuezo.

—¿Y dónde hallaste esa mujer?

—Vive á *orillas* de Puerto-Príncipe, cerca del Cuartel de Lanceros, en los cuartos llamados de Iglesias.

—Los conozco. Jorge: es necesario vayas por ese dinero, yo te esperaré aquí, realizaremos pronto nuestro proyecto, y verás si vivimos tranquilos y felices en adelante.

—Lo haré, porque V. me lo manda; pero se me ofrece una observación: no podré ir hasta la noche, porque ha de saber V. que pronto llegará el día, y no son estas circunstancias para presentarme en los caminos á la luz del sol.

—Tienes razon.

Y no se había equivocado Jorge: las estrellas iban desapareciendo del cielo, las aves dejaban ya las ramas de aquellos árboles, y de la cumbre de la vecina sierra se alzaban espesísimos vapores impregnados de aromas.

—Aquí tiene V. la serranía de Najasa, dijo Jorge señalándole una cordillera, por donde em-

pezaron á subir á pocos momentos. Jorge penetró por una gruta abierta entre aquellos peñascos, y cuya entrada ocultaba un jagüey, que envolvia bajo sus traidoras hebras á un bellísimo cedro.

—Esta es mi antesala, añadió Jorge, después de estar dentro é invitando á Morgán á que le siguiese: allí está mi mesa, y señaló una gran piedra de superficie plana, mis sillas y mi cama, mostrando una bella alfombra de grama: mi despensa, é introdujo el brazo en una pequeña grieta que había al fondo; sacó una botella de vino, un cántaro con agua y un *jabuco* de guano del país, que vació sobre la piedra. Cayeron en esta un pedazo de queso, algunas butifarras, galletas y una lata de sardinas.

—Creo que tendremos para almorzar.

—No veo bien, observó Morgán.

—Ahora verá V., y sacando Jorge un largo cerillo enroscado en forma de cono, hizo fuego en su mechón, acercó á este una pajuela y dió luz al cerillo.

—Veo que eres hombre prevenido.

—En nosotros es una necesidad y hay además otra cosa, que sin este cerillo y sin esta escala de cuerdas, no sería posible entrar en la cueva; así le aconsejo á V. que no los olvide cuando vayamos á ella.

—¿Pues que no estamos en la cueva?

—No, señor: para llegar allí necesitamos almorzar bien: hay que subir esta serranía hasta la cumbre, bajar después entre precipicios hasta encontrar la salida.

—Renuncio.

—Es que no hay otro lugar más seguro por estos alrededores, y no se arrepentirá V. de visitarlo, porque es hermosísimo.

—Almorcemos, pues; durmamos un rato, y más tarde emprenderemos nuestra ascensión, si te parece.

—Sea, dijo, y después de devorar aquellas provisiones con un apetito envidiable, se dejó caer Morgán sobre la grama y quedó profundamente dormido.

El sol había llegado á la mitad de su carrera, cuando atravesaban el río de Najasa cinco hombres montados en briosos caballos: dos de ellos llevaban la delantera, y á corta distancia seguían los otros tres armados con largos machetes, templados en Guanabacoa, y buenas carabinas de Vizcaya, puestas á lo largo de las albardas hechas en el país.

Los dos primeros eran Armona y el Capitán del partido de Najasa: los tres restantes individuos de su cuadrilla: esta había seguido en efecto á Morgán

por el camino de Sta. Cruz, mas como pronto le perdió de vista y se le reunió después su jefe, dispuso este continuar por la misma vía en la persuasión de que Morgán trataría de ganar uno de los puertos del Sur. Así anduvieron esos hombres algunas horas sin encontrar noticias del prófugo, hasta que se dirijieron á la Capitanía del partido de Najasa, situada á corta distancia del punto en que se encontraban, después de reposar allí algún tiempo y darles refrigerio á sus caballos, les inclinó el Pedáneo á que hiciesen investigaciones por los montes vecinos, indicándoles que eran muy á propósito para un refugio; y hé aquí porqué los encontramos á estas horas bajando el río.

Al llegar á la orilla opuesta, el caballo que montaba el Pedáneo saltó hacia atrás con tal violencia, que á punto estuvo de dar con el ginete en tierra.

Armona, que tenía el suyo más adiestrado y advirtió que una multitud de *auras* alzaron el vuelo en ese lugar, hubo de comprender desde luego que el espanto provenía de algún animal muerto: no pensó acercarse á este; pero uno de los individuos de la cuadrilla le llamó la atención y entonces volvió sobre sus pasos.

—Ola, señores, exclamó apenas había dado al-

gunos pasos, si no me engaño, hé aquí una pista de bulto. Este es el caballo en que montaba el Rubio ayer tarde: busquemos sus huellas.

Armona echó pié á tierra y los demás lo imitaron, atando sus caballos á los árboles.

—¿Este camino es poco transitado? preguntó Armona al Pedáneo.

—No, señor.

—¿Y cómo es que no ha habido quien se acerque á este pobre animal para desbalijarlo? Véalo V. aún con su silla y su hermoso freno.

—Hé aquí unas pistolas magníficas, dijo otro abriendo las cañoneras y entregándoselas á Armona.

—Esto quiere decir, observó él, que hace muy poco tiempo que el Rubio ha pasado por aquí.

—Sin embargo, contestó el Pedáneo, observe V. los ojos del caballo, la rigidez de sus miembros y la sangre seca ya, que está cerca de su cabeza, y comprenderá que este animal quedó aquí muerto por lo menos desde anoche.

—Aquí hay una pisada, dijo otro de la partida, mas parece de mujer.

—Es de pié habanero, contestó Armona examinándola, y de hombre ¿no ve V. marcado el tacón?

Siguieron aquellas huellas, que á poco trecho quedaron confundidas en la arena del camino, con las de otros animales. El Pedáneo notó sin embargo que en la maleza había granos de arena sobre algunos arbustos doblados sin duda bajo las pisadas de un hombre.

—En mi concepto, dijo, el prófugo ha tomado la montaña, y yo aseguraría encontrarle ó por lo menos seguir sus huellas si trajese aquí mi perro.

—Mande V. por él inmediatamente, dijo Armona.

—Así que lleguemos á la hacienda «El Ciego,» que está cerca, irá á buscarlo uno de sus criados. Entre tanto descansaremos nosotros, comerán nuestros caballos, y tomaremos noticias.

—Bien pensado, dijo Armona; y dando orden de montar, siguieron el camino hasta una hermosísima sabana, en cuyo centro estaba situada la casa de «El Ciego:» tocaron á sus puertas que les fueron inmediatamente abiertas.

Después de haber hablado el Pedáneo con el mayoral, volvió á la sala y encontró á Armona examinando un gran mapa de la Isla de Cuba, que adornaba una de sus paredes.

—Hermosa casa, dijo Armona.

—Es la mejor de este hato, contestó el Pedáneo,

no sólo por las comodidades que ofrece, sinó por lo que enseña.

—¡Y cómo así!

El propietario de esta casa (1) es uno de esos hombres á quienes ha concedido Dios la gracia especial de darse á querer de todo el mundo, y el dón noble y grande de comunicar sus sentimientos, sus ideas, y hasta su hacienda con sus semejantes, á quienes mira como á hermanos. No hay gusto mayor para él cuando viene á su finca, que verse rodeado de sus arrendatarios, á quienes siempre tiene algo que enseñar y de quienes siempre aprende algo también, según él dice. Practica lo primero de tal modo, que en una conversación amenísima, valiéndose de un lenguaje al alcance de todas las capacidades y sin dejar entrever siquiera su pretensión de instruír, nos ha dado

---

(1) Era D. Gaspar de Betancourt y Cisneros, conocido en el mundo de las letras bajo el seudónimo de *El Lugareño*. Fué escritor distinguidísimo y eminente publicista á quien debe Puerto-Príncipe su ferrocarril (acaso el primero que se *inició* en la nación española), muchas obras de utilidad pública y todo el movimiento intelectual y material operado en esa provincia en la década de 1835 á 1845. Betancourt murió en la Habana el 7 de diciembre de 1866, pero sus restos fueron trasladados al Camagüey, que tiene legítimo orgullo en haberle dado la vida.

lecciones que estoy seguro no se escuchan mejores en los colegios, (con perdón de V. sea dicho, señor Comandante). Al frente de ese mapa que tiene V. á la vista, hemos aprendido muchos lo que es nuestra tierra que no conocíamos: hoy sabemos algo de su historia, y desde la punta de Maisí hasta el Cabo de San Antonio, podemos señalar sus pueblos, marcar sus distancias, sus caminos y sus puertos, determinar su población, clasificar sus terrenos, y en fin todo aquello que pudiera interesar á hombres de nuestra clase y circunstancias. La única contribución que se nos ha impuesto al enseñarnos esas cosas, es la de comunicarlas á otros, y crea V., que aunque ignoramos lo que es geografía, podemos hacerlo con facilidad, porque se nos han explicado de tal modo, se nos han puesto ejemplos tan patentes y se han materializado de tal manera las ideas, que era necesario que tuviéramos la cabeza más dura que este suelo para no comprender á ese hombre. Cuando él está aquí no hay tristeza, ni apuro, ni aflicciones para nosotros: cuando él se va, su ciencia parece que queda en estas paredes, su espíritu se cierne sobre la altura de esas montañas y vela por nosotros y por nuestras familias; así es que nuestras mujeres y nuestros hijos le quieren y le

bendicen todos los días, y nosotros le miramos como un padre, y no nos hallamos sin venir á esta casa á cada rato, no sólo porque es buena, sinó porque, como antes he dicho, enseña. Acaso se reirá V. de las tonterías que estoy ensartando; pero en el fondo de esas tonterías hay verdad y gratitud, cariño y fe. Y crea V., Sr. Armona, que siempre que salgo de estos umbrales llevo algo más en el corazón, en la cabeza ó en el bolsillo.

—No me río, Capitán, y desearía por el contrario que todos los hacendados ricos de Cuba fueran así.

—Pues oiga V., todavía no es él lo que quiere: vea V. este planito que hay á la izquierda del de Cuba: es el de Najasa, tal como está hoy; aquí están marcadas sus dotaciones, y su producción para el arrendatario y para el vínculo.

Vea V. este otro plano de la derecha: este es Najasa como debe ser y como será con el tiempo si las leyes lo permiten: aquí tiene V. repartida toda su área en ochenta potreros de veinte caballerías de tierra cada uno, bien figurados sus circuitos y mejor distribuídas sus aguas, sus montañas, sus sabanas y perfectamente dirijidos sus caminos. El área sola dada á censo, deja el duplo de la producción actual, y estas escalas que están

al margen prueban muy en detalle que si los amos de haciendas comuneras en vez de conquistar terrenos con ejércitos de ganados y de gastar su dinero en pleitos con sus vecinos, llevaran á cabo este proyecto, darían trabajo á más de mil y quinientos brazos en cada hacienda y rendiría la agricultura y la industria pecuaria una producción cuatriplicada á la que hoy da al propietario y al país. (1)

—Así que tengan Vds. buenas vías de comunicación y adquiera nuestra riqueza territorial el valor que debe, verá V. hasta qué punto son exactos los datos contenidos en esas notas que acabo de examinar y si puede ó no realizarse ese proyecto en mayor escala. Pero me llama la atención un cuadro verde que hay en el centro de ese plano.

—Ese está destinado á un potrero modelo, que

---

(1) Este proyecto está detallado en una de las Escenas Cotidianas, publicadas en la Gaceta de Puerto-Príncipe, donde se encuentran además gran parte de los artículos de su autor *El Lugareño* sobre Colonización blanca, vías férreas, Educación, Agricultura é Industria y pecuaria. A esta ilustrada y perseverante propaganda hecha desde 1835 á 45 ha debido el departamento central de la Isla de Cuba una gran parte de su progreso y de su riqueza.

se reserva el dueño. ¿Ve V. esa torrecita que está en un ángulo del cuadro? Es una iglesia que áun no tenemos por aquí. ¿Ve V esa otra? Es una escuela, y las dos fábricas indicadas en los demás ángulos están destinadas á una posada decente que no existe por estos alrededores y á una Quesera por el estilo de las de Suiza.

—Y en verdad que los quesos de Najasa tienen fama en toda la Isla.

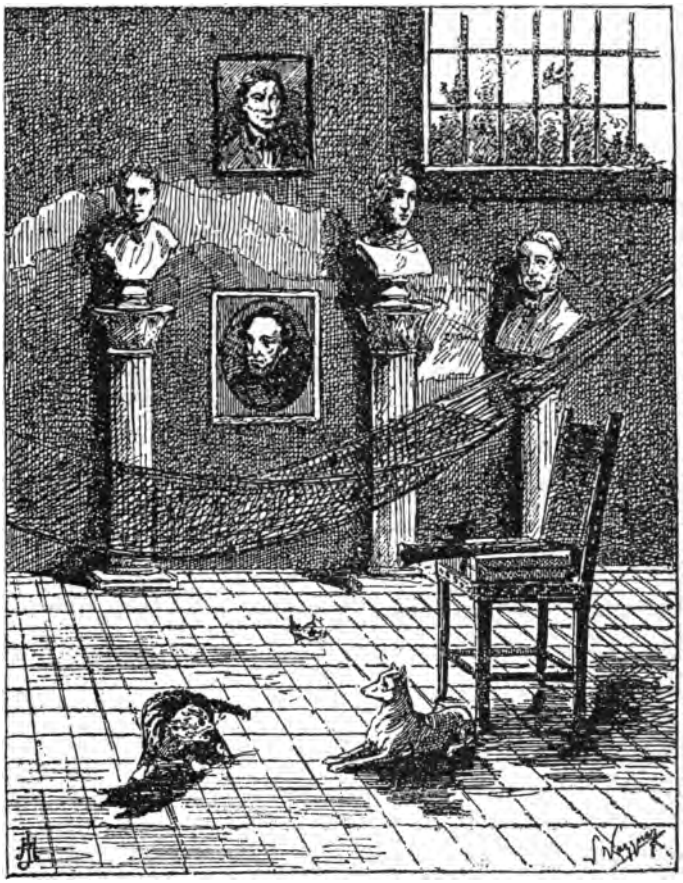
—Y sin embargo, no contamos con otra cosa para hacerlos, que con cuatro ó cinco reglas escritas por él mismo, después de haber oído nuestras observaciones.

—Aquí hay otro plano, dijo Armona.

—Este es el de la parte central de la Isla de Cuba y en el que ya están delineados los ferrocarriles que debieran cruzarla.

Este otro, dicen que es de un amigo de la Habana, cuyo apellido va enlazado á todas las mejoras introducidas en el cultivo de la caña y en la elaboración del azúcar entre nosotros: es el proyecto de un ingenio en que se ensaya la división del trabajo por brazos libres.

Ese plano y las notas que le rodean prueban hasta la evidencia que, además de todas las ventajas que produce al país, la realización de este pro-



HABITACIÓN DE «EL LUGAREÑO» EN EL «CIEGO DE NAJASA.»

(Dibujo de Menocal. Copia de Vázquez.)

yecto, deja incuestionablemente el veinte por ciento del capital. (1)

—Quisiera estar más despacio para estudiar este proyecto.

—Allí lo tiene V. todo explicado, y el objeto de mostrar los planos en este punto, es para que se vean, se examinen y se hagan observaciones.

—Dígame V. ¿y estos bustos de yeso que adornan los cuatro ángulos?

—Uno es de Cristóbal Colón, contestó el Pedáneo: el otro es el de Isabel la Católica: los del frente son del eminente filósofo educador de la juventud cubana D. José de la Luz y Caballero; el de nuestra gran poetisa, segun él la llama porque ya reveló ingenio desde los primeros versos, Tula Avellaneda, y el bayamés D. José Antonio Saco, ilustre publicista y acérrimo impugnador de la trata africana.

—Es curioso, murmuró Armona, siguiendo al

---

(1) Así se demuestra en una Memoria del Sr. D. Francisco Diago, quien además introdujo en los ingenios de Cuba, la división del trabajo por brazos libres. A su previsión y sentido práctico, así como á los escritores y agrónomos cubanos conde de Pozos Dulces y D. Juan Poey son acreedoras las industrias azucareras y pecuaria de las grandes mejoras que en estos últimos tiempos se han realizado en las Antillas españolas.

Pedáneo, que lo introdujo un instante después en un espacioso aposento que tenía al frente una gran ventana que permitía ver un jardín: otra al costado que daba á la sabana y una puerta en la pared opuesta que abría comunicación á las demás piezas interiores. Este aposento estaba adornado con grandes estantes llenos de animales de Cuba, perfectamente disecados.

—Todo esto es obra suya, dijo el Pedáneo, así es que nosotros no encontramos por aquí un pájaro, un insecto cualquiera, ó una piedra rara, que no se la traigamos al instante, y después los vemos como animados tras esos cristales y bendecimos la mano de Dios que ha derramado la vida y la belleza por todas partes.

En los huecos que dejaban los estantes, había sillas de cedro, forradas con cuero curtido y tachueladas á usanza antigua del país: sobre estas y colgadas de las paredes, veíanse cuadros que contenían retratos y litografías representando ganados de diversas razas y naciones y ganchos de alambre que conservaban algunos periódicos ó manuscritos y por fin dos bustos de yeso.

Una ancha hamaca cruzaba el aposento de un lado al otro y al pié de ella había un pequeño estante lleno de libros y de cuadernos impresos:

sobre ellos estaba un gran anteojo. Armona tomó en sus manos uno de esos cuadernos y leyó este título: «Informe sobre haciendas comuneras por el Ldo. D. Ignacio de Agramonte.» (1)

—Este es un camagüeyano jurisconsulto distinguidísimo, dijo el Pedáneo.

—Aquí veo también, observó Armona, mezclados con las obras de los primeros clásicos españoles, libros de Varela, de Saco, de Heredia y de Delmonte junto á otros manuscritos de personas que me son desconocidas.

—Este, añadió el Pedáneo, tomando uno, es de la Srta. Avellaneda (2); vea V. su perfil pintado por el Lugareño, que es tan amante de las artes

---

(1) D. Ignacio Agramonte y Recio fué no sólo el autor del voto consultivo de división de haciendas comuneras, sinó también de muy buenos informes forenses y municipales. Era el principal inspirador del ayuntamiento de Puerto-Príncipe, al que perteneció toda su vida. Nació en esa ciudad el 17 de noviembre de 1780 y murió en la misma el 28 de octubre de 1837.

(2) El autor se contrae á la que fué después laureada poetisa nacida en Puerto-Príncipe el 23 de Marzo de 1814, siendo gloria del Camagüey y honra de las letras españolas, á quien juzgan los eminentes críticos D. Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Diaz y M. Villemain, Par de Francia y Secretario perpétuo de la Academia francesa, y M. Durrien y M. N. Joly *como la más grande poetisa de todos los tiempos*. Falleció en Madrid en 1874.

como de las letras, pues he visto retratos y cuadros hechos por él que envidiaría algún artista. Estos otros papeles contienen versos de los Sres. D. Félix Caballero y D. Salvador de la Torre: han muerto dejando algunas composiciones poéticas que él conserva sin duda por curiosidad, y según dice, para graduar el movimiento intelectual del Camagüey.

—He oído decir no sé á quién, que el orden de una casa, así como el traje y el semblante, dan una idea del carácter de los individuos; y ahora conozco que hay cierta analogía entre lo que he visto, con lo que me ha referido V. respecto del dueño de esta finca.

—Si quiere V. juzgarle por su traje y su semblante, allí le tiene, dijo, señalando un retrato al óleo de medio cuerpo que estaba en la pared. Armona fijó sus ojos en ese cuadro. Era el de un hombre trigueño de treinta á treinta y tres años, su frente ancha y despejada revelaba una inteligencia superior; en sus ojos negros y chispeantes de luz se entreveía un fondo de dulce benevolencia; sus labios perfectamente finos formaban un par de hoyuelos en los extremos de su boca pequeña y agraciada; sus cabellos eran negros como el ébano. Estaba sentado en una silla de cuero igual á las que dejamos descritas; tenía una pluma

de ave en la mano derecha, apoyada sobre una carpeta donde se veían algunos pliegos de papel blanco y en ellos estos títulos: *Educación*, *Ferrocarril*, *Colonización blanca*. Más arriba de su retrato se veía el del conde de Pozos Dulces que tanto y tan bien ha escrito sobre agricultura y zootecnia, y en la pared lateral, casi sobre la puerta de entrada, contemplábase el de un venerable fraile franciscano: la luz divina de la Caridad bañaba aquel semblante noble y apacible. Era el del padre Fray José de la Cruz Espí.

—La sopa está en la mesa, avisó un hombre de los de la compañía de Armona.

—¡Santa palabra! exclamaron casi todos, dirijiéndose al portal, donde comieron alegremente, abandonando sus asientos, cuando todavía el sol coronaba con sus rayos las cumbres de las serranías de Najasa.

—Ahora voy á mostrar á V. otra curiosidad de este hato, ó mejor dicho, de su fértil y exuberante suelo, exclamó el Pedáneo dirijiéndose á Armona. Y levantando el tapete que hacía de mantel, descubrió la tabla principal de la mesa, que estaba con tal primor jaspeada por la naturaleza, que parecía una concha de pulido carey. Esta tabla, de diez piés en cuadro, añadió, es pieza enteriza sa-

cada del tronco de una caoba que no estaba lejos de aquí.

—Quisiera haber visto el árbol, murmuró Armona, palpando con cierta desconfianza la tabla.

—Aun puede ver V. una parte del tronco, que se conserva en el mismo terreno donde nació. Nuestros caballos están ensillados, el sitio no dista mucho, y como pronto será de noche, y muy poco adelantaremos ya en nuestra principal empresa; puede V. satisfacer su curiosidad sin más trabajo que el de seguirme. Así que, cuando usted guste...

—Una palabra antes de acompañar á V. ¿me permite usar un instante el anteojo que ví por allá dentro, para contemplar en detalle esas lomas á la puesta del sol?

—Aquí lo tiene V., repuso el Pedáneo trayéndole el pedido instrumento.

Armona lo apoyó en una de las columnas del portal para explorar detenidamente el hermoso paisaje que se extendía á su izquierda, y sin separar su mirada del vidrio, entabló el siguiente diálogo con el Pedáneo.

—¿Hay facilidad de hacer un reconocimiento por esas montañas esta misma tarde, antes que cierre la noche?

—Ya lo creo, si el encargado es práctico como mi Cabo de ronda y yo.

—¿Y ha vuelto ya su Cabo de ronda trayendo el perro de presa que fué á buscar?

—Sí, señor, y espera hace rato órdenes.

—Voy á darlas, dijo Armona dirijiéndose al interior, donde habló en voz baja con el Cabo de ronda. Este le hizo advertir, por lo alto, que no era posible á esas horas bajar á las cuevas de cimarrones y malhechores, que por aquellos contornos había, pues áun estaba por descubrir la salida de alguna de ellas.

—Haga V. lo que mando y pueda, replicó secamente Armona, y deme cuenta de las resultas.

El Pedáneo, en tono de cariñosa confianza, añadió:—Si no estamos aquí, búscanos en la caoba.

—Está bien, señor Hurtado, murmuró el Cabo de ronda con la ironía sutil propia del guajiro que, con una sola palabra, la de su apellido, le reconvenía por permitir que un jefe forastero diera órdenes en aquel partido. Saludando luego á Armona militarmente, dió media vuelta á la derecha y se alejó.

Pocos mamentos después salían por la tranquera del *batey* tres hombres de la partida de Armona,

el Cabo de ronda de *Najasa, lle-*
dia un gran perro de *presa que,*
y en dirección de las lomas,
los caballos.
bién en los suyos Armona y
una senda transversal hacia el
esaparecieron en la espesura del
de límite á las sabanas de «El

II.

LA CAOBA.

Cuba, Cuba, en tu seno se miran
en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.

Heredia.

A medida que en el monte firme penetraban el pedáneo Hurtado y el comandante Armona, iba debilitándose la luz que al través de la espesura de los árboles, y áun á medio dia, llega siempre allí como resplandor crepuscular, si bien nunca faltan fresca y aromosa brisa, bellas flores silvestres, sabrosas frutas y dulces cantos de pequeñas y pintadas aves.

A esta sazón entraban precisamente revoloteando alegres bandadas de tomeguines y zorzales en busca de sus nidos ó de las ramas donde dormir solian; mientras el ganado mayor, que procura la sombra del bosque para defenderse de

los rayos del sol, se abría paso, al caer de la tarde, por aquel laberinto de bejucos y troncos para encontrar el trillo que había de conducirle á la sabana ó al reducido sao, donde le esperaban mayor frescura y luz, más espacio, y, sobre todo, la suculenta yerba de ovejas á que es fama deben en gran parte su excelencia los quesos de Najasa.

—Realmente tienen Vds. aquí, observó Armona, un arbolado que ya no vemos por la jurisdicción de la Habana. Hace rato que á todos lados de nuestro camino descubro no sólo caobas con troncos hasta de un metro de espesor, sinó cedros de mayor grueso, esbeltos atejes y bellísimas yayas que abundan, según parece, en estos terrenos y cuyas maderas son preciosas.

—Ah, dijo el Pedáneo, respecto á maderas preciosas, tenemos también el ébano, la varía y el vacabuey.

—No conozco esta última.

—Es árbol que no me inspira cariño cual otros que son verdaderamente amigos del hombre; pero dicen que su madera, después de pulida, se confunde con el jaspe y es preferible. A mí me agradan los árboles en que veo reunido lo bueno á lo útil, según sucede con la palma real, la de coco y la de corojo, que no sólo ofrecen delicioso alimento

al hombre, sinó que sirven para construír su hogar y áun para hacer excelentes tejidos y finas grasas de saludable sabor.

—Y hasta para asustarnos alguna vez, dijo sonriéndose Armona, quien á duras penas trataba de contener su caballo, espantado por el ruído que produjo una yagua al arrastrar, en su rápido descenso, la penca que sustentaba. ¿Y estas caídas son frecuentes? preguntó.

—Figúrese V., contestó el Pedáneo, que cada luna brota una yagua y se desprende otra, para ofrecernos envases destinados á mil objetos y hasta cubos para mieles, agua, etc., no faltando quien asegure, que, hervida sencillamente su película, forma un papel que pudiera competir con el pergamino.

—Dígame V., volvió á preguntar Armona ¿qué flor es aquella tan grande y hermosa, que casi se confunde con un bello tulipán?

—¡Ah! dijo el Pedáneo, volviendo los ojos hacia el punto indicado por Armona, esa es la flor de la majagua.

Ahí tiene V. un árbol que también pertenece á la familia de los amigos del hombre, como llamo yo al ácana, al jiquí, al sabicú y al quiebra-hacha, inmejorables para construír edificios, cercas, ca-

rretas y muebles; el almácigo, el guayacán, el tamarindo, el copal y el manajú, que con sus cortezas, pulpas y resinas, alivian tantas enfermedades... Pero, volviendo á la majagua, que tal vez no se conoce mucho por la Vuelta-Abajo, diré á V. que su madera compacta, fuerte y á la vez flexible, se emplea generalmente en las barras de carruajes y de catres camas, y que con su corteza se hacen las cuerdas usadas en nuestros campos y ciudades, y lo mismo que la guana, es artículo importante de comercio.

—Pero nunca igualará á nuestro tabaco, exclamó Armona con arrogancia.

—Sí; el de la Vuelta-Abajo no tiene rival en el mundo y logra alto precio en todos los mercados. Pero ¿qué quiere V. que le diga? En mi sentir se debe á la moda; sostiene un vicio y cuesta tanto trabajo cultivarlo, escojerlo y prepararlo para su elaboración, que no compensa los afanes del infeliz veguero. Este, así como la hoja, son explotados por industriales y mercaderes que improvisan fortunas y gerarquías en que nunca soñaron, mientras el pobre vuelta-abajero, que lo siembra, cuida, recoje y cura en su propia tierra, pasa la vida entre angustias y deudas contraídas con el tendero vecino, casi siempre testaferro del comer-

ciante ó refaccionista que adelanta cuartos para el sustento de la familia, al moderado interés de un veinte por ciento, á cuenta de la cosecha, y, al fin, recoje esta por una tercera parte de su precio; pero no así el cadáver, ni los huérfanos de aquel desventurado agricultor, que muere en la miseria.

—Amigo, esa es la vida. ¿Quiere V. ahora reformar el mundo? ¿No sucede lo propio con la caña, que aparte de servir como jugosa fruta, nos ofrece rico guarapo, cristalino azúcar, espirituoso aguardiente, pluma para escribir, en su cáscara, y hasta el mejor combustible después de habérsele extraído todo el jugo? Pues el pobre esclavo que la cultiva y riega con su sudor y á veces con su sangre, no tiene siquiera el derecho de percibir una centésima parte del producto de su trabajo, ni el muy natural de formar familia y adquirir propiedad; y vive, y á ocasiones muere, bajo el látigo, mientras el dueño del ingenio levanta palacios, adquiere gran nombre y lega inmensa fortuna á sus hijos, quienes jamás recuerdan el origen de tanta felicidad y riqueza.

—Eso será por allá, contestó el Pedáneo haciendo un desabrido gesto; pero no en Najasa donde tenemos quien piense de otro modo. El pro-

pietario de este hato no posee esclavos, y ahora va V. á conocer á otro hombre que en un solo día dió la libertad á cuantos heredó de sus padres. Y ha de saber V. que aquí no ignoramos lo que es la trata africana y la esclavitud.

—¡Cómo! exclamó Armona, abriendo tamaños ojos y parando su caballo para esperar la respuesta. ¿En esta hacienda no hay esclavos? ¿Pues quién trabaja aquí y la fomenta?

—Entendámonos. En esta hacienda hay *sitios* que tienen esclavos, pero los poseedores de otros, como «El Ciego», de donde venimos, y «La Caoba», adonde vamos, no los necesitan ni los quieren. Pues que, ¿sólo los esclavos saben y deben trabajar en nuestros campos?

—Es que yo entendía que Najasa era de un solo dueño.

—Así es, porque precisamente constituye un mayorazgo; pero esto no quita que tenga diferentes arrendatarios ó sitieros.

—Es decir que este es un hato completo, de los que mercedaban en el tiempo viejo los cabildos de la Isla, y que tendrán sus dos leguas de radio; pues veo que se destina á ganado mayor, que si á menor fuera, sólo tendría una. Ya ve V. que estoy enterado de esas antiguallas.

—Exactamente, algo debe V. conocer de nuestras haciendas comuneras.

—No mucho, porque no abundan ya en la Vuelta-Abajo: allí rige otro sistema .. Pero comprendo que este Mayorazgo no pasará el purgatorio á que están sujetos los demás aparceros con sus mercedes del tiempo de Mari Castaña, con los dichosos pesos de posesión, los enteros en lotes de terrenos proporcionados á sus valores nominales, con sus circunferencias y líneas imaginarias, sus centros oscuros y tanto embrollo que sólo sirven para la amortización de la tierra, incertidumbre de la producción y de la propiedad y atraso perpétuo de la agricultura.

—Todo eso es verdad; y si no hubiera sido por D. Ignacio Agramonte, todavía estaríamos mucho peor; pues aquí conquistaba posiciones y heredades el instinto de los animales, y había cada pelea entre colindantes y comuneros, que hubiéramos acabado por volvernos locos ó por devorarnos, antes de conocer y fijar los límites de nuestras propiedades y de encontrar los medios de traerlas al comercio de los hombres. Por fortuna aquel gran jurisconsulto camagüeyano, conocedor de nuestras tradiciones, costumbres y conveniencias, hizo lo que nunca hubiera po-

dido lograr toda la sabiduría de los legisladores.

—¿Y qué hizo ese señor?

—El reglamento á voto consultivo del año diez y nueve que V. hojeó en «El Ciego,» y que sólo con pleno conocimiento del país hubiera dado solución á tantas dificultades... Es lo que yo digo, cuando veo que se obstinan en apreciar y resolver las cosas á tan larga distancia.

—Antes que V. manifestó eso mismo el conde de Aranda á Carlos III.

—Y le oirían, como V. me oye á mí. Así va ello.

—Hombre. ¡Pero V. confiesa que se acudió á Agramonte para que hiciera esa ley en 1819, porque era necesaria. Pues la experiencia y las señales de los tiempos demostrarán, que es indispensable que otros hagan aquellas que las circunstancias exijen. No habrá más remedio.

—Si te vieses en la presencia de Dios... que lo dudo, exclamó Hurtado sonriendo. Si es sabido que en estas cosas hay el dón de errar.

Pensó Armona que el Pedáneo iba metiéndose en muchas honduras, y deseando cortar la conversación, le dirijió á quema ropa, en el tono de los guajiros, la siguiente pregunta.

—¿Camará, V. chupa?

—No tengo vicio, chiquito, contestó en análogo tono Hurtado.

—Pues yo sí, murmuró Armona, sacando su gran vejiga ahumada, amarilla como el oro y llena en el fondo de magníficos vegueros. Después buscó en los bolsillos de su chaqueta de paño azul, un eslabón, un pedazo de pedernal y un grueso mechón enroscado en su yesquero abierto en colmillo de caimán: hizo fuego, prendió su tabaco, y después de dar dos ó tres fumadas, que le habría envidiado el mismo Fernando VII, si por entonces viviera, lanzó esta otra pregunta:—¿Cuándo llegaremos á La Caoba?

—En cuanto salgamos de esta ceja de monte, entraremos en el sao de Joaquín Agüero.

—¿Y quién es ese señor?

—El arrendatario de «La Caoba.» Un hombre que muchos tienen aquí por loco, sólo porque ha hecho dos cosas..... muy razonables en mi sentir.

—Sepamos cuáles han sido esas dos cosas.

—Pues precisamente una de ellas se relaciona con «La Caoba», que ha despertado la curiosidad de V. Resulta: que ese árbol estaba considerado como la joya de estos campos: todos los arrendatarios lo queríamos y visitábamos como á un buen amigo viejo, y á su sombra hemos pasado dulces

horas de recreo y *rumbantela*. Mas dió la maldita casualidad de que habiendo enfermado gravemente el padre de D. Joaquín, tuviera este que pasar mucho tiempo en la ciudad, asistiéndole hasta cerrarle los ojos, y entre tanto dejó la finca en manos de un mayoral ó administrador nuevo y honrado; pero de cortos alcances. Pues bien, este administrador creyó hacer una gracia vendiendo la gran caoba á un anglo-americano, mercader de maderas, quien se enamoró de la pieza hasta dar veinte onzas de oro por ella. Apenas supo esto Agüero, se *voló*, y por muy listo que anduvo para deshacer el trato y despedir al administrador, ya se habían serrado y extraído las ramas y una gran parte del tronco, dejando sólo unas dos varas de este, que Agüero no quiso soltar ni por un gallo inglés. De ese trozo se sacó la tabla de la mesa de «El Ciego» y ahora veremos el resto.

—¡Mal negocio! murmuró Armona avivando la marcha de su potro.

—¿Qué quiere usted? Así como hay hombres capaces de comprender que los árboles pueden inspirar cariño, hubo otros que consideraron una locura que Agüero despachase á un administrador que había tenido la fortuna de venderle un árbol por aquello mismo con que podía comprar un hombre.

—Mire V., dijo Hurtado, señalando las plateadas hojas de una yagruma, que, por estar á la salida del monte, recibía de lleno los últimos rayos del sol; aquello parece plata pura, pues así y todo, el árbol carece de valor para nosotros.

—Lo conozco. Mala madera; pero sus hojas son tan lindas como las de caimito, que también tienen dos colores y dos caras.

—Sí; pero el caimito da esa fruta negra, luciente y sabrosísima, que, según dice nuestro sabio botánico Montevedre, parece el redondo pecho de una Venus africana y nos brinda, además, exquisito aroma y azucarada crema semejante al de las brevas de Esmirna. La yagruma, por la inversa no tiene más que su brillo metálico.

—«Todo es según el color del cristal con que se mira,» cantó Armona. ¡Hola! parece que también se dan en este privilegiado suelo plantas aleves y traidoras; porque allí veo un jagüey y en la sabana quizás encontraremos algún guao.

—En esta tierra no nace eso, exclamó Hurtado en su optimismo por Najasa.

—Pues aquel es jagüey en toda tierra cristiana.

—Sí, es jagüey; pero no nacido en esta tierra, sinó de la semilla que algún murciélago trajo de otra parte y dejó caer en la hendidura del pobre

árbol que está hoy consumiendo ese maldito parásito. En cuanto al guao, se da aquí; pero no daña á todo el mundo como vulgarmente se asegura: yo toco impunemente sus hojas y su tronco; los cerdos comen muy bien su fruta, que está lejos de ser venenosa como lo es su sombra para algunas personas. Pero en cambio tenemos plantas en que todo resulta sublime.

—Como el plátano, observó Armona, riéndose del entusiasmo del pedáneo: el plátano, que también desplega en Africa sus tallos de raso verde claro y sus hermosos racimos.

—Pero no como en Cuba, donde se puede comer verde, pintón, maduro, pasado, sirviendo de fruta y vianda y para dulces de postre.

—Ya lo he dicho: en Africa.....

—Vamos, hombre, que nunca será como en la grande Antilla. «En Cuba todo se encierra, Cuba es un jardín de flores,» añadió tarareando alegremente una trova de la Vuelta-Abajo, mientras apenas lograba contener su caballo, que al entrar en el sao presentía ya la maloja, la querencia y el descanso de la cercana caballeriza.

«Las bellezas del físico mundo,

Los horrores del mundo moral,» cantó también Armona, en el mismo aire de su país, contem-

plando el azul espléndido del cielo, el verde matizado del monte vecino, la belleza de las colinas lejanas y la llanura salpicada de palmas y de seibas.

—«¿Los horrores del mundo moral?» replicó Hurtado en tono interrogativo. Pues en Najasa no existen tales horrores, porque no se conocen los traficantes de carne humana y porque ya sabe V. que tampoco hay esclavos.

—A propósito, dijo Armona, deteniendo algo la marcha ¿y cómo fué que dió ese señor la libertad en un día á todos sus esclavos? ¿Será muy rico?

—No, señor; y por ese motivo los vecinos consideraron aquella acción verdadera locura. No poseía otra cosa, y ya sabe V. que el valor de las tierras se calcula aquí por el número de brazos que las cultivan.

—Pues no faltó razón á los que calificaron á ese hombre medio loco, y desde luego supongo que V. daría cuenta al gobierno de esa emancipación en masa.

—Ya tratará V. al hombre; y en cuanto á lo de dar cuenta al gobierno, me va V. á contestar dos preguntas. ¿No están considerados los esclavos como cosas? ¿Y no puede uno hacer de sus cosas lo que se le antoje?

—Sí, pero no en daño de tercero.

—¿Y á quién daña que yo dé libertad á lo que obtuve con mi dinero, con mi trabajo ó por herencia? Ahora, como esas liberalidades no adeudan derechos á la Hacienda, que es lo principal, no tenía yo para qué dar parte de ninguna especie.

—Puede haber sin embargo intereses encontrados, dijo Armona en tono semi-oficial; consideraciones políticas, que conviene atender, porque otros podrían seguir tan mal ejemplo.

—¡Mal ejemplo! exclamó el Pedáneo irguiéndose apoyado en los estribos. ¡Mal ejemplo! Pues ahora sí voy creyendo que todavía nos queda alguno de los horrores del mundo moral, cuando puede reputarse y perseguirse como malo, aquello mismo que ante Dios y los hombres es bueno y laudable.

—¿Qué quiere usted? murmuró Armona, bajando los ojos ruborizado en presencia de un argumento que no podía contestar. Yo no diré que pienso de ese modo; pero esto es la realidad.

—Será la de otros; pero no la mía. Mire V., señor Armona, nadie respeta las leyes divinas y humanas más que yo. Por ellas, por mi conciencia y mi corazón, sé lo que es bueno y malo: que me señalen una ley de Dios ó de España que

prohibiera á Agüero dar la libertad á sus negros, ni que me obligara á denunciarle ó perseguirle. Soy aquí depositario de la autoridad del gobernador de Puerto Príncipe y sirvo lealmente; pero á condición de protejer y distinguir á los hombres de bien. No tengo para qué escudriñar intenciones: todo el mundo en Najasa puede hacer lo que quiera si no falta á la ley. Así he vivido muchos años sin odios ni penas; así conservo este partido en orden y con amor al trabajo; todos me consideran y quieren. Yo cargo las borlas de mi destino en mi bolsillo; tengo cepo porque lo manda la instrucción de pedáneos, y perros de presa, porque así me lo previene una orden reservada; pero se entiende con ellos mi Cabo de ronda, mozo aragonés, militar retirado, de genio duro; pero hombre de bien, leal si los hay, y muy agradecido á la tierra que le da el pan de sus hijos. A nadie daña ni siquiera con sus perros, que sólo sirven para espantar á los cimarrones y bandidos cuando de otra parte vienen á guarecerse en las cuevas. ¿Quién tampoco, sin ese auxiliar, podría bajar á ellas ni subir á las lomas?

—Es verdad, dijo Armona; pero ¿cómo se las compone V. para gobernar esto en la forma que me dice?

—Muy sencillamente: no siendo un bajá de tres colas, como otros capitanes de partido que yo conozco y todo el mundo detesta, sinó la Providencia de las gentes honradas, en cuyos hogares entro y salgo, cual si fueran míos, porque ellos no ignoran que los estimo en lo que valen y no ando con las majaderías que en otras partes se usan.

—Donde son necesarias, porque tenemos cerca el sable de Barba Azul y el tolete gordo de los caciques, y hay que cuidar porque todo ande muy derecho.

—Menos el oro, dijo entre dientes Hurtado, que por ser redondo, rueda torcido.

—Lo que aseguro á V., añadió Armona, volviendo á nuestro caso es, que ese señor filántropo, ó abolicionista tendría hueso que roer mucho tiempo, si viviera en la jurisdicción de la Habana. Sin embargo, lo que es por mí, deseo ya conocerle y tratarle. Pronto iba Armona á satisfacer su deseo, pues sólo le separaba de la morada de Agüero un puente rústico construído sobre un arroyo, cuyas cristalinas aguas sombreadas por altos y murmurantes bambúes, besaban en sus márgenes flexibles juncos verdes, rosadas clavellinas y ofrecían sus ondas á las garzas y patos silvestres, que alzaron el vuelo y el grito al oír el trote de los ca-

ballos. También lo escuchó un negro guardiero de la «Caoba» que ya se aprestaba á abrir la gran reja del batey, por la que ambos ginetes se dirigieron á un bosque de árboles frutales, merced á una guarda-raya formada de floridos naranjos y granados, purpúreas adelfas, aromáticos nísperos y rosales de Castilla.

En el centro del batey y casi frente á la casa de vivienda, alzábase una hermosa glorieta á la que servía de techo bonita cúpula, cubierta por escamas de zinc. Formaban sus paredes angostas tablas de cedro, por las que subían entrelazadas enredaderas de pasionarias, de jazmines del Cabo y de madreselvas de China, hasta el pié de la cruz de hierro, que coronaba aquel pintoresco oratorio.

Contenía este un sencillo y severo altar, compuesto de un dado de maciza caoba, que medía dos varas en cuadro y unas cuarenta pulgadas de altura. El ara santa de piedra, servía de peana á una cruz de ébano sobre la cual estaba colgada una lámpara de bronce.

A pocos pasos de la glorieta, echaron pié á tierra el Pedáneo y Armona: un criado recogió los caballos y los condujo á las caballerizas, aunque no sin recibir antes orden de participar á Agüero que tenía visitas.

—Aquí verá V., dijo Hurtado introduciendo á Armona en la capilla, lo que queda en Najasa de la famosa caoba que un cubano convirtió en altar, para hacer á Dios la más pura de las ofrendas: la libertad de sus esclavos.

—Quisiera ver á Agüero y que él mismo me refiriese esa historia.

—Trabajo costará, porque es excesivamente modesto; pero voy á suplicárselo. Hurtado se dirijió entonces á la casa de vivienda, mientras un negro viejo, descubierta la cabeza, agitaba con callosa mano la cuerda de una campana, que pendía de un elevado dagame.

Al tañido del sonoro metal que tocaba la oración, alzaron el vuelo algunas palomas posadas en la cúpula del oratorio, y lanzaron lastimeros y prolongados aullidos dos hermosos mastines que al pié de las ventanas del aposento de su señor tranquilamente dormitaban.

Luego, las vibraciones de la campana fueron perdiéndose en el espacio; cesó todo ruído y prevaleció al fin la dulce cuanto misteriosa melancolía que siempre acompaña al solemne momento en que comienza la noche á desplegar su negro y estrellado manto.

III.

UN ABOLICIONISTA EN 183...

«Víctima infausta de un amor sincero
sentido por el hombre y por la gloria,
yace aquí el adalid Joaquín de Agüero:
su vida guarda la cubana historia,
su muerte llora el Camagüey entero.»

* * *

Reconocía y admiraba el comandante Armona con las manos y los ojos al inmenso dado de caoba que tenía delante, bruñido á pulso por sus cinco faces exteriores, notando que la posterior se apoyaba en las mismas raices de que había sido bárbaramente separado aquel robusto tronco.

Como Agüero quiso convertirlo en un monumento, tuvo especial esmero en adornarlo no sólo con la cruz labrada en un ébano que él mismo cortó en su finca, y en la que hizo colocar un Cristo de marfil, recuerdo de su madre, sinó que mandó construír una curiosa tarima de gruesos

tablones de jayajabico, que sin embargo de cubrir en parte las raíces, dejaban ver sus añosas extremidades retorcidas hacia el pavimento de la galería que circundaba la glorieta, y en la que regularmente se colocaban los vecinos á oír la misa que allí en todas las fiestas se celebraba.

Iba oscureciendo, y para que Armona pudiese continuar su investigación con más comodidad, hizo Hurtado que el guardiero iluminase la lámpara y trajera sillas, mientras él fué á informar á Agüero del deseo de su huésped.

A los pocos instantes y cuando éste por haber ya terminado su reconocimiento, dirigía la vista á la inmensa arboleda en que descollaban las cimas de jigantescos mameyes, almendros y mamoncillos, sobre coposos mangos y aromáticos nísperos, bajaban el portal de la casa, Hurtado y Agüero.

Armona se apresuró á ir á su encuentro para estrechar la mano que Agüero le extendía. Hízolo con sinceridad, porque á primera vista le fué simpática la figura del hombre. Vestía sencillamente á estilo de los montunos camagüeyanos, una camiseta de piqué cazador, abierta sobre otra blanca y fina, una corbata de ancho lazo, pantalón de dril inglés oscuro, calzado de becerro amarillo y sombrero de jipijapa.

Era Joaquín de Agüero un joven que hubiera podido servir de modelo para mostrar la varonil apostura de un hijo de los trópicos. De su espaciosa y morena frente coronada por negros y ensortijados cabellos, destacábase una aguileña nariz: espesos bigotes y ancha pera, permitían ver sus labios agraciados, nunca conmovidos por la risa ni por la cólera. La expresión de aquel semblante se concentraba en los ojos, grandes, cubiertos de largas pestañas, negras como azabache y al través de las cuales irradiaban las pupilas su penetrante luz, revelando el conjunto del rostro de Agüero la nobleza de su alma, la elevación de sus ideas y un fondo de amargura y desencanto que, á la vez de inspirar simpatía, infundía respeto á todo el que le trataba.

—Ya habrá satisfecho V. su curiosidad, dijo Agüero al comandante Armona, después de los primeros saludos y al ocupar cada cual una silla en la galería de la glorieta.

—En parte, contestó el último, porque, según entiendo, además de la caoba, hay algo que admirar en esta finca, que, por lo visto, pudiera servir de modelo á otras de su clase.

—Algo he hecho, dijo Agüero, pero no todo lo que deseara.

—Sin embargo, expuso Armona, comenzó V. con una grande obra cuya historia deseo conocer en todos sus pormenores: la emancipación de sus esclavos, y no puede acabar mal. Es un ensayo que merece estudiarse, sobre todo si da resultado.

—Fué aquel uno de los dias más satisfactorios de mi vida... acaso el mejor, añadió Agüero después de un momento de pausa.

—Por eso quiero yo participar de esa satisfacción, y siento que nos queden pocos momentos, porque tenemos que volver á «El Ciego».

—Pero supongo que no será esta noche, le dijo Agüero con dulzura. Estoy solo, mi familia se encuentra en la ciudad, pueden Vds. ocupar sus habitaciones, y, al hacerme el favor de tomar conmigo café, hablaremos extensamente de todo lo que V. desee.

—No quisiera abusar, contestó Armona excusándose; pero será como V. quiera, añadió al ver la cordial insistencia de Agüero.

Y conforme á la añeja costumbre de nuestro país, el criado trajo una bandeja con café y algunos tabacos; y mientras fumaban y bebían á sorbos las tazas del aromático licor, Agüero, excitado por Armona, empezó á referir la historia que se le pedía, en los siguientes términos:

—Es tan natural lo que he hecho con mis esclavos, que no creo tenga importancia de ningún género, y admírame que la generalidad de mis paisanos no me hubieran dado el ejemplo. Pero confío en que lo seguirán en cuanto palpen sus beneficiosas consecuencias.

—Precisamente eso disculpa mi curiosidad. Soy vecino de la Habana, tengo muchos hacendados amigos, y desearía comunicarles lo que por aquí he visto.

—Pues es muy sencillo, dijo Agüero. Como cristiano, pensé que Dios nos mandó amar al prójimo, y que faltaba á su ley divina el que lo convertía en cosa, manteniéndolo en esclavitud. Como individuo perteneciente á una nación honrada, no ignoraba que ésta había contraído el solemne compromiso con otra poderosa, y no católica por cierto, de abolir la trata africana, fuente de la esclavitud. Sabía que España recibió hasta cuatrocientas mil libras esterlinas para indemnizar á sus súbditos de los perjuícios que con la supresión de aquel comercio recibieran, y juzgué que yo comprometía el honor nacional si no cooperaba como buen ciudadano, al cumplimiento de aquellos tratados evitando en cuanto estuviera á mi alcance, los conflictos y las vergüenzas que

aquella falta traía á nuestra patria; porque, desengañémonos, mientras subsista la esclavitud existirá la trata, y mientras haya quien compre, habrá quien cometa el crimen de traer africanos para venderlos en Cuba.

Como hijo de esta Antilla, comprendí el deber de preocuparme por el mejor desarrollo de sus elementos de riqueza, de la organización del trabajo, del perfeccionamiento de la agricultura, de la industria, y, sobre todo, de su porvenir que contemplaba oscuro, negro, horrible; si en vez de aumentar su población blanca de manera que cumpliese las leyes del progreso humano, propendíamos á la multiplicación de aquella por los derroteros de la piratería, del salvajismo, de la inmoralidad y del crímen.

Como hombre, sigo la doctrina de que nada dañoso para mis semejantes puede serme indiferente; y yo estaba contribuyendo á despojarlos de todos sus derechos y más legítimas esperanzas.

Ahora bien, examinando la cuestión bajo este cuádruple aspecto, obtuve el convencimiento de que yo era un criminal ante Dios, ante la patria y ante las leyes; y de lo profundo de mi alma y de mi conciencia brotó, después de sérias meditaciones, la resolución que llevé á cabo.

—¿Y no pensó V., entonces, en su familia? preguntó Armona.

—Pensé en todo. Comuniqué una noche mi idea á la buena compañera de mi vida, rogándola que la estudiase; porque, en realidad, se trataba de renunciar á toda nuestra fortuna. Ella no profirió más que esta frase: «Y ¿qué será de nuestros hijos?» Trabajarán honradamente sin los remordimientos que devoran á su padre, la contesté; y ella estrechando mi mano, me dijo: «Hágase tu voluntad y cúmplase la ley de Dios.»

Desde entonces, y después de encargarle el secreto, que á nadie quise revelar, empecé á construír esta glorieta. Un Obispo había dado á mi familia licencia para tener un Oratorio, y dije á todo el mundo que con este objeto la formaba.

—¡Y cuán menos santa me parece la glorieta, á pesar de estar bendecida, dijo Armona, que la aquiescencia de su señora al proyecto que V. la comunicó, no obstante el recuerdo que tuvo de la suerte futura de sus hijos!

—Razón tiene V., señor Comandante; pero permítame proseguir. Concluído mi altar, fuí una tarde á Puerto Príncipe, me dirijí desde luego á la calle Mayor, donde tengo un amigo escribano tan honrado como prudente, y le entregué una

lista de los nombres y circunstancias de mis esclavos, rogándole otorgase á todos carta de libertad.

Me agradó que aquel buen amigo de mi infancia no me hiciera la menor observación.—Ven mañana por los documentos, díjome conmovido estrechando mis manos; y yo le dejé para ir en busca de un sacerdote, bayamés por cierto, de grande ingenio y palabra, cura de almas de nuestra iglesia mayor.

—¿Puede saberse su nombre? preguntó Armona.

—D. Alvaro Montes de Oca, contestó Agüero, y es sensible que este nombre no sea conocido en toda Cuba, porque lo lleva uno de nuestros primeros oradores sagrados, aparte de ser poeta distinguidísimo.

—Qué quiere V., repuso Armona, aquí todavía no tenemos formado el gusto para las letras, aunque sí para el azúcar y el tabaco.

—Regresé, prosiguió Agüero, al día siguiente á la finca con mis cartas de manumisión en el bolsillo, por las que ni siquiera quiso admitir el valor del papel el escribano. Vino acompañándome el padre Montes de Oca, á quien invité para decir una misa en «La Caoba», informándole de mi

proyecto en el camino. Tan alegre y satisfecho le ví al oirme, que durante la tarde no cesó de recitar sus deliciosos versos; por este motivo al llegar á la finca traíamos caras de Pascua, aunque la mia se muestra risueña pocas ocasiones.

Sería algo más temprano que ahora cuando mi esposa, ya prevenida de todo por mí, salió á recibirnos á la puerta. Los negros, que empezaban á llegar del trabajo con haces de yerba ó leña sobre la cabeza, doblaban, según costumbre, la rodilla al pasar por delante de su ama, para pedirla la bendición.

No puede V. figurarse lo que en mi interior gozaba yo al verlos, pensando que aquel día era el último de su cautiverio.

Mi mujer iba llamándolos por sus nombres á medida que pasaban, ponía una muda de ropa nueva en sus manos, y les decía: «mañana venir muy limpios á la misa.»

Lentas pasaron las horas de aquella noche; pero nunca amaneció aurora más clara y risueña para mí. Parecíame que el sol coronaba con sus resplandores la cruz del templo que iba á estrenarse. Mi compañera, desde las primeras horas matutinas lo adornó con las flores más lindas del batey y con las doradas jaulas en que guardaba algunos

sinsontes, á los que también hubiera yo querido dar la libertad.

La campana anunció la misa, y los negros, como presintiendo lo que iba á pasar, acudieron más limpios y esmeradamente vestidos que otras veces, ostentando una flor en el ojal de la camisa que cubría su pecho.

El sacerdote, revestido de sus ornamentos, subió al altar y dió principio á la sagrada ceremonia, á la que también asistieron el amigo Hurtado y *El Lugareño* por expresa invitación mía.

Todos nos arrodillamos cuando el ministro de Cristo tomó la hostia en sus manos para elevarla, y por mi parte puedo asegurar á V. que nunca hasta entonces había comprendido la profundidad sublime de las palabras de la consagración, que, pronunciadas por el sacerdote con unción evangélica, llegaron hasta el fondo de mi alma. «Tomad, este es mi cuerpo,» dijo Jesús á sus discípulos. Tomad, esta es vuestra libertad y mi fortuna, iba yo á repetir á mis esclavos.

Hasta aquel día no creo que fuí cristiano ni comprendí los consuelos y las dulzuras de esa religión divina que nos enseña á amar á nuestros semejantes, y que conforta nuestro paso por la tierra con la promesa de trocar sus amarguras por

una eterna felicidad. Los nombres de mis padres vinieron á mis labios unidos al de mi idolatrada Cuba; pareciame que aquellos me miraban sonriendo desde el cielo, y que esta se engalanaba con nuevos esplendores para alentar mi obra. Hasta ese momento no comprendí en toda su grandeza la abnegación de Jesús, que dió su sangre, en señal de nueva alianza, para redimir y rejenerar al hombre. Hasta ese instante no tuve idea perfecta del patriotismo.

Presumí que todos participaban de mis impresiones, porque al volver la vista en derredor, hallé asomadas en los ojos de Hurtado y del *Lugareño* aquellas lágrimas de júbilo que gota á gota inundaban mi corazón.

Terminada la ceremonia, el padre Montes de Oca se volvió hacia nosotros y pronunció uno de aquellos discursos que no pueden retenerse en la memoria ni traducirse en lenguaje humano, porque inspirados por un espíritu celeste, hablan directamente al corazón, y sólo en él se comprenden, se sienten y se interpretan.

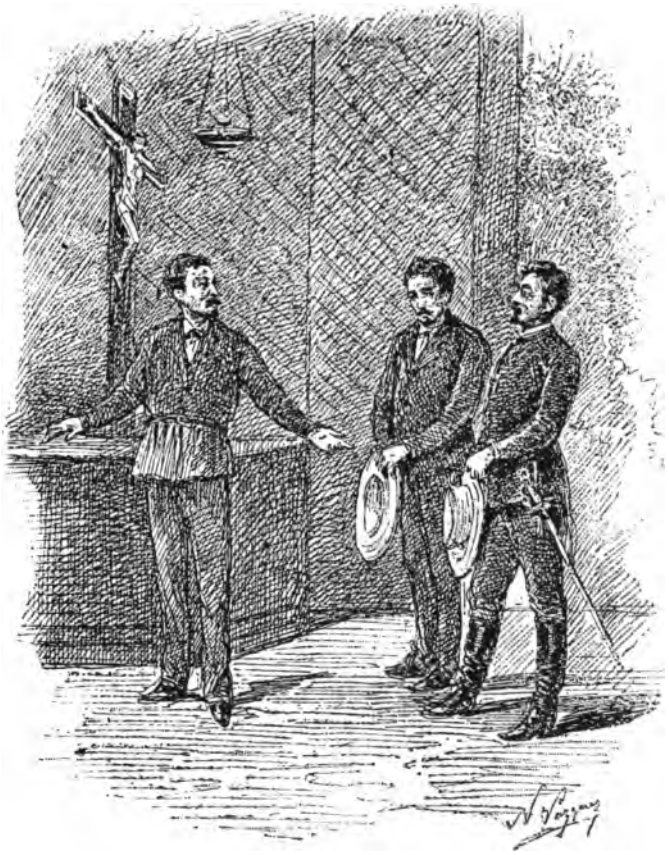
También corrían lágrimas por las mejillas venerables del sacerdote, y cuando mis esclavos le escuchaban todavía con asombro sin darse cuenta de lo que sucedía, empezó á llamarlos uno á uno

por la lista que yo antes le entregué. A medida que iban acercándose, estrechaba sus manos y yo les extendía con la mía su respectiva carta de libertad; algunos la entregaron á mi mujer; otros, besándola, la guardaban en su camisa y venían á arrojarse á mis piés; uno de ellos me la devolvió exclamando: «Yo quiero vivir y morir al lado de mi amo.»

Concluído el repartimiento de las escrituras, el padre Montes de Oca se dirijió á mí, diciéndome: «Ven á mis brazos, hijo de Jesucristo; en su nombre te bendigo, porque has cumplido la primera de sus leyes, amando á tu prójimo como á tí mismo.»

El *Lugareño* y Hurtado me abrazaron también; mi mujer lloraba y bendecía á mi hijo con sus lágrimas, y yo, vuelvo á repetir á V. que fué ese el día de más satisfacción de mi vida, y que sean cuáles fueren las vicisitudes y los dolores que el porvenir me reserve, siempre hallaré en el cumplimiento de aquel deber, un acto que borrará mis culpas, un recuerdo dulcísimo y una celestial esperanza.

Agüero, que principió su historia sentado tranquilamente, había abandonado su silla durante la narración é insensiblemente se fué acercando al altar, de tal manera que, al concluirla, pudo to-



É insensiblemente se fué acercando al altar...

Dibujo de Menocal, copia de N. Vázquez.

car la cruz con sus manos, mientras resplandores de la lámpara formaban una auréola en torno de su inspirada frente. Armona y el Pedáneo, también de pié entonces y descubiertas las cabezas, le contemplaban con veneración y cariño, sin proferir una palabra.

Nadie había observado que, durante la conferencia, algunos trabajadores, acercándose lentamente por entre los árboles y reclinados luego en los troncos, escuchaban con religioso silencio de los labios de su señor, la historia bendita de su libertad.

Tan pronto como este la hubo terminado, empezaron á salir de la oscuridad y vinieron, como tenían de costumbre todas las noches, á besar su mano.

—¿Cómo van esas colonias? les preguntó Agüero. ¿Se adelanta?

—Mucho, contestaron algunos.

—Pues mañana temprano vamos á visitarlas, estos caballeros y yo.

—Serán sus mercedes muy bien recibidos, contestó el más ladino, retirándose con sus demás compañeros á descansar á los bohios que áun conservaban á espaldas del batey.

—Y estos negros ¿á quién pertenecen? preguntó Armona.

—Estos eran los esclavos de la finca, contestó Hurtado, convertidos ahora en colonos.

—Ya sé, dijo Agüero terciando en la conversación, que nunca desaparece una idea fundamental, sin que otra más fecunda la reemplace; y que á nadie le es lícito atentar contra una institución, ya que así han dado en llamar á la esclavitud, sin preparar la que deba sustituirla con ventaja. Estoy, pues, haciendo el ensayo de colonias agrícolas por medio de subdivisión de los trabajos de esta finca, y si Dios y los hombres me ayudan, podré morir satisfecho de que no han sido materialmente estériles los sacrificios que me he impuesto para cumplir un sagrado deber.

—Aunque no le ayuden á V., exclamó Armona, sólo con haberlo intentado tiene V. lo bastante para morir tan satisfecho y tranquilo, como dormiré yo esta noche después de haber oído esta segunda parte; pues, en verdad, la primera no me dejó muy contento. Se lo confieso á V. con pena, pero soy franco, viejo, y tengo ya sobrada experiencia de lo que son las visicitudes y miserias humanas.

—Fiat justicia et ruat cœlum, exclamó Agüero; pero no pensemos ahora en esas cosas, que ya nos aguardan la cena en la sala y la cama en los aposentos.

Armona se excusó porque acababa de tomar café.

—Esto se bebe aquí por agua común, dijo Agüero, del tal modo, que el saludo en los campos cuando algún pasajero llega á nuestra puerta, es el «Desmóntese y tomará café.» Además, mi cena es siempre frugal: una trucha, que así llama mi cocinera á las biajacas del arroyo, algún panal de abeja cuya miel, sacada de blanca jimirú, bien pudiera competir con la de Alcarria, queso de Najasa y algunas roscas de catibia.

—¿A qué llaman Vds. jimirú y catibia? preguntó Armona al Pedáneo.

—Jimirú son los aguinaldos ó campanillas blancas que por Pascua esmaltan los campos de Cuba, y maravíllame que un habanero no sepa lo que es catibia.

—Vamos á verla, y sobre todo á probarla, dijo Agüero, y mañana en las colonias sabrá V. de dónde sale y para qué sirve, pues tiene innumerables aplicaciones.

Dirijiéronse entonces á la casa de vivienda; y sea que tomaran ó no algo de los manjares criollos que cubrían la mesa, es lo cierto que media hora más tarde, dormían tranquilamente sobre frescas moscovias y entre blancas y finas sábanas de Holanda.

IV.

HORIZONTES.

Es conveniente y áun necesario introducir la idea nueva por la Aduana vieja.

El Lugareño.

He de formar colonias agrícolas en Tínguaro, para que la inevitable abolición de la esclavitud no encuentre á mis hijas como las vírgenes necias del Evanjelio: con lámparas y sin aceite. (1)

Francisco Diago.

En separar el trabajo agrícola del industrial, estriba el porvenir de la producción en Cuba.

El conde de Pozos Dulces.

El concierto, menos notable que armonioso, con que las aves domésticas y los ganados saludaban desde el corral la nueva aurora, despertó á los huéspedes de Agüero, si bien mucho antes disponía este lo necesario para la proyectada

(1) Véase la nota al final.

excursión á las colonias agrícolas y á fin de que no faltase á aquellos leche recién ordeñada, café puro é hirviente agua de naranjas.

Prefirieron todos la primera, servida en blancas jícaras criollas, que apuraban deliciosamente, oyendo el himno con que los *negritos*, revoloteando entre las ramas de floridos naranjos, y los sinsontes, desde sus doradas prisiones, recibían el primer rayo de sol.

Vino entonces á encontrarlos Agüero, y mostrándoles su reloj de plata que llevaba pendiente de un negro cordón de seda, les indicó que era ya hora de emprender la marcha.

—Son las seis, dijo Armona, y me bastará un cuarto de hora para echar antes una ojeada á los magníficos frutales que tiene V.

Esos frutales, pagaron el examen, salpicando con algunas gotas del rocío que recojieron durante la noche, el traje de sus visitantes.

—Mucho trabajo nos ha costado á mi padre y á mí obtenerlos, decía Agüero tocando los troncos cariñosamente, pero hoy tengo el gusto de creer que la fruta de este sitio es la mejor del Camagüey. En gran parte se debe á la elección de las semillas, al cuidado que se pone en los trasplantes é injertos y á haber oído siempre las advertencias

de nuestros agrónomos Monteverde y Tomás Betancourt. Estos señores nos hicieron comprender que podíamos alcanzar en breve tiempo, de las plantas, las flores y las frutas, un grado de perfección que la naturaleza negó á la raza humana.

El amor con todo su poder, decían ellos, la educación con sus prestigios y la ciencia con sus procedimientos y maquinarias, no han logrado añadir siquiera una pulgada á la talla del hombre, ni una virtud extraordinaria á su corazón, en tanto que los árboles frutales, incorporándose elementos nuevos de la tierra y del aire, del sudor humano y de los óxidos metálicos de los instrumentos de labor, han ido perfeccionando los antiguos modelos, los tipos primitivos, y consiguen aumentar el tamaño de sus frutos, afinar sus jugos y pulir y embellecer sus formas. Gracias á estas observaciones y á nuestra experiencia, hemos obtenido piñas de pan de azúcar, (que así se llaman no sólo por su dulzura sinó por su volumen) anones y guanábanas, que por el aroma que exhalan, por sus carnes blancas y tiernas, pudieran competir con las del paraíso terrenal, que en mi concepto no debiera llamarse así, si en él faltaban nuestras frutas.

—Lo que no es posible, exclamó Hurtado en su jenial provincialismo.

—Con el tiempo y cuando perfeccionemos el cultivo, añadió Agüero, presumo yo que nuestro mamey amarillo, superior en tamaño al melocotón aragonés, ha de disminuír su hueso y afinar su pulpa hasta convertirse en el manjar más exquisito. El mamey colorado dejará rezagada á nuestra famosa jalea de guayabas. Yo he alcanzado grandes ventajas, y hoy mismo puedo mostrar nísperos, chirimoyas y guayabas del Perú, de tamaño y sabor extraordinarios, sin más que algún esmero en el cultivo y el empeño que pusimos en seguir las observaciones de la práctica esclarecida por la ciencia.

—Ojalá que todos en la jurisdicción de la Habana procediéramos del mismo modo, pues no faltan por ahí hombres eminentes y prácticos en la agricultura é industria, como los Poey y los Diago, y en Zootecnia, tenemos á los hermanos Frías.

—En efecto, he leído algunas cartas de uno de estos últimos, del Conde de Pozos Dulces, dirijidas á su grande amigo el Lugareño, y tengo el gusto de participar á V. que también alcanzamos inmensas ventajas en la cría, cruzamiento y ceba

de nuestro ganado, con sementales que hemos hecho venir de Suiza, Inglaterra y los Estados-Unidos. Así lo demostrarán las exposiciones públicas que anualmente nos proponemos celebrar, y pruébanlo ya los precios extraordinarios que logran nuestros ganados. Antes, por el mejor caballo apenas se nos ofrecían cien pesos: hoy nos dan mil por una pareja de colonos; antes, sólo obteníamos en esta raza potros de un color, hoy los tenemos de diversos.

—Así era preciso, observó Armona, porque el principal elemento de prosperidad en esta tierra consiste en la ganadería, y es necesario engrandecerlo, perfeccionarlo, hasta convertirlo en inagotable venero de riqueza. Así lo hacemos nosotros con el azúcar y el tabaco, que forman también nuestras más importantes fuentes de prosperidad.

—Tenemos ya en el Camagüey dos millones de cabezas de ganado, exportamos y vendemos á otros pueblos de la Isla, sesenta ó setenta mil al año, y el día que terminemos buenas vías de comunicación...

—Esos largos muelles, como dice el Lugareño, interrumpió Hurtado, ansioso de meter su cucharada, que unen las ciudades interiores á las costas;

el Camagüey será también puerto de mar y plaza mercantil de primer orden como la Habana, ó, por lo menos, como Matanzas, Cienfuegos y Cárdenas.

—No es difícil, dijo Armona, pues el tiempo, el entusiasmo, el trabajo y la perseverancia, hacen siempre esos prodijios.

—Por eso mismo nunca me arredra el juicio de los que me creen visionario al verme hacer estos ensayos. Bien sé que no salen á pedir de boca, que muchos suelen traer grandes sacrificios y desengaños; pero como la iniciativa no ha de caernos del cielo, preciso es y será la tomen los hacendados y capitalistas que tengan ojos para ver las necesidades y corazón para presentir los peligros que Cuba está corriendo.

—Sí, observó Armona. No hay que esperar la acción del Gobierno. En tales materias, este debe ceñirse á dejar hacer, y sabido es, por otra parte, que casi siempre se resuelven precipitadamente los problemas sociales y económicos cuando se vienen encima, y de ahí la necesidad de que se estudien y preparen soluciones por los mismos interesados. Por esto aplaudo el establecimiento de las colonias agrícolas, á las que ya podríamos encaminarnos, si á V. le parece.

—Sea, respondió Agüero; y haciendo traer los caballos, montaron en ellos, dirijiéndose hacia el límite de la finca hasta dar con un hermoso campo de yerba de Guinea.

—Aquí tiene V. la primera colonia establecida en «La Caoba» y compuesta de diez caballerías de tierra que han producido desde el primer año, lo que antes daba el sitio entero con toda su dotación de esclavos. Este potrero ha sido formado, cercado de mayas y sembrado de Guinea y Paraná en tres meses por diez de mis colonos. Yo entregué á estos doscientas cincuenta reses de dos y tres años, al precio de quince pesos una, que me ofrecían los mercaderes, y, después de diez meses de ceba, han duplicado su valor. Así es, que lejos de perder, he obtenido aquel precio, con más la mitad de las utilidades, y mis diez colonos se han dividido la otra mitad.

—Pero ¿y los gastos, y los útiles y los aperos de labor, de dónde han salido? preguntó Armona.

—Esos, se los adelanto yo y van reintegrándome poco á poco con sus ganancias. Tienen, además, dos años muertos para la renta del terreno, que empiezan á pagar vencido el tercero, á razón de un seis por ciento anual por cada caballería calculada en cien pesos; y encuentran en

mí un administrador que lleva á cada uno su cuenta corriente, interviene en los contratos por ahora y hace las liquidaciones en las épocas prescritas en el documento que otorgamos. Además de estas ventajas, tengo yo la de conservar más vijilada mi finca, mejor asistidos sus ganados, hasta el punto de que de las veinte y cinco reses que asigné á cada caballería, muy rara es la que se ha perdido. Hé aquí el prodijio que hace el interés del colono unido al del propietario.

La colonia contigua, es más pequeña y rinde aún mayor utilidad, si bien yo trato de que esta sea igual para todos. Consiste en una vaquería y quesera, á la vez; consta de seis caballerías de tierra y está entregada á una sociedad de seis colonos, constituídos bajo las mismas condiciones que los anteriores. Les entregué veinte vacas por cada caballería de tierra, y media docena de sementales, escojidos, raza Durham y á renovar al año. Ellos cuidan del cruzamiento y de la mejor propagación del ganado, reponen el que muere, dejan á mi favor los añojos, que pasan á las tierras no colonizadas, para su crianza hasta entrar en la ceba, y hacen suyo el producto de la leche, sin más obligación, que entregarme cada año una muestra excelente para la Exposición; y advierto

á V. que no sólo hemos mejorado mucho el afamado queso de Najasa, sinó que intentamos imitar el Chester y el Gruyere, empleando con éxito el procedimiento que nos enseña uno de nuestros hacendados más instruídos y perseverantes. Pero veo que V. se sonríe, y le invito desde luego á que visite nuestra quesera y nuestras exposiciones, que celebraremos todos las años en el mes de setiembre. Por lo pronto, tendré el honor de remitir á V. un ejemplar de esos quesos.

—Lo aceptaré con mucho gusto. Mas no sé porque me parece que estos colonos no reportarán la misma utilidad que los del potrero que acabamos de ver.

—Tenga V. en cuenta, añadió Agüero, que estos son seis y aquellos diez; que cada día pueden elaborar y elaboran media arroba de queso, por lo menos, que el quintal se vende á veinte pesos, y que se hacen, además, aquí, mantequillas, presados, cuajada y áun dulces, con aparatos y procedimientos que yo les he facilitado, y cuyos productos son absolutamente suyos y han llegado el primer año á nuevecientos y pico de pesos, mientras que yo conservo mi capital, aumentado por los añojos, y el país alcanza el perfeccionamiento de una industria entregada antes al empi-

rismo, y la vulgarización del cruzamiento de ganados, dirijido por hombres prácticos y peritos en la materia.

Después de inspeccionar Armona la quesera, celebrando el aseo y orden que por todas partes encontraba y reconociendo la exactitud de los cálculos de Agüero, fué invitado por este á visitar otra colonia dedicada al cultivo y recolección de frutos menores.

En tanto que á esta se dirijían, explicaba Agüero que la previsión le había inspirado la idea de ese establecimiento, puesto que podía sobrevenir á Cuba una crisis muy semejante á la que en época no lejana hubo de sufrir el Brasil, donde se descuidó en absoluto el cultivo de los frutos menores, como el maiz, arroz, viandas etc., por consagrarlo todo á la elaboración del azúcar y el café; dándose entonces el extraordinario caso, de que á la vez que se acrecentaba la fortuna de los propietarios de ingenios y cafetales, la generalidad de la población estuvo á punto de ser víctima de una crisis de subsistencias. Además, el incremento que iba tomando el cultivo de la remolacha y la caña en Europa y en América, podía traer el día menos pensado una competencia ruinosa á los dos grandes elementos de la prosperidad de Cuba

—azúcar y tabaco—y parecía prudente ensayar otros cultivos capaces de hacer menos agoviador el déficit que en nuestro comercio produjera esa crisis, si por acaso se presentaba.

La colonia de frutos menores era de cinco caballerías de tierra, entregada á seis libertos, que la dividieron en lotes para sembrar café, cacao, plátanos, maiz, arroz, judías, algunas viandas y frutales, cerrándola, al fondo, con un plantel de colmenas.

—No he podido, añadió Agüero, apreciar todavía el resultado pecuniario de esta colonia, que principia ahora, si bien ya está cultivada y provista de secaderos, tendales, molinos y todos los aperos necesarios para hacerla prosperar; pero estoy pensando en si convendría añadir una vega de tabaco en uno de sus extremos que baña el río Najasa.

—No piense V. en eso, le dijo Armona, y dedique ese extremo á sembrar arroz. El tabaco, no siendo de la Vuelta-Abajo, carece de estimación.

—Pues yo lo he cosechado á orillas del Najasa: verdad es que no salió como el de Vuelta-Abajo; pero sí muy superior al de Virginia, que tanto se vende; y sepa V., que en la Vuelta-Arriba tenemos vegas como «La Concepción», «Zaramaguacán», «Yara» y «Manicaragua», que, dotadas de

cultivadores tan expertos como los que tienen ustedes en la parte occidental, acaso no gallearía esta tanto. Tenemos aquí terrenos para todo, señor Armona; nuestro suelo es el más fértil y pujante de Cuba, nuestro clima, el más benigno. Como región verdaderamente central, no sufre los calores de la oriental ni la azotan los nortes fríos que á la occidental. Hasta ahora no hemos tenido un solo caso de *vómito negro:* hacemos esfuerzos para salvar por medio de ferrocarriles, las diez y siete leguas que por el norte nos separan de la famosa bahía de Nuevitas y las veinte y dos á que distamos por el sur del surgidero de Santa Cruz; y el día que en Europa se sepa todo esto, verá V. si se realizan esos bellos ideales sobre colonización blanca, que nos pinta el Lugareño en el periódico, y comienza á practicar el catalán Stork, trayéndonos colonos de su provincia, y yo continuaré buscándolos en Canarias y hasta en las Batuecas, si es indispensable, con tal que sean blancos, á fin de ver cuanto antes apoyada nuestra prosperidad, no en el cieno inmundo de la esclavitud, sinó en la base firme y sólida de la libertad.

—Sí, dijo Armona, el trabajo libre puede traer moralidad y porvenir más seguro, aunque re-

moto; pero no la maravillosa riqueza de que hoy disfrutamos gracias á nuestros negros esclavos.

—No me hable V. de esto: quiero á Cuba más blanca, culta y moralizada, que próspera, bella y opulenta, aunque una cosa no se opone á la otra.

—Lo que yo sé, añadió Armona, es que tenemos ingenios que producen á sus dueños rentas de ciento cincuenta mil pesos, con una dotación de quinientos á seiscientos brazeros esclavos, que no será fácil alcanzar de gente libre y blanca. ¿De dónde ha de venir aquí?

—De la vieja Europa, contestó con viveza Agüero, que repleta de habitantes, regala todos los años al nuevo mundo medio millón de emigrados, que en parte han contribuído á formar ese coloso de los Estados Unidos y van á fecundizar y fortalecer con sus sudores y trabajo otros países americanos, donde encuentran una fortuna que no quieren buscar en las Antillas, pues hasta los mismos españoles prefieren otro suelo á este que es la patria y porvenir de sus hijos.

—Pero si los blancos no sirven para trabajos agrícolas en las Antillas.

—Error lamentable, Sr. Armona, que D. José Antonio Saco ha puesto en evidencia. La población blanca no sólo resiste al trabajo de nuestros

ingenios y á la influencia de los climas tropicales, sinó que se desarrolla en ellos de una manera increíble. Consulte V. nuestra estadística.

—¿Pero cómo mezcla V. esas dos razas en la finca, sin que sobrevengan conflictos todos los días?

—¿Y no las une el común interés en las ciudades, donde trabajan juntas á vista de todo el mundo? ¿No lo hacen nuestros guajiros y áun los hijos de las familias más distinguidas del Camagüey? Lo importante es, que tengamos buen gobierno, que haya aquí garantías para el trabajo de todos los agricultores negros y blancos, nacionales y extranjeros; que el español sepa, al venir á las Antillas, que no desciende á la línea del esclavo que le ayuda á trabajar, ni sube un ápice de la del criollo, que es su igual en todos conceptos; que el esclavo comprenda que la ley le proteje y que la sociedad trabaja por sacarle de su condición, hasta darle aquella que la civilización reclama. Es ya un delirio pensar que el actual orden de cosas pueda subsistir.

—Y subsistirá todo lo posible, porque para variarlo habría que destruír un gran comercio, tan negro como afortunado y vencer preocupaciones seculares. ¿Conoce V. algún negocio que deje las

ganancias fabulosas producidas por los *sacos de carbón* de África vendidos en Cuba? ¿Cree usted fácil prescindir del hábito de tratar á los trabajadores de campo como cosas é instrumentos de labor, buenos únicamente para hacer dinero?

—Reconozco esos inconvenientes, dijo Agüero; pero convenga V. también conmigo en la necesidad de arrollarlos por la fuerza del deber que la civilización y la honra imponen; y creo que el gobierno...

—El gobierno ha hecho y hará lo que pueda, exclamó Armona, interrumpiéndole; pero estamos á mil quinientas leguas del supremo de la nación, y hay aquí un elemento cada día más poderoso é influyente con el que se tiene que contar, que estima perjudiciales á sus intereses esas reformas; y yo aconsejo al amigo Agüero, no olvide que ese elemento le hará una guerra á muerte, y le asechará por diversos caminos inmediatamente que conozca sus ideas sobre esclavitud y colonización.

—Pues tiene que conocerlas, porque para que produzcán efecto, es preciso darles publicidad por medio de la imprenta y esclarecerlas y fijarlas en discusiones públicas y privadas.

—Será como usted quiera; pero debo prevenirle

contra esos peligros, porque conozco el terreno, y presumo grandes contrariedades y disgustos que acaso le lleven... quien sabe hasta dónde.

—Otros amigos me lo han vaticinado ya, y sin ir más lejos, aquí debo tener la «Gaceta de Puerto Príncipe» llegada ayer.

Sacando entonces un impreso del bolsillo, leyó el siguiente párrafo de un artículo de costumbres del *Lugareño*, titulado «Los positivistas.» «Nadie trata de hacer venir colonos de Europa que labren y cultiven las tierras hoy desiertas é improductivas. Pero no es esto lo peor, aunque tan malo; sinó que, si algún positivista del siglo XIX publica, recomienda, ensaya el plan de colonización europea, se le mofa, se le trata de iluso, de visionario, de innovador, se le arredra, se le intimida, se le predicen y áun se le preparan ruínas. Ni llega á este punto el peligro, sinó que se le mira con mala voluntad; se fraguan anécdotas para desacreditarle, se le considera como enemigo de los intereses actuales. ¡Y á quiénes y porqué! A hombres que pueden alzar su frente leal y serena donde quiera, porque son muy capaces de hacer en las aras de la patria ofrendas inmaculadas.»

Tenga V. presente, además, todo el favor que á la colonización libre y blanca dispensó el inolvi-

dable intendente Ramírez, cuyas ideas acogió España en su famosa Real cédula del año 17. Y por cierto que el movimiento entonces iniciado, contribuyó á colonizar y poblar á Cienfuegos, Cárdenas y Sagua. Yo sólo aspiro á allanar el camino por donde ha de venir esa corriente fecundante y regeneradora en el terreno de la legalidad más estricta.

—Pues deje V. que otros lo traigan, aunque sea para su provecho particular; déjeles V. introducir inmigrantes, negros, rojos ó amarillos...

—Eso no: si fueran blancos, poco me importarían sus ganancias particulares, pues deseo que Cuba sea de este color y no de otro en lo porvenir, y precisamente por eso entiendo, que ha llegado la hora de crear centros colonizadores donde más convenga, que atraigan braceros libres y blancos, facilitándoles todas las noticias que necesiten de nuestro país, medios de trasporte, garantías de sus contratas y del buen trato en el viaje, prontuarios y cartillas agrícolas; libre introducción de animales, ropas, muebles, herramientas de labor, máquinas, artefactos y toda clase de útiles para la agricultura y la industria, sean cuáles fueren la procedencia y religión de los inmigrantes. Si estos son españoles, mejor: y yo les eximiría de

entrar en quintas y áun de pagar contribuciones durante los diez ó quince primeros años.

—Esas son muchas gollerías, exclamó Armona.

—Pues áun quiero más, si bien no todo lo que ofrecen y dan las naciones civilizadas que necesitan aumentar su población.

—Vamos á ver ¿y que más exijiría usted?

—Exijiría, si pudiera, la formación de un plano general que comprendiese todos los realengos ó terrenos del Estado, divididos por lotes, con expresión de su situación y condiciones para los cultivos, medidos y numerados, á fin de ofrecerlos ordenadamente á las familias inmigrantes y colonizadoras recomendadas por los Centros á que antes me contraje; brindaría á los colonos el aprovechamiento gratuíto de maderas, canteras y todo aquello que, contenido en esos realengos, pudiesen necesitar para construír sus habitaciones ó haciendas; haría por cuenta del Estado las vías de comunicación necesarias, y cuando existiese un grupo algo crecido de nuevos pobladores, que solicitasen elejir Ayuntamiento, no sólo le concedería lo hiciese por sufragio universal, dándoles además guarda civil y un juez pedáneo y administrador de toda su confianza, sinó que establecería ahí escuelas de primera enseñanza, capilla

católica, médico, farmacéutico y veterinario pagados por el tesoro público en los diez ó quince primeros años; les consentiría el uso de armas, sin incurrir jamás en la odiosa tradición de enviar allí penados ó presidiarios, á los que cerraría en absoluto las puertas, abriéndolas por el contrario de par en par al comercio, con la concesión de puertos francos á aquellos más cercanos y seguros á los focos de las poblaciones; haría en fin todo lo necesario para atraer á Cuba gente honrada, trabajadora y ganosa de fortuna.

—¿Y de dónde había de sacar el Estado dinero para todo eso? preguntó Armona sonriendo.

—¿De dónde? De las contribuciones directas é indirectas á las que se da una inversión que nos es desconocida oficialmente, y de todos modos, poco satisfactoria para el país, y como este sería el principal favorecido en mi caso, no bastando esos fondos, impondría yo á las fincas agrícolas un diez y seis por ciento de recargo, y á la contribución comercial, un quince: nada pediría de más á la industrial; pero sí algo á los derechos de navegación y puertos y á las facturas y mercancías que entraran en la isla. Con menos motivo, hemos pagado y pagamos mucho más. Pero es tarde y ya tenemos en frente «La Yuca.»

Esta Colonia fué proyectada y dirijida por la virtuosa compañera de Agüero con destino á dos familias trabajadoras que existían entre los libertos de «La Caoba,» familias que, de paso sea dicho, no se formaron, como es de uso y costumbre en otras fincas de la isla, por la voluntad del dueño y la bendición nupcial del Administrador ó mayordomo, sinó por mútuo convenio de las partes y con las formalidades exijidas por la religión y las leyes.

La Sra. de Agüero quería á esas mujeres, que habían sido sus esclavas, como amigas leales, y así cuidó de que la casa de vivienda que, como en las demás colonias, había de construirse en «La Yuca,» fuese la más cómoda y bonita de todas, con su cocina espaciosa y fresca, capaz de contener hornos, burenes, estanques y lavaderos. Dividió las faenas, encargando á los hombres de las del campo y especialmente de la siembra, cultivo, recolección, rayamiento de la yuca y prensa de la cativia, y á las mujeres, de hacer el casabe, el almidón, las roscas y las pastas, á todo lo que podían dedicarse sin salir del hogar. Hizo adornar el pequeño *batey* con flores y emparrado, estableció una arrea semanal, que conducía á la ciudad productos de «La Yuca» por valor de 20 ó 25 du-

ros, consignados á personas libres, dedicadas en Puerto Príncipe á esos pequeños comercios, que allí llaman *grangerías*, y cuyos consignatarios, sin más trabajo que pasar por el horno los efectos que lo necesitaban, confeccionados en «La Yuca,» vendíanlos como frescos, con tal rapidez y estimación, que en poco tiempo esa colonia pudo asegurar una entrada de cien duros mensuales.

Tales eran los informes que daba Agüero á Armona del establecimiento á cuyas puertas llegaban en las primeras horas de aquella tarde.

Los colonos, prevenidos por su antiguo dueño desde la madrugada, se prepararon á recibir dignamente la visita, y al punto que la vieron cercana, se adelantaron hasta la tranquera; las mujeres, vestidas de listado, pañuelo de seda al cuello y zarcillos de oro y corales, mientras los hombres, con su traje campesino de blanca rusia, el machete de trabajo ceñido á la cintura por negra correa de cuero con hebilla de plata y su sombrero de yarey en la mano, daban á sus huéspedes la más respetuosa y cordial acojida.

—Venimos, les dijo Agüero, á que «La Yuca» nos dé almuerzo ó comida.

—Todo está preparado, respondió el negro que hacía de jefe de la colonia: mi mujer ha hecho

una buena sopa de puré de frijoles negros, con casabito tostado y una *guacamole*, no sólo de aguacates, sinó con piña. Su hermana, tiene en el horno un rico pastel de cativia y perdices; bajo las cañas bravas, atravesado en su pua y sobre una hoguera de gajos de guayabos se tuesta un tierno lechón: tendrán sus mercedes también casabe con salsa de huevos, yuca cocida de esa que se abre y destila su pulpa, media docena de anones, conserva de guayabas, queso de mano, y si algo más desean, pueden disponer lo que gusten, porque la mesa está ya preparada en el emparrado, y nosotros dispuestos á complacerlos.

—Pues á ella, dijo Armona, á quien parece que el paseo ó el *menu* habían abierto el apetito.

—A ella, repitió Agüero, y todos se dirigieron al emparrado.

Al llegar á este, notó Armona el primor del servicio, en que no faltaban vajilla de blanca porcelana, relucientes cristales, cubiertos de plata pura, exquisito vino y fragantes y hermosos *bouquets*.

—No veo aquí más que tres cubiertos, dijo, y si el Sr. Agüero me lo permite, invitaría por lo menos á las mujeres ó al jefe de la colonia á que nos acompañasen á la mesa.

—Es lo único, respondió ese jefe al oír esas palabras y bajando la cabeza, que pudiéramos negar nosotros á tan buen señor. Ya estaremos aquí, pero será para servir.

Vanas fueron las instancias de todos, hasta que al fin Agüero, Armona y el Pedáneo ocuparon sus asientos respectivos, mientras los colonos les servían, revelando en sus semblantes placer y gratitud por la inesperada honra que se les dispensaba.

Extraían á cucharadas de la concha de hermosos anones, la delicada crema que contenían y en la que apenas se encontraban semillas, cuando el jefe de la colonia vino á anunciar que el cabo de ronda del partido pretendía hablar á su capitán.

Hurtado fué donde se le llamaba é inmediatamente volvió, invitando al Sr. Armona á que oyese las nuevas que el cabo traía.

Reducíanse estas, á haber aprehendido un hombre que huyó precipitadamente al darle la voz de alto en el camino, y á quien habían tenido que herir de una bala en una pierna, porque no quiso entregarse.—Debe ser el Rubio, añadió, aunque tiene el pelo negro, y si no es el Rubio, cerca le anda, y áun sospecho que, por lo menos pertenece á su partida, porque se le han escapado

algunas palabras que así lo dan entender. Ha dicho que su jefe debe haberse embarcado á estas horas por el puerto de Sta. Cruz para los Estados Unidos, si no es que se encuentra en Puerto-Príncipe.

—¿Y dónde está el preso? interrogó Armona.

—En la capitanía de partido de Najasa, respondió el cabo, incomunicado y bajo buena custodia.

—Siento, Sr. Agüero, dijo el inteligente comisionado del general Tacón, al volver al emparrado, dejar tan agradable compañía; pero la obligación antes que la devoción.

Volvieron á tomar sus caballos, después de despedirse cariñosamente de los colonos, de apurar sendas tazas de café y magníficos tabacos de la tierra.

Agüero acompañó á sus huéspedes hasta la línea dividente, entre «La Caoba y «El Ciego.»

Hurtado le condujo á la capitanía, donde le hizo formal entrega del preso, con quien tuvo Armona una conferencia reservada y bastante larga, disponiendo en seguida su conducción á la capital.

El Pedáneo lo siguió hasta el término del partido de Najasa, preguntándole, al despedirse, qué le había parecido D. Joaquín Agüero.

—Es, le contestó Armona, con cierta tristeza,

un ángel caido... Un precursor, que puede tener la suerte del Bautista..... Un cubano que se compromete... Un hombre de bien, que acabará mal... Pero puede asegurarle que en mi tiene un amigo pesonal, de quien puede disponer, así como V., con entera confianza.

Estrechó la mano del Pedáneo, y espoleando los hijares de su caballo, desapareció por el camino real que conducía á la ciudad de Santa María de Puerto-Príncipe.

IV.

LLEGAR Á TIEMPO.

Alcázar soberano,
hoy solitario y mudo,
que en el índico suelo
alzó de Dios la omnipotente mano,
¡cuna de mis abuelos, te saludo!

Esteban de J. Borrero.

En tanto que Armona y el Pedáneo se dirigían á «La Ceiba» contemplaba César Morgán desde la elevada cima de la sierra de Najasa el bello panorama tendido á sus piés.

Era una hermosa extensión de terreno sembrada á trechos de montes vírgenes, limitada por verdes lomas y ceñida por el río de donde salían algunos arroyuelos, que como cintas de plata regaban aquellas floridas praderas.

Innumerables sendas abiertas en todas direcciones conducían á diversas casas, ya alzadas unas en medio de sabanas espaciosas, otras al pié de bellas colinas, y las más lejanas asomando sus te-

chos entre las ramas de espesas arboledas. A excepción de las cercas que formaban los bateyes, los corrales y algún potrero cubierto de yerba de Guinea; todo aquel espacio se hallaba libre, y diversos grupos de ganados esparcidos acá y acullá, y distintos atajos retozando en los *saos*, indicaban que era aquella una hacienda comunera, dedicada como todas las de su clase á la crianza pecuaria.

Morgán fijaba alternativamente sus ojos en esos sitios: ya en una bandada de palomas que descendían y se posaban en una tabla de millo, ya en otra de verdes cateyes que subían hasta las últimas ramas de un palmar espeso, ya sobre las blancas alas de la garza que bajaba á una cristalina represa cubierta de patos; ya los detenía en fin en un enjambre de abejas que formaban sus dulces panales en las hendiduras de la cordillera donde él estaba.

Al acaso fijó su vista en un platanal que estaba cerca, y cuyas hojas de esmeralda rasgaba la brisa, y vió salir de este á un grupo de muchachos y detrás una mujer que llevaba á un niño en los brazos: á poco tiempo asomó un hombre por la sabana, vestido con un pantalón y camisa corta de cotín azul y un sombrero de yarey: traía un nido en las manos y varias frutas en un cesto:

los niños corrieron hacia él, y abrazaron sus rodillas, mientras que se inclinaba á besar sus frentes infantiles.

—¡Qué feliz es ese hombre! exclamó Morgán. Le esperan, le buscan, le aprisionan; mas le esperan el reposo y la dicha de su hogar, le persiguen, su esposa y sus hijos, la aprisionan entre sus brazos. Yo jamás he conocido goces tan puros: á mí me persigue el remordimiento, me busca la justicia, me espera el cadalso.

—¿Con quién habla V.? dijo Jorge, sacando la cabeza por la boca de la cueva que estaba á espaldas de Morgán.

—Contigo, exclamó mudando de tono: decía que ya debieras estar en camino para cumplir la comisión que te dí esta madrugada.

—Al efecto, me estoy vistiendo, pues si espero á que sea más tarde, me será dificultoso bajar la loma. ¿Y sabe V. lo que me ocurre, ahora que estoy limpio? que esa levita me vendría tan bien para ir á la Ciudad, como le cae á V. mal, en medio de estos vericuetos.

—Tómala, dijo Morgán, descendiendo hasta donde estaba Jorge y quitándosela..... ¿Te sirve?

—Perfectamente, contestó Jorge dando un bufido, mientras introducía sus brazos por las man-

gas, y no obstante que sus robustos hombros abrían las costuras de la espalda.

—Toma también el sombrero, y tráeme otro nuevo de la Ciudad, pues lo que es el tuyo, sirve más para la cocina que para mi cabeza.

—Gracias, hasta mañana, tempranito, dijo Jorge, comenzando á bajar la loma. Morgán se dejó caer en uno de aquellos peñascos, reclinó la cabeza en sus manos y una tristeza mortal agobió su frente. La noche se acercaba melancólica, como sucede casi siempre en el campo: en medio de aquella soledad misteriosa, apenas llegaba á su oído el canto de la golondrina ó el sonido acompasado y monótono que producían las cristalinas gotas de agua al desprenderse de la bóveda de aquella cueva para formar paulatinamente los grupos fantásticos que veía á su alrededor. Morgán encendió su cerillo y entretúvose un instante escribiendo con el humo que producía la llama, algunas palabras sobre las paredes alabastrinas de esa mansión. De pronto le pareció haber oído gritos y carreras de caballos, salió con cautela, y al llegar á la cima, vió que Jorge corría á escape en el suyo y en dirección opuesta á la ciudad, y á tres hombres que le seguían de cerca. Todo se ha perdido, pensó: Jorge no puede ir ya al Príncipe: se

ha encontrado seguramente en el camino con mis perseguidores, y habrá tenido que volver atrás.

Morgán no se había engañado: al trasponer Armona y sus dos compañeros la loma, vieron á Jorge que se dirijía al río, le *gritaron* que se detuviera, y Jorge entonces emprendió carrera, y la partida le siguió, voceando al Pedáneo que á esa sazón estaba ya á la mitad de la loma.

Morgán seguía con inquietas miradas aquellos caballos, hasta que los accidentes del terreno los ocultaron de su vista. Volvió entonces á entrar en la cueva y oyó los ladridos de un perro: fijó más la atención, y aquellos cesaron.

—¡Oh! exclamó, sintiendo que su sangre rebosaba en sus ojos..... acaso quieren cojernos con esas fieras que destrozan los negros cimarrones; pero no lo conseguirán: requirió el puñal que traía siempre en la cintura, y quiso reconcentrar sus ideas, para adoptar un partido decisivo. Los ladridos se hicieron entonces más perceptibles: tomó el cerillo y asomó la luz á una especie de furnia por donde se introducía una escalera de cuerdas atadas á las raíces de un arbol, que habían penetrado por uno de los costados de aquella caverna.

Aunque Morgán bajó por la mañana, guiado

por Jorge, á aquel precipicio, no quería apelar á ese extremo, sinó en último caso: enroscó su cerillo en las cuerdas de la escala, y dió algunos pasos hacia la entrada de la cueva para observar: todo estaba en silencio, mas después de un instante escuchó como el ruído de un cuerpo que se arrastraba: fijó la vista hacia ese punto y vió los ojos centellantes de un enorme perro que acababa de asomar su cabeza en la gruta: retrocedió espantado, puso sus manos en la cuerda, y apagando precipitadamente el cerillo que guardó en el seno de su camisa, comenzó á descender por aquella escala. El perro que había penetrado en la gruta, se adelantó hacia la boca del precipicio y arañaba con desesperación sus bordes por el lugar donde había desaparecido Morgán, y arrancando con sus uñas algunos granos de arena, daba aullidos agudísimos, que resonaban de una manera espantosa en lo profundo de aquellos peñascos.

Morgán pensó que tras de ese perro vendrían algunas personas persiguiéndole, y áun hubo momentos en que creía oír pisadas y palabras: los peldaños de la escala hacían más lento el descenso, y nada era más fácil que si descubrían aquella, la cortasen en la raíz del árbol en que estaba atada, en cuyo caso se estrellaría irremisiblemente con-

tra las rocas del fondo. Estos pensamientos cruzaron como relámpagos tempestuosos por el cerebro de Morgán, que fiado ya en la robustez de sus brazos, se dejó correr precipitadamente por una de las cuerdas paralelas, hasta que sintió que sus piés tocaban la tierra. Entonces encendió su cerillo, sacó el puñal y cortó la escala por el punto más alto que pudo, á fin de impedir toda comunicación. Quiso hablar, y su voz retumbó mil veces bajo aquellas bóvedas sombrías. «Estoy libre» dijo, y libre, repitieron los ecos. Morgán era supersticioso, y aquel efecto puramente acústico, multiplicó su valor: «libre,» repitió, y una sonrisa vagó por sus labios al ver como reproducía la tierra su pensamiento.

—Jorge, pensó, seguirá para Santa Cruz, y no es fácil que le alcancen: mis perseguidores ocupados con él, no pueden volver hasta de aquí algún tiempo á Puerto-Príncipe: si alguien ha quedado arriba, ignora que esta cueva tiene salida, y si lo sabe, no podrá bajar y tomarla antes de algunas horas. «Sigamos,» dijo: sacó el reloj, marcaba las nueve. Entonces le asaltaron nuevas dudas: Jorge sólo le había conducido por la mañana hasta ese salón, y señalándole una galería de columnas, le dijo que por ella se bajaba hasta encontrar el río.

Morgán, pues, se introdujo por entre aquellas columnas que formadas por las destilaciones de las rocas parecían las unas de cristal, las otras de bello granito: á veces formaban grupos enlazados en sus capiteles de tal suerte, que de repente se encontraba en medio de una preciosa capilla: Morgán bajaba por entre aquellos arcos pendientes, intercalados con boveditas y columnatas, sobre las cuales caía siempre acompasada aquella gota fría y cristalina, para aumentar un nuevo punto sobre la base. A ratos Morgán alzaba su vista hacia aquellas bóvedas estalactíticas, á ratos la cruzaba por esas caprichosas figuras que dieron tal vez las primeras inspiraciones á las artes.

Sólo en las circunstancias en que se encontraba, no se habría detenido á contemplar tantas preciosidades, no debidas ciertamente á la casualidad, sinó á la mano de Dios. Nosotros hemos doblado las rodillas ante ellas, para adorarle en sus obras, y en medio de ese templo, abierto por la naturaleza en las entrañas de la tierra. Después hemos contemplado en la superficie y en otras regiones, palacios preciosísimos, alzados por reyes poderosos, en cuyos salones volvimos á hallar perfeccionados por las artes, esas infinitas bovedillas, esas medias columnas, esos trazos coloridos, esas gran-

des combinaciones, en que resaltaban entre el oro y los más vivos colores, las molduras más caprichosas en medio de una confusión indefinible, copiada por el genio, de la naturaleza, y en la que una raza, proscrita de Europa, ha dejado esculpidos sus recuerdos monumentales. Sí, nosotros recordamos bajo las bóvedas estalactíticas de la Alhambra, las caprichosas maravillas de las cuevas de Cubitas y de Najasa. Pero Morgán se interna por aquella galería, salta algunos peñascos, y es necesario seguirle aunque la luz que lleva en la mano parece debilitarse por instantes, bajo la presión de una atmósfera densa y húmeda.

Morgán se detuvo, y oyó el ruído del agua: se acercó más, y la vió despeñarse por una roca. Registró esa roca para buscar un punto en que apoyar sus piés, y divisó una cuerda de *majagua*, corrió hacia ella, enredando el cerillo en su brazo izquierdo, y empezó á subir con el aplomo de un gimnástico. Llegó á una hendidura y era estrecha: introdujo por esta la cabeza, y vió el cielo: penetró en fin hasta la mitad del cuerpo, y cayó rendido á orillas de la cascada. Cuando pudo respirar, notó que el cerillo se había apagado, y emprendió su viaje con la resolución del hombre que confía su vida únicamente á sus propias fuerzas y su valor.

Morgán costeó aquellas serranías en dirección á la ciudad, y al llegar á orillas del río se encontró con un hombre á caballo, que al darle las buenas noches, conoció era africano.

—*Taita*, le dijo Morgán, ¿qué tal es tu caballo?

—Bueno, mi amo, buenísimo.

—¿Y está cansado?

—No, señor, viene de «El Cacagual.»

—¿Quieres vendérmelo?

—No, señor.

—Acércate, y déjame verlo.

Morgán encendió un tabaco, y con el auxilio de su fuego y la luz de las estrellas, echó una mirada sobre aquel animal y sobre el negro viejo que lo montaba.

—¿Corre bien?

—El corre, es criollo de Najasa, añadió sonriéndose.

—¿Y tú eres esclavo?

—No, señor, soy libre, respondió el negro con cierta dignidad.

—¿Cuanto te costó ese caballo?

—Veinte y cinco pesos.

—Toma cincuenta, me lo das ahora mismo, y me guías hasta la salida del río.

—Eso es otra cosa, dijo el negro tomando las

tres onzas que Morgán le extendía, y después de alumbrarlas con el fuego de la pipa que llevaba en la boca, se apeó, puso las riendas, hechas de pita de corojo, en manos de Morgán, y tomó la jáquima.

Morgán saltó sobre un lomillo fino, cubierto con una piel de carnero, que era el único arreo de aquel animal: el negro suspendiendo sus pantalones hasta más arriba de las rodillas, empezó á vadear el río y llegó así hasta la margen opuesta.

Morgán le dió las buenas noches, le tiró un tabaco en el sombrero y siguió su camino.

Para su tranquilidad no hubo otro encuentro, bien que él trataba de ir á cierta distancia de la vía comun, y desde luego infirió que harto tendrían que hacer sus perseguidores afanados en capturar á Jorge.

Preocupado con mil pensamientos, relativos á los medios que podría adoptar para conseguir su fuga de la Isla, á la elección del país en que fijaría su residencia y al género de vida que le convendría seguir; se le pasaron algunas horas hasta que oyó el sonido de unas campanas que le eran muy conocidas.

—Ola, dijo para sí: el *Ave-María* en la Caridad, y variando de dirección, quiso alejarse de

aquellos alrededores, no fuera el diablo á trastornar sus asuntos más de lo que estaban.

Los cuartos llamados de Iglesias, se hallaban situados en rumbo opuesto, dió pues un rodeo, arreando con sus calcañales su caballo, que gracias á la poca prisa que le diera y á la frescura de la noche, conservaba aún parte de sus bríos.

Morgán pasó el Hatibonico, y se dirigió por las calles más solitarias al punto á que se había propuesto llegar. Notó cerca del Cuartel de Lanceros dos hombres; pero no hizo alto en ellos, y arrimó á la puerta de uno de los cuartos de Iglesias su caballo.

Entró, y vió en el patio una mujer, que vino inmediatamente á la sala, y sin cuidarse de saludarla, y echando una mirada en su derredor para convencerse de que estaba sola:

—Soy, le dijo en voz baja, el capataz de Jorge: vengo á buscar cien onzas que tiene Vd. guardadas, y aquí está la señal, añadió introduciendo su mano por la pechera de su camisa, de donde salió pendiente de un cordon negro un pequeño pito de marfil.

—Estoy conforme en entregarlas, contestó la mujer.

—Pues bien; cierre V. la puerta.

La mujer fué á hacerlo así; pero al tiempo de juntar sus hojas, sintió que una mano las empujaba por fuera.

—Buenos días, dijo una voz enronquecida, y un hombre se introdujo en la habitación: vengo á saber si todavía se vende aquella yegua, que me trató el dueño de esta casa.

—No, señor, respondió la mujer.

—Pues es el caso, replicó el interlocutor, que yo necesito con urgencia una bestia, y ya que no hemos hecho trato con la yegua, compraré el caballo que está á la puerta.

Morgán fijó entonces una mirada penetrante en aquel hombre, mirada que él sostuvo con serenidad, y así permanecieron un instante contemplándose el uno al otro.

—Ese caballo no se vende, dijo Morgán con acento destemplado.

—Es que yo no vengo á buscar al caballo, contestó el hombre acercándose á Morgán, sinó al Rubio.

Al oír Morgán estas palabras se dirigió al aposento: el hombre se interpuso entre él y la puerta desenvainando su machete: Morgán hizo lo mismo con el puñal que portaba.

A este tiempo asomó á la puerta del patio otra

figura humana: traía una carabina en la mano.

—La fuerza es inútil, dijo el del machete. Esta casa está rodeada: mire V., añadió, señalando á la persona que acababa de entrar, y lo que conviene es evitar escándalos, para que la prisión sea menos vergonzosa.

Morgán alzó la frente, y con una altivez indescribible fijó alternativamente sus miradas en esos dos hombres, midiéndolos de piés á cabeza.

—Entiendan Vds., dijo, que he de vender mi vida cara: ahora, añadió con tono más reposado, si Vds. quieren que nos trancemos, cien onzas tengo en manos de esa mujer: son de Vds. y me marcho inmediatamente donde nadie sepa de mí.

—No hay más transacción, repuso el hombre del machete, sinó que V. entregue ese puñal y venga con nosotros: de lo contrario tendremos que emplear la fuerza.

Morgán se enrojeció, sus ojos chispearon de rabia, y con la celeridad del tigre, se arrojó sobre sus perseguidores.

En ese instante se oyó un tiro disparado por el que estaba en la puerta del patio, y Morgán y el hombre del machete cayeron el uno sobre el otro. Morgán, con el brazo alzado, iba á descargar su puñal sobre el hombre, á tiempo que este paró el

Morgún con el brazo alzado, iba á descargar su puñal sobre el hombre...

Dibujo de N. Vázquez.

golpe con su machete, hiriéndole con tal fuerza en la mano, que el puñal cayó al suelo.

Morgán clamaba por un arma, volviendo la vista á la mujer que allí estaba: y arrastrándose en la agitación de la lucha, extendía su brazo decidido á posesionarse nuevamente del puñal: la punta de sus dedos tocaba ya el cabo, y una sonrisa satánica vagaba en sus labios; pero un nuevo golpe descargado sobre su frente, la cubrió de sangre, dejándolo aturdido.

El otro hombre se preparaba entre tanto á amarrarle; pero al sentir Morgán las ligaduras, se incorporó.

—Un valiente, dijo al del machete, á tiempo que este lo envainaba, no usa de estos medios con otro que está herido.

—Bien, contestó quitándole la cuerda, levántese V. y venga con nosotros.

Morgán se puso en pié, y colocado en medio de esos dos hombres salió por la puerta.

—¿Cuál es el nombre de V.? preguntó al que lo había prendido.

—El de un pobre diablo, le contestó, Rafael Parrado me llaman; pero la cuéstión es que acelere V. el paso.

—Por las calles más solas, replicó Morgán.

—Sea, dijo Parrado, con tal que lleguemos á la cárcel...

—Allí iré, y basta mi palabra.

—Buena será; pero dispense V., si no me basta, porque hombres he visto yo de pluma y frac y guantes, tan ligeros de piernas como osados de lengua.

—No lo dudo, murmuró Morgán, y poco después entraron en la casa del Gobernador.

Por la tarde regresó la partida de Armona, trayendo á Jorge, que juzgado como desertor del presidio, fué devuelto á sus cadenas, con recargo.

Identificada la persona del Rubio, se entregó á Armona, quien lo condujo á la Habana.

VI.

EL CASTIGO.

Conocí mi maldad y el desengaño
es hoy mayor castigo que mi daño.

Ruvalcaba.

.....ya el cuello inclino,
ya de la religión me cubre el manto
¡adiós!.....

Plácido.

Y como el primer perfume
de dos lirios que abre mayo,
del sol en el primer rayo
subió al cielo su oración.

Zorrilla.

Ha pasado algún tiempo desde la prisión de César Morgán.

En los primeros momentos se hizo imposible convencer á D.ª Petrona de la realidad de este inesperado acontecimiento: fué necesario que don Chico con su carácter claro y sincero le refiriese todos los detalles. Ella, sin embargo, que daba por hecho cuanto le convenía, se obstinaba en decir que la prisión era puramente política, y no bastó

entonces que su buen amigo le gritara que no se pusiese más en ridículo tratando de desfigurar una cosa tan pública, que había una gran diferencia entre la equivocación de principios y el robo, entre una acción que podía ser heróica ó culpable considerada en sus consecuencias, y hechos criminosos ante la moral y ante las leyes de todas las naciones cultas: que finalmente nadie ignoraba en el Príncipe que César Morgán y el Rubio eran una misma persona.

Tanto dijo D. Chico sobre este particular y tanto oyó D.ª Petrona de los labios de otras personas, que convencida, proyectó retirarse al campo con el pretexto de pasar el luto, cuando en realidad no la guiaba otra idea que la de encubrir su vergüenza.

La buena señora suplicó á Luísa y Fernando que la acompañaran, y así lo hicieron, aunque el último convino con Leocadia en que sus relaciones continuasen ocultas, hasta que la misma doña Petrona, conociéndole, y juzgándole íntimamente, le diese evidentes testimonios de aprecio, y manifestara mejores disposiciones al enlace proyectado.

Todo salió á medida del deseo de los amantes: la necesidad obligaba á D.ª Petrona á consultar sus negocios con Fernando, sometió su caudal á

su dirección y bien pronto hubo de conocer los felices resultados de sus consejos. El joven desplegó tanta inteligencia y buen juicio en el manejo de estos bienes que en poco tiempo los asuntos desatendidos por Cárlos se reconstituyeron, los administradores ordenaron sus operaciones, y las entradas de aquella familia, y su posición se hicieron respetables. Fernando seguía tan exactamente su plan, que esquivaba muchas veces la conversación de Leocadia, contentándose con dirigirle algunas cartas en que le describía no sólo las inspiraciones de su amor, sinó el gozo que sentía al notar las conquistas que iba haciendo en el corazón de D.ª Petrona.

Así trascurrieron algunos meses sin que esa familia pensase en regresar á la ciudad. Una noche trajo el arriero un paquete de cartas y periódicos, que puso en manos de Fernando: entre las primeras leyó éste una, concebida en los siguientes términos:

«SEÑOR:

»Tengo veinte horas á mi disposición en que estaré solo ante Dios y mi conciencia, ante mis recuerdos y el cadalso. ¡Veinte horas: las últimas de mi vida! ¡Cuánto bien debo á un sacerdote que

está á mi lado! El ha evocado un nombre que grabó en mi corazón el labio de mi madre: yo pienso en él y espero. El ha revivido las memorias de mi niñez, me ha hecho retroceder sobre mis pasos, conduciéndome por una senda salpicada de sangre y donde ya he vertido también las primeras lágrimas del arrepentimiento.

»Desde la cuna á la capilla: desde el garito á la emboscada todo lo veo. Sí... mis víctimas se agrupan en torno de estas paredes donde han resonado tantos suspiros, donde se extinguieron tantas esperanzas, donde está la justicia divina delante y vela el verdugo á la puerta. Estas visiones me atormentan, los remordimientos me devoran y es necesario que desahogue mi pecho; es necesario que hable, escriba y ore... Pero estoy solo: mis amigos huyen de mí, la sociedad me lanza de su seno: no tengo ya quien me escuche; no sé murmurar una oración, ni una lágrima asoma á mis ojos. ¿A quién he de hablar? ¿á quién escribir?

»Hay un joven de corazón noble y magnánimo, un joven que con sólo el poder de su virtud me obligó á obedecerle como un esclavo: á inclinarme hasta el suelo para recoger un bolsillo de oro que su mano me arrojara. Hay un joven ante cuya

digna mirada ha temblado mi mano cuando iba á herirle. Pude tal vez matarle y no lo hice. ¡Hé aquí el único mortal que me debe un favor en el mundo, el solo á quien tengo el derecho de hablar y que acaso me oirá compadecido!

»Ese joven es V.: quiero pues descargar en el seno de su bondad el peso enorme que me oprime. Quiero hablar á V. de mi existencia, de mis esperanzas, de mi fin. Quiero pedir á V. perdón y suplicarle que lo implore de cuantas personas extravié con mis máximas, con mi ejemplo en esa tierra, donde creí terminar tranquilamente mi vida.

»Muchas veces me han preguntado por mi patria, por el nombre de mis padres y por el mío, y siempre me ha obligado á mentir el instinto de la propia conservación: hoy ocultaré también los dos primeros para no ruborizar el pueblo donde nací ni remover las cenizas de los autores de mi vida. Diré á V. el último.

»Sé que tuve una madre y que esta murió hablándome de Dios. ¡Ojalá nunca hubiera olvidado sus palabras!

»Sé que mi padre después de viudo, me encerró algún tiempo en un colegio donde iba á verme de tarde en tarde para alabar mi talento y reirse

de mis travesuras. Sé que cansado de estudiar, salí del colegio para entrar en la casa de mi padre, donde encontré hermosas habitaciones preparadas para mí, un carruaje, dos criados de mi exclusivo servicio y una biblioteca de diversión. Tenía entonces diez y siete años, y estas comodidades me hicieron suponer que el trabajo y la economía no eran necesarios á un joven rico, para vivir siempre alegremente en el mundo.

»Sé, que á pesar de habitar bajo un mismo techo con mi padre, muchas veces se pasaban semanas enteras sin vernos; cuando preguntaba por él varias noches, me decían los criados que dormía fuera. No sabía qué hacer y pasaba las mañanas en los billares, por las tardes salía á pasear y por las noches iba al teatro.

»Pero en medio de esta vida, sentía á veces un inmenso fastidio: el tiempo me parecía eterno, inagotable el dinero y no hallaba una faena intelectual ni material con que aprovechar aquel ó aumentar este. En nuestro país los padres ricos inspiran desde muy temprano á sus hijos la idea de que el trabajo es la maldición de los pobres, y que sólo estos tienen necesidad de consagrarse á él. Hoy lo comprendo, antes me parecía hacer demasiado tomando al acaso un libro y pasando dos

horas entretenido con él. Debo confesar, sin embargo, que era casi siempre una novela, y que me parecían encantadoras las más licenciosas. Por ellas empecé á juzgar el mundo y pocas cosas creía más fáciles que imitar sus héroes.

»No recuerdo á quién he oído decir que *Delfina* y *La Heroína* han causado más adulterios que la ligereza de los maridos, la debilidad de las mujeres y el arrojo de los libertinos. De los jóvenes podría decirse lo mismo: no veía yo una muchacha en quien no supusiera esos deseos ocultos y misteriosos que los novelistas encierran en el pecho de sus heroínas. Buscaba con avidez esas miradas ardientes, esos ojos de gacela, esos corazones volcánicos, esas formas vaporosas, esos labios de miel que debían posarse en los míos, esos brazos que me alzarían de la tierra para conducirme á rejiones desconocidas donde el deleite y el amor habían de disputarse mis afectos. A tal punto desvanecieron mi cabeza de diez y ocho años las novelas que incesantemente leía.

»Acuérdome, sin embargo, que agotadas las de mi biblioteca, vino á mis manos un libro á tiempo que entraba en mi gabinete uno de los muchos amigos que había adquirido; leer un párrafo y entregárselo á un criado para que lo arrojase al

fuego fué operación de un instante. Quise saber siquiera el título de ese libro y á pesar de tanto tiempo lo guardo en la memoria, porque he llegado á pensar muchas veces que en sus páginas acaso habría encontrado el antídoto del veneno que las malas compañías y lecturas derramaron en mi corazón juvenil. El libro era de Benjamín Franklin y se titulaba *El hombre de bien*.

»Entré por fin en la sociedad en brazos de una falange de amigos, que en poco tiempo me iniciaron en todos sus misterios. A los primeros pasos me enamoré de una joven bellísima; mas pronto me hicieron comprender que el amor era la mayor de las necedades si tocaba al corazón; que no había mujer en la tierra que mereciese el de un hombre: que el candor no era otra cosa que el velo ficticio y frágil de la debilidad: que no había virtud inexpugnable: que el matrimonio era el lazo de los incautos: que no existía mujer á quien no doblegase el dinero, la astucia ó la osadía. Confieso que en la práctica de estas máximas encontré pocas decepciones, pero seguramente debió depender de la clase de mujeres con que mis amigos me relacionaban, pues aunque tarde, harto bien sé que aquellas que comprendan su misión,

no darán jamás lugar á que se dude de sus principios y de su dignidad.

»Entre estos devaneos y el juego resbalaba felizmente mi vida, y aunque mi padre derrochaba por un lado y yo por otro, el refaccionista de nuestro ingenio era un hombre amabilísimo: los usureros abundan en la Habana, y así, teniendo dinero siempre que lo necesitábamos, jamás se nos ocurría examinar el estado de nuestros negocios.

»Mas en poco tiempo nos vimos arrojados de nuestra casa, desposeídos de nuestra finca, nuestros criados y alhajas fueron vendidos en pública subasta, y tuvimos que acudir á nuestros mejores amigos, á aquellos que nos habían ayudado á derrochar en corto número de años un capital de doscientos mil pesos; los mismos que al vernos pobres, nos volvieron la cara.

»Mi padre lleno de pesares se entregó á los licores y muy pronto exhaló su último suspiro en medio de una embriaguez, y en el cuarto del portero de uno de sus más íntimos amigos.

»Confieso á V. que ante su cadáver medité por la primera vez en mivida. Aquel hombre que para todos tenía hogar y dinero, no encontró una mano que apretara la suya en la agonía: no tuvo una

cama donde cayera su cadáver; ¡ni dejó un peso para pagar su sepultura!.... Maldije la sociedad y odié al género humano. ¡Insensato! Hoy veo claro. La sociedad es justa, escarmentando al que desprecia sus virtudes. La sociedad nos ofrece fortuna y posición cuando entramos en ella débiles y desnudos, nos recibe en sus brazos, nos brinda educación, nos señala en fin dos caminos, cuyo término podemos distinguir, nosotros cerramos los ojos, dejándonos extraviar. Yo arrojé á manos llenas no sólo el fruto de los ahorros de mis antepasados, sinó el de honradas y laboriosas familias que trabajaban para mí, sólo para mí. Con una mínima parte sustraída cada noche de lo que yo inmolaba á insensatos placeres hubieran salido esas familias de la indigencia. Esto no pude concebirlo hasta ayer y me lo hace comprender hoy el castigo, que es el efecto seguro, infalible de causas creadas por mi educación.

»Arruinado completamente, se atrevió uno de mis amigos á proponerme un negocio que me pintó con los colores más propios para halagar mi carácter ansioso de aventuras, encubriendo al mismo tiempo el crimen que encerraba.

»Había llegado una expedición de negros bozales; de ellos compró ciento un propietario de inge-

nio; el amigo me dijo que necesitaba con la mayor urgencia cincuenta, y que el ambicioso comprador había rehusado vendérselos por el mismo precio, poniéndole en la imposibilidad de hacer su zafra; que él había contratado esos negros de antemano con el armador; pero que aquel mal vecino para hacerle daño los había adquirido para sí; que era necesario castigar esta bajeza sin cometer un delito, y que le había hablado á algunos amigos para que le acompañasen á la finca, donde los bozales estaban ocultos, propusiesen la compra en los términos explicados, y en caso que se negara le arrebataran á viva fuerza los negros. Alucinado con esta relación me presté á acompañar á mi amigo, aunque confieso desde luego que comprendí que era un asalto y robo lo que se me proponía; pero como yo no tenía un centavo y se me ofreció gran utilidad; disfrazado con una careta me asocié con esos hombres, y la violencia se efectuó tal cual se había proyectado. Como el tráfico negrero es ilícito, todo quedó oculto, y la impunidad alentó mis pasos en la senda del crimen. Fué este el primero que dí en ella.

»Me tocaron algunos negros que vendí con gran ganancia, y pocos días después volví á presentarme en la Habana, renové mis antiguas relacio-

nes, lanzándome desde luego en el torbellino de la disipación y del libertinaje.

»No había clase de juego que yo desconociese: desde la ruleta hasta los dados, desde el vis-vis hasta el golgo, todos tenían para mí un atractivo indescriptible: poco á poco empezaron á desaparecer mis onzas en el garito, á la par que se acrecentaba la fiebre devoradora del juego, alentada con la esperanza del desquite.

»La ociosidad es el origen del juego, y no hay para él otro preservativo que la educación. Yo estaba en pleno goce de aquella, carecía de esta, y dejábame arrastrar por esos dos grandes estímulos. El primero es el placer de la adivinación, la lucha entre la suerte y el instinto del hombre; el segundo es el deseo de enriquecerse sin trabajo y pronto, la presunción de no ser jamás rendido. La juventud es naturalmente inclinada á todo lo que pone á prueba su osadía, y si á estos elementos se añade el de la moda, no hay quien pueda contrarestar los impulsos de esa pasión tan halagadora en su origen como funesta en sus resultados.

»Mientras fuí rico jugué por seguir la moda, por entretenerme: en la pobreza saboreaba con envidia el placer que advertía en mis amigos agrupados alrededor de la baraja: veíales adquirir fortuna y

prestigio, y deseaba tener dinero para imitarlos. Lo tuve, jugué; pero esas malditas cartas burlaron mi esperanza precipitándome de nuevo en el abismo de la miseria.

»¿Cómo salir de él? Hubo quien se encargara de probarme que jugar de buena fe era alimentar una ilusión dorada de la juventud: que al hombre no le era dado el poder de adivinar; que Dios le había hecho un sér inteligente para que dominase la materia, y no para que fuese juguete de ella; que había recursos para ganar siempre, que ofrecían la doble felicidad de la riqueza y la de burlarse de los estúpidos y de los incautos. Alucinado por ideas tan falsas, exijí á ese hombre una demostración de lo que decía: tomó una baraja en las manos, me la dió á *tocolotear*, corté después, echó un albur é indicándome la carta que debía venir, empezó á correr. Creí que su acierto dependía de la casualidad y echó otro albur: no quiero que salga esta, le dije, tomando una carta y no salió á pesar de haber pasado de sus manos á la mesa uno á uno todos los naipes. Convencime más tarde de que la mayor parte de los jugadores de profesión lo hacían de mala fe, que la banca era un teatro de prestidijitadores más ó menos hábiles, y de que sólo eran víctimas los imbéciles.

»Yo me asocié con ese hombre, y así recorrimos juntos la isla entera. Buscábamos en cada pueblo individuos de nuestra calaña, que por desgracia no faltan donde quiera en Cuba, repartíamos algún dinero entre ellos, nos dejábamos ganar las primeras tallas, y por último salíamos repletos de oro, celebrando en grandes saraos nuestro triunfo y riéndonos de la estupidez de los que perdían.

»Más tarde dimos proporciones colosales á nuestra empresa, escojimos á los jugadores más aventajados, los asociamos á nosotros, repartimos empleos, asignamos sueldos: hubo directores, banqueros, esploradores, escuchas ó espías, seguros, vijilantes y sacrificadores. Mandamos fabricar barajas de distintas pintas, aunque todas con rejistros que sólo nosotros sabíamos, las repartíamos á nuestro paso con sumo tacto: para distinguir estas barajas de las sencillas, las llamábamos *brujas* y los triunfos que ellas nos daban eran cada vez más importantes y seguros.

»He ofrecido al sacerdote que me auxilia dejar escritas todas estas cosas, para impedir nuevas tramas y ruínas, y hé aquí porqué me detengo en los detalles.

»Voy á explicar á Vd. lo que venían á ser al-

gunos de nuestros agentes ó empleados. *Esploradores*, eran dos encargados de precedernos en cada ciudad, de buscar algún jugador de mala fe que nos ayudase, de instruírse de las costumbres, de la posición social de las personas adictas al juego, de su capacidad, capital, etc. *Espía* ó *escucha*, el que formaba nuestra opinión, nos refería la que de nosotros tenía el país y llevaba *palomas* á la banca. En Puerto-Príncipe tuve uno excelente, se llamaba Pepe. *Seguros* llamábamos los que debían acordarse con la policía para que nos tolerase. *Vigilantes* los que apostábamos para no ser sorprendidos. Los *directores* guardaban el dinero y las *brujas*, y repartian aquel y estas en el orden más conveniente. *Sacrificadores*, los usureros que permanecían en el garito para comprar á bajo precio á los jugadores las alhajas que en el calor del vicio y la exasperación de la pérdida vendían por la décima parte de su valor.

»Constituídos así, tendimos nuestra red por toda la Isla; en todas partes teníamos casas, en cada feria había una diputación nuestra, en cada vapor uno ó dos agentes para explotar á los viajeros, y no hubo aficionado ó jugador de profesión que no estuviese filiado en nuestro libro verde.

»Nuestra fortuna se hizo inmensa, terrible

nuestro poder y las formas jigantescas que tomó la asociación, contribuyeron á perdernos. El aire del garito no sólo destruye la moral, sinó que mina la salud; la vida agitada que arrastrábamos y los insomnios condujeron al sepulcro á algunos de nosotros, que en los últimos momentos violaron nuestros secretos é hicieron algunas restituciones. En el juego no hay amigos y nunca falta un traidor en una asociación de esta naturaleza: hubo, pues, quien nos vendiera, y fuímos sorprendidos en una feria de San Marcos. Conociendo nuestro delito, nos resistimos á viva fuerza y fué necesario salvarnos, matando. Sin embargo, yo caí prisionero y cargado de grillos me arrojaron en la cárcel de San Antonio de los Baños, de donde bien pronto hubieron de sacarme el poder y el oro de mis colegas.

»Mi filiación se había tomado, y perseguido y requisitoriado en todas partes, me oculté en los campos en una caverna de bandidos. Reconociendo estos mi valor, nombráronme al fin capitán, y la fama del *Rubio* y de sus funestas hazañas, cundió bien pronto en todos los ámbitos de la Isla.

»Aquella vida sin embargo era insoportable para mí; acostumbrado á los placeres de la buena

sociedad, al ócio, al lujo y al juego, deseaba acometer una gran empresa que me hiciese rico, y abandonando la gavilla en seguida salir del país.

»Supe que el opulento hacendado Cerro-Ameno moraba con su familia en uno de sus ingenios, y que allí tenía cajas repletas de oro. Asalté con mis bravos una noche esa finca, y á costa de sangre y de sacrificios inmensos logré acorralar en una habitación de la casa á sus moradores: á la puerta de ella y por mi mano murió un valiente en medio de una heróica lucha, mientras que mis compañeros desocupaban las cajas.

»Se ha dicho que el dinero mal habido está maldito, y es verdad: la suerte me abandonó al fin de esta empresa, salí herido de ella, y los bandoleros desertaron llevándose con el oro de Cerro-Ameno mi última esperanza. Juré perseguirlos y castigarlos donde los encontrara. Algunos murieron colgados de los árboles de la montaña, otros que se habian retirado á buen vivir, bajo el puñal de mis agentes.

»Esta persecución encarnizada, tan pronto me hacía aparecer en los pueblos como en los caminos, obligándome á caer muchas veces bajo la mano de la justicia de que siempre me sacaron el dinero, la osadía y un valor digno de mejor causa.

Unas ocasiones bajo los harapos del mendigo, otras como un vendedor ambulante de ropa, y las más como mercader de animales, lograba que se me expidiesen pasa-portes bajo los nombres de Francisco Pérez, Antonio Rodríguez, Juan ó Antonio Rabelo, César Morgán, etc.

»Buscaba siempre un rubio que asociar á mi partida á fin de que se me confundiese con él, y de allí emanó que el vulgo multiplicara mis hazañas, refiriendo que unas veces y á un propio tiempo aparecía en campos y pueblos distantes entre sí.

»Contar los robos, los asaltos, los lances comprometidos de esa vida nómada y horrible, sería no acabar, y me quedan pocos instantes.

»Baste saber que rico ya, y hastiado á lo sumo de arrastrarme en la oscuridad de la montaña, busqué el medio de aparecer nuevamente en la sociedad. Una buena receta bastó para teñir mi barba, mis cejas, y desfigurar mi semblante; adquirí pelucas inmejorables, y cuando delante de mis compañeros pude cerciorarme de que estos me desconocían, me presenté en algunos pueblos de la Isla.

»Así fuí á Puerto-Príncipe á una feria de la Caridad, y es inútil referir á Vd. cuanto allí pasó.

Usted sabe hasta qué punto aluciné á D.ª Petrona, no ignora mis maquinaciones respecto de Luísa; pero es indispensable que yo esclarezca este punto.

»Desengañado de que eran inútiles mis esfuerzos para merecer, la estimación siquiera de esa señora, me hice amigo de su marido, y puse el mayor estudio en pervertirlo: lo encadené de mil modos á mi suerte, y dominado por el juego, llegué á constituírlo sin que él lo advirtiese en agente de mis miras acerca de su familia.

»Usted sabe que convencido del desprecio de Luísa, pensé seriamente en casarme con Leocadia. Acaso pasó entonces por mi imaginación la idea del arrepentimiento: acaso juzgué que podría trascurrir el resto de mi vida tranquilamente bajo la sombra de su familia y en ese hospitalario país. Pero Dios es justo, mis crímenes no podían quedar impunes: yo nunca debía aspirar á la dicha, únicamente reservada á quien jamás se desvía de la senda de la virtud.

»El juego que me había dado riquezas, me las arrebató en una noche aciaga; graves compromisos con mis compañeros pusieron el puñal en mi mano, y Carlos, el infeliz Carlos Alvear fué mi última víctima. ¡Perdón, señor! ¡Piedad!

»Voy á morir.... voy á expiar en un cadalso mis delitos, el verdugo me espera, tenga usted compasión de mí; y esta ingénua confesión pueda desviar de la senda del vicio á los que á ella atraen la inexperiencia ó los desbordes de la juventud, el contagio de las malas compañías ó la ambición. Sepan que dado el primer paso, el retroceso es imposible, que el corazón se pervierte, que compromisos insuperables encadenan nuestra existencia y que de precipicio en precipicio bajamos rápidamente y sin sentirlo al abismo en que me encuentro. Sepan que ni el nombre, ni el oro, ni el valor, ni una buena inspiración que á veces nos asalta, nos escudan. Sepan que la justicia divina sigue nuestros pasos, marca nuestras huellas, y que cuando queremos detenernos ¡ay! es tarde, es tarde. Sepan los que carecen de corazón y sólo consultan su cabeza, que por conveniencia se debe ser honrado; que la carrera y el fin del que es malo están llenos de sinsabores, maldecidos de Dios y de los hombres.

»No creo yo que la justicia de la tierra tenga la facultad terrible de disponer de lo que únicamente puede conceder el Señor, y sólo una vez, ni menos el bárbaro poder de saciarse sobre un cadáver, mutilando su cabeza para dejarla insepulta

El Rubio en capilla.

(Dibujo de Vázquez.)

á la espectación pública, como se va á hacer con la mía: pero reconozco que la sociedad hace un bien al lanzarme de su seno que herí tantas veces; que la naturaleza no puede ampararme con sus leyes, holladas por mi planta impura, y que al execrar el mundo mi nombre, distingue el de aquellos que se consagran al bien.

»¡Dios mio! al salir al mundo me diste una madre que alimentándome con su sangre no pudo preveer mi fin: su voz me enseñó tus leyes santas. ¿Por qué no las seguí? ¿por qué no amé al hombre como á mí mismo? Dentro de poco este se vengará escarneciendo mi cadáver, pero tu bondad infinita me abre los brazos y tu religión benéfica me señala una esperanza que el cadalso no infama, que la tumba no extingue. Gracias, Señor, gracias.

»Y tú, corazón noble, perdona al pobre ajusticiado, y arranca de los labios de Luísa y de Leocadia una palabra de compasión que salve su alma. Ya que tanto he sufrido en la tierra, descanse á lo menos tranquilo en el seno de la muerte.

»Ella me espera, el alba penetra por esta reja, es la última de mi vida: ese ruído, esa tropa, ese hombre... ¡Dios mío, piedad! ¡Adiós!

JUAN FERNÁNDEZ.

Después de una noche agitadísima se levantó Fernando, discurriendo el modo mejor de participar á D.ª Petrona este acontecimiento y obtener el perdón de ese hombre desventurado.

Abrió las puertas de su corredor que daba á una hermosísima arboleda de naranjos y floridos granados, en cuyo centro se alzaba una cruz rodeada de un rosal bellísimo. Al pié de esta estaban de rodillas Luísa y Leocadia. Creyó Fernando que era aquella la ocasión más oportuna de noticiarles lo que ocurría, y bajó con ese objeto, á tiempo que un carruaje se detenía en la puerta de la casa.

Apeose de él un sacerdote. D.ª Petrona salió á recibirlo y era nada menos que el padre Vreaidieu.

Luego que este hubo tomado asiento en la sala, entraron en ella Luísa, Leocadia y Fernando y después de saludar á todos con su acostumbrada afabilidad, se acercó á D.ª Petrona.

—Vengo, le dijo, señora, á cumplir una misión delicada. Un sacerdote amigo, residente en la Habana, recibió de un hombre en su último momento esta carta para que la pusiera en manos de V. Ese sacerdote me escribe que el penitente espiró suplicándole que obtuviera el perdón de sus culpas del generoso corazón de V.: yo uno

mi voz á la suya en favor de ese desdichado.

—Sírvase V. mismo leer la carta, dijo D.ª Petrona.

—No tengo inconveniente, contestó abriéndola, y con voz temblosa leyó las siguientes líneas:

«SEÑORA:

»Con una rodilla en tierra, ante un crucifijo, cerca del cadalso y en las últimas horas de mi agitada vida, escribo estas palabras.

»¡Perdón para César Morgán! que sorprendió la buena fe de V., y supo obtener un afecto de que era indigno.

»Perdón, señora, para el amigo desleal que pagó la benevolencia de V. sembrando el vicio en su casa.

»Perdón para el que con su aliento impuro, quiso empañar la frente cándida de una virgen, é intentó profanar la honra de una mujer que es la virtud misma.

»Perdón para el forastero que pagó la hospitalidad de un pueblo, pervirtiendo con sus máximas y con su ejemplo, sus costumbres sencillas.

»Perdón, para el ladrón público en los campos y en los garitos.

»Perdón ¡ay! para el asesino de Cárlos...»

A estas palabras el llanto nubló los ojos de Luisa y Leocadia, y D.ª Petrona cayendo de rodillas, exhaló un grito de desesperación.

El padre Vreaidieu continuó su lectura con acento conmovido.

«Por piedad, señora, pronuncie V. esa palabra... la justicia de Dios la espera para pronunciar su fallo... borre V. de su memoria el nombre maldecido de César Morgán, y compadezca desde el fondo de su alma... al desventurado

JUAN FERNÁNDEZ.»

De repente, D.ª Petrona la faz pálida y enjugando las lágrimas se puso en pié.

—¡Jamás, gritó, perdonaré al asesino de mi hijo, al que ha humillado mi familia y pretendió arrebatar el porvenir de esa niña!

—Señora, dijo el padre Vreaidieu, Dios perdonó á sus verdugos.

—Pero yo...

—¿Usted?... es cristiana y debe imitar su ejemplo. Morgán no ha humillado la familia de usted; pudo humillarla sí, la indiscreción de una madre que le franqueó su casa sin conocerle. Esa niña no ha perdido su porvenir, ella ha amado y ama

á un hombre que la adora y que es digno de su mano. Perdone V. para que Dios nos perdone. Ayudadme, hijas mías, á rogar á vuestra madre. Es verdad que vosotras le perdonáis? añadió Vreaidieu, dirijiéndose á Luísa y Leocadia.

—Ya lo hemos hecho, contestó la última, desde el instante en que leímos en los periódicos la noticia de su ejecución.

—¿Y V., mamá? le preguntó Leocadia tomando una de sus manos con una expresión de benevolencia y de ternura inexplicables.

—Yo... exclamó D.ª Petrona, yo también, ¡Dios mío! le perdono.

—Fernando, Leocadia, dijo el padre Vreaidieu, pedid á vuestra madre que os bendiga.

—Sí, hijos míos, exclamó ella, abriendo los brazos y acercándolos á su pecho. ¡Os bendigo!

El siguiente domingo tuvo el padre Vreaidieu la satisfacción de bendecir también el amor de Leocadia y Fernando ante el altar de la Virgen de la Caridad.

FIN.

APÉNDICE

NOTAS.

El autor de este libro tuvo la honra de ser nombrado curador testamentario de las hijas de su inolvidable amigo Sr. D. Francisco Diago, y conoce el efecto que produjeron las colonias agrícolas de Tinguaro. Pero prefiere á su opinión sobre ellas citar la del Ilmo. Sr. D. Fermín Figuera, jefe de Administración de 1.ª clase, distinguido empleado de Hacienda en Cuba, que en sus «Estudios» sobre esta Isla, publicados en Madrid en 1866, dice á fojas 25: que el resultado de las colonias agrícolas establecidas por el Sr. Diago en «Tinguaro» *duplicaron la producción de este ingenio en cinco años, pues de 7,000 cajas que hacía antes, subió á 14,000, y algunos de los colonos ganaron al año 2,000 pesos.*

OPINIÓN DE «EL ANTILLANO» (1)

SOBRE «UNA FERIA DE LA CARIDAD» Y RESPUESTA DEL AUTOR DE LA NOVELA.

Los que hayan leído la novelita titulada: UNA FERIA DE LA CARIDAD, no pueden dejar de advertir, al leer lo que aquí se dice, con respecto al Rubio, que este jamás perteneció á la clase que en aquella se supone, ni pudo ocupar lugar distinguido en nuestra alta sociedad, ni merecer mucho menos, que una de las principales y ricas señoras de nuestro pueblo tuviese empeño en quererlo hacer su yerno. Del mismo modo, verán que el nombre con que aquí era conocido era con el de Antonio Ravel, y no con el de Morgán, el cual tal vez sabrán que era el de un famoso capitán

---

(1) Bajo este seudónimo colaboró muchos años en *La Gaceta* y *El Fanal* de Puerto-Príncipe, el escritor Camagüeyano D. Manuel de Arteaga.

de un corsario filibustero del siglo XVII. Fuera de esto, y de algunas otras faltillas, por el mismo estilo, la mencionada novelita es preciosa, interesante y está escrita al gusto del día, lo que nos complacemos en confesar aquí, aunque no sea este su lugar, para que no se nos atribuyan miras de que estamos muy distantes.

CARTA DE BETANCOURT.

Habana 4 de abril de 1859.

Sr. Antillano: Hoy he leído, y con no poco placer, la biografía del valiente Camagüeyano don José Rafael Parrado, escrita por V.: pero no ha podido menos que sorprenderme el recuerdo que se hace en la nota 5.ª, de mi cuento titulado UNA FERIA DE LA CARIDAD.

Y me ha sorprendido esto, no porque V. diga en esa nota, que mi *cuento* tiene faltas puesto que no se ha publicado *por bonito*, como por allá decimos, sinó para que el público, bajo cuya jurisdicción está, lo juzgue como tenga por conveniente, bien seguro de que yo no tomaré la pluma para defenderlo; pues si la crítica es concienzuda me servirá de lección; si lijera, la daré al desprecio.

Me ha sorprendido la nota 5.ª porque si mi obra, como concepción puramente literaria, puede estar plagada de defectos, como composición histórica, no es posible que tenga uno solo, por la sencilla razón de que yo no he escrito una *historia*, ni siquiera una *novela histórica*, sinó *un cuento* en el que he podido suponer hechos, crear personajes, darles nombres, pintar situaciones y bosquejar cuadros en la forma que se iban presentando á mi imaginación y caían bajo los puntos de mi pluma.

Creería hacer una ofensa á la ilustración de V. si me detuviera explicando aquí cuáles son las condiciones de la historia propiamente dicha, cuáles las de la historia ficticia á cuyo género pertenece la novela, el cuento, la fábula, etc. V. debe conocer esas condiciones mejor que yo y por lo mismo que así lo creo, me ha sorprendido que al escribir V. la biografía del Sr. Parrado señale como faltas en LA FERIA DE LA CARIDAD la educación que yo he supuesto á César Morgán, el lugar que le dí en la sociedad Camagüeyana, y se admire de que una señora quiera casarle con su hija, y de que yo no le nombrase Antonio Ravel. Bajo este orden de cosas, pudo V. añadir al catálogo de esas faltas las siguientes: El Rubio no usó peluca en Puerto-

Príncipe, ni se teñía la barba, ni vivió en la Plaza de la Caridad, ni tenía caballo que se llamara *Camagüey*, etc. (1) y sin embargo de ser todo esto verdad, nada tiene que ver con una narración fabulosa, en la que nombro sólo una vez incidentalmente á Parrado, aunque sí con la idea de recordar á mis paisanos un nombre y una acción valiente.

A nadie se le ha ocurrido hasta ahora decir, que nuestra célebre Avellaneda cometió una falta, cuando pinta al mulato esclavo *Sab* perdidamente enamorado de su ama y obteniendo las confianzas íntimas de una de las principales señoritas del país; pues por más que esto parezca chocar con nuestras costumbres y ser inconvenientes á las condiciones políticas de Cuba, la autora estuvo en su derecho al nivelar el alma del mulato esclavo con la de la señorita blanca, especialmente si escribía,

---

(1) No faltará ahora tal vez algún curioso lector que diga: «Joaquín de Agüero no fué arrendatario de La Caoba ni de Najasa.» A esta observación habrá muchos que por mí responderán que, sin embargo, fué hacendado y propietario en Puerto Príncipe y el primero que allí dió libertad á sus esclavos en una forma análoga á la que se describe en el capítulo III de este tomo, y muchos años antes de su infortunada muerte, acaecida en 1851.

como escribió, una novela perteneciente al género de las sentimentales.

A nadie se le ha ocurrido inculpar á Zorrilla, porque nos presenta á Sancho García en su drama, más moral de lo que la historia lo revela. Ni habrá crítico capaz de distinguir los diversos géneros de composiciones literarias, que censure á los que en novelas y dramas pintan á María Estuardo como un ángel de virtud y de inocencia, y como un mártir de nuestra religión, cuando la historia nos la muestra como la víctima de sus estravíos é imprudencia.

¿Y sabe V. porqué á nadie se le ha ocurrido esto? Porque así como el historiador jamás debe sacrificar la verdad de los hechos, en el novelista la verdad viene á ser la posibilidad, la naturalidad.

Píntese lo que puede suceder, haya exactitud lógica en el artificio, enlace, interés y consecuencia en los hechos; naturalidad, gracia y contraste en los personajes, estén bien delineados y sostenidos los caracteres; tiendan todos los sucesos por divergentes que sean al desenlace, al fin moral que siempre debe tener delante el autor; haya claridad en los pensamientos, pureza y corrección en el estilo; y el novelista habrá cumplido su deber. El que le inculpe sobre la verdad de los he-

chos, incurre en la misma impertinencia que aquel famoso portugués que perdió el cabello rebuscando entre las aldeas de la Mancha la casa de D. Quijote y los molinos de viento contra los que Cervantes le hizo enristrar su lanza enmohecida.

Yo me propuse pintar la sociedad Camagüeyana en un período de la década corrida desde 1835 hasta 1845, que es acaso la más floreciente para nuestro país, y para introducir al Rubio en esa sociedad, era necesario darle ese barniz de cultura, que V. extraña, en el personaje, pero sin el cual no era posible que ocupase la posición en que deseaba colocarle, ni que *una de las principales y ricas señoras del Camagüey tuviese empeño en hacerle su yerno.*

Colocar el Rubio en la clase que V. hubiera querido, era dar con mi idea principal al traste, porque si en todas partes son bien admitidos los ladrones *que viajan de incógnito*, que usan frac y guantes, que tienen buenas palabras y maneras distinguidas, mientras que no se les quita la careta; en Puerto-Príncipe nunca hubiera llegado hasta el corazón de su sociedad, un hombre como el Rubio, presentado en toda su desnudez. Tengo satisfacción en pensarlo así, y gusto en dar á V. esta explicación.

Hé aquí porqué mi hombre se llamó César Morgán mientras estuvo en Puerto-Príncipe y Juan Fernández en la cárcel de la Habana.

¿Y sabe V. porqué no le dejé el nombre que usó en Puerto-Príncipe? Porque ese señor variaba de nombre en cada pueblo (1) y era natural que al entrar en el de mi imaginación, tuviera un nuevo bautismo y trajese mejor educación.

Y es tal la libertad que sobre este punto me concede nuestra literatura, que ahora mismo se me está ocurriendo hacerle viajar por los campos del Camagüey, antes de traerle á morir á la Habana.

Me parece que le oigo á V. exclamar: «No haga V. eso; el Rubio no estuvo en nuestros campos.»

Ese sería el Rubio de V., señor Antillano, el mío irá por donde me plazca, con tal que marche en regla.

Pero va V. á hacer un disparate (supongo que V. me replica) al modificar su cuento después de publicado.

---

(1) Según el proceso de D. Juan Fernández (a) el Rubio que he leído, este usó diversos nombres en sus correrías por la isla de Cuba.

Ya que el *Liceo* tiene la galantería de reimprimirlo, quiero que sea esta una edición corregida y aumentada, como otras muchas, y voy á hacer un disparate para castigar la torpeza en que incurrí agrupando en un solo párrafo, dos situaciones interesantes, lo que acusa ignorancia de buenas reglas. ¿No le parece á V. que el acto de descubrir en César Morgán á un bandido famoso, tiene por sí solo bastante *interés*? ¿Y no le ha parecido á V. una barbaridad pintar en ese mismo acto la prisión del Rubio, violentando así las reglas que prescriben la graduación en el *interés* hasta el desenlace? Pues hé aquí un gran defecto que tiene mi cuento como composición puramente literaria, y que le quitaría, si me sobrara tiempo y *humor* y si no adoleciera de otras *faltillas* que yo á fuer de bondadoso padre le perdono.

¡Ojalá que tuviese lugar de escribir un nuevo capítulo para LA FERIA DE LA CARIDAD! No estaría entonces encadenado á esta mesa, fijos mis ojos en el apremiante papel sellado. En alas de la imaginación me dejaría llevar hasta las orillas de ese pueblo que me es tan querido, vería desde lejos sus torres, volvería á recorrer los caminos que transitaba con los amigos de mi infancia, apagaría mi sed en las cristalinas aguas del Máximo, y

respirando aquella brisa pura en que exhalé mi primer vajido, y viendo el cielo azul y sin nubes del Camagüey, sentiría por lo menos dilatarse dulcemente mi corazón.

Dirá V. que si mi objeto es pintar al Rubio huyendo por sus campos, voy á andar mal acompañado... Mas, aquí tiene V. otra prueba de la libertad del que escribe obras de este género. Aquellos brazos de hierro que oprimieron los pulmones del Sr. Parrado, estarían entonces bajo el poder de mi pluma; y un movimiento sería bastante para multiplicar sus fuerzas, como para desfallecerlas.

Pensé escribir á V. cuatro líneas con sólo la idea de evitar equivocadas interpretaciones; pero cuando tengo la fortuna de hallarme con un paisanote al lado, me gusta charlar á mis anchas, como lo he hecho, sin acordarme que esta carta va á ocupar las columnas de un periódico consagrado á la utilidad del país.

Voy á concluír dando á V. las gracias por la halagadora calificación que hace de mi cuento, manifestándole de paso que no sentiré saque á luz las otras faltillas que V. ha dejado en el tintero y haciendo algunas rectificaciones respecto de los sucesos que, contraídos al Rubio, refiere

usted en la biografía de D. José Rafael Parrado. Protesto que esas rectificaciones no tienen otro objeto, que mostrar desnuda la verdad de hechos que ya están bajo el dominio del público, nunca la de tomar una revancha indigna de mis principios, y de la que no me perdonaría, tratándose de una persona tan respetable para mi, como lo es V. por sus canas y por sus conocimientos.

No recibió el Sr. Parrado *el 8 de enero de 1833* como se dice la *orden de prender* al Rubio: esta se le dió con algunos días de anterioridad, según resulta del proceso que he visto á folio 5 de la segunda pieza. Lo que aconteció el 8 de enero de 1833 como á las diez de la mañana, fué la prisión de Juan Fernández (a) el Rubio que tuvo lugar precisamente en uno de los cuartos llamados de Iglesias conforme se manifiesta. No es exacto además que el Sr. Parrado se dirigiese solo á prender al Rubio y que después de algunos *minutos de lucha* entrase Sedeño y decidiese aquella del mismo modo que Bertrán Claquín decidió la de D. Pedro de Castilla y D. Enrique conde de Trastamara; pues lo que consta es que al intimar Parrado al Rubio que se rindiese, corrió éste hacia donde estaba su machete en cuyas circunstancias dió orden Parrado á Sedeño de que le

tirara con el trabuco que portaba, lo que Sedeño hizo á quema ropa no infiriéndole sin embargo daño alguno á Fernández: entonces empezó la lucha que se describe, aunque en verdad muy distinta á la que tuvo lugar en los campos de *Montiel por los años de 1368*. Esa lucha no fué decidida por el Sedeño sinó por Parrado que descargó algunos golpes al Rubio con el mango de su machete, hasta dejarlo aturdido en el suelo. Todo resulta de las declaraciones del mismo Parrado y de Sedeño á folio 6 y su vuelta, de las certificaciones de los facultativos que reconocieron las tres heridas causadas al Rubio en la cara y en el cráneo y cuyos documentos aparecen suscritos por el licenciado D. Juan Francisco Porro, por el Dr. D. Leandro González y por ante D. Diego Antonio de Urra folio 16. En honor de Parrado se ha dicho que fué exacta la oferta que le hizo el Rubio y que él despreció, así como el valor imponderable que desplegara en esa lucha.

Por lo demás sepa V. señor Antillano que de la causa á que acabo de contraerme sólo he tomado tres datos: el primero que el Rubio jugó en Puerto-Príncipe en una feria de la Caridad: el segundo que la pasión de las cartas ocasionó todas sus desgracias; y el tercero el de su prisión efec-

tuada por el Sr. Parrado, para dar una idea del valor de ese Camagüeyano, digno sin duda, como ha dicho V., de mejor suerte.

Va á salir el vapor. Adiós.

El Estudiante.

CRÍTICA

CRÍTICA

Una feria de la Caridad en 183... (1)

Antes de entrar de lleno en el juicio de la novela que con el modesto título de CUENTO CAMAGUEYANO acaba de publicar D. José R. de Betancourt, permítaseme decir dos palabras que pueden servirle de preámbulo. La cuestión que trato de dilucidar no es nueva, pero sí importante y puede formularse en estos términos:

---

(1) Esta crítica vió la luz en el periódico oficial *El Liceo de la Habana* correspondiente al 30 de setiembre de 1859 y 7 y 14 de octubre del mismo año. Su autor D. Joaquín Lorenzo Luaces, es uno de los mejores poetas de América. Fué laureado por su oda á Cyrus Fielos que leyó en los juegos florales de *El Liceo* en la capital de la grande Antilla nuestro insigne lírico D. José Zorrilla. Dejó algunos dramas y comedias en verso que por excesiva modestia no quiso nunca dar á la escena, y un tomo de poesías en que figura su gran oda *Varsovia*, su canto á *Misolonghi* y un poema *A Cuba* inédito todavía.

¿Tenemos nosotros ó podemos tener novelas esencialmente cubanas? Respetando como debo á los que sostienen la opinión contraria, imagino que sí; y lo creo firmemente, aunque pocas sean las novelas que, llamadas cubanas por sus autores, me hayan parecido tales.

En efecto: la mayor parte de los que entre nosotros ensayaron novelas, equivocáronse en los medios empleados. Los unos, al referir nuestro interior, nuestras diversiones urbanas ó rústicas, nuestras conversaciones, nuestra vida social é intima, lo han hecho de manera tal que en nada se han distinguido sus descripciones de las que de semejantes escenas han hecho los autores europeos. Los otros por separarse de este escollo, han querido *localizar* de manera tan extraña sus escritos, que en los más han puesto en ridículo nuestra sociedad, y nuestras costumbres, prodigando exajeradamente las locuciones provinciales, nuestros especiales giros, y lo que es más sensible, nuestros gustos y pasiones. Quisiera probar que ambas escuelas se han extraviado y esto es lo que voy á intentar.

Que nuestros gustos y costumbres, aunque sólo sea en sus grados de intensidad, son de Europa, no necesita de grandes pruebas: que nuestra na-

turaleza es distinta de la de España es más fácil de conocer todavía. Para no detenernos mucho en este capítulo bastará notar, por ejemplo, que nuestra danza en nada se parece á los bailes de las ciudades de la Península: nuestro zapateo no es el fandango, ni la jota, ni la muñeira. Los campesinos europeos dirimen sus querellas con el palo, ó con el puñal ó la navaja, y nuestros guajiros con el tradicional machete, aunque llevan regularmente un cuchillo de punta á la cintura. Si más desentrañáramos esta cuestión, más oposiciones encontraríamos que probarían una vez más la certeza de mi aserto y esto bien fácil es de concebir. Nosotros, pueblo que principia, tenemos todas las virtudes y vicios que trae consigo un estado que nos aproxima más al de la naturaleza, que á los que contando una larga existencia, han adquirido virtudes y vicios diametralmente opuestos. El europeo vive de la vida exterior, como nosotros de la interior. Nuestros mayores goces están vinculados en el hogar doméstico, como los pueblos más adelantados en el rumor de las plazas, el bullicio de los cafés y la animación de las tertulias, cosas todas de que carecemos los cubanos, al menos en la acepción europea de las voces plazas, tertulia y café. Se

puede asegurar que nuestra vida es tan diversa de la europea que, á lo menos los hombres en las ciudades despiertan acá cuando allá piensan en buscar el reposo del lecho. Las mismas casas, lijeras, abiertas y trasparentes, por decirlo así, entre nosotros se distinguen de palacios é inmensos edificios que constituyen las habitaciones de las ciudades de Europa. Todo esto imprime á nuestra fisonomía un sello de provincialismo especial que nos distingue bastante de los habitadores de la Metrópoli. Nos diferenciamos pues: nadie puede negarlo, pero falta considerar si esta diferencia es tan pronunciada, que baste á darnos carácter tan particular, que si retratamos fielmente nuestras costumbres en una obra, sea esta distinta á las de la misma clase que se escriben en Europa: pero distinta hasta el extremo de poder decir con justicia de la una, *novela española* y de la otra *novela cubana*.

Yo creo que sí; y que para esto, sólo es necesario que nos retratemos, y que no nos caricaturemos. Esto último es lo que han hecho ciertos autores que al escribir novelas han creído hacerlas cubanas con el simple hecho de pintar nuestros *cheches*, nuestras mestizas, nuestros *guajiros* y áun nuestras mismas hermanas, esposas, hijas y madres, acumu-

lando en sus labios provincialismos y hasta los defectos de pronunciación de que por un mal hábito adolecemos todos. Pero esto no basta para pintar costumbres cubanas, como no basta para pintar un cuadro de los llamados de costumbres andaluzas hacer que los héroes confundan la *z* con la *s* y salpiquen su conversación con el *caló*, esa miserable jerga de los presidios. Así como no es suficiente para pintar un andaluz del pueblo bajo que diga *peñascaró*, *estaribel* y *parneses*, tampoco se retrata una joven cubana haciéndola decir *chinita*, *guayaba* y *chingota*. Es necesario que á ambos (al andaluz y á la cubana) se les concedan colores y sombras tan características que cualquiera que conozca el tipo, tenga necesariamente que exclamar:—¡ahí está el *majo!*—¡ahí está la cubana!

Esto es lo que precisamente me ha resultado con la lectura de UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183... Allí las personas, los campos, las diversiones y los caracteres me han parecido tan fielmente retratados, que he imaginado cubanas las figuras principales, las accesorias, el paisaje, el cielo, y los adornos todos de composición, que constituyen el cuadro, y téngase en cuenta que rara vez hemos observado un provincialismo en la dicción, lo cual es una buena prueba del parecer que he emitido antes; porque

en efecto, esas acciones podrán, tal vez, poner más en relieve la novela cubana, pero nunca constituirán su esencia.

Los aficionados á novelas de jigantes proporciones, de lances multiplicados, de aventuras caballerescas, de misteriosos crímenes y espantosas venganzas que no abran la novela de Betancourt porque no dará pasto á su famélica imaginación. Pero los que gozan con la lectura de *Atala* y *Pablo* y *Virginia* encontrarán en las escenas de UNA FERIA DE LA CARIDAD un sentimiento análogo al que inspiran las sencillas páginas de Chateaubriand y B. de Saint Pierre. No se imagine por esto que intento poner á la altura de las dos obras mencionadas la que ahora me ocupa. Su mismo autor sólo ha pensado en escribir un cuento, sin pretensiones de hacer una obra clásica; sería el primero que rechazase tan exajerada alabanza y que despreciase mi fallo. Al invocar, con relación al trabajo de Betancourt, tan ilustres nombres, sólo he querido dar á conocer la aspiración moral, la sencillez de estilo, la verdad relativa y la tendencia general que respiran las páginas de la novela.

Nada más sencillo que el argumento de esta. Juan Fernández (a) El Rubio, célebre bandido de que todos hemos oído hablar, brilla con el lustre

de un *lion* en la sociedad principeña, con el falso nombre de César Morgán.

Aquí el crítico estracta detenidamente el argumento de la novela, que ya conocen nuestros lectores y hace las siguientes consideraciones:

Como se puede juzgar fácilmente, este sencillo argumento no hubiera bastado para llenar doscientas treinta y siete páginas de impresión sin fastidiar al lector; pero, Betancourt ha cuidado de hacerlo interesante con animadas descripciones de nuestras costumbres, de la naturaleza de nuestros campos, con la viva pintura de ciertas pasiones y con las filosóficas disertaciones que le inspiran los diversos cuadros que va presentando á la vista del espectador atento. Hasta se saca partido de una época crítica para la ciudad de Puerto-Príncipe y que se hace coincidir con la de la novela para poder apreciarla, describirla y sentirla.

Sentirla sí, porque aquella época en que á la voz de un hombre solo, el antiguo Camagüey sacudió por un momento el sueño de los siglos, abandonó vetustas preocupaciones, arrojó el polvo que le afeaba y se lanzó á la vía del progreso trazando

ferrocarriles, abriendo academias, y estableciendo sociedades de recreo, midiendo las propiedades y mejorando las razas de sus ganados y aquel progreso naciente se vió devorado por el mónstruo múltiple del egoísmo, la corrupción, la apatía, la ignorancia y el espíritu rutinario de los hombres pudientes de aquella provincia. La lucha de estos dos principios, en los días en que más rudamente se combatían, forma una útil diversión en la novela que instruye é interesa al lector, tanto más cuanto no es el fruto de una fantasía que inventa, sinó el producto de una íntima convicción que discute y analiza las cuestiones sin acrimonía cáustica, pero también sin tímidas consideraciones.

Hasta las mismas personas que aparecen en la novela son como otros tantos representantes de los elementos de esa lucha. El P. Vreaidieu, tipo venerable del sacerdote cristiano, parece personificar aquel espíritu de progreso que tímido y lento mira con desconfianza el porvenir y con amor lo pasado; que teme levantar un pié para dar un paso hacia delante porque espera que al querer apoyarlo en firme, se hunda el terreno. D. Francisco y Fernando al contrario, con la fe de propagandistas, sin despreciar lo pasado, parten de-

cididos al encuentro del porvenir con la esperanza y el entusiasmo en el corazón, resueltos á llegar al límite que se han propuesto, aunque para ello se ensangrienten las manos y destrocen los piés. Carlos Alvear que anhela el progreso, pero que tiene el corazón maleado par el vicio, es un ejemplo palpable de que sin virtudes no se puede regenerar á los pueblos. En vano los buenos instintos que dormitan en el interior de su pecho, le harán entrar por la senda que conduce á la ilustración: en vano el afán de propender al adelanto de su patria le hará entregar su dinero por papeles que representan acciones de un camino de hierro que juzga indispensable para las necesidades de los cultivadores de sus canpos. A la primera pérdida en el juego que haga necesario un sacrificio para cubrir esa deuda de *honor*, venderá á descuento sus acciones, desprestigiando una empresa que necesita apoyo, y sobre todo confianza en tenedores y compradores, único medio de establecer el crédito. Espíritu débil, fuerza nula para la reorganización de una sociedad decrépita y más peligrosa que los mismos reacionarios porque aparece con el ropaje y el animado lenguaje del progreso..... César Morgán y la corrompida falanje que le rodea constituyen el mal principio, el

antagonismo de la ilustración; juventud abyecta, raza envilecida y encenagada que ni siquiera tiene la buena fe del anciano retrógrado ó del ignorante presuntuoso. Masa infecta de miserables reptiles que viven, se arrastran y mueren en la ignominia para gozar de una vida muelle en los cafés, los billares, las orgías y en la crápula inmunda, de la última degradación social.

Estos diversos caracteres que sirven para ponerse más en evidencia los unos á los otros, constituyen uno de los principales méritos de la novela, y como verán nuestros lectores, este no es el único.

Hasta ahora, como una especie de síntesis, hemos presentado en globo el argumento «y algunas circunstancias generales» de La Feria de la Caridad,» y nos parece justo pasar ahora á un análisis detenido en que consignemos las bellezas y los defectos que encontramos en ella.

Y ante todo, permítaseme una observación que, aunque personalísima, puede dar alguna luz acerca de la verdad con que están escritas las páginas que recorremos. Era yo muy niño cuando me embarqué para Puerto-Príncipe, donde permanecí algún tiempo. Nada recordaba, sin embargo, de la topografía de aquella ciudad; y con todo, al leer el primer capítulo de la novela, como por una

revelación interior, por una rara *intuición*, si tal nombre puede darse al fenómeno que trato de explicar, me vinieron á la memoria los sitios que describía el autor. Ví la ancha calzada flanqueada por espaciosas casas de colgadizos casi todas; y desde el puente contemplé correr las aguas del Hatibonico, de tan poca profundidad en aquel lugar; seguí la carrera del paseo; me detuve delante de la puerta del modesto templo iluminado por los sagrados cirios; me distraje con las palmas, las guirnaldas y los farolillos pintados que adornaban las fachadas de las casas; y lo que es más particular, porque no se habla de ello en la novela, aspiré el perfume especial que exhalaban las gigantescas teas de resinoso *jiquí* que alumbran las esquinas de las calles más frecuentadas por la animada población en aquellos días de públicas diversiones. Semejante efecto sólo podía ser el resultado de una causa: de la verdad que en la relación resplandece y que fué suficiente para hacer volver á mí recuerdos que hacía muchos años me habían abandonado, mejor dicho, para hacer que despertaran del primer sueño en que el trascurso del tiempo los sumerjiera.

Pues bien: esa misma verdad brilla en toda la novela, los edificios, las escenas populares, los

bailes de feria, la mesa del juego, etc., evocados sucesivamente, parece que toman forma á la persuasiva palabra de Betancourt. Y no solamente los objetos físicos, hasta los afectos y pasiones están descritos con tal exactitud que despiertan el sentimiento que se ha propuesto el autor. Por ambos conceptos me parece perfectamente desempeñado el primer capítulo de la novela en que disertan tan grave como juiciosamente Carlos Alvear y el P. Vreaidieu y en donde, con sólo el tratamiento, se distinguen la época que parece concluír y la que se inicia. Alvear, en efecto, usa constantemente el *Usted* al paso que el sacerdote no le contesta sinó con el antiguo y tradicional *Vos* tan usual en Puerto-Príncipe. No son menos dignas de atención la descripción de La Feria de la Caridad; la del baile; la de la sala de juego donde Alvear, en medio de la ansiedad general que despierta su desesperada situación, copa la banca; la escena en que la virtuosa Luísa rechaza las ofertas y el odioso amor de César Morgán despreciando sus amenazas; y sobre todo la declaración de Fernando á Leocadia tan sencilla, tan natural y tan verdadera, que hace identificarse al lector con los amantes, de tal manera, que sin querer recuerda las escenas semejantes en

que ha sido actor principal ú observador atento.

Permítame el lector que nos detengamos en ella para estudiarla:

Fernando va á batirse con un espadachín consumado, y un vago presentimiento le anuncia que tal vez sucumbirá en el duelo. Cuando ya la festiva concurrencia ha abandonado la casa del baile, el joven en la calle y apoyado en una ventana que da á la sala, devora con la vista á Leocadia que permanece en ella, porque tanto la familia de la casa, como la suya propia, están delante del *tapete verde*. El amor comprimido, los celos, el temor, la esperanza, todo cuanto un amor primero puede tener de angustioso, despedaza el corazón del mancebo que, víctima de una tétrica melancolía, permanece en inmóvil contemplación. De repente se levanta la virgen, se dirije al piano y entona una de esas canciones nuestras que tan bien ha sabido pintarnos Betancourt: aquellos versos, aquella música tan en armonía con los pensamientos de Fernando, producen su efecto. Puestos en contacto los enamorados, por la intercesión de un amigo tan bueno como discreto, se hablan..... pero ¿qué dice Fernando? ¿Cuál es la respuesta de Leocadia? Los jóvenes se aman, se ven solos en las altas horas de

la noche, anhelan lanzarse el uno al encuentro del otro y sin embargo repito ¿qué se dicen?

—«Qué triste es la canción que acaba Vd. de cantar, Leocadia.

—¿Le agrada á Vd.?

—La música es bellísima....»

Y entran ambos interlocutores en una grande disertación acerca de la intención cruel ó no del autor de la canción.

¡Torpes ó tontos! exclamará tal vez alguno.

Pero el que así hable, ya ha olvidado como palpitaba su corazón á los veinte años ó posée uno que no palpitó jamás. La pregunta de Fernando que cuando menos parece una vaciedad, pinta perfectamente la timidez que siempre acompaña al verdadero y honrado cariño. La tierna pareja sigue con una gravedad que hace asomar la sonrisa á los labios sus filosóficas observaciones, y parece que de todo se ocupa menos de sí misma. Pero siempre hay un genio amigo que proteje á los enamorados, en medio de la disertación académica, que les proporciona el medio de verse y hablarse sin que imaginen que se deslizaría una declaración; cuando se apropian los sentimientos del poeta para mejor analizarlos, cuando para subsa-

narse de esto convienen con tan *heróica* buena fe en hablar *hipotéticamente*, cuando parece, en una palabra, que están más lejos que nunca el uno del otro... entonces estalla la bomba... Fernando, sin imaginarlo siquiera, ha aplicado la mecha... Pero copiemos las palabras de Betancourt por temor de no hacer patente la situación mutilando el texto.

Copia en seguida al pié de la letra todo el final del capítulo VI, y añade estas reflexiones:

Ignoro si todos los lectores de UNA FERIA DE LA CARIDAD han experimentado las mismas sensaciones que yo con tan bellísima escena. En cuanto á mí la juzgo la más acabada, y esto es lo que me ha decidido á analizarla, corriendo el riesgo de haberla empeorado, interrumpiendo la relación con mis frías interrupciones.

No es menos bello, pero sí más ingenioso que lo que antecede, el elogio tributado con tanta delicadeza por Betancourt á un ilustrado patricio de Puerto-Príncipe en la descripción de su casa de vivienda de el Ciego de Najasa. Aquella conversación entre un pedáneo y un comisionado en que

se trazan con tan vivos colores los servicios prestados por noble propietario á la causa del bien público, y áun los que no habiendo podido realizar, estaban elaborándose en su creador cerebro; la veneración con que siempre habla de él el capitán; todo forma un cuadro tan apacible y tierno que viene perfectamente al cuadro que se bosqueja, y es el mejor elogio que una pluma cariñosa y reconocida, pero imparcial, pudiera nunca hacer del venerable propietario de Najasa.

Creo también de bastante mérito la carta escrita en *capilla* por el *Rubio* y en que el autor entra en graves y serias reflexiones acerca de la falta de educación moral y religiosa que distingue á tantos jóvenes y que es la fuente principal de los delitos que diariamente se ven obligados á castigar los tribunales. Si los mancebos que se hallen en la situación en que Betancourt coloca á Juan Fernández, en sus primeros tiempos, la leyesen y la estudiasen, sacando de ella el fruto que encierra, la estadística criminal tendría necesariamente que disminuír sus denigrantes guarismos.

Los caracteres de las personas de la novela, algunos de los cuales hemos diseñado, están perfectamente sostenidos en todo el trascurso de la narración. César Morgán es siempre el feroz ban-

dolero, el jugador tramposo, el corrompido seductor, el frío asesino. El P. Vreaidieu, nunca deja de ser el sacerdote evangélico, el tolerante cristiano, el ángel custodio de los afligidos. Carlos Alvear, el jugador desnaturalizado; Fernando y D. Francisco, modelos cada uno en su clase del hombre de bien; Luísa, la esposa sin mancha, la mártir del hogar doméstico. Leocadia, la virgen pura y enamorada; D.ª Petrona, la obcecada y necia *señorona*, aparece siempre con los mismos matices. Y como están bien diseñados, sirven necesariamente á la ley de los contrastes. Hasta la horrible muerte del desgraciado jugador y la implacable manifestación de Luísa, cuando asegura á su hermano que ya ni ama ni puede amar á su criminal esposo, circunstancias que dejan una angustia tan intensa en el corazón, eran indispensables para el sostenimiento de los caracteres de ambos bosquejos y para llevar hasta el último extremo la lección moral que el autor se propone dar. Betancourt lo ha comprendido perfectamente y Carlos Alvear, para producir mayor efecto, ha debido morir y ha muerto víctima del juego, y si no odiado, despreciado por su angélica compañera. ¡Lección terrible que ojalá pueda producir su efecto!

Todas estas buenas dotes están realzadas por un

lenguaje claro, sencillo, natural y animado con pintorescas expresiones. Sin nada de amaneramiento, varía con las escenas en cuya narración se emplea y sirve para dar realce al florido estilo con que generalmente escribe Betancourt, y que ha trasladado felizmente á la novela.

No decimos nada aquí de la moral pura que respira la novela, que ya por diversas veces hemos tenido ocasión de apreciarla con diferentes motivos. Se notan en toda ella tendencias tan apreciables que han hecho buenas las palabras de Betancourt en la dedicatoria... «Escribir un cuento camagüeyano que pudiese leer sin rubor la virgen más pura, hé aquí mi objeto.»

Como han podido ver los lectores, las buenas cualidades que, como bellezas, hemos mencionado, son bastantes para hacer de UNA FERIA DE LA CARIDAD, si no una obra clásica y de primer orden, al menos una de las mejores novelas que se hayan escrito entre nosotros, y digna por consiguiente de los honores de la crítica; pero como esta no puede ser completa si al frente de las bellezas no se mencionan los defectos, séame permitido decir algo de los que me han parecido tales.

Al entrar en semejante terreno me congratula la idea de que tenemos que apuntar muy pocos,

ó más bien uno solo importante; pero... lo confieso este me parece tal, que juzgo daña muchísimo al plan general de la novela. Me refiero al poco misterio en que el autor envuelve á Morgán y que llega al extremo de que ya sabe perfectamente el lector que el héroe es un jefe de bandidos. Así es que la primera vez que se nombra al *Rubio*, y por cierto que es bien pronto, nadie duda un momento que el célebre dandy es el no menos célebre bandido. Este conocimiento anticipado priva á la novela de uno de sus principales recursos; la anagnórisis, que causa siempre tan buen efecto. Es esto tan positivo que nada sorprende al saber el verdadero nombre de César cuando el autor le da á conocer, y no despierta el menor interés la carta recibida por Fernando en que un amigo suyo de la Habana le escribe recomendándole á Armona que marcha en comisión á Puerto-Príncipe para prender vivo ó muerto al facineroso pregonado. Esta carta, que debiera caer como el rayo en medio de una atmósfera serena, para producir un reconocimiento súbito, se recibe fríamente, pues lo que debiera causar mayor sorpresa, es decir la sospecha convertida casi en certidumbre de que el magnífico joven que da la ley á la juventud camagüeyana, es el bandido que

se busca, nada revela al lector que hace mucho tiempo que está convencido de esta verdad.

Creo que hubiera podido sacarse mayor partido, cubriendo de tal manera la profesión de César, que nadie fuera capaz de sospecharla. Esto se hubiera conseguido presentándole, hasta el momento conveniente, elegante y fastuoso, pero no miserable; jugador, pero no tramposo; enamorado y seductor, pero no sátiro brutal; algo jactancioso, pero no público difamador de la dama que trata de envolver en sus redes; audaz en sus empresas, pero no frío asesino de Carlos; fanfarrón y reservado al principio del duelo, pero caballeresco después. Basta para esto la simple narración de los hechos sin hacer partícipe al lector de los pensamientos íntimos de César, y no revelando el autor de los crímenes necesarios al desenvolvimiento del plan hasta el momento crítico de la anagnórisis ó más tarde en la carta que escribe en capilla el arrepentido Juan Fernández. De este modo las faltas de este, presentadas de la manera que hemos mencionado, serían suficientes para poner en mayor evidencia las virtudes de Fernando y hacerle ganar en interés, cosa indispensable, sin que fueran bastantes á que el lector desease que se concluyera la novela, desde las primeras páginas, con

el suplicio del *Rubio* y con el clásico matrimonio de los amantes. Ignoro si estaré equivocado en esta parte de mi crítica porque, francamente lo confieso, tengo más confianza en mi cabeza cuando creo hallar bellezas en una obra, que cuando acuso defectos.

Hubiera preferido también que Betancourt se hubiera detenido más en la descripción de las diferentes personas que introduce en la novela. Esta parte de ejecución literaria y que los preceptistas llaman *retratos* hubiera ganado mucho si la fácil pluma del autor los hubiera trazado con más extensión: cada uno hubiera sido un trozo escojido: tal idea, al menos, tengo de la capacidad y de la manera fácil, elegante y verdadera con que hubiera desempeñado esta especie de trabajo el autor de UNA FERIA DE LA CARIDAD.

Lo que sí no concibo es cómo pudo escaparse á la cuidadosa pluma de Betancourt la contradicción que se nota en el texto de la novela y la carta escrita por el Rubio á Fernando donde se lee:

«Hay un joven ante cuya digna mirada ha temblado mi mano cuando iba á herirle: pude matarle y no lo hice: Hé aquí el único hombre que me debe un favor en el mundo.»

Pues bien; el autor de la novela al comentar este mismo hecho lo ha explicado así:

«¿Fué aquel un acto de generosidad ó de virtud? No: lo fué de cálculo, etc.»

«¿Pasaría por su cerebro la voz del remordimiento? No: ese hombre carecía de corazón, etc.»

La contradicción es tan palpable que no necesita comentarios.

Mi tarea toca á su término, pero he dejado con intención para lo último una observación que he querido consignar aquí, para que no se crea considero un defecto digno de citarse como tal la circunstancia que me inspira. Me refiero á la operación quirúrjica que se hace á César Morgán durante su desafío, y cuando todavía no ha disparado sobre su contrario. No teniendo el código de la opinión leyes escritas, es natural que en un caso dado se emitan distintas opiniones y se den soluciónes diferentes. Pero hay reglas generales que todos han aceptado, y conforme á las cuales voy á tratar de poner en evidencia que el dedo mutilado de César no debió ser amputado antes de terminar el combate; y tanto más, cuanto que el lance era á muerte. Cuando en un desafío cruzan los adversarios las armas, el combate no puede interrumpirse hasta su completa solución, salvo

el caso en que la excesiva fatiga inutilice las fuerzas físicas haciendo vana su energía moral. Si la lidia es á muerte y se recibe una herida en la mano derecha, que la imposibilite, se cambia el arma á la izquierda siguiendo el combate hasta vencer ó ser vencido. En algunos duelos á pistola se ha visto no obstante que herido un contendiente al primer tiro, y no pudiéndose tener en pié, ha sido ayudado por sus padrinos hasta el extremo de sostenerle la mano en que tenía la pistola para que pudiese disparar á su vez. Es necesario para que las leyes del combate se cumplan, que ambos disparen. El que ha herido no puede repetir su tiro sin haber sufrido la descarga del contrario, so pena de faltar á la igualdad que debe reinar en semejantes lances. Empero la ayuda prestada al herido no debe extenderse hasta el extremo de hacerle una cura, y esto por dos razones. La primera porque el que ha disparado primero en virtud de una ventaja conquistada ó cedida ha conseguido ya el punto de la mencionada ventaja; y la segunda porque es horrible prolongar la situación del que espera el tiro, todo el tiempo que dure la operación. Así pues César Morgán herido, debió disparar herido y no vendado; y si no podía hacerlo con la derecha hubiera usado de la iz-

quierda. Tal es mi opinión que aunque creo racional y justa, debe discutirse, y no he querido consignarla como defecto, porque prescindiendo de lo que llevo dicho, el duelo pudo verificarse como se describe en la novela.

Ha terminado la tarea que me había impuesto: creo haber demostrado con entera imparcialidad que la novela de J. R. Betancout cumple con todas las reglas de los más rígidos preceptistas y que si tiene algunos lijeros lunares, son muy pocos ante las bellezas que hemos enumerado. La lectura es de las que hace experimentar el mismo sentimiento que á Milord Eduardo las primeras aventuras de Saint Preux y Julia de Estange y que también explica el noble inglés con las siguientes palabras: «*En lo que me habéis contado no encuentro incidentes, ni aventuras; pero las catástrofes de una novela no me hubieran conmovido así.*» ¡Tanto aventajan los sentimientos á las situaciones y los procedimientos de la honradez á las acciones brillantes! (Rousseau. N. Hel, part. I, lettre 60.) Pero he creído de mi deber consignar las bellezas y defectos, para probar que he repasado con escrupulosa atención UNA FERIA DE LA CARIDAD, como cumple á quien se propone sinó escribir un buen artículo crítico, al menos un trabajo de conciencia.

¡Ojalá que se persuadan de esta verdad el autor á quien juzgo y el público que me ha de juzgar á mí!

(Agosto de 1859.)

JOAQUIN LORENZO LUACES.

CRÍTICA LITERARIA

DE

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183.....

JAVIER FRANCH.

CRÍTICA LITERARIA (1)

DE

UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183.....

Si ha de ser una novela algo más que un ligero entretenimiento para aliviar el fastidio de las personas desocupadas, si no ha de servir para el estímulo, fomento de las pasiones, como se observa en la mayor parte de las que, sin tasa, produce la moderna escuela francesa; si no ha de merecer, por fin, las severas, pero justas increpaciones de Nisard, preciso es que se encuentre en ellas alguna cosa mejor que magníficos paisajes, atrevidas descripciones, vivos y dramáticos diálogos, impetuosas y vehementes pasiones: menester

---

(1) Este juicio se publicó en S. Juan de los Remedios y lo reprodujo *El Liceo de la Habana* en sus números correspondientes al 2 y 9 de setiembre de 1859. Su autor, el Presbítero D. Francisco Javier Franch, nació en Valencia y murió en Cuba, donde fué muchos años profesor de literatura é historia. Escribió dos dramas y una comedia, respectivamente titulados *Hugo de Aris*, *Hermenegildo*, *La Plaza de Recreo*. El primero se representó con gran aplauso en el teatro de Puerto-Príncipe.

es que descuelle en ellas algo que pueda complacer y detener la mente pensadora, algo que satisfaga á un corazón recto, algo que llene y halague á la inteligencia sin que escasee por esto el campo á la imaginación, que goza en explayarse en ideales creaciones, dentro, sin embargo, de los límites de una bien apreciada verosimilitud, porque desaparece sin este requisito la verdadera belleza. Estas cualidades de la buena novela, que tan bien conoció y con tanto acierto supo poner en práctica el justamente celebrado A. Manzoni, son en verdad harto difíciles de reunir y combinar, ora sea por motivo del asunto escojido, ora por escasez de conocimientos y disposiciones en el escritor, y más que todo por la festinación y falta de meditación con que hoy día se escribe; y de aquí nace que entre el cúmulo de producciones de este género, que diariamente esparce la prensa, sean muy contadas las que alcancen á merecer con justicia el nombre de buenas. Proviene también de aquí que la novela que, bien comprendida y escrita, debiera ser el vehículo de todos los conocimientos humanos para aquellas clases de la sociedad que no han podido dedicarse á largos y concienzados estudios, y una escuela práctica de sana y agradable moral, sea tenida y reputada como un fútil pasatiempo,

tomándose en las manos, por lo regular, no para instruirse sinó para entretenerse.

Hay, sin embargo, distingidas excepciones, demasiado escasas por desgracia, que reconcilian con las novelas el ánimo del sesudo lector, y hacen vislumbrar las ventajas que para la instrucción popular pudieran reportarse de las bien escritas y meditadas. Esta calificación y áun la de buena, merece con justicia UNA FERIA DE LA CARIDAD EN 183... que con el modesto nombre de «Cuento» acaba de publicar D. José Ramón de Betancourt. No será enhorabuena una concepción de primer orden, no será una de aquellas obras que forman época en los anales de la literatura y elevan á una colosal altura el nombre del autor, ni áun puede llamarse exenta de defectos; pero hay en toda ella tal exactitud en el colorido local, tan extricta verdad en las costumbres y caracteres, tanta moralidad en el conjunto de la acción, en los diálogos y máximas aplicadas con bastante felicidad y, en fin, revela tanto candor, tan sano criterio y buen corazón en el escritor, que forman alrededor de su frente una especie de auréola de honor y virtud que le enaltece como hombre y ciudadano mucho más que todos los lauros, cualesquiera que ellos sean, que pueda reportarle como literato.

Al hablar de la Feria de la Caridad, puedo decir como el príncipe troyano á la reina de Cartago: yo mismo lo ví, yo mismo he sido actor en el drama que traza Betancourt. No soy hijo del Camagüey, pero llegado á las márgenes del Hatibónico en los momentos en que se iniciaba la regeneración del país, del cual se escribe la novela, procuré instruirme acerca de los antecedentes de aquel hermoso pueblo, de su estado actual y de las esperanzas que en el porvenir cifraba: conseguí fácilmente mi deseo con la lectura de las *Escenas cotidianas*, preciosa colección de artículos de costumbres, poco conocida por desgracia, que fuera suficiente para inmortalizar á cualquier autor por la solidez de su doctrina, por la rectitud del juicio, y por la elegante sencillez y claridad del estilo. Varias explicaciones del autor, que se dignó contarme entre sus amigos, y mi propia obervación completaron la obra: entonces ví las animadas ferias de la Caridad, de S. Juan y otras; entonces asistí al movimiento intelectual que en Puerto Príncipe se operaba y áun, si dado me fuese vanagloriarme de ello, diría también que aunque mínima, tuve en él alguna parte. ¡Dichosos tiempos que recordaré siempre con placer! y cuyo recuerdo ha puesto en mi mano la pluma para

trazar estos renglones. Pero vuelvo á la novela.

Lo primero que en esta obra descuella son las descripciones topográficas, cuya exactitud y precisión puedo con toda seguridad afirmar, como que me son bien conocidos los lugares á que se refiere: un pintor no haría más al trasladarlos al lienzo; la animación, la concurrencia y el bullicio del barrio de la Caridad durante la feria, el adorno y disposición de muchas de las casas, todo está trazado con la más escrupulosa verdad diestramente copiado del natural. Si se nota alguna confusión y monotonía en la narración, es porque no alcanza á explicar la lengua lo que concibe la imaginación, que al abrazar de golpe todo el conjunto no deja libertad á los labios más que para exclamar: ¡que hermoso! expresión con que he compendiado muchas veces indeliberadamente aquel cuadro encantador. Otro tanto puede decirse de Najasa y sus sierras, de la casa del Ciego que es fiel copia de otra harto conocida en Puerto-Príncipe y de las cuevas que yo mismo he visitado.

En cuanto á los caracteres, que es la parte más importante y principal de la novela y en que se desarrolla el pensamiento dominante del autor, los juzgo bien concebidos y oportunamente presentados, con arreglo á la época en que la acción se su-

pone. Prescindiendo de César Morgán, ó sea el Rubio, consecuente en toda la obra, figura mitad real, mitad fantástica, que constituye el verdadero nudo de la acción é indispensable por lo mismo en ella; respetando el carácter del venerable y anciano sacerdote Vreaidieu, bien enlazado con la acción y cuyo modelo pudo tomar el Sr. Betancourt en el celoso apóstol del Camagüey fray José de la Cruz Espit y el candoroso y respetado P. Rocabruna, seis son los caracteres de individuos de ambos sexos en quienes ha cifrado y compendiado el autor la sociedad principeña tal como existía veinte y dos años atrás. D.ª Petrona, Luísa y Leocadia son los tipos del sexo débil, D. Chico, D. Carlos Alvear y Fernando son los del sexo fuerte, y en ellos se halla delineado con bastante destreza el estado de transición y movimiento intelectual que empezaba á operarse en aquella época.

Las virtudes y defectos del bello sexo principeño se hallan diestramente caracterizados en los tres tipos designados. Las primeras en Luísa y Leocadia, los segundos en D.ª Petrona. Pocos son estos por fortuna y menos todavía en la actualidad que en la época de la acción de la novela, reduciéndose á los que constituyen el carácter de D.ª Petrona, es decir: una pueril vanidad de nobleza,

una mala entendida hospitalidad que acojía sin discernimiento á cualquier advenedizo que se presentaba con cierta ostentación y boato, el afán de regular, hasta la indiscreción, los amoríos de sus hijos y demasiada afición al pernicioso vicio del juego. En la regeneración intelectual y social que se ha iniciado en Puerto-Príncipe, en la época en que se supone la acción de la novela, preciso es confesarlo en su honor, tomó un decidido empeño la juventud del bello sexo, como puede deducirse de los caracteres de Luísa y Leocadia, dos tipos de una belleza ideal, tan unida á la más exacta verdad que pudiera atestiguar serme conocidas no pocas damas camagüeyanas que pudieran servir de modelo, y entre las cuales me consta que escojió los suyos el Sr. Betancourt. Luísa y Leocadia son dos bellezas física y moralmente perfectas, tiernas ambas, apasionadas y sensibles; y sin embargo son dos tipos enteramente distintos: Luísa es la joven madre y esposa, Leocadia la tierna y enamorada virgen. Luísa es joven camagüeyana que abjurando todas las frivolidades de la juventud al pié del altar donde recibe la bendición nupcial, se consagra con alma y vida al esposo escojido de su corazón, á su nueva familia, á sus hijos no omitiendo cuidados, no escaseando

sacrificios, renunciando espontáneamente á los goces exteriores siempre que no sean compatibles con sus dulces y caros deberes, celosa hasta la idolatría del honor de su esposo y del propio, elevándose no pocas veces hasta el heroísmo. Es el verdadero ángel del hogar doméstico, es la visible bendición de Dios sobre la familia. Tal es Luísa en la novela y muchos de sus actos verdaderas copias, bastándonos para su comprobación el hecho de la venta de las joyas para satisfacer las deudas de su marido, contraídas en el juego, *que es auténtico*. Leocadia es una joven pudorosa, inocente, tímida y apasionada, es una cándida azucena cuyo mérito estriba en su misma fragilidad y pureza. Sin embargo en ese frágil cuerpo se encierra la invencible fuerza de la virtud y en esa alma tímida asoma el valor moral que ha de salvarla. Leocadia será después del matrimonio el reflejo de Luísa.

Entre los caracteres de los hombres sobresale y descuella en primer término la figura de don Chico, que no dudaré calificar como la principal del cuadro. Marcha á la cabeza del progreso camagüeyano, su voz poderosa y eficaz despierta á amodorrados de añejas y perniciosas rutinas, alienta y sostiene á los que vacilan, estimula é

nde nuevos bríos á los resueltos; afable, con-
endiente y lleno de sociabilidad, es el alma
odas las empresas útiles, asiste á las diversio-
inocentes y sólo desdeña cortesmente el garito,
Chico, como por otra parte no es una ficción,
un retrato copiado del natural y cualquiera
haya frecuentado la sociedad camagüeyana
nte años atrás reconocerá sin dificultad en don
ico no pocos rasgos del carácter familiar del
gareño, del apreciable autor de las *Escenas*
tidianas. Carlos Alvear es el tipo más generali-
do en Puerto-Príncipe, en la época de la acción
la novela. ¿Cuántos jóvenes de claro entendi-
iento, de nobles aspiraciones, generosos senti-
ientos, se dejaban arrastrar por una antigua y
iciosa costumbre á la inmunda sentina de los ga-
tos, sacrificando, á pesar de la poderosa voz de la
onciencia, sus bienes, la tranquilidad de sus fa-
milias, su reputación, su honra, exponiendo qui-
ás hasta la de su esposa? Y esto es en la novela
l carácter de Carlos, consecuente y verdadero en
odo hasta en su desastrosa muerte, que si bien
ennegrece de un modo terrible el cuadro, no es
inverosímil. Fernando es un modelo de perfección,
es un joven progresista, como se decía entonces
en el Camagüey, en el sentido del progreso so-

cial. Consecuente y cabal en todas sus acciones, sólo me atrevería á reprocharle su desafío con César Morgán, no porque sea inverosímil y deje de estar bien preparado, sinó porque no se ha generalizado en las costumbres camagüeyanas este modo de terminar los disgustos.

Esos caracteres tan adecuados y consecuentes, á la vez que bellos, esas descripciones tan galanas y exactas al mismo tiempo, esa pura moralidad que se desprende de la acción y de las máximas profusamente esparcidas en toda la obra, unida á un lenguaje puro y castizo y á un estilo sencillo y sin pretensiones y tanto más bello cuanto más espontáneo, tanto más apreciable y digno de elogio cuanto más natural y propio, son dotes preciosas que colocan á UNA FERIA DE LA CARIDAD en el reducidísimo número de buenas novelas de que puede vanagloriarse la literatura cubana, y á su autor entre los más distinguidos escritores que entre nosotros se han ejercitado en este género.

No pretendo, sin embargo, que UNA FERIA DE LA CARIDAD sea una obra perfecta: nada humano puede aspirar á este dictado, y estoy bien convencido que el autor mismo de la obra, modesto, como es, está muy lejos de abrigar seme-

jante pretensión; porque le habrá sin duda enseñado la experiencia que el que de más perfección blasona es el que más distante y separado se halla de ella.

Indicaré por lo tanto conforme he hecho con las bellezas, lo que á mi juício pueden reputarse como lunares, ó si se quiere defectos, aferrándome, sin embargo, muy poco en mi parecer, porque podrá muy bien suceder que lo que yo repute como defectuoso sea en realidad una belleza de la obra.

Ninguna objeción puede, á mi parecer, hacerse en cuanto á la elección y disposición del plan y por lo tocante á los caracteres, dejo indicado ya lo único que he creído inconveniente en el de Fernando, paréceme también descendiendo á los detalles de ejecución algo lánguido algunas veces el diálogo, descuido que debe evitarse mayormente cuando tanto sobresalen en este particular las novelas de la nueva escuela francesa, única cualidad que en ellas encuentro digna de ser imitada. Algún rígido purista encontrará tal vez reprensivas el uso de algunas expresiones locales ó provinciales; pero por mi parte no me atrevo á censurarlo, porque expresa con exactitud, viveza y claridad ciertas ideas que difícilmente se representarían hiriendo

vivamente la imaginación con la fraseología que sería necesaria para sustituirla: por otra parte, el autor las ha marcado con letra bastardilla, lo que puede considerarse ya como suficiente para precaver cualquier asomo de corrupción de lenguaje. El mayor defecto de la novela está á mi ver en el desenlace: la larguísima carta del Rubio corta y enerva la acción cuando más rápida y dramática debiera de ser. Inverosímil parece que un reo en capilla se entretenga en escribir tan extensa carta, aumentando todavía más la inverosimilitud la maestría con que está escrita y que revela á voz en grito que ha sido trazada por la mano de un moralista en medio de la calma y la meditación. El autor mismo conoció esta imperfección y la dejó subsistir prefiriendo á sacrificar las útiles ideas que esta carta encierra, incurrir en un defecto de forma; pero este proceder, que no titubearía en aceptar siempre que fuese absolutamente necesario, no le juzgo tal en esta ocasión; pues no sería difícil expresar lo mismo que contiene la carta por medio de un diálogo entre el Rubio y el sacerdote auxiliante, y al que la situación de los personajes prestaría un interés altamente dramático. Por este medio ú otro cualquiera que no dejará de ocurrir al claro ingenio del autor desa-

parecerá fácilmente el principal defecto de tan preciosa novela.

Al escribir este juicio, ó reseña, ó lo que quiera llamarse, y comparando con algún detenimiento las dos ediciones que de la novela se han hecho, por ellas se viene en conocimiento de la conciencia con que ha trabajado su obra el Sr. Betancourt, pues todas las variantes y adiciones que en la segunda edición se encuentran mejoran de un modo notable la composición. Por esta razón y habiendo llegado á mi noticia que escasean ya los ejemplares harto solicitados, de manera que se haga hasta cierto punto necesaria una tercera impresión, creo que al llevarla á efecto podría el autor hacer desaparecer con facilidad las pocas imperfecciones que he indicado, si juzgase oportuno tomar en consideración estas observaciones, que serán acaso escasas de criterio y talento pero que son hijas de una buena voluntad y del más ardiente deseo de ver prosperar en Cuba las bellas letras.

Retirado y hasta cierto modo sepultado en pueblo de la Isla donde llegan tarde, si es que llegan, las producciones literarias, sin personas versadas en la literatura con quienes consultar mis juícios, podrán carecer estos de exactitud y ser bajo muchos aspectos defectuosos, por los que sólo

implorando de antemano la indulgencia de los inteligentes pudieran aventurarse á ver la luz pública.—Remedios 16 de agosto de 1859.

JAVIER FRANCH.

FIN DEL APÉNDICE.

ÍNDICE

	Pág.
I.—El Ciego de Najasa..	5
II.—La Caoba.	35
III.—Un abolicionista en 183...	53
IV.—Horizontes.	70
V.—Llegar á tiempo..	95
VI.—El castigo.	113

APÉNDICE.

Notas.	143
Opinión de *El Antillano* sobre UNA FERIA DE LA CARIDAD.	144
Carta de Betancourt en contestación á *El Antillano*.	146
Crítica de Luaces.	159
Crítica literaria de Franch.	185

GRABADOS

QUE CONTIENEN LOS TOMOS I Y II.

TOMO I

	PÁG.
J. Ramón de Betancourt..	4
El puente del Tínima en 183....	36
Calle Real y Alameda de la Caridad..	54
Luisa.	110
Leocadia.	139
El primer albor de la mañana asomando en el cielo, brilló sobre la frente del sacerdote y sobre los helados miembros del infeliz Carlos Alvear.	166
Fernando le esperaba en el suyo con la frente alzada. . .	180
Apenas había acontecido esto, cuando entraron cinco hombres en la Plaza de la Caridad.	205

TOMO II

Habitación de *El Lugareño* en el «Ciego de Najasa.» . .	25
É insensiblemente se fué acercando al altar...	65
Morgán con el brazo alzado, iba á descargar su puñal sobre el hombre...	109
El *Rubio* en capilla.	133

78039 015

ACME
BOOKBINDING CO., INC.

AUG 2 2 1984

100 CAMBRIDGE STREET
CHARLESTOWN, MASS.

3 2044 010 150 639

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

OCT 26 19

OCT 27 1989 ILL

10-26